

TRILOGÍA DEL TERCER MILENIO

Blanca García-Valdecasas

# Pedir la luna

Biblioteca  
Online



**Blanca García-Valdecasas**

# **PEDIR LA LUNA**

Primera edición digital: septiembre de 2018

Pedir la luna

© Blanca García-Valdecasas, 2018

© BibliotecaOnline, 2018

Castillo de Fuensaldaña 4

28232 Las Rozas Madrid

Teléf.: 91 3776546

[www.bibliotecaonline.net](http://www.bibliotecaonline.net)

Diseño de cubierta: BibliotecaOnline

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra en cualquier tipo de soporte o medio, actual o futuro, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Elaboración del eBook: [epubspain.com](http://epubspain.com)

SBN: 978-84-17539-00-9

A Ana Espinosa y G-V,  
ejemplo y luz en nuestras vidas.

## **Sinopsis**

El día cuatro de Enero del año 2.000 Constanza Morales cruza el Parque del Retiro camino de su trabajo. Va deprisa en la mañana helada mientras recuerda cómo fue su vida en el último año del siglo y del Milenio. A causa de una pelea con su hermana, que involucra a toda la familia, a principios del año, deja su Sevilla natal y se traslada a Madrid. Allí sólo conoce a una prima de su padre, la tía Flora y su marido, Bernardo; son un matrimonio sin hijos y la acogen con gran afecto, y a un chico, Francis, que conoció en el tren y le gustó mucho. Pronto ensancha el círculo de sus amistades, la chica que le busca un piso donde vivir, los habitantes de los otros pisos en la casa, amigas de la tía Flora, compañeros de trabajo... Le ocurren más cosas de las que esperaba y aprende que muchas de ellas no son lo que al principio parecían.

## I

Dicen que habéis llegado. Además, sin el ruido y el caos que esperaban algunos. Bienvenido, Tercero. Bienvenido, Veintiuno.

Siglo nuevo y un nuevo Milenio: es emocionante. No hay tanta gente que haya vivido esta experiencia. Abuela Joaquina tenía mucha ilusión en llegar, la pobre; sólo por tres años no lo ha visto... una lástima. Y yo, Constanza Morales, una chica sin importancia, os saludo, camino de mi oficina en el segundo día laborable de este año dos mil. Es Martes, cuatro de Enero; en realidad, primer día de trabajo porque ayer no se hizo gran cosa. También espero que sea para mí el principio de muchas cosas buenas y estimulantes, como encauzar mejor mi vida y sacarle más partido; desde luego lo voy a intentar. Hoy me siento más real: peso y volumen. Piso la tierra dura, estoy aquí; este sitio que lleno es mío propio. Curioso cómo todo está en la cabeza, en la disposición, no necesariamente en ningún acontecimiento. Y he decidido: voy a ser feliz. Bueno, si me dejan entre unos y otros. He salido más temprano de casa, así puedo dar un paseo. El frío de la mañana hace brotar de mí nubecitas de vapor si abro la boca. Voy por la calle Príncipe de Vergara, entraré al Retiro por la puerta que llaman de Madrid y cruzaré el Parque hasta salir a la Plaza de la Independencia.

No sé si de verdad estoy estrenando Siglo y Milenio; se ha armado bastante discusión con eso: que si empieza ahora o en dos mil uno. Yo recuerdo fotos que guardaba mi abuela, seguramente de la suya, de la Exposición de 1900. Ellos celebraron entonces la entrada del siglo veinte, así que yo celebraré hoy el XXI y el Milenio y, si viene a cuento, lo volveré a celebrar cuando sea. El año en sí me parece lo más importante, la sensación de que acaba uno y otro empieza, la continuidad de esa cinta de años —anillos de oro alrededor del sol— que nos lleva por nuestra vida. Fue Arthur quien dijo que el anillo, como se dan los matrimonios, es símbolo de fidelidad porque es un “añito,” annellus, y representa la continuidad de la Tierra alrededor del Sol. O al revés, como pensaban antes, el Sol alrededor de la Tierra. Arthur es la única persona que conozco que sabe latín para hablarlo de corrido.

Los años son continuidad aunque unos sean tan diferentes de otros. Desde luego, el que acaba de terminar había empezado más bien aburrido para mí. Monótono, dentro de una rutina, como quien duerme la siesta. Pero a mediados de Enero cambió todo de golpe. Mi hermana y yo tuvimos una bronca

monumental que involucró fatalmente a toda la familia, más algunos amigos cercanos, y acabó haciéndome la vida muy difícil.

A partir de ese momento las cosas fueron como si salieran unas de otras, desenvolviéndose en más cosas inesperadas. De no haber sido por aquello, mi adorable Jefe del trabajo no habría insistido en trasladarme de la oficina de Sevilla a la de Madrid. Si no hubiera ido a Madrid no habría conocido a Francis, si no hubiera buscado piso nunca habría conocido a Misi. Ni Misi ni yo habiéramos conocido a Martin y Arthur ni... Enfin, nunca ningún año me había traído tantas cosas, malas o buenas, como el que acabábamos de dejar.

Parece mentira, pero hace unos meses estábamos Misi y yo sentadas en una cervecería de la Plaza de Santa Bárbara, bajo la sombra manchada de unos árboles medio tuberculosos, en pleno centro de Madrid; delante de nosotras dos cervezas, aceitunas y dos pinchos de tortilla. Sábado, hora del aperitivo, hartas de andar. Ella me dijo:

—¿Sabes cuál es tu principal problema? Y mío también. Que no somos capaces de pedir la luna.

Buscábamos vivienda para mí, habíamos visitado tres pisos aquella mañana. El último, en la calle Santa Teresa, nos había llevado a restaurarnos con asiento y las cañas. La casa necesitaba aun más restauración que nosotras. La fachada amenazaba con perder sus bonitas cornisas y la escalera estaba tan dilapidada que uno quizá se encontrase un buen día sin poder bajar hasta la calle. Desalentada, había insinuado que tal vez debería comprar el apartamento que habíamos visto antes cerca de la Plaza de Castilla: pequeño y sin gracia pero recién pintado.

No hacía más que unas semanas que conocía a Misi y ya era, pensaba yo, una de mis mejores amigas. A las de Sevilla, mi tierra, las había borrado después de mi pelea con Macarena y a Queti, la que más quería, no la veía desde hacía cuatro años; al acabar la carrera se sumó a una organización de voluntarios para trabajar con los más pobres de no sé que lugar en África. Ya ni me escribía siquiera; quizá no hubiera allí correo o tenía tanto trabajo que no podía escribirme. Yo la echaba de menos

Misi se estaba portando muy bien conmigo. Entonces no sabía cuánto no sabía de la vida de Misi. Sólo que trabajaba en una agencia de propiedades pequeña, y acaso furtiva, de la que era socia con tres amigas más.

Me encontraba en Madrid: atrás quedaban familia, amigos, las calles de mi ciudad con sus árboles y olores, esa cálida luz que no se encuentra en ninguna otra parte. Los rincones que amaba del Parque María Luisa, la



Glorieta de Bécquer donde solía ir desde los trece años a mirar con devoción al poeta del que estaba —y pensaba que siempre iba a estar— profundamente enamorada... mi mundo, todo.

Dura tarea estar sola aquí pero suavizada por la presencia de los tíos, Flora y Bernardo, desde luego de Francis desde el principio y enseguida después por la amistad de Misi. Tal como habían ocurrido las cosas, a Sevilla nunca iba a volver como no fuera de visita; ya no había sitio para mí en la casa de mis padres. Tenía algún dinero ahorrado de mi trabajo, más una cantidad que me dejó mi madrina, la hermana mayor de mi padre, al morir. Pobre, una de esas enfermedades que no perdonan. Decidí comprar mi propio piso; no era tan fácil como había imaginado. De momento estaba en una pensión con una dueña pesada, habladora y llena de pretensiones, a mi ver totalmente injustificadas. Me había acogido con muestras de aprecio pero había ido cambiando con el paso de los días. Tal vez se hartaba de la gente o le molestaba que recibiera a Francis en la habitación. Me resultaban cada día más desagradables ella, su casa y el olor de ambas. A veces me decía a mí misma que sería mejor comprar cualquier cosa antes que seguir allí.

—¿Estás hablando de cosas personales o de ese apartamento?, — pregunté a Misi, cuando me dijo lo de pedir la luna.

—Ya te he dicho que era tuyo y mío pero es todo el mismo problema. El piso me parece caro para lo que es. Y, no sé, a ti no te veo ahí dentro. Tampoco estás entusiasmada y cuando compres tienes que estarlo.

Me disgustó que Misi tuviera la sensación de que se conformaba con cualquier cosa. Merecía ser feliz: era buena persona, guapa, simpática y cien cosas más, entre otras una excelente amiga. Ahora lo estaba demostrando. A ella, como agencia, le convenía vender, comprar, hacer negocio y cobrar comisiones. A poco que me hubiera animado me habría decidido; era de agradecer que fuera en contra de sus intereses para ayudarme.

Curiosamente el hilo que me llevó hasta Misi había partido de doña Juanita, mi madre. Le parecía cutre que estuviera en una pensión, sonaba mal. Un hotel resultaría mejor pero los hoteles eran caros o malos o las dos cosas. Dió en llamarme por teléfono desde Sevilla todos los días a ver si había encontrado casa. Todo solía entrarle por rachas, igual me atosigaba sin darme respiro como parecía haberme olvidado por completo. Cuando me dijo que se proponía venir a Madrid, convencida de mi incapacidad para desenvolverme, me espanté.

—No, por Dios, no vengas. Me sentiría fatal y no te gustaría la pensión.

—No iría a esa pensión en ningún caso. Me iría a casa de mi prima Flora...

No era su prima; era prima de mi padre pero se la adjudicaba. Intenté convencerla como pude. Que estaba ocupadísima, dije, y era perfectamente capaz de arreglarme yo sola.

—¡Qué vas a ser! Has vivido siempre con nosotros sin tener ningún problema.

Así que ningún problema. Lo dejé pasar. Dije que, en realidad, no teníamos los mismos gustos. Es extraña la gente. Puede criticar todo lo que haces o cómo te vistes; pero cuando dices “no tenemos los mismos gustos”, se molesta.

Mi madre se molestó.

—No seas tonta —dijo—. Por lo menos ve a casa de tu tía Flora y le pides consejo. Ella lleva en Madrid toda la vida y conoce a mucha gente

—Me da un poco de apuro —protesté—. No he tenido tiempo de pasar a saludarla y presentarme allí para pedirle un favor...

—No seas tonta, —volvió a decir— anda y le pides ayuda. Siempre ha sido muy cariñosa con mis hijas.

Era verdad. Aunque sólo era prima de mi padre, mi madre y ella eran muy amigas. Años atrás cuando mi padre, en dos ocasiones, tuvo que pasar algún tiempo en Madrid para cursos de ascenso en su carrera militar, fuimos a vivir los cuatro en la casa de la calle de Velázquez donde los tíos tenían sitio de sobra.

Al salir de la oficina fui en busca de un puesto de flores que había cerca y compré un ramo de rosas pequeñas que olían un poco a tabaco pero no había mucho donde elegir. Llegué con mi ramo a casa de los tíos que me recibieron como si no hubiera pasado tiempo desde aquellos años de la infancia.

Lo primero que me dijo tía Flora: “Me ha dicho tu madre que tienes novio. ¿Cuándo lo vamos a conocer?”.

—Novio, no. Salgo con un chico pero es algo como empezando, sabes. No sé si resultará. Lo que sí sabía, que Francis no quería nada con mi familia ni mis amigos. Me quería a mí pero lo nuestro tenía que ser super reservado.

—Bueno, rica, todavía es pronto. Pero cómo no has venido a esta casa. Estaríamos encantados de tenerte, ¿verdad, Bernardo?

—Verdad, verdad. Ya estuviste aquí de pequeña. ¿O es que no te acuerdas?

Tío Bernardo tenía mucho pelo muy blanco, la cara rosada, los ojos

claros acuosos, un poco abultados. Siempre iba vestido con trajes muy formales de tres piezas, camisas invariablemente blancas con gemelos y corbatas a rayas.

—¿Cómo no me voy a acordar, tío? Y todos los recuerdos que tengo de vosotros son estupendos.

Era verdad, pero sólo en parte. Me gustaba la casa, los tíos eran muy cariñosos con nosotros —no tenían hijos— y había una cocinera bastante vieja, Virtudes, que nos hacía platos especiales. Macarena y yo comíamos en el office, lo que preferíamos con mucho al comedor y las personas mayores, sopa de panecillos, natillas, croquetas... menús hechos sólo para nosotras. Por otro lado yo notaba una incomodidad: la sensación de que no era nuestra casa, mis padres no mandaban allí, eran sólo invitados. Una situación desacostumbrada que no sabíamos manejar. Pero lo peor era mi madre, llena de emulación por la vida de tía Flora, sus muebles y cuadros, sus muchos amigos, la manera de hablar y de vestirse... no sé en qué consistía exactamente pero doña Juanita parecía una provinciana algo cateta, queriendo aparentar lo que yo en el fondo bien sabía que no era, queriendo alcanzar donde yo sabía bien que no llegaba. En aquella época ni siquiera hubiera podido decirlo con palabras pero estaba ahí, una inexpresable angustia. Vergüenza ajena, a la que algunos críos son propensos. Hoy, sencillamente me diría a mí misma: “es una cateta, snob como todas las catetas”, y ya está.

—Se lo dije a tu madre, que te vinieras —siguió la tía— y me dijo que querías libertad para salir con tu novio, aunque aquí libertad la tendrías toda... y la llave del piso, además.

Con su edad, cuatro o cinco años menor que mi madre, no podía decirle que más que salir con mi novio era cuestión de entrar. La miré con cariño: había tenido muy buen tipo y un bonito pelo rubio, aunque de cara no era guapa. Aún se conservaba joven, y se vestía siempre muy elegante, pero todas aquellas cosas de la juventud y enamoramientos seguramente se le habrían olvidado... y, mirando al tío, era lo mejor que le podía pasar. Demasiado tranquilo casi seguro.

—Érais dos chiquitas muy guapas —dijo el tío Bernardo, reminiscente— Muy distintas. Una morenita y menuda y la otra tan rubia con aquellos rizados y los ojazos azules... una verdadera Marilyn Monroe en miniatura. Aunque luego...

Ni siquiera suspiré, estaba acostumbrada a aquella clase de comentario. Mi madre era rubia con ojos muy azules; Macarena le había salido a ella, en

mejor. Más alta y más ‘neumática’, con pinta voluptuosa que nunca supe si respondía a una condición real o era sólo el aspecto. El tío, quizá pensando que me había hecho de menos, seguía.

—Pero tú eres más distinguida, tú tienes clase. Castaña y delgada, mucho más elegante, y tu nariz es perfecta.

Quise decirle “los chicos me hablan bien de mis piernas, pero no me han dicho nada de la nariz.” La verdad, mis facciones no tienen nada llamativo, estoy un poco delgada de más para gustar, al menos en Sevilla, y sé que tengo cosas a mi favor: buen pelo brillante, buenos dientes, buen cutis y buenas piernas. Para el gusto-de-hombre al lado de mi hermana no tenía nada que hacer. Pero a Francis le gustaba, así que no estaría tan mal.

La niña que cuida de los tíos, una filipina tan flaca como yo pero con quince centímetros menos, se llevó las flores y trajo una bandeja del té con bollitos calientes hechos en casa. Nos habíamos sentado en la sala atiborrada de muebles y adornos y, después de la puesta al día sobre la familia, que no tardó mucho porque habían venido a la boda de mi hermana poco antes, les conté mi problema. Inmediatamente me volvieron a decir que me fuera a vivir con ellos.

—Muchísimas gracias, de verdad os lo agradezco pero me conviene comprar. Tengo una cuenta de ahorro para vivienda y debo emplearla y... puedo hacerlo. La cosa es que no encuentro nada que acabe de gustarme.

—¿A qué agencias has ido? —preguntó la tía Flora.

Había ido a un par de ellas que vi en el periódico. La tía dijo que eso no era arreglo; las casas mejores casi nunca llegaban a estar en los anuncios. Su amiga Nosecuántas tenía una nuera que tenía una hermana que, a su vez, tenía una agencia con otras amigas. Trabajaban muchísimo porque conocían a la mar de gente. Estaban muy bien relacionadas.

Dichosas ellas, pensé. Y dije: “¿No te importaría preguntar a tu amiga?”.

El mejor favor es el que se hace más rápido. Al minuto tía Flora estaba hablando por teléfono en plan eficiente. “A ver si le encuentran a esta niña una cosa en condiciones... que es mi sobrina. Sí, ya sé que se lo tomarán con el mayor interés. Muy bien, que la llamen aquí, se va a quedar todavía bastante rato. Entonces esperamos la llamada. Un abrazo muy fuerte... sí, tenemos que vernos. No, no, gracias a tí por ocuparte.” Volvía a su butaca con la satisfacción del deber cumplido.

—Ya verás como éstas te solucionan el problema.

—Ojalá. Estoy aburrída de buscar. Y me han enseñado cada asco... Es

una pérdida de tiempo.

—Espera y verás. Ya te he dicho que éstas conocen a todo el mundo.

Decía ‘todo el mundo’ con la misma entonación que mi madre, por lo demás no se parecían en nada. El tío Bernardo hablaba de inversiones y lo que debería pagar por metro cuadrado mientras yo asentía a todo, pensando que algunos metros cuadrados eran mucho más metrocuadrados que otros.

Antes de quince minutos me había telefonado una de las cuatro socias, Margarita. Hablaba muy deprisa y era simpática; me citó al día siguiente por la tarde en su diminuta oficina en un bajo de la calle Serrano.

Allí conocí a las cuatro primeras que trabajaban con otras cinco o seis agencias formadas por otros tantos grupos de señoras como ellas, bien vestidas, visiblemente ricas y mundanas. Ninguna parecía necesitar aquel trabajo. Margarita, la que me había llamado, era muy guapa, morena, menudita; llevaba un traje de chaqueta color de rosa que casi me deja sin respirar. Con aire eficaz, me aseguró que encontraríamos algo conveniente aunque no veía que yo tuviera mi criterio formado. Todas eran amigas, me dijo. Se comunicaban posibles negocios y se repartían las comisiones con arreglo a un baremo complicado que nunca se saltaban y les funcionaba de maravilla. En los días siguientes me fueron presentando a las demás, unas y otras se volcaron conmigo, no sabría explicarme por qué. Tal vez se volcaran con todo el mundo. Todas tenían Audis o Mercedes, todas eran jóvenes aunque mayores que yo, trabajaban sin parar, todas llevaban teléfonos móviles con los que hablaban constantemente, organizando visitas y entrevistas... o hasta daban órdenes a personas a su servicio. Todas debían de tener montones de dinero pero llevaban unas vidas más aperreadas que la mía. La verdad es que ellas se fascinaban por las casas; formaban una raza aparte, de la cual yo no había conocido antes a ningún ejemplar. Su interés por las casas no bajaba nunca. A veces, si yo iba a ver un piso, por ejemplo, con Sofía, Margarita o Misi se apuntaban: “Ah, yo también voy porque ése no lo he visto. No te importa, ¿verdad?”. Eran geniales.

Al principio me sentía apabullada con mi presupuesto pobretón y los conjuntos nuevos de Zara que me había comprado para quedar bien en la oficina, (con los que hasta entonces me había encontrado tan mona), frente a sus coches, sus Armanis, sus Pradas, sus Max Maras, sus Valentinos, sus Donna Karanes, Antonios Pernas y demás.

Cuando me hice amiga de Misi gané confianza en mí misma, me volví a sentir cómoda. Eso sí, me prometí secretamente asomarme por las tiendas de

la calle Serrano cuando estuvieran las rebajas.

No supe si las socias habían decidido que Misi se encargara de mí o si lo decidimos nosotras; la verdad es que se dedicó a solucionarme el problema. Dijo que no me preocupara porque encontraríamos. Casi todos los días a una hora o a otra me llevaba a ver algo y las mañanas de los sábados siempre teníamos varias visitas en perspectiva.

Con todas estas cosas llegamos a aquella mañana en que me dijo que no sabía pedir la luna.

—Mira, Constanza, este asunto lo vamos a tener que enfocar de otra manera. Tu trabajo está en Alcalá, ¿no? ¿A qué altura?

—Al lado de la Plaza de la Independencia. Es un piso alquilado en un edificio muy bueno. Llevan años allí.

—Vamos a centrarnos en los alrededores de tu oficina. Por lo menos lo más cerca posible. No tienes coche, ¿verdad?

—Tengo, en Sevilla. No me lo he querido traer hasta ver si me manejo en Madrid... No sé, a lo mejor le digo a mi padre que me lo venda.

Me pregunté cuánto tiempo pasaría antes de que Macarena se apropiara de mi Ibiza amarillo. Quizá me lo había cogido ya. Lo mejor iba a ser venderlo.

—Pero —seguí diciendo— mi novio prefiere que no compre ni en el barrio de Salamanca ni en la zona de Zurbano, Paseo del Cisne, Fortuny y todo eso.

—Pero ¿por qué demonios? ¿Porque son zonas caras? ¿Y él quién es para decirte dónde tienes que comprar? O es que te va a dar el dinero... ¿Vais a comprar a medias? Yo creo que es muy mala cosa....

Demasiadas preguntas. Era lógico que no entendiera nada. A aquellas alturas ya tenía bastante confianza para decirle la verdad.

—Mira, no digas ni media palabra de esto a nadie, por favor. Es que... es que está casado.

Ahí gritó. “¿¿CASADO?! ¡Por favor! ¡No me lo puedo creer!”

—Pues sí y, claro, no quiere que compre el piso ni cerca de donde vive él ni cerca de su trabajo. ¿Por qué no te lo puedes creer?

—Hija, es que no te pega. Eres joven, eres muy mona, tienes un buen trabajo, una buena educación y una vida agradable. No entiendo que te enredes con un casado. Como si no hubiera chicos de tu edad estupendos y libres...

—Pues así son las cosas.

—No, así no son las cosas, así las has puesto tú. Pero pueden cambiar y

espero que cambien. Eso no es decente, créeme, y tú también lo sabes.

Me había deprimido de repente. La silla del bar, de plástico, se me pegaba al cuerpo, la cerveza me había dejado en la boca un sabor amargo. Era uno de esos días madrileños en que no sabes cómo vestirte; por la mañana sales con frío y al mediodía te asas de calor. Misi con un jersey muy fino de color azul porcelana haciendo dibujos se veía tan fresca y planchada como si acabara de salir de una caja atada con un lazo. En la mesa de al lado una pareja ventilaba a gritos sus diferencias, molesta discusión, a base de ‘tú has vuelto conmigo porque Verónica te echó de su casa’. La gente que pasaba por Alonso Martínez me pareció feosa, cansada y de mal humor. Suspiré; Misi se dio cuenta.

—No te preocupes, que encontraremos un buen sitio. Pero vas a pensar primero en ti y en lo que te conviene a ti. Los novios van y vienen..

—Sí, puede ser... No sé...

El corazón se me hacía piedra de pensar que Francis se fuera de mi vida... no podía. En parte por él había dado el paso definitivo de venirme a Madrid y cambiar por completo mis costumbres.

—Mira, yo tengo que ir a mi casa ahora sin más remedio. Pero si quieres a las cuatro nos vemos en la oficina. Estaremos solas y tendremos tiempo y tranquilidad para mirar ficheros. Lleva el cuaderno verde.

En un cuaderno apuntaba los pisos que había visto. Quedamos así y nos fuimos cada una por su lado hasta las cuatro. Yo no tenía donde ir ni nadie a quien hablar. Miriam, la compañera del trabajo con quien compartía despacho, dedicaba sábados y domingos a su novio o sus padres. A comer no podía presentarme en casa de los tíos sin avisar, me daba apuro. Caminé despacio por la calle Génova para subir por Goya a Serrano. Al menos tendría la distracción de mirar tiendas. No podía llamar a Francis el fin de semana, estaba prohibido. Ni siquiera tenía el teléfono de su casa sino un móvil al que sólo podía recurrir en horas de trabajo, si fuera absolutamente imprescindible. Me pesaban las palabras de Misi, estaba claro que me censuraba y ella no era ninguna estrecha. Vivía con su novio pero era viuda y él soltero. Sabía por conversaciones anteriores que había estado doce o trece años casada, hasta que su marido se mató en un accidente de automóvil. Después pasó algún tiempo sin nadie y con este novio, que se había ido a vivir a su casa, llevaba dos años o algo así. A veces, me dijo, estaba un poco harta. Yo le había preguntado si pensaba casarse. “No tengo ningunas ganas”, me había respondido. “No lo veo. Fuera por él ya nos habríamos casado pero no me

decido. No sé si puede ser el hombre de mi vida, le falta... fundamento... Para mala experiencia ya tuve una”.

Aquel día me reí, diciendo que tener un voluntario para el matrimonio, tal y como estaban las cosas, me parecía genial. Pero eso de no saber si era el hombre de su vida lo decía como esperando que no lo fuera, que hubiera otro, el auténtico. Suspiré: unos tanto y otros tan poco. Yo lo único que quería era casarme con Francis... o, más honradamente, que Francis estuviera libre. Cruzando el lateral de la Castellana un coche me pitó iracundo, casi me atropella. Un señor bien vestido me regañó: “Niña, pero cómo anda usted tan distraída, no se da cuenta del peligro”. Qué fino, llamándome de usted. Me emparejé con él para cruzar el subterráneo que no me gustaba nada. Nunca pasaba por debajo de la calzada si podía ir por encima, de no haber andado despistada habría subido por la Castellana hasta un cruce.

Consideré si cambiarme de pensión mientras encontraba casa. La mía estaba supuestamente ocupada por diputados, se encontraba en la calle del Prado, materialmente a dos pasos de las Cortes, pero los huéspedes eran rarillos. Nunca cruzaba palabra con ninguno, salvo algún murmurado “bnsdías” Lejos de la oficina no quedaba; aun así...

Tenía que esperar que de alguna forma (prodigiosa) las cosas se arreglarían y podríamos llevar una vida más normal, sin tantas restricciones. Necesitaba un milagro y con franqueza no me parecía decente pedirle a Dios un milagro para que Francis se quedara viudo. No sé lo que esperaba, que su mujer se hartara de la situación y pidiera el divorcio, quizá, aunque conociendo a mi padre sabía que no aceptaría jamás un matrimonio civil. La vida íntima de la tal Matilde no podía ser, imaginé, muy satisfactoria si él estaba enamorado de mí y a ella sólo la toleraba... Yo no quería hacerle daño de ningún modo y tampoco quería saber mucho de ella; sólo al principio le había preguntado y los escasos detalles que tenía eran de entonces. Francis me dijo que a ella no le quitaba nada, de verdad. Seguía casado porque le daba lástima y eso yo debía comprenderlo.

—Tiene muy poca familia —me había dicho Francis—. Sólo su madre y no se lleva muy bien con ella.

—¿No trabaja? —pregunté, porque cuando se trabaja siempre tiene uno donde agarrarse. Pero ni eso, la pobre.

—En cosas sueltas. Uno de esos empleos a tiempo parcial... tampoco podría aspirar a mucho porque no ha hecho carrera.

Me extrañó: en otra ocasión me había dicho que era de familia muy



distinguida aunque sin dinero. “La tendría que mantener... y tampoco es que gane sobrado para dos casas... y eso no sería lo peor. Lo peor es abandonar a alguien que tiene tan pocos recursos y depende de ti para todo. Me da tanta pena...”

No hay batalla más perdida que la que va contra la apariencia de una virtud. A una persona la puedes convencer de que luche contra algo malo. “Mira no bebas, es un vicio horrible, te destrizas la salud, pierdes tu razón...” lo que sea.

Ahora, anda a convencer a alguien de que no sea tan bueno, tan compasivo, tan cariñoso con su madre, con su mujer o... Bah, son cosas imposibles, aunque tenga uno más razón que cien santos. Odio los defectos disfrazados de virtudes.

Subí, calle de Goya. Caminaría hasta un Café y Té que había muy cerca de la oficina de Misi, compraría un periódico, comería un bocadillo en una mesa solitaria. No me podía quejar. Tenía a los tíos y tenía una amiga estupenda que iba a abrir su oficina para mí solamente. Y tenía a Francis, claro.

A las cuatro estaba delante del portal de Serrano donde tenían la Agencia. Misi también fue puntual y, en las butacas tapizadas de lino color verde hoja seca, empezamos una revisión total de lo que había en el ordenador, dentro más o menos del presupuesto que yo le había dado, y en mi propio cuaderno. “Vamos a ver... —decía Misi mientras miraba la pantalla—. Éste, no... Paseo de la Habana, quiero recordar que es muy mono —le daba a la tecla para que imprimiese una ficha—. Caracas, sexto muy amplio...”

—Creo que lo he visto. ¿No es uno que le han sacado un comedor diminuto comiéndose el pasillo de la entrada?

—Sí, tiene bastantes pretensiones. A ver, Padilla, lo voy a imprimir también. Villanueva, mucha obra, Gaztambide, no me gusta para ti. Fortuny, Castelló, éste podría servirte.

Yo miraba el callejero intentando ver las calles que a Francis le parecerían bien. Misi pasaba totalmente de Francis. Hojeé también mi cuaderno. “Cea Bermúdez, aquí era donde había una echadora de cartas que quería vender medio piso”.

—No me digas. —Porque aquél no lo había visto con Misi.

—Sí, algo que ver con los espíritus, imagínate. Y el piso no era feo.

Misi continuaba: “Claudio Coello, es oscuro. ¿Martínez Campos, dos dormitorios?”

Aquél era muy bonito y no demasiado caro, pero estaba en la zona que mi novio no quería

—¿Qué va a decir Francis?

—No me importa nada lo que diga Francis. Bastante te habrá dicho ya.

—Pero, Misi, no quiero que le tomes manía. No sé qué quieres decir con eso de que bastante me habrá dicho ya.

—¿Te ha dicho que se va a divorciar pero todavía no porque ‘ella’ tiene que acostumbrarse a la idea? ¿Te ha dicho que ‘ella’ no lo entiende, que no hay nada entre los dos y ni siquiera duermen juntos? ¿Te ha dicho que se iría a tu casa si pudiera, sólo que no puede...? Claro que te lo ha dicho. ¿O es que te crees que yo no sé nada del mundo? Bueno, venga, perdona. Me fastidia muchísimo la idea de que estés liada con un hombre casado que, encima, seguro se estará haciendo la víctima. Vale, no es asunto mío.

Me callé. Todo eso me había dicho y muchas otras cosas del mismo estilo. Tenía razón, en parte, y aquello me dolía. También era mayor que yo. había estado casada... No me podía enfadar con Misi ni pensaba que no fuera asunto suyo. Debajo de la lengua tuve un grano de sal, qué amargura. Ella siguió. “Pero estamos aquí para trabajar. A ver. Lista. Ahí fue donde había una señora paralítica, que era la criada la que vendía el piso, aquello tenía mal aspecto. Diego de León, éstos eran un grupo de drogatas con pinta de músicos, o al revés. Argensola, demasiado grande pero es bonito. Goya arriba, creo que lo vimos, era de una señora con más de mil gatos. Ríos Rosas, que había una pareja peleándose por el dinero, aun antes de vender el piso. O’Donnell, altísimo y el ascensor se balanceaba. López de Hoyos, ¿te acuerdas de aquel señor con la cama y el sofá del salón cubiertos de muñecos de peluche?”

Levantó la cabeza, me miró. “¿Qué te pasa? ¿Estás molesta conmigo?”

—No, molesta, no —al fin empezaba a poder hablar—. Sí, me acuerdo de él. ¿Qué más hay?

—Cristóbal Bordiú.

—¿Era uno que tenía las paredes pintadas de color café? Que la dueña nos dijo que toda su familia eran marqueses. Lo más bonito era el suelo. Y yo ya no tengo nada. ¡Qué extraño mundo el de los pisos y sus dueños!

—Pero apasionante —dijo Misi—. Espera que saque un par de fichas más y vámonos a algún lado a tomarnos un café.

Tomamos café juntas, otra vez amigablemente, y luego nos separamos.

—No te preocupes —me dijo cuando me iba—. Te lo he prometido, que encontraremos tu casa.

## II

De repente resultó. Me llamó Misi a la oficina. “¿Puedes tomarte la tarde libre?”

—Puedo, si es para un buen fin. ¿Por qué?

—Tómatela porque ya tengo tu casa.

—No me digas. —Estaba tristona; Francis se había ido de viaje, iba a pasar tres días fuera, me pesaba. No podía prever que pasara algo bueno.

—Sí, ya verás. Nos entró ayer y por la tarde recogí las llaves y me asomé a verla. En cuanto abrí la puerta del piso pensé en ti.

No estaba nada convencida pero pedí más detalles. “No tengo tiempo de contártelo ahora —dijo Misi—. A las tres baja al portal y pasaré a buscarte. Iremos andando”.

—¿Es que está cerca?

—A unos seiscientos metros, creo yo. Así ves cuánto tardas en ir a pie.

A las doce fui con Miriam al bar donde solíamos tomar algo, a dos cuadras de la oficina frente al Retiro. Pedí pinchos de merluza, tortilla y una tapa de paella. Miriam me miraba extrañada. “Vaya saque tienes hoy, —dijo—. ¿No has desayunado o qué?”

—Es que no voy a comer. A las tres me recoge una amiga de la agencia para ver un piso. La verdad, los nervios siempre me han dado hambre.

—Tienes suerte de no engordar, —dijo Miriam.

—¡Pero si tú estás esquelética!

—Porque me cuido. Me encantaría poder hartarme de pasteles... alguna vez lo hago, aunque al día siguiente me tenga que quedar a fruta.

A las tres en punto vino Misi a recogerme. Fuimos sin prisas, cruzándonos de lado a lado en las calles para buscar el rayito de sol como hacen los perros. Por el camino me fue contando del piso.

—Te viene estupendamente para tu oficina, ya verás. Y, aunque admite muchos arreglos, ninguno tiene que ser inmediato. Puedes meterte en una semana.

Era, me dijo, de una señora mayor que vivía en Málaga. Lo había tenido alquilado durante varios años a un mismo inquilino, con una renta bajísima, hasta que se murió.

—¿Quieres decir que el señor se murió en el piso?

—Mmm sí, creo que sí. Eso no te importará, supongo.

—¿A mí? Yo qué tengo que ver. En todas las casas se habrá muerto gente.

—Claro. De eso hace dos años. Luego la dueña hizo nuevos el cuarto de baño y la cocina... algún armario empotrado... un arreglo para volverlo a alquilar. Esta vez le fue mal. Se lo alquiló a un tipo que lo quería para tener en él a una amiguita, era un hombre casado y...

Me sentí incómoda, sabía cómo pensaba Misi acerca del tema hombre casado, lo mismo que pensaba yo, en el fondo, sólo que mi caso era bastante excepcional. Pero me di cuenta de que lo estaba diciendo sin reticencias.

—Parece ser que el tipo se hartó de la chica, que por lo visto era un estilo furcia histérica, y desapareció. Quedó ella, que no podía pagar ni quería marcharse y les ha costado lo suyo echarla de allí.

Entonces la señora de Málaga quería quitarse de problemas vendiendo el piso. Era ya mayor y estaba cansada de pagar a su abogado para que se ocupara del asunto.

Íbamos llegando. La casa estaba en una pequeña calle que desemboca en Príncipe de Vergara, una de las dos o tres calles oblicuas en esa zona dibujada con escuadra que es el Barrio de Salamanca. Calle del Pintor Morales, número veinticinco. El nombre ya me atrajo, por ser el mío, y el número veinticinco es un número precioso. Estaba en uno de los sitios que Francis no quería pero, pensé, era un barrio muy grande. La fachada de la casa, de ladrillo tan desvaído que se veía casi rosa oscuro, tenía balcones enmarcados de piedra blanca con barandillas de hierro haciendo dibujos de volutas. Había una entreplanta y cuatro pisos encima, el último un poco abuhardillado. Diez vecinos, pensé, posiblemente chismosos.

Misi abrió el portal con su llave. “A estas horas no están en la portería pero hay una portera gorda simpática”.

Tuvimos que tantear un poco la pared hasta dar con la luz del portal.

—Fíjate en el ascensor, debe de tener cien años. No sé cómo habrán conseguido conservarlo.

—Espero que el mecanismo no tenga cien años también, —dije porque la luz se había vuelto a apagar y en el ascensor había sólo una mísera bombilla saliendo de una lamparita de vidrio blanco casi opaco— ¿Qué piso es?

—El tercero, la entreplanta tiene el número uno.

Bueno, siempre podría subir andando. Misi abrió la puerta del piso y se adentró para abrir las ventanas que tenían postigos de madera pintada de blanco.

Fue como ¡zas! un flechazo. Hasta aquel mismo instante yo no había sabido bien lo que quería y ahora lo sabía de repente. Quería aquel piso sin

dudar. “Misi, dije con voz muy delgada, esto es pedir la luna”.

—Ya te dije que había encontrado tu casa. ¿Tenía razón o no?

—Sí, sí, sí. Pero ¿cuánto cuesta?

Me lo dijo y cogí una bocanada de aire, lo aguanté dentro un poco sin respirar. Luego resoplé.

—Claro. Es la luna pero no puedo tenerla. No tengo ese dinero.

—Tonterías. Nadie tiene todo el dinero. Tienes un buen trabajo. No te van a echar, ¿verdad?

—No creo. Y sería espantoso. Pero la oficina va muy bien.

—Pide una hipoteca por la cantidad que te falta. Si quieres te la podemos tramitar nosotras.

—No, eso puedo hacerlo yo, en la oficina se han conseguido préstamos para los empleados en buenas condiciones. Pero es que... nunca he tenido deudas y me agobia muchísimo.

—El dinero está barato. Y, mira, si tú no lo quieres, lo voy a comprar yo como inversión. Está fenomenal, si lo ponemos a la venta no durará una semana. La cliente ha puesto el precio y tiene prisa.

Recorrimos el piso. Recibidor, salón y puertas correderas dando a otra sala más pequeña. Pasillo, comedor, cocina y detrás un dormitorio pequeño con cuarto de ducha. Del otro lado del pasillo, dormitorio principal, un cuarto de baño grande, otros dos dormitorios. Estas cuatro últimas habitaciones daban a un patio de manzana amplio y soleado. No me lo podía creer.

—Fíjate —seguía diciendo Misi—, la tarima hay que arreglarla un poco pero es buena, este pino antiguo ya no existe. Las puertas están muy bien. Las molduras en el techo son las originales...

Enumeraba mientras que yo temblaba como un perrito chico con frío.

—Misi, es que no sé si puedo... O sea, sé que no puedo.

¡Ni siquiera podía llamar a Francis para pedirle su opinión!

—No sé qué hacer, —repetí angustiada.

—Pero el piso te gusta o no.

—Cómo que si me gusta... lo tiene todo. La orientación... ese sol entrando por las ventanas, espacio, todo. Nunca encontraré algo que me guste tanto, pero no sé si debo embarcarme.

—Fíate de mí, que entiendo de esto. La economía va a toda vela y los pisos van a doblar de precio por lo menos. Si no lo compras tú lo voy a comprar yo, lo veo super claro.

Aquella misma tarde hizo Misi una oferta a la dueña y a los dos días

pagamos la señal. Las sesenta horas que pasaron desde que decidí “Lo compro”, hasta que firmamos un contrato y entregué el primer cheque casi me costaron una enfermedad de los nervios. No podía dormir, no dejaba de pensar “me lo quitarán, alguien ofrecerá más dinero, la dueña se arrepentirá”, a la vez que barajaba números pensando lo poco que me iba a quedar para vivir y el frío que iba a pasar sin abrigo en el invierno de Madrid. Aparte, me endeudaba para diez años. Tantos anuncios como había leído en los periódicos y en las fichas de Misi y no me había dado cuenta del drama en cada uno de ellos. Detrás de cada casa que se compra y se vende hay un propietario amargado porque lo que vende es más mono o más cómodo o mejor que el sitio donde se va a vivir. Además teme estar vendiendo barato y generalmente tiene que pagar un montón de dinero a una agencia que, siempre piensa, no ha hecho nada para ganárselo. Y hay un comprador aterrorizado dando vueltas a la idea de si estará acertando o no, si le reventarán las cañerías o el techo se derrumbará sobre su cabeza, si no es un disparate haber pedido un préstamo tan alto... Vaya, detrás de cada anuncio había argumento como para un tango argentino. Lo admirable era que se comprara y vendiera tanta propiedad.

Como Francis no estaba en Madrid decidí no contarle nada hasta su vuelta para darle la maravillosa sorpresa de que ya teníamos casa. Estábamos almorzando en el Vips al día siguiente de su llegada cuando se lo dije.

—Constanza, constancia, —dijo Francis con una sonrisa.

Me mordí los labios. Acababa de pasar unos días difíciles. De pronto me veía con la excitación de haber resuelto mi problema y el temor de, quizá, haberme arriesgado de más.

Contenta, pero nerviosa, asustada pero con ilusión, no quería juegos de palabras aunque vinieran de Francis que tenía la disculpa de trabajar en publicidad.

Y con mi nombre, menos. Tenía poca gracia para mí andar por este mundo llamándome Constanza por culpa de mi madre y de una absurda canción que ella solía cantar de niña. La dichosa tonadilla hablaba de Portugal, Inés de Castro y qué sé yo. La Constanza en cuestión creo que se moría de amor, cosa que a mí por suerte no me iba a ocurrir jamás, ni en mi momento más romántico. Ni en el más trágico puesto que había sobrevivido a la traición de José Luis y no sólo no me había muerto sino que tenía otro novio deslumbrante que era Francis, ahí sentado enfrente de mí, comiendo. Debe de hacer un montón de años que ocurrió la última muerte por amor, pensé, porque es que ahora hay mucho donde elegir.

Volviendo a los nombres, mi hermana cargó con Macarena, por un ataque de fervor semanasantero de mi madre, y llevaba una racha fatal también por una canción. A lo que pocas de nosotras sobrevivimos es al daño que nos hacen nuestras madres.

La mía, por ejemplo, nunca perdonó a la suya que la llamara Juanita, nombre que le parece demasiado prosaico, y fue la causa, o una de las causas, de que su autoestima estuviera siempre por los suelos. La autoestima de mi madre ocupa en nuestra casa más sitio que el sofá grande de la sala, tapizado de terciopelo de algodón gris. Esta autoestima rebajada también tuvo la culpa de que se casara con mi padre frustrando así una vida que hubiera podido ser de mucho brillo. Fallo del que todavía no se ha recuperado ni es fácil que ya se recupere porque han pasado de su boda casi treinta años y viven en Sevilla donde, según ella, “nos conoce todo el mundo”. Mi padre sumaba a sus muchas imperfecciones la de no haber heredado dinero de mi abuelo que tenía un buen pasar. Mi madre decía que él había dejado que se llevara todo abuela Joaquina y, al morir ella, su hermano mayor, el tío Alfredo. Estas y otras quejas solía hilvanar mi madre con o sin pretexto entre los escombros de su autoestima.

—No aprietes, la boca, belleza, —siguió diciendo Francis que mientras yo pensaba estas cosas, y hay que ver lo veloces que van los pensamientos, había estado apartando con cuidado la grasa de la chuleta de ternera que tenía en su plato. Masticó despacio un bocado, tragó y aclaró: “Lo que quiero decir es que siempre vas a conseguir lo que te propongas porque eres muy constante. Yo estaba seguro de que encontrarías lo que buscabas, como te he dicho muchas veces”.

—Pero durante semanas ha sido una especie de pesadilla, —dije. Y pensé: por qué serás tan guapo y atractivo hasta comiendo esa chuleta.

En verdad era poquísimamente romántico ver a un tío quitando todo el colesterol de un buen trozo de carne, manejando el cuchillo como si fuera un bisturí. Pues Francis se las arreglaba para que me dieran ganas de abrazarlo y estrujarlo. Dios mío, lo que me gustaba.

Había algo ligeramente vergonzoso en dejarse seducir por un hombre estupendo. Porque ahí no cabía disculpa, no te podías decir a ti misma que te atraía su inteligencia, sensibilidad, educación, sentido del humor... Lo que estaba a la vista a la vista estaba y nadie podía negarlo. Miré a mi alrededor el VIPS que me sabía de memoria; bastantes días habíamos almorzado allí.

—Te ha costado más porque siempre sabes lo que quieres y, claro, es

más difícil. Pero ser constante es una gran cualidad, —volvió a decir sin desanimarse.

“Estás siendo muy injusta, —me regañé a mi misma—, mezquina, eso es”. No sólo era un tipo guapísimo, además del físico tenía un carácter encantador y solía decir cosas que le hacían a una sentirse valiosa y apreciada. Ningún parecido con el pazguato de José Luis, mi anterior.

—Esta tarde voy a ver todo lo necesario con la señora de la agencia, —dije— ¿No podrías venir y opinar sobre los arreglos? Querría que quedara a tu gusto.

—Tú tienes mucho gusto, seguro que lo que elijas estará bien. Y las señoras de las agencias son una pereza. Conozco a más de una.

—Ésta es muy simpática. Nos hemos hecho íntimas amigas. —Si supiera que nos hacíamos confidencias seguramente se molestaría, así que no dije más.

—No, no. De señoras de agencias no quiero saber nada, ni el Santo de su nombre. En cuanto acabe de comer tengo que salir pitando, he quedado en ver a unos clientes.

—Lo siento. Me encantaría que lo viéramos juntos, —dije de corazón—. Pero comprendo que tienes mucho trabajo y otras obligaciones. ¿Te parece si pinto el salón de amarillo? Y si consigues que el camarero te mire pídemme un café.

—¿No quieres postre? —Francis miró su reloj.

—No quiero postre, gracias. Tienes prisa ¿verdad?

—Pelín, contestó volviendo a sonreír, con un cúmulo tal de insinuaciones y connotaciones que se me alegraron las campanillas al instante. No pude acercarme a él ni tomarle una mano siquiera, en un sitio público y tan cerca de su oficina teníamos que comportarnos como simples compañeros de trabajo con intereses comunes que no incluyeran el que de verdad nos interesaba a los dos. Pero del color del salón no me había dicho nada.

—Es muy simpática la señora de la agencia —repetí, cuando Francis terminaba su café—. Me va a ayudar en todos los arreglos. Particularmente, quiero decir, sin cobrarme.

—Estupendo. —dijo Francis dejando el dinero de su comida en el platillo. Luego, sin un beso siquiera, murmuró: “Nos vemos luego en tu pensión” y se fue con aire de mucha prisa. Debía de tenerla porque ni siquiera pidió la nota para desgravarla después.

Saqué la polvera con calma, me atusé un poco el pelo, miré mis dientes no fuera a llevar una brizna de ensalada, me di un poco con el lápiz de labios y



salí despacio porque tenía tiempo de sobra.

Había tomado el día libre en la oficina, la mañana se me había ido entre el banco y la notaría. Faltaban cuarenta minutos para la hora de mi cita con Misi delante del portal del número veinticinco. Paseé por el barrio para que él y yo empezáramos a conocernos. Iba cavilando en la visita de Francis a la tarde, me quedaban pocos días de recibirlo en la habitación alquilada, menos mal.

Y bueno. Por primera vez en mi vida había conseguido salir de casa de mis padres, sin anestesia ni preparaciones al parto sin dolor, porque habían venido las cosas, unas buenas y otra malas, rodadas. Rodadas, que no fáciles. Hasta entonces no había salido de Sevilla más que los veranos, en que nos mandaban inexorablemente a Inglaterra. Allí vivíamos con una familia, cerca de Londres y asistíamos a un colegio local. En Sevilla nací y viví, en la Facultad de Derecho de su Universidad hice mi carrera, allí encontré mi primer novio y mi primer trabajo. El novio me había dejado, el trabajo no. Llevaba en él tres años, estaba contenta. El Jefe, Carlos Martínez, y mi jefa inmediata, Conchita Osuna, eran buena gente y siempre me trataron bien. Era una empresa de tamaño mediano con tres oficinas, Madrid, Sevilla y Valencia. Nos ocupábamos de asesorar inversiones en el extranjero, o de extranjeros en España, de importaciones y exportaciones y en general de trámites de negocios. Un trabajo entretenido y diverso.

A mediados de Febrero, cuando se estaban mandando las invitaciones para la boda de mi hermana Macarena, me llamó Carlos Martínez a su despacho. Hacía falta una persona en la oficina de Madrid y se le ocurría que quizá un traslado podría convenirme. Además había un curso que sería interesante hacer. Ellos me pagaban el curso, el hotel, los billetes, todo.

—He pensado que quizá te vendría bien quitarte de en medio una temporada. Sé que has tenido algún disgusto con la familia últimamente y...

No quería hablar de aquello. Me mortificaba pensar que la gente todo lo sabe de uno y lo comenta todo. “No te preocupes, no es nada grave —dije—. No tiene ninguna imp... impor... por-tancia”. Y rompí a llorar como si se hubiera roto el muro de un embalse y el agua saliera en plan de sálvese quien pueda.

Antiguamente los señores llevaban un pañuelo muy bien planchado en el bolsillo exterior de sus chaquetas, dejando asomar una punta. Lo había visto en una película preciosa a la que fuimos, en un club privado porque se proyectaba con un motivo benéfico. Era en blanco y negro y el protagonista se

llamaba Gregory Peck, un señor estupendo de guapo. Él sacaba un pañuelo, lo desdoblaba con un gesto elegante de la muñeca, y se lo ofrecía a la apenada muchacha con las cejas depiladas y el peinado raro. Pero entre Carlos y yo no había tanta familiaridad.

Han cambiado las cosas. Carlos salió al cuarto de las secretarias, volvió con una caja de Kleenex. “Vamos, vamos —dijo—. No lo tomes así. Tranquilízate, mujer; son cosas que pasan, le pueden pasar a cualquiera “.

Lloré, moqueé, me soné. No que estuviera mucho rato pero Carlos esperó, sin seguir con su argumento hasta que me hube tranquilizado. Luego continuó. Era una buena oportunidad para mí. Significaba una promoción aunque los primeros meses sin subida de sueldo. La cosa era que yo no quería ir, pensaba buscar un apartamento en Sevilla. En Madrid no conocía a nadie, más que a los tíos, muy cariñosos pero no era suficiente. Me iba a encontrar perdida, más sola, con la moral más baja. No me parecía solución huir de los problemas porque los problemas pillarían el mismo tren que yo en la estación de Santa Justa, vendrían conmigo a donde yo fuera. Discutimos, yo sin ganas; Carlos empeñado en animarme. Llamó a Conchita para hacer más fuerza.

Al final llegamos a un acuerdo. El curso lo haría de todas maneras; aun si me quedaba en Sevilla, convendría que aprendiera una serie de cosas, como ‘puesta al día’. Después podría elegir.

—Así lo decides con toda tu calma, pesando bien pros y contras. Conste que no tengo interés en perderte sino todo lo contrario. Si te propongo esto es por tu bien.

Que Dios te lo pague, pensé fervorosa, eres un verdadero hombre bueno. Estuve a punto de abrazarlo pero no me atreví. Tenía por lo menos cuarenta y cinco años, imponía un respeto, y era hombre de gran sobriedad, como si fuera un fraile. La gente en la oficina murmuraba que tenía una amiga, su mujer llevaba años internada en un psiquiátrico, pero yo no lo creí nunca. Era un ángel.

Poco después tomé el Ave para Madrid con una maleta recién comprada y ninguna ilusión en perspectiva. Me habían sacado billetes en clase Club, un lujo que no me correspondía y era otra prueba del buen corazón de Carlos.

En el asiento de al lado iba Francis. Dios mío, qué flechazo más inesperado y terrible. Recíproco, según me dijo después. No habíamos llegado a Córdoba y prácticamente éramos íntimos. A la altura de Puertollano, habiendo comprobado que no llevaba ningún anillo, me juré que era el hombre más atractivo del mundo y que sería una idiota si lo dejaba escapar. En Ciudad

Real le había contado toda mi vida, incluyendo la traición de José Luis, mi novio. El viaje se nos hizo cortísimo y eso que nos cundió, tuvimos tiempo de tomar varias copas que además eran gratis. Yo hablé muchísimo más que él, era muy reservado, y todo lo que le contaba parecía interesarle. Hasta en la cena que nos sirvieron estábamos de acuerdo, los dos comimos los huevos revueltos con salmón y el pollo en salsa y nos dejamos la ensaladilla rusa y el pastel de chocolate que, la verdad, tenía una pinta regu.

Francis tenía su auto aparcado en la estación de Atocha; me llevó al hotel de la Castellana donde me habían reservado alojamiento. Allí mismo se iban a celebrar las jornadas de puesta al día. Me acompañó a recepción y se quedó hasta que me llevaron a mi habitación. Nos despedimos dándonos la mano con un apretón largo y a los cinco minutos me llamaba para ver si estaba bien instalada y darme las buenas noches.

Soñé con él por supuesto, en un sueño donde se mezclaba con José Luis, Carlos, don Antonio el párroco con el que solía confesarme y desahogarme, todo tan confuso que no lo disfruté. Me llamó al día siguiente y al otro y al otro... salimos todas las tardes después de mi curso, cenamos, charlamos, fuimos a bailar. Al cuarto día subió a mi habitación; los dos sabíamos que iba a ocurrir algo irremediable y que para mí sería la primera vez a pesar de haber tenido novio tantos años. Fue justo antes de irnos a la cama cuando sacó un botellín de hysqui de la nevera y bebió, luego me dijo que estaba casado. No tenía nada en común con su mujer, no se comprendían, no se llevaban bien, ni siquiera dormían juntos. Pensaba divorciarse pero lo había ido retrasando para no hacerle daño a ella. Me pareció muy honrada su forma de decírmelo. Le pregunté si en vez de divorciarse no podría pedir la nulidad de su matrimonio. Se quedó muy serio, lo pensó unos instantes. “Estoy casi seguro de que sí”, dijo después.

Innegablemente saber que estaba casado fue un golpe muy fuerte para mí. Pero para entonces estaba fuera del bien y del mal, volando bajo, sin apoyar los pies en el suelo. No tenía defensas.

En la semana larga que duró el curso nos vimos todas las noches. Cuando volví a Sevilla le dije a Carlos que había decidido aceptar su ofrecimiento. Aquel año la Semana Santa iba a caer temprano, Jueves Santo el uno de Abril, y la Feria enseguida detrás. No vería ninguna de las dos cosas ni tampoco los jacarandás en flor. Todo el mundo estaba excitado con la anticipación de las fiestas cuando me despedí de mi tierra y de mi gente y tomé el camino para la Capital.

### III

Casi el único arreglo que emprendí fue la pintura, un lavado de cara medio chapuza. Misi me mandó a un operario barato, un verdadero anciano que debía de haber sido guapísimo en sus buenos tiempos. Muy delgado con el pelo blanco y los ojos del azul oscuro un poco violeta que llevan por dentro los sobres caros. Tenía el aire aristocrático de un duque inglés de película, imponía, hasta que abría la boca. Venía con un nieto que le servía de ayudante, un coleguilla renegrido como de diez y seis años con coleta y pendiente. Qué gente más dispar, pensé, el viejo debía de sentirse como un flamenco a quien su esposa presenta una cría de grajo. Entre los dos dieron a toda la casa una capa de temple blanco, y amarillo pálido como paja de trigo en la entrada y los dos salones, en dos fines de semana. El abuelo también me arregló un par de defectos en el suelo y algunos picaportes, sabía de todo. Me dijo que podía venir cuando estuviera instalada a colgarme los cuadros, a lo que no me decidí a contestarle que no tenía ninguno.

El segundo fin de semana, con el olor a pintura flotando en las habitaciones, me trasladé a mi casa. En la oficina se portaron muy bien, dándome toda clase de facilidades. Curiosamente me había acostumbrado al cambio con mayor rapidez y satisfacción de lo esperable. El ambiente del trabajo era más agresivo y mucho más estimulante que en Sevilla; aquí había verdadera movida. Cuando dije que había encontrado piso todos me felicitaron; hasta el Número Uno, al que casi nunca había visto, vino a darme un apretón de manos y decirme —era broma— cuánto le alegraba ver que sus empleados eran ricos. Él sí debía de ser rico. Era uno de los dueños de la empresa, valenciano de cuarenta y tantos años, con una pared de su despacho cubierta de títulos, MBAs y demás papeles enmarcados de varias Universidades nacionales y extranjeras. Aquellos papeles decían Joaquín Vilaplana de Llorens, pero nadie lo llamaba nunca más que Chimo. En la mesa de despacho, enorme, reinaba una gran fotografía de su familia: señora guapa con muchos hilos de perlas y cuatro hombrecitos, como de cinco a doce años, muy peinados, caras despiertas, ojos grandes y aspecto de empezar empresariales pasado mañana y al otro ser aún más ricos que papá, hombre feliz. Él además de felicitarme me mandó una azalea blanca espectacular. Las plantas en maceta dentro de un piso, como los pájaros en jaula, me dan nervios. Me gusta la flor cortada, es la planta viva la que me hace sentir como claustrofobia. Y siempre viene forzada de un vivero, la riega uno poco o

demasiado, se acaba muriendo ahí, en decadente agonía delante de tus ojos. Pero era un detalle y se lo agradecí a Chimo de verdad.

Compartía despacho con Miriam y nos habíamos hecho bastante amigas. Me ofreció prestarme ‘un saco de dormir de matrimonio’, cosa que hasta entonces no había oído nombrar. Pues existía; su novio lo había comprado en Francia el verano anterior, era estupendo. Me trajo eso y dos almohadones grandes sobre los que se podía uno sentar en el suelo.

Arancha era nuestra jefa directa, una mujer alta, flaca, siempre vestida con trajes de pantalón en colores oscuros, extraña. De edad indefinible, tenía el pelo de un rubio casi incoloro, no se sabía si natural o teñido, como una muñeca de plástico. Llevaba esa curiosa melena hasta los hombros, con flequillo, absolutamente recto y tieso; parecía cortado con cizalla. Y encima de aquel pelo de nylon una diadema como las niñas chicas. Los ojos eran grandes glaucos, verdosos; usaba a todas horas enormes gafas de miope con montura transparente. Por el amor de Dios, dije a Miriam, por qué no se operaba. Ya nadie llevaba gafas así.

—Es una tía rara —dijo Miriam—, no tiene amigos en la oficina y yo creo que en ninguna parte. Nunca habla de ella ni de casi nada personal. Nunca ha tenido novio. Funciona como un ordenador, lo hace todo perfecto y, si trabajas bien, te respetará y se llevará bien contigo. Sólo le importa el trabajo.

—Que sepamos. —Dije. Y ya me debía de estar respetando porque, además de decirme “me alegro mucho” me preguntó si necesitaba algo. Y no, muchísimas gracias. Ah, entonces lo tenía amueblado. No, no, no tenía ningún mueble pero ya los iría comprando. Miriam me prestaba un par de cosas... mis necesidades no eran tantas por el momento...

—¿Aceptarías una modesta contribución a tu ajuar?. Hasta hablaba raro.

—Ah... claro, desde luego, cualquier cosa, muchísimas gracias, pero no quisiera que...

Se había ido. Pero la víspera de mi ‘mudanza’ llegaron al piso cuatro sillas de plástico nada vulgares, preciosas. Las coloqué en la cocina donde había, seguramente dejada por el inquilino difunto, una buena mesa de madera con cajones y tapa de mármol blanco y un escabel también de madera que fue promocionado a mi dormitorio. Cuando fui a darle las gracias, Arancha simplemente sonrió como si apenas supiera de qué le estaba hablando. Luego Miriam, que inexplicablemente lo sabe todo, tal vez porque no lee más que revistas, me dijo que las sillas eran de un diseñador italiano carísimo. Así que cuando llegué en un taxi con las cosas prestadas por Miriam, la azalea, unos

bombones regalo a medias de Ramón, otro compañero, y Tere, nuestra secretaria, mi ropa y un paquete recién comprado que contenía toallas y un juego de sábanas, pensé: la verdad, hoy no me cambio por nadie.

Antes no había tomado postura sobre el derecho a la propiedad privada; desde el momento en que entré en el piso y paseé por mi propia tarima de pinomelis con sus defectos más o menos disimulados, me convertí en defensora firmísima de un sistema que permitía aquello. Todo el mundo debería tener su propia casa, me dije, aunque no la pudiera pagar. Ahí estaba yo, arruinada y feliz.

La hornilla de gas petardeaba un poco; vinieron de la compañía a revisar la instalación y poner el contrato a mi nombre. De paso dictaminaron válvulas y cosas; todo costaba una pasta o ya estaba tan tiesa que cualquier gasto me daba miedo. Y necesitaba comprar una cama, como fuera. El amor era muy bonito y estupendo pero Francis no iba a aguantar mucho tiempo en el suelo. No era lo bastante deportista ni lo bastante joven, además eso acababa hartando a cualquiera. Miré camas en varias tiendas, todas eran carísimas. Pregunté a Misi y me prometió llevarme a Ikea, afueras de Madrid. Pero al día siguiente me volvió a llamar para decirme que había visto un par de camas muy baratas en una sala de subastas. “Yo voy a ir de todos modos así que no me cuesta nada pasar a buscarte con el coche”.

Estaba emocionada; aquella iba a ser mi primera subasta. Me arreglé con tanto cuidado como si fuera a salir con Francis y me sentí un poco culpable cuando él me llamó en el último momento porque había quedado inesperadamente libre y venía para casa. Tuve que decirle que no viniera y se molestó un poco. “Voy con una amiga a comprar una cama, expliqué. Nuestra cama”. Esto lo hizo conformarse, debía de estar hasta la coronilla del saco de dormir.

Misi se reía cuando se lo conté.

—Les viene muy bien un no de vez en cuando.

—Yo creí que tú quizá vendrías con el Voluntario.

—No, no, déjate. Prefiero ir sola a cosas de mi casa.

—¿Es ‘tu casa’? ¿Sólo tuya?

—Sí, es la mía, Luis no ha puesto nada ahí. Por lo demás él tiene un apartamento pero lo ha alquilado. ¿Estás lista? Nos conviene llegar con tiempo para que veas las cosas antes de que empiece la subasta.

La sala estaba detrás del Retiro, no lejos de mi casa. Al principio no distinguía nada; las habitaciones, muy grandes, estaban materialmente

abarrotaadas de muebles, espejos, cuadros, platería y cualquier clase de objetos. Poco a poco empecé a centrarme y a ser capaz de ver.

Empezó la subasta y me divertí una barbaridad. Levanté las manos varias veces con el cartel de mi número, en cada una de ellas se me venía el corazón a la garganta. Misi, gracias a Dios, me sujetaba. A pesar de eso me adjudiqué una cama lacada de color crema con cabecero de rejilla, para nada lo que pensaba comprar pero salió muy barata, un perchero-paraguero para el recibidor, un espejo con marco dorado, que no me hacía maldita la falta pero era precioso, y una pasión por las subastas que no podría satisfacer hasta que no hubiera pagado mi hipoteca. Se me fueron dos juegos de sillas que subieron demasiado, un sofá y alguna otra cosa. A Misi se le escapó un cuadro, por el que había ido en realidad; se había puesto un tope y de ahí no quiso subir. No entendía que me hubiera comprado aquel espejo.

—¿No habría sido más sensato tener primero los muebles?

—Pero me los han pisado. Además, ¿qué es un sofá y unas sillas?

—Bueno, siéntate en tu espejo. —Dijo riendo.

—El adorno fue antes que el vestido, ¿verdad? Quizá mi tía pueda prestarme alguna cosa para sentarnos mientras me recupero. Y, honradamente, se me fue la mano. Me entusiasmé.

—Menos mal que tienes la cama y ha sido una auténtica ganga. Ahora sólo te queda el colchón y... a disfrutarla.

—No seas maliciosa.

—¿Maliciosa yo? Todo lo contrario.

Era verdad, pensé, mientras esperábamos a hablar con un transportista que me llevaría todo a casa. “No sé que hubiera hecho sin ti en estos últimos meses, —dije, aunque esto ya se lo había repetido varias veces—. Has sido un Ángel de la Guarda”.

—Por lo menos hoy, desde luego. Si te dejo te compras media sala. ¡Qué loca!

—Reconoce que mi espejo es una maravilla.

—Es ideal. Y ha sido un golpe de instinto porque la verdad es que de esto no sabes mucho. A mí me encanta el Luis diez y seis.

—Yo no entiendo de Luises, no sé nada, nunca he ido a subastas ni anticuarios, pero no podía dejar que se me escapara.

—Casi tengo rabia de no haberlo visto yo primero... No, que lo he dicho de broma. ¡Se te ha cambiado la cara! Que era una broma, tonta.

—Es que si lo quieres te lo cedo. A mí en realidad no me hace falta y si

te lo quedas tú, igual no se nos ha escapado.

Misi me miró un poco extrañada. Preguntó si de verdad se lo cedería.

—Pues sí, por supuesto. Quédatelo. Es lo menos que puedo hacer después de todas las cosas que tú has hecho por mí. Me has ayudado en todo.

—Constanza, yo estoy tan contenta de ser amiga tuya como puedas estarlo tú. No tienes que agradecerme nada.

—No es igual para ti. Tú tienes en Madrid un montón de amigos.

—¿Y tú no?

—Yo qué voy a tener. Un par de compañeros... Miriam que es simpática, Ramón y alguno más de la oficina. Amigos ninguno... Francis, que no es exactamente un amigo.

Llegó el chico del transporte y quedamos con él. Ya nos íbamos; di una última ojeada a mi espejo. Misi se dio cuenta. “Es precioso, aunque se haya llevado el presupuesto del sofá o las sillas. A la larga se olvida el precio y lo bonito es lo que queda. Además es una buena compra y tienes el orgullo de haberlo descubierto tú y de haberlo peleado”.

—Ahora a ver lo que como hasta que me llegue la transfusión de fin de mes. Y cuando me llegue podemos ir a ese sitio, Ikea.

—Sí. El lunes te dejaré el catálogo, lo tengo en casa. Y en el trastero hay una mesa camilla... te la puedo prestar. Creo que tiene un metro veinte, así que caben seis. Sólo tendrías que comprar una tela y hacer las faldas.

Asentí. Felisa, la portera, me había dicho que si necesitaba cortinas o alguna otra cosa ella me lo podía hacer y me llevaría poco dinero.

Llegamos a casa, no podíamos demorarnos mucho porque Misi llevaba prisa. Eran casi las diez de la noche. Pero cuando iba a bajarme del auto me retuvo. Había un hombre en la puerta del número veinticinco. La calle estaba vacía y mal iluminada; se había fundido un farol.

—Espérate. No vayas tan decidida que esto es Madrid.

—Pero si lo conozco. Vive en el ático, creo. Es de la casa.

—¿Estás segura? No, no quiero asustarte. En realidad no te pasa nada si eres prudente. Y este barrio es bueno.

—Claro que estoy segura. Se llama Martin no sé qué. Martin, con el acento en la a. Conocí a casi todos los vecinos antes de mudarme porque hubo una reunión de propietarios. En uno de los áticos vive él y en el otro uno que se llama Manuel con su amigo que es chileno y se llama Charlie.

—Bueno, tengo que marcharme. Hasta pronto. Y enhorabuena por tus compras locas.



—Millón de gracias por todo. Chao.

Martin Bourne, de repente me acordé de su apellido, me había visto y me esperaba con el portal abierto.

—Hola, buenas noches. No sabía si tenías la llave.

—Sí la tengo —sonreí—. Muchísimas gracias de todos modos.

Tenía pinta agradable. Pelo claro, ojos azulgris, alto, con una camisa polo amarilla y pantalones de pana también amarillos. Me dijo algo un poco raro.

—¿Tienes cena en tu casa?

No entendí si quería que lo invitara o qué. “Pues... pan y mantequilla, me temo que poco más. Quizá un poco de mermelada y una lata de bonito. Si quieres...”

—¿Vamos a comer algo en la cafetería de al lado? Está a dos manzanas y media, en Príncipe de Vergara. —Y, como viera que yo echaba una mirada instintiva a mi bolso, aclaró—: Te estoy invitando. Buena vecindad y todo eso. Y es viernes, yo no tengo plan y quizá tú tampoco.

Era verdad. Los viernes todo el mundo hacía algo por la noche. Francis tenía una cena; hasta el domingo, como pronto, no lo vería.

—Bueno, estupendo. —Acepté contenta de no acabar más triste que un ciprés un día que había sido emocionante. Un día en que nadie estaría cenando aburrido y solo en su casa. En realidad a mí me encantaba quedarme en la casa pero por una especie de mimetismo extraño al pensar que todo el mundo estaba en la calle quería salir también. Y tenía ganas de hablar. “Menos mal que mi amiga no me veirme contigo, dije riendo. No hace más que advertirme de que esto es Madrid y yo no estoy acostumbrada a sus peligros”.

—¿Y lo estás o no? —preguntó Martin.

—No creo que sea muy distinto de Sevilla. —dije con alguna suficiencia—. Estoy acostumbrada a vivir mi vida.

La verdad, jamás había ‘vivido mi vida’ y estaba empezando a acostumbrarme; no sé por qué se me ocurrió aquella bobada de hacerme pasar por una mujer de experiencia. Martin dijo que había que evitar siempre el contacto visual con la gente de pinta rara y mejor aún con todos los que anduvieran por la calle. “Tú vas a lo tuyo sin mirar a los demás, ni hablar con nadie. Si te siguen entra en una tienda o una cafetería y procura saludar con la mano como si te estuviese esperando alguien”. Pero, igual que Misi, me dijo que el barrio era tranquilo. También me preguntó si estaba contenta en mi nueva casa.

—Sí. Muy contenta.

—Bravo.

Lo miré sin comprender.

—¿Por qué bravo?

—Porque hablas muy bien.

—Normal. Soy española.

—Ya, yo soy inglés.

Ahí debí haberle dicho lo bien que hablaba el español y no sé por qué no lo hice. Sólo se le notaba un poco que era extranjero en las eses, como a casi todos. Él siguió: “Quizá no te das cuenta viviendo siempre aquí pero los españoles cada día hablan peor. Hacía semanas que no había oído decir ‘sí’. Una respuesta simple a una pregunta simple. Ahora la gente contesta a todo “La verdad es que sí”. Es horrible.

—Puede que tengas razón. Me fijaré en adelante.

La calle estaba aún atascada de automóviles a aquella hora, los bares llenos. Martin dijo:

—Sí, fijate. Y también que nadie dice nada, todo se comenta. No saben lo que es comentar; cada vez se habla peor.

—Pero la lengua cambia, ¿no?, porque está viva. Mira como no cambia el latín.

—Viva está pero se empeñan en asesinarla.

Entrábamos en la cafetería, muy iluminada, con casi todas las mesas llenas. Siguió: “Ahora nadie dice adiós sino hasta luego. Como si se tuviera temor de las palabras, no fueran a ser definitivas”.

—O sea, que nos estamos amariconando. En aquel momento por desgracia vi a Charlie el chileno y a Manuel, los del otro ático, sentados en una mesa comiendo una pizza enorme entre los dos. Me entró una risa de esas de colegio, incontenible. “Eres muy mala”, —dijo Martin pero también él se había reído por la coincidencia. Los saludamos con la mano, me los había presentado un día en el portal Felisa la portera que era maestra de ceremonias y redactora jefe de la gaceta del número veinticinco.

—Se están peleando. —Murmuré.

—Se pelean todo el tiempo —dijo Martin— y, por cierto, tengo que decirles algo.

Nos sentamos, pedimos dos sandwiches y dos cervezas. Mientras nos servían Martin se acercó a la mesa de ellos.

Manuel era alto y flaco, moreno con el pelo muy corto y bigote. Tenía buenos huesos, se notaban en la barbilla y los pómulos, sin llegar a ser guapo.

Charlie parecía mayor, era bajo, rubiasco, de piel sonrosada y ojos celestes. Iba muy casual, pelo más bien largo, camisas de colores pálidos y tejanos del azul de sus ojos; era efusivo y simpático. Volvía Martin y me contaba. Rondaban por nuestra zona un par de cabezas rapadas; él mismo los había visto dos veces. “Y es raro verlos en este barrio... a menos que estén cambiando de cazadero. Pueden haber entrado por casualidad en un bar y haberse fijado en esos dos”.

—¡Qué mal! ¿Tú crees que les harían algo?

—Una paliza como mínimo. Esos tíos son unos bestias. Manolo quizá podría defenderse, ha hecho karate, según me contó un día. Pero Charlie, el pobre...

—Sí, es bastante alfeñique.

—Me gusta esa palabra.

Trajeron las cervezas y los sandwiches que eran como de tamaño ahorro familiar, con cuatro pisos. Mientras comíamos Martin aclaraba un poco por qué se interesaba tanto por las palabras. Era hijo de inglés y española, su madre fue de lectora de español a Cambridge, allí conoció a su padre y se quedó. Había muerto de cáncer unos años atrás. El estudió también en Cambridge, Lengua y Literatura, y trabajaba como guionista de cine y televisión. Además hacía traducciones y diálogos.

—¿Así que tu eres el culpable de los horrores que oímos en la tele?

—¿Qué horrores? Te aseguro que no soy responsable de que la gente diga el clima cuando quiere decir el tiempo. “¿Cómo está el clima por ahí?” Qué barbaridad. Y hay ahora otra peor, la climatología o la meteorología. Inventos macabros de la ignorancia de la gente.

—Hay otros inventos macabros como “papá, te quieeero”. Ni un niño de dos años, aunque fuera idiota, diría eso.

—No veo por qué no.

—Porque no. Diría “te quiero mucho”. Con ese adverbio que pone las cosas en su lugar. Te quiero es para parejas o novios o... lo que sea pero gente enamorada.

Me miró con mirada de hambre; ahí debí darme cuenta de algo, pero no lo interpreté. Bueno, habíamos salido a comer. Con voz cargada de tensión dijo: “Constanza, me gustas muchísimo. O sin adverbio: me gustas”.

—¿Quieres que hablemos de ello?

—Desde luego. Me gustas de más; desde que te ví la primera vez no he podido pensar ni dormir ni....

—Oye, ¿tú qué te has imaginado?

—¿De verdad quieres saber lo que he imaginado?

Aquello se estaba poniendo imposible. “Vaya —dije enfadada—, pues no sabes tanto español después de todo. Mi pregunta quiere decir que con quién me has confundido. No sé si es costumbre tuya hablar así a una chica la primera vez que...”

—Espera, espera, princesa. Creo que es la primera vez que hablo de este modo la primera vez que salgo con una chica pero...

—¡Pero no estás saliendo conmigo! Por el amor de Dios, me has invitado a comer un sandwich. Buena vecindad, eso me has dicho, si no de qué iba yo a haber venido. Y no me llames princesa.

—¿No te gusto nada? Porque tú a mí me gustas una barbaridad; ésa es mi disculpa.

—Está bien, vale la disculpa. Tengo novio, sabes, de modo que...

—Si es el que yo ví anteayer en el portal del número veinticinco, ningún problema.

—¿Así que ningún problema? ¿Y tú qué sabes?

—Sé que pensé: éste es el novio de esa chica estupenda del tercero. Es posible que un día quiera pegarme pero no va a ser ningún problema.

En realidad yo tampoco veía a Francis pegándose por mí pero me molestó. Respiré con fuerza pensando una respuesta cortante. Una miga de pan tostado se me fue por mal camino. Tosí y tosí y estornudé, carraspeé y lloré. Martin, tengo que reconocerlo, se portó muy bien. Me frotó la espalda, me habló para tranquilizarme. En ningún momento pareció avergonzado, ni puso cara de que no iba conmigo.

Poco a poco pude empezar a respirar normalmente y sin ruidos angustiosos. Tuve que agradecerle su apoyo.

—Muchas... jrrremm... gracias.

—No hables todavía, princesa. Escucha: te pido perdón. Olvida lo que te he dicho desde mi frase “me gustas muchísimo”. Esa frase vale. De lo demás rehacemos el diálogo. Tú dijiste “¿quieres que hablemos de ello?” Y yo que desde luego, y dije... pero ¿qué te pasa ahora?

Empecé a reírme como una loca y vuelta a toser y a llorar. La gente de las mesas de al lado se volvía a mirarme; pensé que, en menos borde, estaba dando un número como el de Meg Ryan en aquella película “Cuando Mengana encontró a Fulano” pero no me podía detener. Martin desconcertado; debía de creerme totalmente chiflada, lo que me hacía reír más aún.

—Esa es, ja ja, otra de las frases de las películas —articulé por fin—. Siempre hay un momento en el que alguien le dice a la protagonista “¿quieres que hablemos de ELLO?”. No quería decir que tú y yo habláramos... ¡Oh!

Charlie y Manuel se acercaban a nuestra mesa a despedirse. Charlie dijo: “Acá ustedes se están divirtiendo en grande, parece”. Eso me hizo decirles que se sentaran un rato, sin mirar siquiera a Martin, a ver qué le parecía. Insistí: “Venga, sentarse, cuantos más seamos más nos divertiremos”. Me alegraba hacer amistad con la gente del número veinticinco, sobre todo con los más jóvenes.

—Qué bueno un poco de alegre compañía. Nosotros llevamos peleando toda la noche. —Charlie se sentó a mi lado.

—No creo que les interese. Manuel habló fríamente, colocándose en la silla que quedaba libre, circunspecto.

—A mí me interesa. —Dije. Era verdad, Charlie me caía super bien, era un encanto.

—Manuel es el clásico bruto eshpañol —dijo Charlie con cierta complacencia, exagerando el acento castellano—. No entiende el temperamento artístico.

—Claro que no entiendo. No entiendo que alguien deje de hacer algo que se ha comprometido a hacer simplemente porque se ha puesto a otra cosa y se le olvida.

—Bueno, —dijo Martin— depende de cuán importante fuera lo que tenía que hacer.

—Venga, contadnos de qué se trataba. —Dije.

Quizá echaba de menos mi vida de hija de militar vivida en casas del Ejército, rodeada de gente compañera, casi todos siempre deseosos de hablar y pendientes los unos de los otros. Tal vez aquello imprimiera carácter.

Charlie estaba feliz de nuestro interés. Contó que él era el encargado de comprar la comida y prepararla, siempre lo hacía y hoy se le había olvidado.

—Comencé a pintar y... me estaba yendo regio. Se me fue...

—Yo he estado trabajando todo el día porque llegó género nuevo, ni siquiera he tenido tiempo para almorzar. Llego cansado a casa y no había nada de comer. No nada preparado sino nada, punto.

—Punto no com —dije bromeando.

Manuel no se rió. Siguió, muy serio: “La nevera vacía, ni un yogurt. Y en la despensa dos botes de tomate y un litro de aceite. Más o menos”.

—Está furioso —dijo Charlie sin dirigirse a nadie en particular, como si

hablara al aire—. Nunca habla tan seguido si no anda alterado.

—¿Otra cerveza? —dijo Martin.

Y yo, para templar a Manuel:

—Mira, algo parecido nos ha pasado hoy a todos. Por eso estamos aquí. Ni Martin ni yo teníamos cena en nuestras casas, ¿verdad?

—Exacto.

—Si no me hubiera encontrado con Martin en el portal hubiera cenado pan con mantequilla.

—Yo tenía toda la intención de comprar un pollo. —protestó Charlie—. Iba a hacer un “fricassé” con estragón y vino blanco. Pensaba traer fruta y yogures. Pero al final hice algo mucho más valioso... si cierta persona fuera capaz de apreciarlo.

—Si las personas apreciaran tus cuadros, tú serías capaz de venderlos. Y no los vendes.

Manuel tenía que estar realmente enfadado para hablar así delante de mí, sólo me había visto dos veces. Charlie protestó con voz dolida, que no era justo. Martin intervino, me preguntó: “¿Y tú de dónde venías tan tarde? ¿De tu trabajo?”.

—Ah, no. Yo tengo un horario corto. Venía de comprar cosas en una subasta. Una cama preciosa, enorme y un espejo precioso, enorme.

—¿Para colocarlo encima de la cama? —preguntó Martin con un punto de mala idea.

—No. Para colocarlo en el salón. La segunda cerveza me daba buen humor, no pensaba picarme. Y Charlie acudía en mi defensa.

—¿Cómo se te ocurre? Ella es una niña bien, toda una señorita.

—Era una broma, Charlie.

—Sí, no te pongas dramático, —dijo Manuel.

Me preguntó dónde había comprado aquellas cosas. Él tenía una tienda de regalos, adornos, algunas antigüedades; entendía. Estuvimos hablando de subastas y de la vida en Madrid, el único de los cuatro nacido en la capital era Manuel; Charlie lo llamaba gato. Bastante tarde decidimos que era hora de dormir.

Fuimos paseando por Príncipe de Vergara, la noche clara y fresca, los ánimos calmados, de buen humor. Delante de la puerta de mi piso nos despedimos amigablemente, asegurando que nos seguiríamos viendo, y los otros tres siguieron escaleras arriba.

#### IV

Antes de trasladarme a mi casa, cuando iba por las tardes para dar un vistazo a los arreglos, Felisa me avisó de que había junta de vecinos.

—No tengo ningún interés en eso.

—Pero debes ‘de’ ir, —dijo Felisa.

Estoy convencida de que para saber por instinto la diferencia entre ‘debe’ y ‘debe de’ hay que haber nacido en Andalucía. De Despeñaperros arriba hasta algunos académicos se equivocan, así que no valía la pena corregir a la portera. Por otro lado, me gustaba su manera gallega de decir las cosas, el acento un poco cantado.

Tenía que ir, me insistió, primero para conocer a todos y segundo, para ella más importante, porque los hermanos Urgoiti querían echar a su marido.

—Yo sé que darás la cara por mí, neniña. Además eres abogado, ¿o no?

—No. Soy licenciada en Derecho, nunca he ejercido de abogado y de juntas de vecinos ni idea.

—Todo se aprende —dijo Felisa con decisión— con un poco de ‘práctica’. Mira, yo nunca supe bailar y ahora estoy aprendiendo. Baile moderno. Antes no tuve la oportunidad.

Debía de estar cerca de los cincuenta y seguro pesaba más de ochenta kilos. Tenía la piel muy blanca, manchada de pecas en la cara y los brazos. Solía ponerse faldas largas con vuelos, que no favorecían su figura, y colores pastel. La miré con admiración. “¿Y Segundo también aprende?”, pregunté pensando que el marido no tenía aspecto de estar para mucho zarandeo.

—No, qué va. Si no puede con su alma, coitadiño. Lo hago yo todo en esta casa. A las seis de la mañana ya estoy encendiendo la ‘calefacción’. Luego friego las escaleras de arriba abajo, eso es dos días por semana. Los otros días hago los pisos, dos que llevo. Y si vas a meter a alguien, el tuyo lo puedo hacer yo también.

—No sé... Sí, necesitaré algo de ayuda pero no sé cuántos días.

—Ya te diré yo lo que necesitas. Después hago la compra, cocino, coso para fuera y casi siempre soy yo la que estoy en la portería.

Era verdad. Lo que no entendía, que encima tuviera ganas de bailar.

El sábado era la reunión temprano por la tarde. Francis se disgustó, estaba libre a aquellas horas y en cambio después tenía que acompañar a su mujer. Con frecuencia teníamos aquel tipo de desencuentros, había que compaginar mis ocupaciones, lo de menos porque apenas tenía nada, (con lo cual cuando había algo lo pillaba desprevenido y se molestaba) con las suyas

y con las de la otra. Estuve a punto de dejar la reunión; al final triunfó la obligación sobre el placer. Fui al despacho de los abogados, que tenían los dos bajos y la primera planta entera. Don Julián, uno de ellos, era el presidente de la comunidad. Cuando llegué allí estaban casi todos. Me pareció adecuado presentarme. “Soy Constanza Morales, dije, he comprado el piso tercero izquierda”. Estuve a punto de añadir “y soy alcohólica”, tanto como me sonaba aquella presentación a las películas, pero no estaba segura de si apreciarían mi sentido del humor.

Don Julián me fue presentando a los vecinos. A Martín, en el quinto izquierda. El otro ático lo ocupaban Manolo y Charlie; el abogado representaba al dueño. En la segunda planta vivía doña Teresa, la decana, una señora flaca y pulcra, con vestido de lunares blancos diminutos sobre fondo azul marino, cerrado en el cuello con un broche y una chaqueta de algodón azul celeste sobre los hombros. En el segundo derecha vivía una tal Susana Bravo, señora un tanto estafalaria. A veces alquilaba habitaciones para ayudar a sus gastos, lo que no estaba permitido pero se lo consentían; aún así se dijo que debía dinero a la Comunidad. Se había disculpado de asistir lo que era hasta cierto punto lógico. En mi planta, en la puerta derecha vivían dos hermanos, uno soltero, que estaba presente, delgado, oscuro y tan corto de genio que apenas hablaba, y el otro casado, con su mujer que tendría sesenta años y no coincidía conmigo casi nunca en el descansillo. Esos tenían el piso alquilado también, desde hacía más de treinta años. Encima de mí, en los dos cuartos vivían dos hermanos: Silvia y Francisco Urgoiti; venía ella en representación de los dos, era señora de Rodríguez. Estaba, en efecto, empeñada en echar a los porteros. La portería era de hombre y como Segundo tenía tan poca salud, quería sustituirlo.

—Un conserje con su uniforme es lo que da categoría a la casa. ¿Por qué tenemos que estar viéndole a ella con esas pintas? Vestida de mamarracho.

Defendí a Felisa lo que pude. Dije que, aunque no había vivido aún en la casa, la tenía por una mujer honrada, muy trabajadora y servicial. No creo que sirviera de mucho. Por suerte los otros propietarios, salvo el tímido que apoyó a Silvia muy débilmente, no tenían ninguna gana de echar a los porteros. Aunque Silvia protestaba que si su abuelo viera ahora su casa, que había sido tan señorial, le parecería de muy poca categoría, no se tomó ninguna determinación, no se votó siquiera. Don Julián dijo que le pediría a Segundo que estuviera él más tiempo en su garita, detrás del mostrador de madera.

Pensé que me habría enemistado con Silvia por mi defensa de Felisa pero



cuando acabó la junta me vino a decir que encantada de conocerme. Iba impecable de hilo gris perla con ribetes blancos, un camisero muy elegante como para señora abuela. Tenía buen tipo, alta y delgada, pero era bastante fea, caballuna, con nariz grande y mal color de piel. Igual prefería tenerla como amiga, a ella y a los demás vecinos. Siempre habíamos vivido entre compañeros con mucho espíritu de cuerpo a pesar de que Doña Juanita hacía lo posible por mantener a distancia a las otras ‘militaras’. En conjunto los vecinos del número veinticinco estaban bien, pensé en aquel primer encuentro y en el segundo, cenando con Martín y charlando luego con los otros del ático, lo pasé genial.

Era sábado. Desperté tarde sin agobio de prisas, me preparé café y tostadas con mantequilla, me instalé en mis dos almohadones a desayunar leyendo una novela. Leí un rato, lavé un par de blusas, me duché y me arreglé con tranquilidad. Después salí para el mercado, a cuatro bocacalles de la casa. No se veía un alma, las calles casi desiertas. A la entrada del mercado había una plazuela pequeña, o calle ancha, donde estaban los puestos de fruta y, a mano derecha, un bar más bien cutre pero generalmente lleno. Llegando vi enseguida a Charlie que salía del edificio bajo con tejadillo de hierro muy gracioso, un pequeño alero terminado en ondas como un festón. Justo debajo estaba Charlie y a la vez vi a los dos cabezas rapadas, inconfundibles, vestidos de negro con botas y correa que estaban en el bar. Se daban la vuelta desde la barra y empezaron a caminar hacia Charlie que no se enteraba de nada. Fue como en el cine cuando el espectador ve lo que va a ocurrir inexorablemente y se encoge en el asiento mientras la música se pone insistente y trágica aumentando de volumen. Lo vi como en una iluminación, claro y rapidísimo. Me adelanté a los dos tipos vestidos de negro, me lancé sobre Charlie, lo abracé y grité: “¡Ay, mi amor, perdona que me haya retrasado! ¿Has comprado tú el pollo?” y, por lo bajo, “peligro, sígueme la corriente y no los mires”.

Charlie, descompuesto pero también rápido, metió la mano en una bolsa y sacó un cadáver de gallina con cabeza y cresta y de todo, la mar de convincente.

—Ah, estupendo, —dije con voz de idiota—. Entonces ya podemos volver a casa.

Lo agarré del brazo y fingiendo lo mejor que pude salimos de allí. Anduvimos despacio sin volver la cabeza para no dar la sensación de que teníamos miedo... que lo teníamos y bastante. Llegando al número veinticinco

seguimos dos portales más, miramos arriba y abajo de la calle antes de volver y entrar en el nuestro; nadie nos había seguido. Charlie estaba muy nervioso. “Me salvaste la vida”, decía, repetía.

—Venga ya, no seas exagerado.

—Sí, sí, pero de todos modos. Son unos asesinos. Siempre te lo agradeceré, sí, pues. Toda mi vida. No se me olvidará, no.

—Vale, vale, te estás pasando.

—No. Tú te pasaste, m'hijita. Estuviste regia.

Estaba empeñado en que subiera a su piso para contárselo a Manuel pero no podía. Me tenía que ir, no había comprado nada; no quise decírselo. Quizá hubiera querido acompañarme, así que sólo dije que tenía más cosas que hacer y me volví desde el portal.

Fui otra vez hasta el mercado rezando a mi Ángel de la Guarda, de quien me temo que sólo me acuerdo cuando lo necesito pero siempre me propongo acordarme todos los días, le pedí que no estuvieran aquellos individuos desagradables. Y se conoce que me hizo caso porque ya no los volvimos a ver.

Charlie sobreactuó, hipertrofió todo el asunto. Continuamente me venía a ver, me ofrecía ayuda en todo lo que pudiera, o no, necesitarla. Contaba a todo el mundo que quisiera oírlo, y a algunos que no querían, la historia de “cómo Constanza me salvó la vida”. Cada vez añadía más detalles, bordaba. Entre el sábado y el domingo tuve que hablar con casi todos los vecinos de la casa; me interpelaron en la escalera o en el portal para felicitarme. Era un poco de pereza, porque en el fondo sabía que no había hecho nada de particular; también estaba contenta de que fueran tan amables conmigo. Casi todos. Susana, la del segundo, no me dijo nada y los abogados, por supuesto, tampoco; ellos sólo venían a su bufete, no se mezclaban en la vida de la casa más que una vez cada seis meses cuando era la Junta. Martín fue muy simpático, dijo que yo era la perla del número veinticinco y Manuel me hizo una visita oficial con una docena de rosas blancas muy envueltas. Tuve que pedirle que me trajera un cacharro prestado porque no tenía dónde ponerlas en agua.

Después doña Teresa. Ella no hacía visitas, se dispensaba por la edad. Sólo en las mañanas salía, oía misa primero, después caminaba una hora acompañada por Remedios, su muchacha. Le dijo a ésta que le dijera a Felisa que me dijera a mí si quería bajar a verla. Fui. Caía simpática y en la reunión de vecinos había estado atenta y útil, poniendo las cosas en su lugar.

El vestíbulo pintado de un verdegris como cardenillo del cobre tenía

cortinas de damasco oro viejo, con flecos. El salón estaba igual, un poco triste y antiguo. El cuarto de estar, en cambio, resultaba muy alegre con las paredes blancas y tapicerías y cortinas de paisajes con pastoras y ovejas en verde y blanco. Una mesa camilla con faldas de terciopelo verde, cuatro sillones. Junto a la pared un escritorio abierto soportando un montón de fotografías en marcos de plata o de cuero. Muchas de ellas tan viejas que estaban de color café con leche y con esos señores que parece haber en todas las casas, como si todos tuviéramos los mismos antepasados. Había una foto más grande en un marco descolorido de terciopelo azul; a aquel señor lo había visto seguro en alguna parte, aunque no estaba en mi casa.

Saludé a doña Teresa, sentada en su butaca, la más cercana al balcón. “Este señor, —le dije para empezar a hablar— me suena muchísimo”. Casi se sobresaltó.

—Hija mía, si es don Alfonso trece, ¿cómo no va a sonarte?

—Ah, no lo sabía. ¿Es el padre de Juan Carlos?

—Jesús, la ignorancia de la gente joven. El abuelo.

Nunca me habían interesado las realezas, se lo dije.

—No soy monárquica, doña Teresa.

—Mi padre tampoco era monárquico. Esa foto se la dedicó el Rey a mi abuelo, ¿no ves que está dedicada? Y él la tenía ahí por respeto.

—Bueno, es una foto como otra cualquiera.

Aquella observación no la entendió mucho, supuso que era uno de esos defectos de juventud.

—Tengo ya veintiséis años, doña Teresa, no soy tan joven. Es que no me gusta la gente que juega con ventaja. La gente que está a las maduras pero no a las duras.

—No creo que sea el caso. Son personas que soportan una gran responsabilidad.

—Eso sería antes. Ahora se pegan la gran vida y, como dice mi madre, parecen todos nuevos ricos y para eso ya no tienen sentido.

—En eso no estoy de acuerdo, aunque hoy mucha gente piense así.

—Sí, doña Teresa, fíjese. Ellos no saben lo que es hacer una cola, buscar piso, preguntarse si tendrán plaza en la Universidad, o en un hospital para una operación, si encontrarán trabajo, si habrá billetes de tren, o de avión, o de teatro, si podrán aparcar, si les llegará el sueldo a fin de mes...

—Jesús, Jesús, hijita, cuánta elocuencia.

—Y un millón de cosas más, —terminé aunque no había acabado— que

forman la vida de la gente. ¿Y qué nos dan a cambio?

No se había enfadado. Sonreía.

—¿Sabes que eres muy viva? —dijo— Todo eso que has dicho es importante pero no lo más importante. Lo fundamental en el ser humano es nacer, parir, hacerse viejo, perder la salud o perder a la persona querida... La soledad, enfrentarse a la propia muerte. Ahí seguramente la vida nos iguala a todos. Cuando se es tan joven como tú no se da uno cuenta de esas cosas.

No creía que la edad tuviera mucho que ver pero no discutí, sólo repetí que no era tan joven.

—Hijita, no has empezado a vivir. Y hacerse viejo es muy duro, —dijo con voz alegre como si en realidad no le importara o estuviera contenta de ir conquistando aquella dureza.

—Mi madre dice que peor es no llegar —dije estúpidamente. No sé por qué citaba a doña Juanita dos veces en una tarde; con casi nada de lo que decía solía estar de acuerdo.

—No lo sé, hijita. Te diré para que te hagas una idea. Ponte gotas en los ojos de manera que veas todo borroso, algodón en los oídos. Un puñadito de lentejas en los zapatos. ¿Hay algo que te dé molestias en el estómago? Cómelo. Quítate el abrigo, si es invierno, o pónelo si es verano, toma una mochila de veinte kilos y anda unos cuantos kilómetros cuesta arriba.

Me quedé de un aire, la miré con angustia. “Joé, doña Teresa, eso suena fatal. Espero que no será tanto o tendré que pensar que es mejor morirse y no me gustaría nada”.

—Te he ahorrado detalles. Y luego hay la parte moral, afectiva. De repente te das cuenta de que ya conoces a mucha más gente del otro lado de Dios que de éste y... pero con todo la vida es el mayor regalo y hay que agradecerlo día a día.

Remedios trajo una bandeja con café y pastas con sabor a naranja y una almendra tostada encima.

—¿Las ha hecho usted, Remedios? —pregunté probando una—. Están buenísimas.

—Las hace doña Teresa. A mí no se me da tan bien como a ella la repostería, —dijo Remedios. Se había sentado a tomar el café con nosotras.

A doña Juanita jamás se le hubiera ocurrido sentar a Rosa con ella. Era una lástima, Rosa se merecía mucho más que eso y además era buena compañía. Cuando yo tenía clase hasta tarde en la facultad siempre comíamos en la cocina las dos juntas. Pero Rosa era gitana, otro clavo más en la

autoestima de mi madre. Durante años se tuvo que aguantar porque era honrada, limpia, trabajadora, una alhaja. Y simpaticuísima; Macarena y yo la adorábamos. Con todo eso la raza de su muchacha era mortificación para doña Juanita. Últimamente muchas de sus amigas tenían marroquíes o suramericanas como única ayuda así que Rosa había subido unos peldaños en la escala social a estimación de mi madre; por lo menos era española y nacida en La Campana.

Hablamos de la casa, que la había construido el bisabuelo de los actuales Urgoiti. Yo había creído que era el abuelo pero no. “El bisabuelo, dijo doña Teresa. Era mayor que mi padre”.

—Por eso son tan altaneros —explicó Remedios que era íntima de Felisa—. Se siguen creyendo los dueños de todo el edificio.

—Nunca fueron dueños de todo —dijo doña Teresa tranquilamente—. Esta generación, no, ni la anterior ni la anterior. Urgoiti el viejo tenía las oficinas en la planta baja, lo que es ahora de los abogados, vivía en los dos primeros. En este piso estaba mi padre que era administrador de Urgoiti, primero alquilado y luego lo compró. Sí, y compró el de enfrente para mi hermano, que vivió bastantes años aquí.

—El padre de doña Fernanda. —Dijo Felisa.

—Eso es. En el tercero derecha estaba la nuera de Urgoiti, que lo vendió muy pronto, la abuela de los de arriba; se lo compraron con un vitalicio.

—Así que en realidad nunca ha sido todo suyo.

—Claro que no. Los dos áticos se vendieron cuando acabó la guerra, hace sesenta años. Era un gran señor Urgoiti el viejo. Un hombre de bien.

Si pensaba que los descendientes habían degenerado no lo dijo. Remedios aún comentó algo sobre ellos, sin importancia. Cuando me despedía, doña Teresa me dijo: “Eso de que le has salvado la vida al chileno, como se ha comentado, es una tontería”.

—Ya. Si ya lo sé. No lo he contado yo.

—Así que no te lo creas. Has estado rápida, has hecho una cosa bien hecha, eso es todo.

—Qué me voy a creer. Ya le digo que ha sido Charlie quien ha montado todo el lío, una cosa completamente absurda.

—Bueno, está bien. No hay que sentirse demasiado... implicada en algunas personas. Te crees que le has salvado la vida y ya piensas que eres responsable de lo que haga esa persona. No debes hacerlo, ni entrar mucho en sus asuntos.

Me alegré de que doña Teresa pusiera las cosas en su lugar, era un alivio.

Pensé que no aprobaba el modo de vivir de aquellos dos pero jamás los criticaría; era una señora muy buena.

El domingo me trajeron los muebles de la subasta, los transportistas eran muy jóvenes. Aprovechaban los días de fiesta, no había tráfico y podían aparcar. El mismo sábado había comprado un colchón, que me enviaron por la tarde. Los dos chicos me ayudaron a montar la cama y me colgaron el espejo en unos clavos que habían quedado en el salón. Paseé por mi casa, me miraba en mi espejo que sólo reflejaba muros amarillo pálido, me sentía una reina.

Llamé a tía Flora para contarle que estaba viviendo en la casa.

—¿Tan pronto? Hija, eres la flor de la maravilla.

—No te creas. Sólo tengo mi cama, un taburete y una mesa con tapa de mármol en la cocina, cuatro sillas de plástico, muy bonitas, y dos almohadones prestados. Ah, un espejo precioso en el salón y una maceta con una azalea que está empezando a ponerse mustia.

Se reía con la lista.

—Bueno, ya irás teniendo más.

—Había pensado que quizá tuvieras algo corriente para prestarme, unas sillas por ejemplo, mientras compro. Mi amiga de la agencia me va a traer una mesa camilla mañana... y así podría invitaros al tío y a ti a tomar el té.

—El tío últimamente sale muy poco, sólo va a la Peña a su partida de cartas. Mira, ¿vas a estar ahí esta tarde? Pasaría por tu piso diez minutillos, así lo conozco.

Justamente Francis no podía escaparse, así que iba a estar sola. Hacía una tarde preciosa de anuncio del verano, toda la luz de color azafrán y rosada. Nubes muy ligeras translúcidas cruzaban el cielo alto de Madrid movidas por un viento flojo del Norte. Una de esas tardes tan bonitas que le hacen sentirse a una un poco ansiosa y vacía por dentro como si esperase algo que no llega.

La que llegó enseguida fue tía Flora con una bandejita de torteles para el té. Recorrió la casa varias veces, el salón y la salita chica, del comedor dando al patio, a los dormitorios del pasillo y el cuarto de baño, que esperaba convertir en dos cuando tuviera dinero, la cocina en la otra punta con el cuarto de ducha y el dormitorio de servicio. No se lo esperaba ni casi se lo podía creer. “Un pisazo, hija mía, un pisazo. Vaya suerte que has tenido. Y vaya ojo”.

Pensé que me lo había trabajado. Dije: “Más suerte que ojo, tía. Y la suerte te la debo a ti, que me pusiste en contacto con la agencia”. Lo cual aparte de amable, también era la verdad. Ella era tan buena conmigo, se

merecía todo elogio.

Añadí que había quedado entrampada y por el momento no podía comprar más muebles.

—Claro, claro. Lo más inteligente era encontrar un buen piso en un buen sitio. Siempre fuiste muy lista.

—No lo sé, tía. A veces pienso que he hecho muchas tonterías.

—Ya sabes lo que dicen, los tontos dicen tonterías y los listos las hacen.

Preparamos el té en la cocina y la tía la encontró muy limpia. ¡Como apenas guisaba! “Viene la portera dos veces por semana dos horas y con eso me basta. Lo único, que me tiene frita pidiéndome un aspirador”.

—Hija, veo que te las arreglas divinamente. Esta noche llamaré a tu madre que siempre está preocupada por ti.

Tan preocupada no estaría; hacía bastante tiempo que no me llamaba. No dije nada; tía Flora y ella se llevaban bien. Llevé el taburete al salón para colocar encima la bandeja, la tía y yo nos sentamos en las sillas de plástico. Dije que si hubiera sabido que iba a venir hubiera comprado champagne.

—Para mí, no, —dijo la tía riendo—. Me sienta como un tiro.

—Pues entonces chin chin, —contesté tocando su taza con la mía— brindaremos con té.

Pensé, Constanza, guapa, no te deprimas por inaugurar tu casa con tu tía y tu té. Tienes que estar siempre agradecida. A veces me decía guapa a mí misma para animarme, sobre todo en las tardes demasiado bonitas que una pasaba con una tía segunda, aunque adorable, porque el novio de una estaba con su mujer. A veces esas situaciones me pesaban bastante. Pero tía Flora hablaba y tuve que atenderla.

—Quería ver la casa porque tenemos algunos muebles que... Bueno, los muebles de mi suegra. Algunos están en casa y la mayoría en un guardamuebles. No me cabían porque mi suegra vivió más de noventa años.

La miré sin entender qué tenía que ver la edad de su suegra con que le cupieran los muebles o no. Era que cuando la vieja señora se murió mis tíos tenían su casa puesta y repleta.

—Sus muebles fernandinos no son tan buenos como los míos... quiero decir que son unos muebles muy buenos pero de otro estilo. Los de casa son Carlos Cuarto, ¿comprendes?

—Sí, sí, —respondí sin comprender.

—Así que los hicimos guardar y pensábamos dárselos a Macarena.

—Claro, ella es vuestra ahijada.

—Precisamente. Pero ahora estás tú, que has venido a Madrid y después de que pasó lo que pasó, hemos decidido darte a ti algunos.

—No, tía, por Dios. No quiero que le quitéis a Macarena... yo sólo te había pedido alguna cosa prestada. Prestada. —repetí.

Me parecía justo que se los regalaran a ella; de hecho la mayor parte de mi piso lo había comprado con un dinero que me había dejado mi madrina aunque eso, por supuesto, no lo dije.

—Nosotros no tenemos hijos, así que obligación ninguna. Y yo sé que no has pedido nada. Mira, no puedo hablar de esto con tu madre porque ya sabes cómo reacciona a cualquier cosa que se le diga de tu hermana, pero después de como ella se ha portado...

—Pero tía Flora, es mejor no dar importancia a esas cosas. —No quería entrar en aquel asunto—. De verdad, ya está todo solucionado.

—Como tú quieras, pero yo tengo mis ideas propias sobre eso. Y el tío también. Está indignado con Macarena.

Se levantaba, buscaba su bolso, sus guantes. “Los hemos dejado en mi cuarto. Espera que voy a buscártelos”.

Cuando volví con sus cosas estaba dando pasos largos por el salón, como si midiera. Pensé que quería dar cuenta exacta de todo a mi madre.

Pero por la noche yo estaba cenando un resto de torteles con un vaso de Cola Cao cuando me llamó por teléfono. El tío Bernardo y ella habían decidido regalarme “el estrado de mi suegra”.

—Para tu salón. Y ya sabes: lo hacemos así porque es lo que queremos hacer.

Seguramente mi resistencia a que me hicieran regalos fue lo que los convenció. No sabía lo que era un estrado, pensé que como una tarima igual que las que hay en las clases para que el catedrático esté en alto.

—No... no sé qué decir... Muchísimas gracias...

—El salón te quedará soberbio. A ver cuándo lo podemos mandar, tenemos que ir al guardamuebles...

—Por Dios, no quiero que os molestéis. Esto me da mucha fatiga.

—Nada, lo hacemos con gusto. Y que sepas que son muebles muy buenos. De caoba y con oro fino los dorados.

Volví a dar las gracias lo mejor que supe. Pero estaba lateada. Un salón tan bonito y sabía Dios qué espanto me iban a endilgar. Y tenía que colocarlo sin más remedio.

Te crees que estás cogiendo mucha personalidad, le dije a mi otra yo,



pero ni lo sueñes. Fernandino... quién ha oído hablar de eso... Has dicho sí a una cosa que ni sabes lo que es y ahora tendrás que aguantarte.

## V

Llamé a casa de mis padres para que mandaran parte de mi ajuar que estaba en un baúl grande en el zaquizamí. Mi madre, y la suya, mamá Concha, me lo habían ido comprando desde hacía tiempo. Lo guardaba todo en sus bolsas de plástico o entre papeles de seda, con cintas atando los juegos de cama y las mantelerías. Para la casa de Madrid sólo había comprado un juego de cama que Felisa lavaba, planchaba y volvía a colocar en el día. Pensé que ya era hora de estrenar algo bonito en mi piso nuevo y Francis, que tenía que ir a Sevilla por trabajo, se ofreció a traerme una maleta. También quería mi ropa de invierno, aunque era de poco abrigo porque el frío de Sevilla no era el de Madrid.

Rosa contestó al teléfono y en cuanto le dije lo que quería me llevé un enorme disgusto.

—Niña, ¿no te lo ha dicho tu madre? Los juegos de cama se los ha dado a Macarena.

—¡No me lo puedo creer! —casi grité, horrorizada— ¡Pero cómo ha podido hacerme eso!

Era no sólo por la ropa sino también por la falta de buen gusto. Doña Juanita vivía para sentirse elegante. Rosa encontraba que había justificación, en parte. Las iniciales ce eme, Carrasco Morales. Todo estaba marcado.

—A ver, corazón, no podía esperar que tú te buscaras un novio con la Ce. ¿Conoces algún Cabrera... Cano... Coronel?

—Pero me tenía que haber preguntado; era mi ajuar. Cuando pienso que no pasó Santo, cumpleaños o día de Reyes que Mamá Concha y ella me regalaran otra cosa que una maldita sábana o un puñetero mantel.

—En eso llevas razón. Mira, tú mándame la maleta con tu novio y yo te la llenaré con todo lo que pille; a tu madre le sobran juegos de cama. Te la voy a pasar que quiere hablar contigo.

—Pues yo no quiero hablar con ella. Hoy, no. Le diría algo desagradable. Mándame también mi ropa de invierno.

—Pero es que ella te quiere decir no sé qué... algo.

—Que me llame, pero otro día. Adiós.

Me quedé muy fastidiada. Era ya el colmo. Macarena me quitaba mi novio y Doña Juanita, quizá como premio, le regalaba mi ajuar. O el trousseau,

como decía ella.

Vino Francis a verme y llevarse mi maleta vacía; al día siguiente muy de mañana se iba a Sevilla, volvía por la noche. Se me debía de notar la contrariedad, un par de veces me preguntó qué me pasaba. No se lo quise decir, los problemas y los asuntos desagradables lo ensombrecían. Procuraba hablarle sólo de cosas simpáticas, me parecía más positivo.

Me disculpé con que tenía la mente muy ocupada con temas de trabajo.

—Ya sabes cómo soy, mi amor. Cuando compré la casa me dijiste que tenía una sola neurona.

—Y me contestaste que era de muy buena calidad, serás fresca.

—No te dije nada de eso. Pero a veces me parece que no puedo concentrarme más que en una cosa a la vez.

—Pues concéntrate en mí, preciosa. Dedícate a tu novio adorado.

—Tendrás quejas.

—La verdad es que no. Para nada. Todo lo contrario. Y lo sabes muy bien.

Otra cosa buena de Francis, siempre te decía que eras estupenda cuando acabábamos uno de nuestros jolgorios de nueve punto ocho grados en la escala de Richter. Yo apreciaba esta seguridad especialmente porque no tenía experiencia anterior ninguna. Todo lo que sabía de mí misma en aquel aspecto lo sabía por Francis.

Visto con distancia el noviazgo con José Luis, que antes me había parecido satisfactorio, no era para encandilar a nadie. Faltaba atracción y faltaba deseo: dábamos por supuesto que nos acostaríamos cuando nos casáramos pero yo nunca había sentido ansias de hacerlo antes, no me lo había planteado, y pensaba que él tampoco. Desde luego nunca lo intentó... conmigo. Pero con mi hermana Macarena, esa Marilyn Monroe descafeinada, se fue a la cama largo y tendido —supongo— durante por lo menos tres o cuatro meses sin que yo tuviera ni la menor sospecha. Hasta que un buen día, en realidad más bien una mala tarde de Febrero, dijeron que se querían casar. Se lo dijeron los dos a mi padre en su despacho; después a mi madre y a mí, en la sala de casa, Macarena sola porque no quería que yo me enfrentara con José Luis.

Todavía hoy sigo sin comprender cuándo lo hacían, a qué horas o dónde. Después, dándole vueltas al asunto, que los primeros días le di muchas, reconocí que nuestra relación había sido poco excitante pero era buena en el sentido de que llevábamos mucho tiempo, teníamos confianza, nos contábamos

todas nuestras cosas, por lo menos yo. Quizá nos faltó emoción, desde luego nos faltó algún condimento. Todo era demasiado tranquilo, todo lo dábamos por hecho. Creíamos que era amor. Pero sólo éramos dos niños jugando en el parque sin peligros de una ciudad provinciana.

Entonces las cosas se estropearon y parecía que se habían echado a perder de repente pero en realidad no había sido así. El motor llevaba tiempo haciendo ruidos y a esos ruidos a veces se acostumbra uno y ya suenan normales. Hasta que un día el motor se para. Cascado. Hubo unos cuantos avisos, signos que no supe interpretar, primero un desinterés que tomé como preocupación porque él se había quedado sin trabajo, malestar, gripe o cualesquiera motivos. Luego una extraña animosidad que salía de pronto como nota desafinada en un coro... Estaban pasando cosas y yo no sabía ponerles nombre, me engañaba a mí misma, quizá incluso antes de que José Luis me engañara.

Intentaba encontrar algo de todo lo que habíamos puesto en común durante casi siete años. Creí que era mucho pero no debía de ser tanto porque había desaparecido en unas cuantas semanas. En realidad habían sido meses. Desconcertada, no sabía ni de qué hablar con él; ni siquiera hablábamos ya el mismo lenguaje.

Lo malo era que dos de mis mejores amigas desde pequeña, —la tercera y más querida, Queti, lo fué más tarde, ya en la Universidad—, supieron lo que estaba pasando mucho antes que yo. Malena, la hermana de José Luis, me lo había presentado cuando estábamos aún en el colegio de monjas; ella y yo éramos íntimas. La otra, Petriqui, era también hija de militar. Había vivido muchos años en la casa pegando con la nuestra. Sólo poco tiempo atrás su padre había pasado a la escala B y se habían mudado a una casa mucho mejor porque Petra, la madre, tenía dinero y mucho campo por la parte de Carmona. Ella, Macarena y yo nos habíamos criado juntas, las tres inseparables. La pobre se vió pillada entre dos fuegos, no sabía qué hacer y debió de pasarlo fatal. Le guardé rencor algún tiempo, luego se me pasó. No sé qué hubiera hecho yo en su lugar; Macarena le suplicaba que no dijera nada, que aquello terminaría, lo iban a dejar, de verdad.

Cuando la bomba estalló en el cuarto de estar de nuestra casa, la sala con el tresillo de pana gris ratón, doña Juanita al principio se acaloró, dijo que aquello no podía ser.

Desde luego no podía ser. Yo no podía mirar a Macarena ni estar en la misma habitación ni respirar el mismo aire. Y dormíamos juntas. Ni siquiera

podría tolerar la vista de su cama pensando si habría sido allí...

Temblando me fui de la habitación, llamé a Rosa. Entre las dos sacamos todas mis cosas del dormitorio. A puñados y a brazadas. “¿Quieres venirte a mi cuarto?”, dijo Rosa. Y no. Quería irme al ático, al zaquizamí donde estaba el cuarto ropero con la máquina de coser antigua, de pedal, y los armarios con la ropa que no se usaba. Y los trajes de gitana para la Feria colgados dentro de sus fundas de unos ganchos en el techo, dejando asomar una especie de escaparate colorido de volantes. Era un cuarto grande con una ventana pequeña dando al jardín de atrás y al otro lado un hueco tapado con una cortina vieja de rayas anchas rosas muy empalidecidas por muchos lavados. Detrás del hueco, un cuartito sin ventanas con una bombilla colgando de un cordón desde el techo y varios baúles con cosas viejas y nuevas: mi malogrado ajuar.

Decidí que viviría en el cuarto ropero, no saldría de allí. Rosa primero suspiró, meneó la cabeza. Luego entró en actividad, como los volcanes. Llamó a uno de los chóferes en su ayuda, subieron mi cama, una butaca, mesilla de noche, estantería con mis libros, un perchero que estaba en su cuarto. Ordenaron el ropero pasando al cuartito todo lo que se pudo, hasta clavaron clavos en las paredes. Doña Juanita no protestó por aquellos ajetreos, estaba enfadada con Macarena.

Pero a la mañana siguiente, cuando bajé a desayunar con los ojos tan hinchados que hasta me daba vergüenza acudir al trabajo, ya la vi de su parte. Dijo que las cosas eran como eran y había que tomarlas por el lado bueno.

Me costó más perdonarla a ella que a mi hermana. Porque al enamoramiento como que siempre le encuentra uno más disculpas. Podía comprender que Macarena se hubiera enamorado de José Luis aunque para mí en aquel momento fuera fatal. Pero que mi madre no se enfrentara con ella cuando a mí me estaba haciendo aquella faena, eso ya era más fuerte. Y, bueno, todo se acaba pasando, al cabo de un mes podía mirar a las dos sin dar arcadas.

Creo que nunca olvidaré la primera noche en el ático. Era una especie de dolor tan agudo que me dolían las cosas de la habitación. Los volantes de los trajes de gitana, el cordón de la luz que iba por fuera de la pared sujeto con grapas, las puertas del armario que no cerraban del todo... Cada cosa que miraba parecía que me arañara o se me clavara en la piel y hasta en el corazón. Luego las vueltas de todas las ideas en la cabeza, las repeticiones, no puede ser, esto no está pasando, es una pesadilla, es mentira, es mentira...

Repasaba en la memoria cada salida, cada conversación en las últimas semanas. Y las preguntas: por qué no me lo ha dicho él, por qué me deja así, sin dar la cara, sin una explicación, por qué no quiere hablar conmigo... Después supe que había sido una imposición de mi hermana, tenía terror de que yo fuera a intentar discutirle, convencerlo...

En aquel primer momento aborrecí a Macarena. Luego la perdoné, primero por simple rutina. Toda la vida me la había pasado perdonándole cosas tontas. Macarena en realidad tenía un montón de cualidades. Era buena persona y cariñosa, a veces se mataba por hacerte un favor o te daba un estrujón y dos besos de repente: se quedaba contigo. Pero era caprichosa y había que darle la razón quieras que no. Desde pequeñas, todo lo que yo tenía o quería se le antojaba inmediatamente, no lo podía resistir. Si salíamos a comprar y a las dos nos gustaba, por ejemplo, el mismo jersey azul, doña Juanita decía que ella tenía los ojos azules y yo estaría muy bien con el beige. Cuando se daba cuenta de que te había hecho una faena mi hermana llegaba a darte un abrazo y pedirte perdón. Había que perdonarla varias veces a la semana. Nos llevábamos bien, en el fondo, aunque discutíamos y entonces salía aquello de “tienes que cederle a tu hermana porque eres la mayor y tienes que dar ejemplo”.

Tantos buenos ejemplos como le había dado y a la hora de quitarme a José Luis se conoce que no se acordaba de ninguno.

El segundo motivo por el que me esforcé en perdonar fue que intervino mi padre. Estreno mundial en nuestra historia común. Por una vez decidió que él y yo teníamos que tener un mano a mano, no supe si habría hablado también con Macarena. Conmigo hasta aquel momento nunca había hablado de nada; a veces yo pensaba que de no ser por Rosa me habría sentido bastante huérfana.

Salimos los dos el domingo a dar una vuelta por los jardines de Murillo; había algunos árboles en flor. Pero la alhaja de Sevilla eran los limoneros y los naranjos: daban a lo largo del año flor y fruto, de todo a la vez. Íbamos al bar de Modesto, donde mi padre tenía costumbre de tomar el aperitivo, y en la placita del bar estaban algunos de los mejores ejemplares. Nubes de perfumes se vaporizaban por la plaza al calentar el sol. La churrería que también había allí, por suerte estaba ya cerrada y ningún olor se mezclaba al de los naranjos. Nos sentamos fuera, pensando quizá mi padre que estaríamos más a solas, pero entraron y salieron como cincuenta personas que lo conocían y se acercaban a saludar y cruzar con él unas palabras. Era por lo visto más popular allí que en nuestra propia casa. Con varios paréntesis para responder

a sus conocidos intentó justificar la reacción de mi madre. Yo era, como quien dice, de fiar. Conmigo estaban tranquilos, nunca les había dado ningún motivo de inquietud, éste era su discurso. Una niña sin problemas.

—Hija, tú siempre has hecho las cosas normales, no como tu hermana. Ella no ha querido ni ir a la Universidad.

—¿Para qué iba a ir a la Universidad si no sabe leer?

—¿Cómo que no sabe leer?

—No sabe. Deletrea.

—Bueno, tampoco es eso. No exageres.

—Vale, pues no deletrea. Silabea. No se entera de lo que lee, ni una palabra. ¿Eso es una buena razón para que haga lo que ha hecho?

—Si no le doy la razón, qué se la voy a dar. Quiero que veas la postura de tu madre. Tú te casarás con quien quieras. Y a ella tu madre jamás pudo esperar casarla con un muchacho conocido.

Y tan conocido, pensé comiéndome un boquerón en vinagre lleno de ajo porque ya me daba todo igual. Conocido como mi novio. Siguió: Macarena les había dado muchos dolores de cabeza, andaba con una panda de horteras y de indeseables y además mentía. “Tu madre ha llegado a estar desesperada”.

—Pero la prefiere.

—Yo no sé si la prefiere, eso sería muy difícil decirlo.

Me enfadé: “No mientas tú también, que no es el momento. Reconoce la verdad por una puñetera vez”.

—Bueno, no sé, quizá sí, qué quieres que te diga. La verdad es que no lo sé. Físicamente se parece más a ella, a lo mejor se siente más identificada... En lo demás, piensa que tú te vas a defender mucho mejor que tu hermana.

—¿Y no os dais cuenta de que he perdido siete años de mi vida?

—Me doy cuenta de cómo te sientes ahora pero la verdad, hija, es que estás empezando a vivir.

—Probablemente me he comido a estas horas un tercio de mi vida o más, así que no me vengas con chorradas.

Mi padre parpadeó, siempre le había horrorizado esa clase de palabras en una mujer. Y mantenía, con cierto fundamento, que no sabíamos lo que querían decir la mayoría de las palabras ‘gruesas’.

—Si cuando tengas mi edad te acuerdas de esta conversación, y espero que no porque olvidarás este estúpido asunto, entonces verás que yo llevaba razón.

Sonreía queriendo darme ánimos, una sonrisa forzada, patética.

Incómoda, bajé los ojos hacia las losetas de cemento del suelo, miré como si quisiera aprenderme de memoria su dibujo. Era el tan sencillo de los panales de miel, pequeños hexágonos. Pregunté sin alzar los ojos: “Dime la verdad, ¿está embarazada?”

Un silencio. Corto. Luego:

—Ella dice que sí. Se lo ha dicho a... a José Luis también. Si ha presentado pruebas, yo no las he visto. A mí no me ha traído el cadáver de la rana, si me comprendes.

—Ahora no se usan ranas, papá. Estás bastante anticuado.

Volvió a callar. Se le había acabado la cuerda o aquello le resultaba demasiado difícil. Yo desde luego comprendía lo que pensaba: no sabía si creer que Macarena estaba embarazada o no. Había mentido tanto y armado tales líos que era lógico dudar. Pensé que si naciera aquel niño deberíamos pedir la prueba del ADN; tal como actuaba mi hermana la criatura podría ser de quién sabe... pero José Luis era mi novio y eso lo hacía mucho más valioso. No podía decir todo aquello a mi padre y lo único que me cabía era intentar olvidar el asunto cuanto antes.

—He perdido a la vez a mi novio, a mi hermana, a mi madre y a mis dos amigas. Además, al acabar la Facultad perdí a Queti, la mejor, cuando se fue misionera. Eso me dio un golpe tremendo, era mi amiga del alma. Hace ya tres años que perdí a la abuela Joaquina, que me quería, y Mamá Concha, la pobre, es como si nada porque está ga-ga. A ver, cómo lo ves.

Me paré a pensar. Dicho así sonaba muy trágico, me gustaba bastante. Lo malo, que no era del todo exacto. A doña Juanita la había ido perdiendo a lo largo de mi vida, como quien vuelve de una guerra desangrándose por el camino. Con golpes de hemorragias más fuertes en momentos concretos, señalados. Mi Primera Comunión, la entrada en la Universidad, (¿cómo se las arreglaba para no atinar nunca con su actitud o con las palabras?), desde luego la muerte de abuela Joaquina. Y ahora esto. Mi padre contestó con una sonrisa que quería ser conciliadora:

—Tienes a tu padre que, naturalmente, no es tan importante en tu vida...

—Sí, eres importante. —interrumpí y en aquel momento lo pensaba, aunque antes no lo había pensado mucho.

—...y a Rosa, que te adora. A tu madre y a tu hermana las recuperarás. El novio, eso no. Espero, ya que tu hermana se va a casar con él. Ahí no podemos hacer nada... pero acabaréis siendo amigos.

Ni yo iba a ser amiga de un tío que no había tenido... lo que había que

tener, para darme una explicación, ni ellos, mis padres, hubieran querido hacer nada para evitar aquella boda. En el fondo estaban encantados de quitarse a Macarena de encima.

—Todo eso me da igual —dije rabiosa—. A enemigo que huye puente de plata. Peor para él.

—Eso es, eso es. Así me gusta. Y verás como encuentras a otro mejor. La virtud siempre tiene su recompensa, a la larga.

Seguramente en el otro mundo, pensé. En éste unas veces sí y otras veces no.

Entonces conocí a Francis y la virtud me duró poquísimo. Claro que me pilló desmoralizada, en la cuestabajo y...

Aquello eran disculpas, lo sabía. Rezaba, siempre había sido rezadora, me gustaba eso de hablarle a Dios, era un chollo bien mirado, y jamás tuve la sensación de que no me escuchara. Sabía que estaba ahí, aunque yo metiera la pata y setenta mil veces siete patas. Lo quería, de verdad, me daba pena ofenderlo, le pedía que me perdonara, pero Francis me tenía fascinada y no podía evitar mi relación con él. Sabiendo que era casado le pedía a Dios que no lo fuera, que resultara una equivocación. Me encontraba extrañamente más cerca de Él que antes, quizá porque pedir perdón es lo que acerca más. Antes me portaba tan bien que apenas pedía perdón sino por pequeñas cosas y sin hacer verdadero hincapié.

Con los novios nunca tuve explicación ninguna. Macarena más cerrada que una ostra. “Ya sabes, esas cosas pasan cuando menos te las esperas”. Fue lo único que conseguí. Pensé: “serás hija de puta”. Dije:

—Si me quieres decir con eso que tú no te lo esperabas y que José Luis fue a meterse en tu cama, no pierdas el tiempo, porque no me lo voy a creer. ¡Te conozco demasiado!

Después no dijo nada más, se negó a discutir el tema. Y con José Luis no consistió que cruzara ni una sola palabra, estaba terriblemente celosa. Cuando venían a casa no lo dejaba solo conmigo ni un minuto, ni iba al cuarto de baño siquiera no fuera yo a aprovechar la ocasión para hablarle a solas. Yo por orgullo no lo hubiera intentado pero sí me habría venido bien alguna explicación de su parte. Le escribí varias cartas, desolada, furiosa, comprensiva... No eché al correo ninguna, sólo me sirvieron un poco de desahogo. Un desahogo de diferentes partes de mí, en ninguna estaba entera, como si no pudiera reunirme a mí misma, juntar todos mis pedazos.

A Malena, su hermana, la llamé por teléfono. Se puso, cortada y seca.



—¿Qué quieres que te diga? Tu hermana es una zorra.

—¿Y tu hermano?

—Un cabrito.

Muy zoológico todo pero ningún consuelo. Yo había pensado que Malena me tenía cariño. Dije adiós y colgué.

A Petriqui sí le metí una bronca. Que debería haberme dado alguna pista de lo que se traía mi hermana, le dije. “Porque estoy segura de que tú lo sabías. Esto lo ha tenido que hacer delante de tus narices”.

—Lo estaba haciendo delante de las tuyas. Pero como eres tonta y no puedes pensar mal de nadie...

—¿Que no puedo? Já. Me gustaría que vieras lo que pienso de ti en estos momentos...

—O sea, te consideras por encima de los demás, —dijo Petriqui picada, exactamente lo opuesto a lo que había dicho antes. Era, pensé, no por primera vez, bastante tonta.

—Yo no. Pero tengo un poco de decencia, cosa que tú no has demostrado.

—Pero, Constanza, ¿qué querías que hiciera? Soy amiga de las dos.

—Mía no, desde luego. Te considero una auténtica hija de puta.

Pensé que iba a contestarme “mayor lo es tu hermana”, pero estuvo prudente y se calló. Tonta sí, pero no tan mala persona en medio de todo. Petriqui, que no era fea pero llevaba siempre los ojos tan abiertos que parecía espantada por algo. A los muchachos los desconcertaba. Al revés que Macarena, no tenía éxito.

Después frenesí de preparativos porque había boda y tenía que ser rápida. Seguro doña Juanita no estaba dispuesta a que aquel arreglo se deshiciera y fue curiosamente conciliadora con unos y otros para dar gusto a todo el mundo. Primero habían dicho que iban a celebrar la boda estrictamente en familia, pero se empezaron a liar las cosas y ya se sabe cómo acaba eso. “Una boda muy pequeña, decía. Una cosa íntima, muy íntima”.

—Las dos familias nada más, —dijo mi padre.

—Algunos amigos de Jose y míos, que no tenemos más remedio, —metió Macarena.

Yo nunca había llamado Jose a José Luis. Me callaba, pero se me hacía hortera.

—Y algunos compromisos completamente inevitables —seguía doña Juanita—. Gente que nos ha convidado a las bodas de sus hijos.

—Y debemos pedir su lista a los padres de Jose.

Al final eran más de trescientas cincuenta personas, primero en la Parroquia de San Bernardo y después en el Carambolo, el Tiro de Pichón, a cenar con disc jockey y bailongo para que la fiesta no decayera. Macarena se hizo hacer un vestido inspirado en aquel de Marylin que lleva una falda plisada como de gasa y se para en un respiradero del Metro —creo— y se le levantan las faldas y se lleva las manos a las piernas... ése que todo el mundo conoce. Tiene los hombros y la espalda al aire, una especie de banda detrás del cuello. A mí hermana le había perjudicado que la comparasen tantas veces con ella. Aquello no era un traje de novia, era una versión extraña con la falda larga hasta el suelo y una chaquetilla torera por encima porque a la iglesia no podía ir con tanta carne a la vista. En la cabeza llevaba flores y unos ricitos de tul, años cincuenta. Todo el conjunto estaba definitivamente mal. Mal pensado, mal ejecutado. Mi hermana siempre supo arreglarse para resultar favorecida o, más aún, provocativa, pero nunca iba elegante. Estaba guapa.

Llegando al Tiro de Pichón se quitó la chaquetilla y circuló entre los invitados como aquellas cantantes de las películas antiguas que en los restaurantes se pasean entre las mesas sonriendo a todos los señores, a éste, a aquél... pero quizá fuera interpretación de mi propio despecho; en aquel momento pensaba que las rubias deberían estar todas prohibidas.

En principio yo había decidido no ir ni a la iglesia. La boda iba a ser a primeros de Marzo y tenía mucho trabajo en la oficina porque me iba a marchar enseguida a Madrid para dos semanas. Y luego en Abril se paraba todo mucho, era la Feria. A no ser por eso me hubiera ido de viaje, a cualquier sitio, para quitarme de enmedio y que no me pudieran convencer. Me convencieron. Familia y amigos me dieron la batalla; el argumento: no podíamos dar a entender que a mí me había dejado José Luis plantada y en la familia había una pelea gorda. Como si la gente no lo supiera.

Rosa me dijo: “Niña, cómprate un vestido bonito y arréglate bien. Tú eres tan guapa como ella. O más, porque eres más fina”. Menos mal que no la oyó mi madre, aunque estaba bastante suave conmigo, más que de costumbre. Me acompañó a comprarme un vestido a una tienda carísima donde no habíamos comprado nunca; dijo que ella lo pagaba. Nada más que por eso elegí uno de los más caros, un modelo divino de seda roja todo cortado al biés que me quedaba impresionante. No parecía yo. Dicen que el hábito no hace al monje pero vaya si ayuda. La vendedora chocha conmigo; el vestido me estaba pintado; aseguró que las pechugonas ya no estaban de moda y las rubias tampoco. Era una tía muy lista.

De la boda ya a los dos días no recordaba apenas nada, se me borró enseguida. Sé que me comí un valium que me procuró Rosa y era la primera vez que tomaba un tranquilizante. Anduve como borracha todo el tiempo, sin haber probado el vino. No sé qué había de comida. Sé que sonreí sin parar, hasta tenía agujetas en las mandíbulas, un dolorcito pinchudo. Unas cuantas veces me dijeron que lo estaba haciendo muy bien y la verdad es que no me costaba demasiado esfuerzo. Poner una mueca y mantenerla. La gente fue amable conmigo, me dijeron un montón de piropos, quizá por lástima. De todos modos eran gente mayor, casi no había jóvenes. Sí recuerdo que mi ex futura suegra me dió un abrazo y me deseó muchas cosas buenas, no parecía muy contenta, la pobre.

Después de la boda doña Juanita estaba más doña Juanita que nunca. Cansada, de mal humor, saltando por cualquier tontería. Y tanto y tanto se lamentó de los gastos de la boda que al final, por no oírla, tuve yo que pagarme mi vestido rojo.

## VI

Miriam y yo estábamos hablando de un tipo que había aparecido un par de veces por la oficina en busca de Arancha, la Jefa, pero ella no lo había querido recibir. Se llamaba Indalecio Ungría. Era un hombre de entre cincuenta y tantos años, con pelo largo canoso grasiento, gafas gordas y aunque no exactamente feo, de aspecto algo repugnante, con traje mal planchado y desaliño general. Para llevar pelo largo había que ser muy joven y muy limpio. Las dos veces había querido invitarnos a una copa y Miriam le aseguró que iríamos otro día y que la Jefa estaba fuera de Madrid. Me contó que no quería hablar con él porque dos años atrás habían tenido un problema por su culpa. Cuando me iba a explicar qué clase de problema sonó el teléfono y descolgó ella.

—Es un amigo tuyo que se llama Charlie, —me dijo un poco extrañada.

—Sí, le di yo este número porque he quedado con él para salir esta tarde. Cuando hube colgado me preguntó: “Oye, ¿tú cuántos novios tienes?”

—No seas tonta, cuántos voy a tener. Pues uno. Este chico que me ha llamado es un vecino y me va a acompañar a buscar unos muebles.

—¿Y por qué no va tu novio contigo?

—Eso quisiera saber yo, —respondí recogiendo porque era hora de marcharse.

Charlie seguía empeñado en que yo le había salvado la vida el día del

mercado. A los cabezas rapadas no se los había vuelto a ver por la zona, así es que estaba más tranquilo, pero el agradecimiento no se le pasaba. Me había prometido ayudarme a organizar un comedor por poco dinero y quedamos para salir a las tiendas aquella tarde. Llegó algo nervioso; imaginé que había peleado con Manuel. Pero cuando echamos a andar por el barrio y a mirar escaparates se animó. “Este es un panorama que me fascina”, dijo más contento. La traducción de panorama era plan. Fuimos a una tienda de muebles de pino que estaba cerca, compramos seis sillas de cocina, bastas pero lisas, de asiento de anea; el modelo de toda la vida.

Misi me había prestado la mesa camilla, sin faldas, que estaba desmontada en mi cocina, el tablero apoyado en la pared y las patas plegadas. Todo aquello me parecía muy cutre pero Charlie me aseguró que quedaría bien. El dueño prometió llevar las sillas él mismo dentro de media hora que llegaría su ayudante, así que pagué y salimos.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Ahora tomamos el bus para ir a una tienda de tejidos donde me conocen y nos harán un buen descuento. ¿Cuál es tu color preferido?

—El azul, —dije sin tener que pensar.

—Ah, qué bueno. El mío también.

Elegimos una tela de hilo estampada con hojas muy simples, como sólo la sombra, en dos tonos de azul, más claro y casi marino, dentro de la misma gama. Charlie calculó con el vendedor la cantidad para las faldas de la mesa más seis almohadones para los asientos. De ahí fuimos en busca de una tienda de pinturas que también conocía. Sacando del paquete una esquina de la tela pidió que le hicieran una mezcla, el color idéntico al azul más oscuro, que él llamó “paquete de vela”. Probó cincuenta veces sin conformarse, añadía una pizca de negro, castaño, blanco, un poco de otro azul, hasta que decidió que ya estaba.

—Entiendes mucho de colores.

—Sí, pues, dentro de todo pinto cuadros y ojalá pudiera venderlos pero no me los compran.

—¿Eres abstracto o figurativo?

—Abstracto me sale más fácil porque lo que me faltó fue haber trabajado más el dibujo en la Escuela. Sólo estuve dos años...

—¿Y eso por qué? —interrumpí.

—Pero lo que se me da muy bien es el naïf —dijo sin contestar—. No sé, quizás un día encuentre a alguien que pueda ayudarme.

—¿Manuel no puede, en su tienda?

—Alguno se ha llevado y ha vendido un par. Pero Manolo es muy especial. Es muy taimado.

—¿Quieres decir astuto?, porque a veces era complicado entenderse en español.

—¿Astuto? No, pues, que se taima mucho. ¿Cómo dicen ustedes? Picajoso. Oye —dijo al dependiente— quiero también papel de lija, fino, líquido sellador y cuatro brochas.

Sobrecargados de paquetes tomamos un taxi, nos derrumbamos en el asiento suspirando de alivio. Cuando llegamos al número veinticinco ya estaban en la cocina las sillas, atadas de dos en dos, asiento con asiento, una para arriba y otra para abajo; Felisa las había hecho subir. Vistas así eran aún más rústicas. “¿Tú crees que quedarán bien?”, pregunté; a mí no me parecía.

—Quedarán regio, ya lo verás. Primero hay que limpiarlas y pasarles la lija.

—¿Ahora?

—Ahora, nomás. Hoy tenemos que dejar dado el sellador.

Le ofrecí tomar algo. “Un tecito, si tienes”.

Montamos la mesa camilla para ir colocando las sillas en alto, mientras hervía el agua. Saqué un paquete de galletas, hice el té y busqué trapos, los pocos que tenía. ¿Por qué era tan picajoso Manuel?, pregunté entre dos mordiscos de galleta.

—Tiene muchísimos celos. Es terrible.

Froté con la lija, callando. Me iba a ver negra para sacar ese polvillo impalpable y Felisa volvería a darme el latazo con el aspirador. Charlie siguió:

—Es harto celoso, aunque yo no le doy motivos. Porque sabe que él no es la Persona de mi vida.

—¿No lo es?

—Y no. Para nada. Pero por otro lado soy muy fiel. No es que yo sea promiscuo ni mucho menos, nada que ver.

—¡Jesús! Nunca he pensado que lo fueras.

—Pero jamás. Ni siquiera cuando quedé sólo y destrozado... y era muy joven.

Dijo que para ellos ser promiscuos era bastante frecuente. Más antes, unos años atrás, cuando no había aparecido la alarma del sida. Hoy día las parejas tendían a ser más estables, la gente tenía más cuidado.

—Pero, te fijas, en aquellos tiempos para una persona haber tenido cuatrocientos ‘partenaires’ en el año, bueno, podía ser normal.

—Venga ya, Charlie, te estás quedando conmigo. ¡Cuatrocientos! Joé, con lo normal. Es más de uno diario.

—Claro, pues. Hay gente que va a los bares y tiene siete y ocho encuentros en una noche. Y a oscuras, sobre todo las personas importantes, para que después no les puedan hacer chantaje. Pero ya te digo que hoy día eso ocurre mucho menos.

Moví la cabeza, no podía pensar una contestación. “Puñeteras sillas”, dije. Me chupé la mano donde se me había clavado una astilla diminuta que me estaba fastidiando. “¿No te parece que el comedor resultará demasiado rústico?”

—Te voy a regalar un cuadro, algo que vaya bien con estos azules.

No quería que me regalara un cuadro, le dije. Luego Manuel le iba a echar en cara que no los vendía. Y tampoco tenía dinero por el momento para comprarle uno. Quizá encontrara un cartel gracioso o algo.

—M’hijita, le he dicho que se lo voy a regalar. Usted me salvó la vida.

A veces Charlie me trataba de usted, decía que era por cariño. Negué, una vez más, haberle salvado la vida. Pregunté:

—Si Manuel no es la persona de tu vida, ¿por qué vives con él? Además, siempre estáis peleando.

—Dos personas pueden pelear y quererse —dijo, hizo un gesto con los hombros parecido al desánimo, como si pensara qué remedio. Siguió—. Vivo con él... es una de esas cosas que las haces porque aprecias a alguien. Yo aprecio a Manolo porque es muy, muy caballero. Buena persona, además, y sufre porque es muuuy religioso.

—¿De verdad? Pobrecillo; eso lo comprendo perfectamente. —Dije y pensé: “a mí también me pesa mi situación, a veces”. Charlie seguía:

—Y, bueno, en un momento pensé que nos iría bien... quién sabe por qué toma uno esas decisiones.

Era muy cierto. Cualquier decisión podía condicionar de manera irreversible toda nuestra vida y tomábamos la mayoría de ellas sin meditarla bien.

Como esa mariposa que aletea en un remoto lugar de China y hace impredecible la meteorología, somos caos.

Seguimos con el sellador. Charlie trabajaba mucho mejor y más deprisa que yo. Acabó una silla y, cuidadoso, la colocó encima de un periódico

extendido en el suelo. Agarró otra. De pronto dijo como si pensara en alto: “Después que Max me dejó pasé años sin reaccionar, hecho un puro trapo. Creo que nunca he vuelto a ser yo mismo”.

—¿Quién es Max?

—Max era un compañero de la Escuela de Arte. Mi mejor amigo, bueno, mucho más que amigo, ya sabes. Yo estaba loco de amor por él. Era escultor, y bien bueno, un poco mayor que yo. Excelente escultor, pero ex-ce-len-te. Cuando acabó la Escuela yo estaba en el segundo curso pero igual dejé los estudios y me mandé cambiar.

Levanté la cabeza para mirarlo, sin entender; a veces usaba giros para mí extraños. Un goterón de sellador cayó al suelo, tuve que limpiarlo con un paño nuevecito. Murmuré ¡mierda!, sin poderme contener. Charlie dijo: “No puedo acostumbrarme a lo mal hablados que son los españoles y usted, m’hijita, que es una dama... Me fui, pues. Dejé los estudios y me marché a vivir con Max”.

—¿Y tus padres? Se disgustarían, supongo.

—Claro. Lo sentí por mi mamá. Por él no... no mucho. Siempre estaba en contra mía. Prefería a mis hermanos mayores, que tengo dos, hombre y mujer. Y eso que, fíjate, no son hijos de él, son del primer casamiento de mi mamá pero él era bien decente con ellos. Mucho más que conmigo.

Era chocante que un hombre quisiera más a sus hijastros que a su propio hijo, pero había toda clase de tipos en este mundo. “Mi madre prefiere a mi hermana, dije por si le daba un poco de consuelo, hace tantas diferencias... Pero las dos somos hijas tuyas, aunque yo de pequeña me creía que era recogida. ¿Y qué pasó?”

—Me quitaron la mesada, pensaron que al verme sin plata volvería a la casa de ellos. Pero no. Nos fuimos a la costa. Max había nacido en Constitución, siempre añoraba el océano. Encontramos alojamiento en un pueblito chico cerca de Valparaíso, era muy lindo. Bien solitario en invierno, ni siquiera era un pueblo de veras: un hotel grande, media docena de casillas, huertas con el agua escasa. En el verano era muy alegre.

Pregunté por la casa, todavía tenía las descripciones de los anuncios en la cabeza.

—Era una mediagua, dos piezas y cocina con poco más que un anafe en un poyo de obra, pero tú no sabrás lo que es eso.

—Claro que lo sé, soy andaluza. En mi tierra también se dice, pero creo que se dice anafre. Es como un hornillo.

—Justamente.

—Pero no sé lo que es una mediagua.

Me lo explicó. Era una casilla bien miserable, casa de pobres, con el tejado hacia un lado nada más, como si fuera medio. En tiempos antiguos los españoles tenían prohibido vivir en mediagua; se consideraba impropio de su categoría y nivel cultural. Pero, dijo, a ellos no les importaba, con tal de estar juntos. “En una de las piezas dormíamos nosotros y la otra era estar, comedor, estudio, todo. Mínimo y con poca luz; las ventanas diminutas. La casa era mala, harto mala, el baño inmundo con el piso, o sea el suelo, de cemento gris mal igualado y las murallas puras manchas de humedad; pintábamos las manchas de colores. Era de adobe y el tejado de coirón que es un pasto muy bueno que hay en la Cordillera. Para el frío del invierno teníamos una estufa de aserrín, nos lo regalaban en los aserraderos. Pero como yo lo recuerdo era todo hermoso, te fijas, daría cualquier cosa por volver a aquella casucha. Yo la limpiaba y la arreglaba.

—¿Cuántos años tenías, Charlie?

No me contestó directamente, era curiosa su coquetería de no decir la edad.

—Veintidós años hace que nos separamos y estuvimos allá dos años y tres meses. La vida me parecía linda aunque no teníamos un cobre. Yo le hacía a todo para sobrevivir. Pintaba cuadritos malos estilo cromo que era lo que compraba la gente, vasos con flores silvestres, gatitos...

Ahí interrumpí sin poder dominar un respingo. “Gatitos, Charlie, qué mal; ni me lo digas”.

—¿De veras? A mí me gustan. Y se vendían bien. Comprábamos la comida, el gas licuado, pinturas y barro para Max. Casi todo, porque él tenía de sus padres una mesada mínima. Yo me iba a la vega con un canasto, compraba muy barato, una lechuguita, unas papas, paltas pequeñas que valen poco. Verduras del tiempo, huevos verdes o azules...

Lo de los huevos verdes o azules me pareció demasiado pintoresco, volví a interrumpir la corriente de recuerdos. Pregunté de qué bichos eran. Pues eran de gallinas que se criaban en los campitos picando lo que encontraban de matas, bichillos y flores por allá.

—La cáscara de los huevos sale del color de lo que comen, son medio asilvestradas. También me iba a la playa temprano, recogía almejas y machas en la arena, eran gratis. Y choros, que acá los llaman mejillones y eran tan grandes como zapatos y les decimos así: choros zapatos.

Estaba pensando que Charlie tenía más vocación de ama de casa que



todas las que yo conocía. Y a todo esto no dejábamos de esparcir el sellador sobre las maderas. Hice más té.

—¿Tú preparabas la comida?

—Claro, pues. Hacía cazuela y caldillos y ensaladas, cuando no sabía algo lo preguntaba en el hotel y me lo explicaban; comíamos rico. El vino era muy barato. Fuertón; no sé si me gustaría ahora. Éramos felices, fíjate, a pesar de ser tan pobres. Los veranos me empleaba en el Hotel de Turistas, un hotel muy bueno. Toda la temporada alta estaba de camarero, para los recados, hacía de todo. Me sacaba el sueldo y buenas propinas. A veces también en el hotel vendía algo, una vez vendí dos cuadros de flores a unos amigos de mis papás que me reconocieron, fueron muy cariñosos.

La silla donde yo estaba esparciendo la preparación tenía un agujero en la madera, como para guardar un garbanzo; no sabía qué hacer. Tuve que pedir ayuda a Charlie. La examinó y decidió que la terminara y después él bajaría de casa un poco de yeso.

—Yo tengo una vela de cera, —dije revolviendo en un cajón— ¿tú crees que servirá?

—Podría ser. Dame la vela y no, no dejes de trabajar. Hoy tienen que quedar todas listas y mañana daremos dos capas de color y más lija.

—Está bien, —accedí aunque estaba ya bastante harta—. Pero sigue, que te he interrumpido.

Sacó su encendedor, prendió la vela y esperó a que la cera se calentara, era muy cuidadoso con todo lo que hacía.

—Deberías ser restaurador, —dije.

—Ah, pero sé de restauración. Hice unos cursos en Italia. Esa es otra historia mía, sin ninguna importancia. ¿Sabes cuál sería la ilusión de mi vida? Marchar a la Costa del Sol y trabajar en algún negocio de arte, una sala de subastas, un anticuario pero que tuviera también pintura actual, por ejemplo. Algo de ese estilo.

No parecía un ideal imposible de cumplir ni mucho menos, le pregunté por qué no lo hacía. Por lo visto no tenía dinero para instalarse por su cuenta; los problemas materiales le parecían sin solución, abrumadores.

—A veces lo he pensado, fíjate. Tengo allá un primo, casado con española. Siempre me dice que vaya cuando quiera a pasar unos días con ellos. Quizás si lo hago de repente, es bien amigo mío.

—Bueno, Charlie, ahora cuéntame. Mientras tú limpiabas, guisabas, buscabas las almejas, comprabas la lechuga, trabajabas de camarero, hacías

los recados y pintabas cromos, ¿qué co... qué demonios hacía Max?

—Se te olvidó la colada —dijo Charlie riendo—, también la hacía yo en la tina de la ducha. Y planchaba. Pero en serio, Max era un artista de veras. Fíjate, a mí me fascina el arte, me encanta pintar, todo lo que quieras. Pero si me dijeran “elige entre ser pintor y ser feliz...” Ah, no. Ahí no lo dudaba. O, ponte tú, entre vivir hartos años con alguien a quien quisiera o ser un gran pintor, tampoco.

—Hombre, yo creo que la vida está por encima del arte.

—Yo también, m'hijita, pero por eso. Ni usted ni yo vamos a ser grandes artistas.

—Lo que es yo, desde luego que no. Ni pequeña tampoco.

—Pero Max era diferente. Nada que ver. Él era grande de veras, tenía que crear, hacer sus esculturas porque si no las manos hasta le dolían. Era una fiebre. Para él su escultura siempre fué lo primero. Como no teníamos plata ni tampoco un estudio decente, se iba a la playa justo cuando bajaba la marea. Las mareas del Pacífico son vivas, enormes, el océano retrocede o avanza a veces cientos de metros. En la arena húmeda que dejaba el mar al retirarse, él se ponía a modelar sus estatuas, de la misma arena, ¿te fijas? Hacía mujeres y hombres, niños, bestias, caballos, delfines, Laocontes a su manera. Hacía y hacía y a veces hasta parecía loco.

Dejé de trabajar un momento para mirar a Charlie, impresionada. Aquellas palabras tenían mucha fuerza, uno notaba en ellas un sentimiento terrible, poderoso, que inquietaba. Él no levantaba la vista, trabajaba de forma mecánica envuelto en sus recuerdos. Siguió:

—Max solía decir que algún día llegaría un gringo millonario a la playa y se entusiasmaría con las esculturas convirtiéndose en su mecenas. Muchas veces hablábamos de aquel gringo, era como una broma nuestra y nos reíamos. Después, cuando subía la marea, nos sentábamos juntos a mirar cómo el océano iba deshaciendo todas aquellas hermosas estatuas. ¡Eran tan bellas sus esculturas! Cuando la playa estaba vacía, y casi todo el invierno, que era desde Marzo a Noviembre, apenas se veían personas, parecía un desierto... cuando no había nadie nos abrazábamos, o nos tomábamos las manos y mirábamos la destrucción que venía llegando despacio, sin poderlo remediar. Yo a veces también lloraba porque era igual que la vida de las personas, que va pasando y acabando con todo y nadie puede hacer nada.

—Joé —dije sorbiendo un poco—, casi me haces llorar a mí.

Saqué una servilleta de papel y me soné. Era una historia emocionante tal y como la contaba y al mismo tiempo tan triste. “Sigue, Charlie, sigue contando”.

—Dicen que hay que tener mucho cuidado con lo que se desea con fuerza porque suele ocurrir que resulta y después uno vive lamentándolo.

Nunca había oído aquello; hice un rápido recuento de mis deseos más ardientes. Los últimos habían sido ligarme a Francis, venir a Madrid, comprar mi propia casa. Los tres habían resultado, esperaba no tener que vivir para arrepentirme de ellos.

—Bueno, ¿y...?

—Y, cómo no, apareció el gringo millonario, que era alemán. Fué en verano, yo estaba super ocupado en el Hotel de Turistas, así que al principio me alegré hartito. Max me lo presentó, lo conocí, me pareció todo regio. Era yo muy joven, muy inocente y también muy fiel. Esa era mi manera de ser, no veía el peligro. Ni lo pensé ni lo imaginé ni se me pasó por la mente siquiera que pudiera haberlo. Como que no entraba en mis esquemas. Estaba desubicado pero por completo.

—¿Quieres decir que... que ellos dos...?

—Sí, pues. Ya te digo, yo me demoré en darme cuenta, no tuve tiempo ni tranquilidad para detenerme a pensar, a ver bien todas aquellas luces rojas de alarma que se prendían por todos lados. Por Dios que hubo avisos y señales, habían aparecido desde el primer día que llegó el gringo, pensándolo después. Max no venía a comer aun sabiendo que yo vivía y moría para comprar y prepararle las cosas que le gustaban, o me decía que mejor no bajara yo a la playa para no distraerlo porque quería hacer algo nuevo o muy especial, y yo ni siquiera veía las estatuas antes de que se las llevara la marea... aquello era lo que más me dolía. Como si parte de mi vida se fuera en el agua, o como si se me muriera un hijo antes de haberlo conocido.

Me vino a la memoria un romance antiguo que solía cantar abuela Joaquina cuando estábamos solas ella y yo. “Ya viene Don Pedro, de la guerra herido, y viene llorando, por ver a su hijo”... Ahora desearía tenerla grabada, conservarla con aquella voz tan clarita, la exacta afinación... con mi abuela perdí las canciones de la infancia, perdí... yo quería llorar por ella, por nosotras... Charlie continuaba:

—O se enojaba conmigo por cualquier cosa y me daba la impresión de que lo ponía nervioso, todo le parecía mal, todo lo mío quiero decir. Y si le

preguntaba qué le ocurría, le suplicaba que me lo dijera, se enojaba más, tanto que yo andaba desorientado, sin saber de qué modo acertar... ¿Otra vez está llorando, m'hijita?

—No, no —dije— sigue, no estoy llorando. Parece que... Debe de ser el olor de la pintura.

Desde luego lloraba un poco, intentando disimular, pero esta vez entraban también mi abuela y sus canciones tristes, Queti y el José Luis que-ya-no-era, el de los primeros tiempos conmigo; todas las cosas perdidas en mi vida. El dolor de verdad, como el de Charlie, sintonizaba con el de todo el mundo, tenía resonancia universal. Dolor, patrimonio común... ahí nos encontrábamos. Y al final, —pensé—, se llore por lo que se llore, siempre acaba uno llorando por uno mismo.

—Bueno pues así pasaron Enero y Febrero y entramos en el mes de Marzo, que viene a ser como Septiembre acá. Y entre lo desubicado que estaba y lo cansado porque los meses del verano había hartísimo trabajo, no supe lo que estaba pasando hasta que una camarera del hotel, de las de arriba, que arreglaban las habitaciones me pasó la información. Fíjate que Max muchas noches no venía a dormir a la casa, me decía que era para aprovechar su trabajo en la playa porque por el día había mucha gente... y era cierto que aquel verano estaba muy concurrida. Pero nada que ver, se estaba yendo con el gringo a dormir al hotel y yo no dudé de él ni un solo minuto.

—¡Qué fuerte! —dije, aunque sabía que como réplica era una miseria, pero la historia no necesitaba comentario, se bastaba.

Coloqué una silla terminada y agarré la última de las seis. Charlie miró la que acababa de colocar sobre más periódicos como si fuera o no a darle el visto bueno pero me pareció que ni la veía realmente. Estaba viendo estatuas de arena en playas interminables barridas por el Pacífico. (¿Victorias con alas? ¿Niobes y Laocontes? ¿Leones heridos de Asiria y leonas de Micenas?) Y Max y Gringo y el Hotel-de-Turistas. Hasta aquella tarde me había resultado encantador pero poquita cosa. Quién iba a imaginar que tenía dentro aquella rambla de recuerdos y de emociones. Cada uno su microcosmos. Y ahora debía de tener cuarenta y algunos años, aunque no los aparentaba, y ni amor ni dinero ni casa ni familia ... Joé, qué vida. Continuaba:

—No lo pude encajar. Me comí una caja de pastillas para dormir con una botella de vino. Pero Max llegó a tiempo aunque fué por pura casualidad, no venía a ver cómo estaba sino a recoger unos bocetos. Me llevaron a la Posta, me lavaron el estómago, cero romántico todo, m'hijita. No podía haber

elegido un procedimiento para hacerme notar más matapasiones que aquél... una cochiná. Me dejaron en el hospital aquella noche. Max vino a verme un momento a la mañana siguiente. Estaba enfadado, con prisa; cinco veces miró su reloj. Las conté. El puro gesto de mirar un reloj puede ser de una crueldad inmensa. No esperó ni a que me dieran el alta para llevarme a la casa. Era el final. Max se fué con el gringo, yo no creo que estaba enamorado de él, no lo creí entonces, ni lo creí más adelante, pero defendía su arte por cima de su vida. Era más que su vida. El alemán estaba tapado de millones; Max necesitaba no más un empujoncito, una oportunidad, después tendría éxito seguro porque él era genial. Y, bueno, yo no quería volver a la casa de mis papás y me quedé solo en la cabaña unos cuantos meses. Aguanté lo duro del invierno pero en la primavera me enfermé y la gente del hotel llamó a mi familia que me mandó a buscar. Mi hermana y su marido vinieron a recogerme, me llevaron en su auto a Santiago. Con las bocas apretadas, ni siquiera me dirigieron la palabra en todo el viaje.

—Qué fuerte —repetí.

—Yo iba llorando por el camino, temblando de la fiebre y llorando. Todo lo que veía me recordaba a Max, lo habíamos visto juntos y estaba seguro de que ya nunca más volvería a estar con él. —Calló un momento, cerró el bote de sellador y terminaba: “Como así ocurrió en verdad.”

Yo no tenía nada que decir.

Sonó el timbre de la puerta, salí a abrir frotándome las manos con un trapo mojado en aguarrás. Era Manuel, venía en busca de Charlie que empezó a limpiarse las manos también con prisa. En unos minutos ya se habían ido para arriba. Me quedé lavando las brochas y recogiendo todo lo que habíamos puesto por medio, me parecía estar rodeada de personajes de la historia de Charlie. Tan reales los sentía y estaba tan enfadada con Max que cuando me llamó Francis para llevarme a cenar casi estuve a punto de decirle que no. Pero reaccioné a tiempo, menos mal; Francis era un amor y no tenía que ver con aquel Max, ningún parecido. Por lo demás estaba hambrienta y nada me apetecía menos que ponerme a preparar comida con las manos que seguían oliéndome a pintura y aguarrás.

## VII

Salí de la oficina con Miriam para tomar algo a media mañana y nos encontramos con Indalecio Ungría. Quiso invitarnos al aperitivo y cuando yo iba a decir no, gracias, ella ya había aceptado por las dos. Fuimos a un bar en

la calle de Alcalá mejor y más grande que el nuestro de costumbre; los camareros y el dueño parecían conocerlo bien, lo saludaban como si fuese un cliente rico o cuando menos rumboso. Miriam sonreía, le gustaban todos los hombres y no soportaba no ser ella el centro de atención. Indalecio nos instaba a comer de esto y lo otro; yo pedí un café cortado que es como decirle a un hombre “contigo no quiero nada”. Miriam pidió cerveza y ensalada de langostinos.

Indalecio Ungría me miraba mucho, insistente, con los ojos de miope detrás de unas gafas gordas anticuadísimas con montura de concha.

—Oye —dijo—, ¿no nos conocemos de algo?

—No creo, —contesté— antes del otro día en la oficina, no.

Miriam había contestado a la vez, rápidamente, fastidiada por si me hacía a mí más caso. “No la conoces. Ha vivido siempre en Sevilla”.

—Vaya, vaya, —dijo Indalecio Ungría.

Por mí Miriam podía estar tranquila. Yo tenía novio y no estaba en plan de mirar a mi alrededor a ver qué me ligaba. Además para mí lo primero que tenía que tener un tío era pinta de salir de la ducha. Siempre fui muy fastidiosa en eso de la limpieza.

Tenía conversación, eso sí. Habló de sus viajes, había estado en un montón de países, bastante aventurero. Tenía un poco de acento argentino, giros a veces; le pregunté si era de allí. Y no, pero había vivido en la Argentina y en Venezuela. Nos tuvo bien entretenidas con sus relatos. Un par de días atrás había llegado de San Petersburgo, dijo que nos iba a regalar caviar y Miriam casi se desmayó.

Pero él quería salir con nosotras aquella noche; le expliqué que las dos teníamos novio. “Vaya, vaya”, dijo y eso parecía ser una muletilla suya, “es lógico. Sois muy guapas, la morena y la rubia. Y yo que estaba esperando ir como don Hilarión”.

Aquello no lo entendimos. Después nos aclaró que era por una zarzuela. Miriam, riendo: “Déjate, que con llamarte Indalecio ya tienes bastante”.

Me azaró, no debió decir eso de su nombre, no teníamos confianza. Y aparte, ¿qué tenía de malo? Para mí era un nombre familiar.

—¿Qué pasa, no se puede uno llamar Indalecio? —preguntó.

—No pasa nada —dije con viveza—. A mí me gusta ese nombre. Mi abuelo se llamaba así.

—Reconozco que no es muy corriente pero yo por supuesto estoy acostumbrado.

Nos explicó la zarzuela con la morena y la rubia y se empeñó en que anotáramos su número de teléfono para llamarlo cuando tuviéramos una noche libre y ganas de diversión. Miriam sacó su móvil amarillo del bolso y lo apuntó en la memoria. Yo negué con la cabeza, dije como disculpa: “No tengo mucho tiempo para hacer planes y además no tengo móvil”.

—Ah, yo te voy a regalar uno, cómo no. De veras te lo proporciono gratis.

—Muchas gracias pero no, en realidad no me hace falta.

—Como el mío. Y te advierto que éste cuesta mil dólares.

—Entonces, menos aún. Gracias de todos modos.

—Me lo puedes regalar a mí —dijo Miriam, envidiosa.

—Pero si ya tienes uno.

—¿Por qué hablas en dólares? —pregunté para cambiar la conversación, molesta de que Miriam le pidiera un regalo.

—No sé, porque viví en América del Sur muchos años y allá se suele hablar en dólares. O porque trabajo mucho con rusos y ellos todo lo ven en dólares. Y tengo un asunto fantástico para vuestra oficina, a ver si puedo hablar con Arancha. ¿Sabéis cuándo piensa volver?

—Nosotras no sabemos nada.

—Hay dinero a espuestas en eso, de veras.

No podíamos decirle que no lo pensaba recibir, quedábamos sin contestar, como bobas. Miré mi reloj. “Miriam, yo me voy a volver, llevamos ya treinta minutos fuera”.

Miriam rebuscó los últimos langostinos en su ensaladilla pinchándolos con el tenedor.

—¿Te dije que se llamaba Constanza Morales? —dijo haciéndose la graciosa—. Pues no; se llama Pepito Grillo.

—Vaya, vaya —dijo Indalecio Ungría—. Pues no me lo habías dicho.

En la oficina Miriam me preguntó: “¿tú crees que nos estaba siguiendo?”

—¿Quién, Indalecio? No tengo ni idea. ¿Por qué iba a seguirnos?

—A ti se te insinuó.

—¿Se me INSINUÓ A MÍ?

—Claro. Eso de “¿no nos conocemos tú y yo?” qué te crees que es. Es que parece que no te enteras.

—Desde luego no me he enterado, —contesté disgustada.

Miriam era bastante mona, con pelo rubio ceniciento muy liso. Se vestía bien, pantalones y chaquetas en colores siempre entonados. Lo malo que tenía

eran la voz y el acento, horribles. Sacaba unas jotas, ‘ej que’, ‘marijcos’ y demás que la situaban en los barrios más bajos. Desde luego en uno de éstos había nacido y se había criado entre gente de ninguna educación — seguramente ni siquiera la escuela secundaria—, con lo que tenía mucho más mérito por haber estudiado su carrera y conseguido un buen trabajo.

Cuando yo era pequeña, o alguna otra vez que había estado en Madrid hacía pocos años, no se notaba tanta diferencia en el habla de las personas. Ahora había dos formas de hablar muy distintas. Dentro de poco pasaría como en Inglaterra que, apenas alguien abría la boca, era situado socialmente. En Madrid estaba ocurriendo ya. Como si las diferencias de clase al ser borradas por la igualdad de oportunidades y la mayor movilidad social, se defendieran fabricando otras barreras. Pensé que tendría que hablar de eso con Martin, alguien debería hacer algo en los colegios para que todos los niños hablaran bien. A Miriam, con lo lista que era, la deslucía.

Después de comer estaba con Francis cuando llamó doña Juanita; tuve que contestar yo porque Francis era tan discreto que ni el teléfono descolgaba. Gracias a que estaba él delante no le eché en cara el regalo de mi ajuar a Macarena. Pero no me hubiera escuchado, estaba excitadísima. Ni me preguntó qué tal estaba.

—¡Constanza! ¡Tengo una noticia que darté! ¡Tu hermana tiene una niña!

—¿Ya? Yo creía que...

—No, no, no es que haya dado a luz todavía. Pero el doctor nos ha dicho que es una niña.

No entendía por qué mi madre decía el doctor en vez de el médico, sonaba cateto. Y dado que la criatura tenía al menos el cincuenta por ciento de probabilidades de ser niña tampoco veía motivo de jolgorio. Constanza, guapa, me dije, tú tranquila. Y si los demás están contentos, pues mucho mejor para todo el mundo.

—¿Estáis contentos? —pregunté.

—Imagínate, encantados. Nos hace muchísima ilusión. Hija, yo creo que deberías llamar a tu hermana y decirle algo, está feliz.

—¿Quién, yo? No pienso.

—No serás rencorosa, ¿verdad?, —preguntó mi madre llena de tacto—. Porque es una cosa muy fea ser rencorosa.

—Para nada. Pero como ella tampoco me llama a mí...

—Qué pesaditas sois —dijo como si fuéramos las dos iguales y con los mismos motivos de enfado—. Entonces la felicitaré yo de tu parte.



—Claro, me parece muy bien. Felicítala de mi parte.

Con eso se tranquilizaba, preguntó si iría a Sevilla para el nacimiento de la nieta. Pues no, no iría.

—Vaya, así que no te veremos hasta Navidad.

Francis me hacía gestos para que me diera prisa y colgara. Me volví de espaldas no queriendo distraerme.

—Por cierto, quería decirles que no voy a tener vacaciones en Navidad.

No sabía por qué había dicho aquello, acababa de inventármelo. Pero cuando hube colgado después de una pequeña retahíla de quejas y de protestas de mi madre me sentí divinamente libre, desasida de todo, suelta. Me entraron ganas de bailar, de girar como un trompo, silbando. No iba a ir a casa por Navidad. Me había emancipado del todo. Viva.

Miré a Francis, contenta, caminé hacia él. Tenía un novio superguapo, tenía una amiga maravillosa, tenía tres amigos más en el ático, estupendos, tenía una compañera de trabajo con quien ir a tomar el aperitivo o a ver tiendas de zapatos. La gente de la oficina estaba bien, aunque Arancha no era tan simpática como Carlos, era eficiente y buena jefa; si trabajabas no tenías ningún problema. Tenía mi propia casa y la portera me hacía la limpieza. La vida era bella, bella, bella.

Francis intentaba escaparse para venir a casa algunas tardes un par de horas. A veces, sobre todo los viernes, venía después del almuerzo y se quedaba hasta después de cenar, eso me daba la sensación de que estábamos casados. Yo volvía del trabajo corriendo y ya no salíamos, cocinábamos juntos cualquier cosa, muy casero. Sábados y domingos eran más azarosos. Hacíamos algún plan y resultaba que su mujer había hecho otro por su lado con lo que teníamos que cancelar el nuestro la mayoría de las veces. Pero lo más fastidioso era el secreto obligado. No poder presentar a mi novio a los tíos o a los amigos, no poder salir abiertamente; la única vez que pasamos juntos un fin de semana tuvimos que ir en tren y a un hotel malo, no fuera a reconocerlo alguien. Aquello de no poder siquiera telefonar a su casa era muy duro.

Sabía, porque me lo había dicho varias veces, que no quería hacerle daño a su mujer. Yo estaba de acuerdo con eso pero pensaba que también tenía miedo de que ella le pidiera un divorcio en el que fuera él la parte culpable. Desde luego no quería desprenderse de la mitad de su dinero. Mi obsesión de que tenía que ser superdiscreta era tal que apenas hablaba de él, y nunca decía su nombre, sólo “mi novio” o, si hablaba con Misi, Reacio. Solía rezar para

que la situación se arreglara, se me había metido en la cabeza que Dios podía hacer que, por alguna razón hasta entonces desconocida, Francis no estuviera realmente casado. Que su matrimonio no fuera válido, que su mujer hubiera mentido, que no estuviera bautizada... qué sé yo.

—O sea, vamos a ver, —dijo Misi una vez que se lo conté— que tú metas la pata y el Todopoderoso te solucione la papeleta.

—¿Qué le cuesta? Yo no quiero que ella se muera ni le pase nada malo, eso no. Que haya un impedimento real.

—¿Tú crees que entonces se arreglaría todo? Cuando a una persona le ha ido muy mal su matrimonio no suele querer casarse otra vez. Mírame a mí. Seguramente tu novio seguiría siendo reacio a casarse contigo. Si no lo fuera, ya habría solucionado este tema.

Voluntario y Reacio, así los llamábamos entre nosotras.

Con todo, la mayoría de los días no me sentía ‘la otra’. Estaba convencida de ser la mujer de su vida, creía que el asunto se resolvería de algún oscuro modo providencial que por el momento no era capaz de imaginar.

Aquel día de la llamada de mi madre estuvo en casa hasta que empezó a oscurecer. Ya las tardes empezaban a ser algo más cortas. Un par de tormentas habían refrescado el aire en los últimos días, me acostumbraba a sonidos nuevos, como el de la lluvia contra los cristales de mi casa y en el reborde de cinc de la ventana en la cocina, me encantaba.

Tía Flora me había dejado un recado en el contestador diciendo que traerían los muebles a última hora de la tarde.

Anochece cuando los hombres subieron las escaleras haciendo un ruido como si fuera la Policía montada del Canadá. En la calle se veían las primeras ventanas encendidas, rectángulos de luz amarillos, que hacían pensar en los miles de existencias diferentes detrás de cada una de ellas. Abrí la puerta, Felisa había llamado con el timbre de la portería, y la vi aparecer entre los hombres, jadeante. Encima de su vestido largo con vuelos color manteca, del que como de costumbre asomaba el bajo de sus enaguas, se había echado una chaqueta rosa fuerte; parecía un gigantesco merengue de fresa y vainilla. Deseé que no la hubieran visto los vecinos del cuarto. Pero sí.

—Estos hombres han entrado a la vez que Urgoiti y ya está el malhaya protestando de que ensucian las escaleras. ¡Ni que las fuera a fregar él!

Lo llamaba con el apellido a secas porque lo odiaba. Pero le hablaba con más respeto que a los demás.

—Pues si el señor del cuarto tiene algo que decir, que me lo diga a mí.

¿O es que yo no voy a tener derecho a subir los muebles a mi casa? — pregunté, molesta.

—Eso digo yo, filiña. ¿Y dónde vas a meter tanta antigüalla?

—En el salón... qué remedio.

—¿Todos? Muchos son.

—A ver —dijo uno de los transportistas—, dónde lo dejamos que hay más y no tenemos permiso de aparcar.

—¿Hay más? —pregunté asustada.

—Buenoooo. Ahora verás. Así que todo aquí.

—Sí, sí.

En total había un sofá de respaldo recto, dos sillones grandes, dos más pequeños. Cuatro sillas, una mesa de centro un poco altiricona con tablero de mármol verde, una vitrina con puertas de cristales que estaba pidiendo a gritos cosas que yo no tenía ni tendría jamás como abanicos, miniaturas y adornos de porcelana. Habría que pensar en la manera de rellenar con algo. Libros antiguos bien encuadernados... con el tiempo. Puñetitas, ni hablar.

—¿Cuánto debo? —pregunté aterrada cuando lo hubieran colocado en el salón.

—Está pagado el porte.

—A ver, un momento... tomaros unas cervezas de mi parte. —Les di una propina.

—Venga, pues muchas gracias. Hasta luego.

¿Por qué hasta luego si no nos íbamos a volver a ver? Tenía razón Martín. Felisa se quedaba conmigo. “¿Todo esto viene de tu familia?”

—De la familia de mi tía.

—Pues yo no lo querría ni regalado.

—Regalado es lo que es, Felisa.

—Claro que —dijo reconsiderando— tienen que valer buen dinero.

—Sí, me hubiera venido bien el dinero. Pero esto es lo que me han regalado y se lo agradezco mucho.

—Y anda que no traen mierda.

—Eso no es culpa de mi tía —dije defendiéndola—. Ella tiene la casa immaculada. Estaban en un guardamuebles.

Quedamos en que al día siguiente compraría plumeros y avíos especiales para limpiar la caoba y los dorados. La tapicería era de damasco color turquesa pálido, un poco desvaído, rozado ligeramente en la esquina de una silla. Por suerte era un color bonito, entre verde y azul.

—Y tendrás que comprar una aspiradora. Lo único que hago barriendo es cambiar el polvo de sitio.

—La compraré cuando me recupere un poco. Pero con una aspiradora no te puedes acercar ni a cinco metros de estos muebles. Son antiguos y se destrozarían.

No era frecuente que pudiera apuntarme un tanto con Felisa, de modo que me fui bastante satisfecha a llamar a tía Flora para darle las gracias y para convidarla con el tío a tomar el té sobre sus propios muebles un día que les conviniera.

En el número veinticinco todos los inquilinos estaban al corriente de las vidas de los demás. O casi. Seguramente a aquellas horas la casa entera sabía que yo tenía un novio y que venía continuamente a verme a mi piso. Cruzaba los dedos para que nadie averiguase que estaba casado y cuidaba mucho de que no se me escapara el más mínimo comentario, sobre todo delante de Felisa.

Quizá una de las razones de tanta información fuera que el ascensor sólo se podía utilizar de subida. Era el auténtico de la época de la casa, madera de caoba y cristales, con una verja de hierro encantadora. Para mí un misterio cómo habían logrado conservarlo; casi todos los que había visto en las casas antiguas eran renovados y a cuál más feo. Como estaba prohibido bajar en él, y la escalera de servicio no tenía montacargas, todos nos encontrábamos escaleras abajo, veíamos abrirse las otras puertas, quién entraba o salía, a quién le traían la compra a domicilio o bajaba demasiadas bolsas con botellas, que solía ser el caso de Susana.

Estaba en mi puerta una tarde, ya se había marchado Francis, hablando con Felisa de asuntos de limpieza, cuando pasaron por delante Manuel y Charlie. Dijeron que pensaban darse una vuelta, iban de buen humor, por una vez parecía que no estaban peleando.

—Supimos que te trajeron los muebles del salón, —dijo Charlie.

La portera rehuyó mi mirada y dijo con cierta precipitación: “Bueno, me voy que estoy haciendo falta abajo”. Por supuesto era ella quien les había dado el parte y la novedad.

—Cuando quieras puedes entrar a verlos —dije a Charlie. —Son un estilo distinto de nuestro comedor pero no sé cuál me gusta más. Esto una broma para darle a entender que estaba agradecida a su ayuda en mi comedor rústico. Además había quedado muy simpático.

Manuel también se interesaba. Le gustaban los muebles antiguos y tenía

un amigo tasador en una casa de subastas que, dijo, podría venir y decirme cuánto valían, sin cobrar.

—Pero para qué. Si son un regalo y no los puedo vender. ¿Queréis verlos ahora?

Entraban los dos y se entusiasmaban. “¡Ah, no!—exclamó Charlie—. Son lindísimos”.

—Preciosos —Manuel estaba de acuerdo—, y todo este estilo se está poniendo de última moda. No hay mucho de esta época, sabes, es como Imperio pero menos recargado que lo francés.

—Ha tenido mucha suerte, m’hija.

Yo no estaba muy segura de si me gustaban, la verdad.

—No sé, los veo como importantes ¿no? A mí me parecen un poco mucho. Yo tenía la idea de algo moderno, pero es un magnífico regalo, de todos modos.

—El tablero de la mesa es serpentina, —dijo Manuel—, que ya no existe.

—Perdone que se lo diga, m’hijita, pero usted los ha colocado pésimo.

—La verdad es que sí. —Dijo Manuel—. ¿Por qué así, con tan poca gracia?

—Es que no sé cómo arreglarlos, yo no soy artística como vosotros y es la primera vez que tengo casa.

Se rieron, Manuel se quitó la chaqueta y la corbata que era amarilla con mariposas azules. Llevaba una camisa azul fuerte con rayitas blancas, el cuello y los puños dobles con gemelos de esmalte blanco lisos. Empezaron a mover todos los muebles. Toma tú esto, agarra por allá, mira desde aquí, Constanza quítate de en medio, a ver, no, éste lo tenemos que llevar hasta esta orilla, espera, céntrolo con el florón del techo, las sillitas acá, vamos a sacar dos al recibidor, al lado de la puerta, así va siendo otra cosa. Tardaron bastante, no conformándose con el primer arreglo ni con el segundo, riendo y dándose bromas. Yo obedecía indicaciones, movía una silla, corría una butaca tres centímetros, empujaba la mesa, me quitaba para que mirasen desde acá o desde allá. Cuando acabaron no parecían los mismos muebles ni el mismo salón, el sofá y los sillones con la mesa en medio hacían una tertulia, dos sillas en otro extremo a un lado de la vitrina, las restantes en el recibidor. Hasta cambiaron el espejo de sitio; Manuel subió a su piso por unos clavos especiales y sus herramientas.

Quedó estupendo, a lo que decidí que nos tomáramos una copa. En la cocina había unas cajas de Rioja que había dejado Francis. Manuel volvió a

subir por una bolsa de patatas fritas. Estábamos abriendo la botella y ya bajaba acompañado por Martin que traía un paquete de galletas inglesas de jengibre. El vino lo tomamos en tazas y estaba buenísimo. Las galletas picaban la lengua, un poco, todo el mundo estaba contento, hasta Manuel. Se me ocurrió que tenía que organizar una cena, aún no había inaugurado mi casa. Quedamos en que el estreno oficial sería el jueves a las nueve de la noche porque Charlie dijo que si era antes no le daría tiempo de terminar su cuadro. Sólo faltaban cuatro días, en realidad. Acabamos el vino y se marcharon; pensé que siempre me gustaría recordarlos como aquella tarde, moviendo muebles, riendo como niños sin pasados oscuros, todo alegría inocente y contagiosa.

Con Misi hablaba casi todas las mañanas, en general llamaba ella o si no lo hacía yo a su móvil. Dos o tres veces por semana nos veíamos un rato, aunque fuera el tiempo de tomar un café.

A la mañana siguiente del arreglo del salón la llamé desde la oficina, a ver si podía sumarse a la cena de inauguración. Como me figuraba no estaba libre, tenía bastantes planes por las noches. “Lo siento muchísimo, Constanza”.

—No te preocupes, no va a valer mucho la pena. Sólo seremos los tres del ático, Francis y yo. Voy a hacer un plato único, porque nada más tengo seis llanos y una sopa o crema de primero. Y no es como si fuera una buena cocinera porque no lo soy.

—De todos modos siento no poder ir, tengo otra cena.

—¿Te pasa algo? —pregunté porque la voz sonaba desanimada.

—Un horrible dolor de cabeza y he discutido con Luis. Hemos peleado. Me reí: “Bueno, las reconciliaciones son muy estimulantes”.

—Para mí, no. No soy tan joven como tú. Tengo ganas de paz, de haber llegado a buen puerto. Estoy cansada.

Me preocupé; ella era muy alegre.

—Oye, Misi, ¿quieres que vaya a verte o quedemos en algún sitio?

—No, tengo mucho que hacer. No te preocupes que esto se me pasará.

—Si no se te pasa no salgas pasado mañana, no vayas a cenar, mira que tu salud es más importante que...

—No, no, no es cuestión de salud. Estoy bien, de veras. Este cansancio es más... más moral que físico. Ya hablaremos.

Me quedé pensando que el cansancio moral era más difícil de controlar que el otro y más inexplicable. Sentí que no pudiera venir, la echaría de menos. Inaugurar la casa sin ella, que me la había encontrado y me ayudaba en

todo, no tenía sentido. Siempre será mi mejor amiga, aparte de Quety, me dije. Pero Quety se fue a África a las Misiones cuando terminamos la carrera y no me escribía nunca. Ni siquiera tenía sus señas. Misi estaba aquí, inamovible, siempre dispuesta a escucharme y ayudarme.

De hecho, cuando más adelante se complicaron las cosas entre Misi y yo, y pudieron destrozar nuestra amistad, nunca dejamos, en el fondo, de ser amigas.

## VIII

En la oficina casi me rompí la cabeza pensando un menú que estuviera bien sin ser muy caro. Como Misi no podía venir, y eso me pesaba, estuve a punto de invitar a Miriam. Dudé y lo descarté. No sabía cómo iba a reaccionar con la pareja Charlie—Manuel ni qué comentarios podría hacer después en la oficina; aunque era bastante modernilla uno nunca sabía, no la conocía lo suficiente. Tenía un novio para mí desconocido y quizá me pondría en el compromiso de querer llevarlo a él también. Igual luego no pegaba nada. Por último, era muy coqueta y si se iba a empeñar en ligarse a Francis y a Martin nos podía estropear la velada a todos.

Había pedido consejo a Felisa por la mañana, quería algo que pudiera cocinarse de víspera para después tener menos trabajo. Me aconsejó comprar un bloque de callos, que no había más que calentarlos, y traer pan de hogaza para mojar. “De la ‘putic’ de los panes que lo hacen buenísimo. Yo te puedo hacer un buen caldo de primer plato”.

—Muchas gracias pero no. Tengo que solucionarlo yo. Y los callos no gustan a todo el mundo.

—Hay gente muy ‘repunante’.

—¿Repugnante?

—Sí, que a todo le hacen ascos. Lo del pan de la putic sí te lo recomiendo de todas maneras. También tienen tartas y postres muy ricos.

—Me acercaré por allí. Pero es boutique, no putic.

—Cómo se ve que no conoces a la encargada. —Felisa tenía de repente extraños ramalazos de humor.

Después de almorzar iba a venir Francis y lo esperé mientras intentaba componer un menú con papel y lápiz. Llamó Charlie a ver si necesitaba algo o quería que me acompañara al mercado. Le dije que no, era capaz de bajar enseguida y esperar a que se fuera Francis estropeándome el plan. Y, bueno, también quería decirme que a Manolo lo que más le gustaba era el pescado.

¿Había pensado ya lo que iba a comprar?

—Ahora mismo estoy esperando una visita pero en cuanto se vaya lo pensaré.

Pescado, pescado... a ver. Merluza al horno con almendras, muy caro y de última hora. Lubina a la sal... no sabría darle el punto. Salmonetes y lenguaditos, ideal pero un pestazo ponerse a freír en el último momento. Salmón al horno, eso podría estar bien. Rosa lo hacía cubriéndolo con una capa de cebollitas, hinojo y zanahorias, todo hecho tiritas y rehogado previamente.

Llegó Francis y cuando le hablé de la cena dijo que le era imposible venir.

—Me lo tenías que haber dicho con más tiempo, no la víspera. Tengo otro compromiso.

—Si tenías un plan para el jueves, ¿por qué no me lo has contado?

—Bueno, es igual. No tiene importancia. De todos modos no interesa nada que me conozcan tus amigos, nunca se sabe de dónde pueden salir los chismes y tenemos que ser muy discretos. Es sólo por el momento —añadió viendo mi cara—. No te enfades, belleza.

No estaba enfadada sino dolida. ¿Cómo que daba igual y no tenía importancia? A mí me importaba y más porque había estado segura de que vendría. No lo dudé siquiera. Ahora dudaba hasta de que tuviera otro compromiso, más aún, estaba casi segura de que no era verdad. No dije nada más de la cena, ni que era la inauguración de la casa. Decidí: nos beberíamos su Rioja por lo menos.

Pensé en los platos que Rosa cocinaba, muchas veces yo le había echado una mano. Si había tomates maduros haría consomé de tomate, sólo hacían falta tomates, cebolla, laurel, pimienta negra y un vasito de buen Jerez oloroso. Con esta determinación salí para la compra.

Francis me había traído una maleta de Sevilla; me dijo Rosa que mandó a un taxista a recogerla así que no lo vió, la pobre que tenía tanto interés. Ahora estaba un poco mejor de ropa pero, de empaquetarla con la humedad del Guadalquivir, al abrirla en Madrid salía todo tan arrugado que no pude usar nada. Refrescaba y me había echado por los hombros un chal. Viéndome a la pasada en un escaparate me encontré aseñorada, mayor. Tendría que desechar cualquier pensamiento negativo, concentrarme en mi cena.

En la cola del pescado recapacité. ¿Le iba a dar salmón a Martin? Estaría acostumbrado al buen salmón escocés, preparado con hierbas silvestres de



aquellos montes... cómo me gustaría volver a Escocia. No le daría a Martin un salmón importado de quién sabría dónde, seguramente de piscifactoría, con toda probabilidad congelado y descongelado por el pescadero. No le daría la única cosa de comer que estaba mejor en su tierra.

Fastidiada di una vuelta por el mercado. A ver. Esta noche yo cenaría algo sencillito, por ejemplo pasta. Al coger mis espaguetis vi una pasta negra chulísima. Leí en el paquete, traía una receta para hacerla con calamares en su tinta. Fantástico. Rosa hacía los calamares muy a menudo, yo la había visto prepararlos cientos de veces, le salían guai. Volví al pescado, compré los calamares y varias bolsitas de tinta adicional para que no faltara. Era algo que podría preparar hoy con la sopa de tomate, mañana sólo tendría que poner la mesa y hervir la pasta. En la ‘putic’ compré pan y una tarta de manzana. Quizá hubiera podido hacerla, me dije, quizá me aficionara a cocinar, era muy divertido tener gente en casa.

Al día siguiente haciendo todos los preparativos, lavando una docena de copas recién compradas, abriendo el vino, colocando una bandeja con el aperitivo y arreglándome un poco, me dije que era una aburguesada y que la próxima vez si alguien venía a mi casa (con la excepción de Francis) pediría unas pizzas y ya. No valía la pena tomarse tanto trabajo.

Pero abrí la puerta y allí estaban los tres como los Reyes Magos, con el cuadro acabado cuidadosamente presentado del lado sin pintar porque era sorpresa, un manojo de crisantemos amarillos Martin y un precioso cuenco azul Manuel. Empezaron a exclamar que qué bonito estaba el salón y volví a cambiar de opinión otra vez. Estupendo recibir, cocinar y todo. Serví el vino en las copas nuevas mientras ellos colocaban el cuadro y las flores en el comedor. Las cortinas del salón, elegidas con Misi, habían quedado preciosas, la tela era de lino color oro viejo haciendo rayas mate y (poco) brillante, muy bien entonada con la tapicería antigua; Felisa había terminado de coserlas y las había colgado aquel mismo día.

—Están muy bien. —Dijo Manuel.

—¿No resultan un poco llamativas? —pregunté.

—No, no, está estupendo.

—Ya sé, —exclamó Charlie de repente— lo que te falta es una alfombra de ‘petit-point’.

Empezamos a reírnos y él nos miraba un poco extrañado. “No, pero de veras, insistió, un ‘petit-point’ o mejor Aubusson. Eso es; los chinos están haciendo divinidades”.

No sé por qué aquello nos dió tal ataque de risa, no podíamos parar.

—Los chinos... ja, ja, —reía Martin.

Yo me sentía en el colegio con doce años, cuando una cosa tonta inesperadamente hacía llorar de risa a toda la clase.

Charlie se reía también, contagiado. “Miren si soy chistoso, ¿no?”. Bebimos por la casa, bebimos por nosotros. Había que reconocerle a Francis que sabía elegir el vino.

Pasamos al comedor y vi la sorpresa. El cuadro representaba, con pincelada floja, casi boceto, mi propio comedor. La mesa con su tela estampada de hojas en dos azules, encima el cuenco azul con unas flores amarillas iguales a las que me habían traído. Y en la pared se veía el mismo cuadro en pequeñito. Un cuadro igual al cuadro igual al comedor multiplicando mi cuarto, no muy grande y bastante rústico, con la gracia de un juego de espejos. Casi se me saltaron las lágrimas.

—Gracias, muchísimas gracias. Es ideal, gracias, de verdad. Hace tiempo que no pasaba un rato tan estupendo. Charlie, estoy encantada.

Era verdad, el ambiente tan relajado y alegre me ensanchaba el ánimo, aunque al instante me dije que, claro, con Francis lo pasaba mucho mejor.

La cena estaba buena, Charlie dijo que le tenía que dar las recetas. El vino corría. Con la sopa habíamos empezado la segunda botella. Y después de los calamares fue Martin a buscar la tercera. Manuel dijo que comer pescado lo hacía a uno más inteligente y Charlie me hizo una mueca como diciendo: “Ves”.

Sonó el teléfono. Lo había enchufado en el comedor dejándolo en el suelo y me incliné para descolgar.

—¿Sí? —dije todavía riendo por algo que había dicho Martin.

—¿Estás con gente? —Era Francis con voz de extrañeza y la pregunta resultaba ociosa porque se oían risas y voces en conversación.

—Sí, claro. Han venido a cenar... los del ático.

—¿Los maricas?

Me molestó aquello, no le contesté ni sí ni no. “Ya te dije que si querías venir a cenar pero tenías otra cosa”.

—Qué mala pata porque iba a pasar ahora mismo a verte. Se me... he terminado antes de lo que pensaba. ¿No los puedes despachar?

—Pero vente desde luego. —dije sonriendo como si me hubiera dicho otra cosa en vez de la que me acababa de dar una puñalada trapera en el alma y a la que no podía responder. Continué: “Sobra cena y estamos muy

animados”.

—Ya lo oigo. ¿Quieres decir que no puedes pedirles que se vayan cuando hayáis cenado... con algún pretexto?

—Eso es, desde luego.

—¿Ni, por ejemplo, dentro de una hora?

—Claro que no. —dije con un tono como dando a entender que estaba respondiendo a algo tipo “¿Seguro que no molesto si llego tarde?”—. Pero ¿te conviene venir o no?

—Para ese plan, no. Francamente no es mi idea de una noche feliz.

—Muy bien, estupendo. Nos vemos mañana.

—Hasta mañana —dijo con voz seca.

—Un beso. Adiós.

Colgué y, aunque estaba satisfecha porque mi voz no me había traicionado, me sentí desgraciada. Se le había olvidado que yo tenía mi cena. Le había chocado que hubiera gente en casa; eso era una humillación. Era muy cómodo tener una novia que no conocía prácticamente a nadie en Madrid y estaba siempre disponible. Los planes de él tenían justificación, los míos no. “¿Quieres decir que no puedes decirles que se vayan?” Pero, bueno, por quién me había tomado. Y lo poco que yo tuviera, vecinos simpáticos a los que acababa de conocer, una amiga, mis parientes, no quería compartirlos conmigo. Como no me había ayudado en nada de la casa... A mí me quería para una sola cosa y eso me rebajaba.

—La princesa está triste, qué tendrá la princesa, —dijo Martin.

Me reí, sacudí los pensamientos desagradables que se habían sucedido en décimas de segundo; estaba decidida a pasarlo bien.

—Te diré lo que tiene la princesa: que estás ahí con la botella en la mano y no sirves el vino. Y no me llames princesa.

—Pero allá voy. —Y empezó a verter en las copas.

Manolo dijo que era la tercera botella y debería ser la última y regañó a Charlie que decía “En verdad dos botellas son harto poco para cuatro personas celebrando un estreno”.

Martin y yo nos reímos dándole la razón.

—Nadie tiene que conducir esta noche, Manolo, y estamos comiendo mucho, —dijo Martin.

—No queda más que el postre. Tarta de manzana que está en el horno para que se temple un poco.

Entonces sonó el teléfono. “¿Contesto?”, preguntó Charlie.

—Deja, debe de ser mi novio, —dije suponiendo que Francis había cambiado de opinión. Descolgué y, no sé por qué, no solía decir cursiladas, dije: “¿Hola, mi amor?”

—Eres una puta —habló muy deprisa y seguido la voz horrible de una mujer sin duda horrible—. Si te crees que me lo vas a quitar y no te va a pasar nada estás lista te voy a matar.

—Oiga, se ha equivocado... —Del otro lado colgaron.

Dejé el auricular en su sitio, estaba temblando, el pulso se me debía de haber puesto a doscientos. Los otros tres me miraron asombrados.

—¿Qué pasó?, —preguntó Charlie.

Y Martin a la vez: “¿Quién era? Te has quedado pálida”.

—Siéntate. —dijo Manolo y me alargó mi vaso de vino.

Me senté y me eché a llorar sin poder contenerme. Los pobres no sabían qué hacer conmigo, un apuro. “Me han amenazado, hipé. Una loca me ha amenazado con matarme...” No podía continuar.

—Pero ¿tú la conoces?

—Yo qué voy a conocer. No sé quién es, tenía una voz horrible. Dijo que le había quitado a su hombre o algo parecido.

—Tiene que ser una equivocación. —Dijo Charlie.

—¿Dijo que te iba a matar porque le habías quitado a su hombre? —preguntó Martin.

—O su novio... no lo sé exactamente. Debe de ser una loca.

—¿Puede ser una antigua novia de tu novio? —era la pregunta de Manolo, la víctima de los celos—. ¿Sabes si salía con alguien cuando empezó contigo? Eso tendría lógica.

Me había quedado helada. Dios mío, eso tenía que ser. Matilde, la mujer de Francis. Pero ¿cómo se habría enterado, con lo cuidadoso que era? En la guía venía mi número a nombre de la antigua dueña; ¿cómo había descubierto que era yo? Estaba asustada de veras, descompuesta. Hablé despacio: “Yo creo que era una loca. Tiene que haber sido eso, una trastornada”.

—O que te haya confundido con otra persona, —dijo Martin, estaba superserio.

—Pero es que no se llama a nadie diciéndole “te voy a matar”.

—Son los celos. Esos asuntos de celos ponen locas a las personas. —Opinó Charlie.

Martin dijo que los celos eran algo monstruoso pero, salvo en el caso de alguien enfermo mental o perverso, normalmente tenían alguna base.

—Ésta tiene que ser demente, —dije, pero sin convicción.

—M'hijita, usted pregunte a su novio si hay alguna persona que pudiera sentirse perjudicada.

—¿Quieres hablar de ello? —preguntó Martin para bromear. Así que se acordaba de la frase.

Intenté sonreír. “No merece la pena. Y no os preocupéis por mí; tengo la lágrima fácil”.

—Es muy enojoso que lo amenacen a uno.

—Bastante. —Era Martin— Bueno, las copas están llenas. Ánimo, princesa, estamos contigo.

Nunca había estado tan lejos de sentirme una princesa. Me acababan de llamar puta amenazándome con matarme. Me parecía imposible que aquello me pudiera pasar a mí... y que Francis estuviera casado con una tía tan ordinaria y soez. Estábamos todos serios, desconcertados; parecía que el mal se había quedado por ahí, colgando de las paredes, la lámpara, las cortinas, como las telarañas en el bosque.

—No nos va a dejar sin postre la loca ésa, —dije intentando que volviéramos a nuestro estado de ánimo de antes—. Voy a servir la tarta.

—Tomemos el postre y si suena el teléfono no descolgamos, —propuso Martin.

La tarta de la putic estaba bien decente. Charlie la sacó del horno y la comimos con nata muy fría. Estábamos terminando cuando el teléfono volvió a sonar. Los tres empezaron a hablar a la vez, como si no lo oyeran ni se oyeran unos a otros, cada cual con un tema distinto. Un teléfono que suena sin que nadie conteste es un ataque. Pero aguantamos y, cuando dejó de sonar, nos miramos sonrientes como si hubiéramos conjurado un peligro. Casi instintivamente levantamos las copas, bebimos, y entonces volvió a sonar. Ahora nadie hablaba, calló el teléfono, callábamos todos; en esto volvió a oírse.

—Somos idiotas. —dijo Martin y levantándose lo desenchufó. Ahora se oía el de la cocina que estaba en la pared pero muy débilmente, lo podíamos ignorar. Lo ignoramos y se acabó hartando.

Charlie estaba angustiado por mi causa. “No puede ser, m'hijita. Si eso sigue sonando va a ser una tortura”. Manuel sugirió que pidiera un cambio de número. Suspiré con fastidio. Soy una maniática de los números. El mío me gustaba. Me había empeñado en conservarlo.

—Si esa loca ha encontrado éste igual encontraría el próximo, —dije y

me levanté para hacer el café. Con todo aquel jaleo del teléfono se me había olvidado.

En el salón hablaron de planes para la Navidad, aunque faltaba tiempo. Todos sabían lo que iban a hacer menos yo. Manuel tenía un problema: su familia no aceptaba que fuera con Charlie, eran a la antigua. Entonces, él no iba tampoco. Pasaban Nochebuena y Navidad en casa de unos amigos en la Moraleja.

—La casa es linda, —dijo Charlie— pero igual es una lata porque Manolo se pasa añorando a sus parientes en esos días. Son bien miserables, ni siquiera piensan que él sufre.

Manolo protestó, no eran miserables, eran buenísimos. Pero pensaban, y en parte con razón, que debían ser fieles a sus principios.

—Les parece mal, no creen que deben aceptarlo. Y ellos también lo pasan fatal.

—No os preocupéis, a mí tampoco me va a invitar la familia de mi novio, —dije sin explicar por qué.

—Pero te irás a Sevilla.

—Pues no. Ya le he dicho a mi madre que no voy. Pasaré la Navidad yo sola. Pero no me importa, de verdad.

Martin dijo que su padre iba a venir y pasaría las fiestas con él.

—¿Aquí, en tu casa?

—Es suya la casa. Bueno, era de mi madre y ahora él me la ha dejado a mí. Soy único hijo de todos modos. Quiero decir único de mi madre. Tengo tres medio-hermanos por parte de mi padre, mayores que yo.

—Otros años has ido tú a Inglaterra, ¿verdad? —preguntó Manolo.

—Sí, pero hace un tiempo tan malo. Es mejor que venga él, además está un poco harto de todo aquello, me parece.

—Es buenmocísimo tu papá, —Charlie habló con calor y Manolo lo miró mal.

—Voy a hacer más café, —ofrecí.

Manolo dijo que muchas gracias pero ellos ya se iban. Era tarde.

—Venga ya, si lo hago en un momento. No os vayáis.

—No, no, que mañana hay que levantarse. Muchísimas gracias, estaba todo maravilloso.

—Menos el teléfono, —intenté bromear.

Charlie se hubiera quedado, se le notaba, pero se fue con Manolo después de dar las gracias varias veces.

Martin se quedó, hicimos más café.

—Qué buena persona es Charlie, —dije— ¿te has fijado qué pocas ganas tenía de marcharse? Me da un poco de pena.

—¿Pena de qué? Hace lo que quiere, vive con quien quiere, no trabaja. Me cae muy bien pero pena... no.

—Trabaja muchísimo, hace todo lo de la casa, hasta plancha las camisas a Manolo.

—A casa viene Felisa seis horas por semana, lo hace todo.

—A la mía viene cuatro. Pero Charlie vive pendiente de Manolo. No tiene un duro. Y tampoco sé si vive con quien quiere vivir, no es como si Manuel fuera el amor de su vida, ni mucho menos.

Martin me miró un poco asombrado de que yo supiera aquello: “¿No lo es? Llevan cinco años juntos y pelean pero ahí están, mientras que otros amigos nuestros han roto su matrimonio hasta teniendo hijos”.

Le conté la historia de Max y las estatuas de arena, casi palabra por palabra tanto me había impresionado. Martin se entusiasmó. Quería hacer una película.

—Es una historia estupenda, se podría hacer un guión genial. Imagínate el mar avanzando y destruyendo las estatuas en la arena y la vida de ellos desfilando entre las escenas de las olas... ¡Oh! Sé hasta el sitio donde podría rodarse.

—Habla con Charlie, seguro que no le importa.

—Podría ganar dinero, la historia es suya, la idea original, aunque yo hiciera el guión.

—Eso sería fantástico, Martin. Tenemos que hablar con él.

Seguimos dando vueltas a la posible película, después quedamos callados unos instantes. Pensé en la llamada del teléfono y Martin debía de estar pensando lo mismo porque me dijo:

—Hay un problema con tu novio, ¿verdad?

No podía negar, no dije nada. Martin siguió: “Estoy seguro de que algo pasa, he visto tu expresión. ¿Tiene otra novia? O estuvo casado. ¿Es eso? Dime la verdad, somos amigos, ¿no?”.

—Sí, somos amigos, creo. Y sí, está casado. Pero, por Dios, eso no lo sabe nadie, Martin. Absolutamente nadie más que mi mejor amiga y ahora tú, que me has cogido con bastante vino dentro. Pero se va a separar, se va a separar...

—Entonces tendrás que ir con cuidado. Y si te vuelve a amenazar, ve a la

policía.

—Pero ¿cómo voy a contar a la policía la historia de...?

—No te preocupes. El adulterio hoy no es delito. Las amenazas de muerte sí, aparte de que puede ser peligroso para ti. Deja de protegerlo a él y empieza a pensar en ti misma.

—Me estás asustando. —La palabra adulterio me había dado un bofetón; se me podía haber ocurrido a mí sola, que había estudiado Derecho, pero no se me pasó por la cabeza hasta que me la tiró Martin como un pedrusco.

—Estabas asustada antes. Lo que quiero decir es que seas prudente y, si me necesitas para algo, que cuentes conmigo. Seguimos siendo amigos, aunque tal vez mañana no quieras saludarme por las escaleras.

—¿Por qué no iba a querer saludarte?

—”Porque no sepas que sé / que sabes flaquezas mías”.

Flaquezas mías. Martin se subió para su casa. Flaquezas nuestras. Sentimientos encontrados. La vida era difícil.

A veces.

## IX

Entré en el despacho que compartía con Miriam, aún con sueño aunque casi había corrido Alcalá abajo; en aquel momento me llamó Misi al teléfono.

—¿Qué tal tu cena? —preguntó.

—La cena bien, de lo demás ya te contaré. ¿Y tú?, —miré de reojo a Miriam que no perdía detalle— ¿Todo bien con... Luis? —No me pegaba llamarlo el Voluntario delante de la otra.

—Pues... nada como yo querría que fuera.

—Sí, hija, a veces la vida es como el carrito del supermercado, que nunca va por donde tú quieres.

No se rió, sólo dijo con voz apagada: “No sé, estoy un poco harta de todo este asunto”.

—¿Quieres que comamos juntas?

Misi no podía comer pero me recogería un rato antes y charlaríamos.

—Tengo que enseñar un piso en O’Donnell así que no me cuesta nada pasar a buscarte.

—Llámame cuando estés llegando y bajo. Un besote.

—¿Era tu amiga la de la agencia? —preguntó Miriam y, como yo afirmara con la cabeza mientras miraba mi ordenador, continuó —¿Qué le pasa, se ha peleado con el marido?



—No tiene marido, tiene novio. Y no sé, han debido de discutir. Normal.

—Estará deseando casarse porque ya no es ninguna cría. —Miriam la había conocido una mañana.

—Qué va, de eso nada. Ya ha estado casada antes, es viuda. El que está empeñado es él, no hace más que darle la lata.

Esta afirmación era exagerada, no me constaba que fuera así. Miriam, que a veces me asombraba con su conocimiento de la vida y de los hombres, dijo que a lo mejor él insistía tanto porque sabía que ella no iba a aceptar pero como viera que se decidía, probablemente se echaría atrás. Dicho lo cual se marchó al cuarto de baño y yo aproveché para llamar a Francis.

Estaba indignado. “¿Se puede saber qué hacías anoche? Te llamé tres veces y no descolgaste el teléfono”.

—Ah, eras tú. Espera, —fui a cerrar la puerta de comunicación con el otro despacho—. Ya estoy aquí. Dime.

—Claro que era yo. ¿Quién te suele llamar a esas horas?

—No hacía nada, Francis. Ya te dije que tenía gente a cenar.

—Pero ¿por qué no descolgabas el teléfono?

—Porque justo antes me habían llamado para insultarme. —Hablé en tono bajo.

—¿Cómo dices?

Lo repetí sin alzar la voz, pronunciando muy bien.

—¿Que te llamaron para insultarte? ¿Quién?

—No lo sé. Tu mujer, supongo.

—¿Mi...? ¡Estás loca! ¡Qué disparate, qué te va a llamar mi mujer para insultarte! ¡De ninguna manera!

—Y para amenazarme. Dijo que me iba a matar.

Francis calló, un momento. Parecía realmente consternado, como si no pudiera asimilar lo que le estaba contando.

—Tienes que estar equivocada —dijo después con voz más tranquila. Eso no es posible. Ella no sospecha que tú existas y mucho menos sabría tu teléfono... ni siquiera viene en la guía a tu nombre. Ni te insultaría porque es una persona educadísima.

—Oye, los celos son muy mala cosa. Cualquiera puede perder los papeles...

—Ella no. Antes me mandaría a mí a hacer puñetas. Y es demasiado lista para amenazar con matarte; eso es un delito.

—¿No quedábamos en que era tonta y además indefensa?

Aquella pregunta se quedó en el aire; Francis no la contestó. Sólo volvió a repetir que era imposible y tenía que ser un error. A la pregunta siguiente, que si había una tercera mujer en su vida, dijo que sólo había una mujer en su vida, siendo yo esa mujer, y una obligación de atender a su legítima. A la pregunta “entonces qué hacemos” contestó que podía venir a almorzar a mi casa y luego pasar unas horas conmigo.

—En mi casa no comemos, —dije enfadada con la conversación— porque ya guisé ayer y no tengo ganas de guisar hoy otra vez.

—Vale, preciosa, comemos donde tú quieras. Voy a buscarte a tu trabajo a la una y media; tenlo todo listo para no perder mucho tiempo.

A mi pesar su voz y lo que siempre estaba implicando me ablandaba hasta los huesos de las rodillas.

—Mmm. Bueno, pues recógeme en la oficina. Hasta luego.

Misi llegó al portal sobre las doce y cuarto; los viernes solíamos salir temprano. “¿Quieres que demos una vuelta por el Retiro?”, preguntó. En esta época los castaños de Indias se empiezan a poner dorados y cobrizos”.

—Vamos. En Sevilla el otoño no es tan otoño como aquí; muchos árboles son de hoja perenne. En cambio a primavera no hay quien nos gane.

Cruzamos Alcalá y entramos por la puerta de la Plaza de la Independencia. Un grupo de escolares de doce o trece años ocupaba casi por entero los escalones delante del paseo central. Todos, las chicas más aún, gritones, desastrados, con pinta de no haber pasado por la ducha y fumando. ¿Cómo no tenían a nadie que les ayudara a mirarse en los espejos, a grabar aquellas voces para que se pudieran oír? “El mayor problema de este país es la educación”, dije sintiéndome de pronto igualita a mi padre. Misi asintió vagamente; estaba en otra cosa.

—Misi, qué te pasa.

Suspiró. “Ojalá lo supiera, dijo. Si fuera capaz de ponerle nombre lo enfrentaría mejor”.

—Pero el otro día hiciste las paces ¿o no?

—No en el sentido que yo le doy. Claro, en sus términos siempre se puede hacer. Para Luis es muy fácil, todo se arregla en la cama. Y no. Para mí la vida tiene que ser un conjunto de cosas en armonía, el amor tiene que ir a la par con todo lo demás. Pero si tienes la sensación de que en realidad no te quieren ni te estiman ni lo que piensas importa nada pero a la cama y ¡zas!, ya no hay nada más que cuestionar, pues...

Me impresionaba darme cuenta de lo parecidas que éramos Misi y yo. En

muchas cosas pensábamos exactamente lo mismo. Y por otra parte no tanto. Ella era romántica, yo realista. En aquel momento dijo:

—Una vez fui a la boda de un primo mío, en Cáceres. Una iglesia preciosa. Aquello me impresionó mucho. El cura, era un amigo de ellos, no sé de dónde habría venido, el cura dijo que era obligación de los cristianos proponerse “tengo que vivir un gran amor”. Era, según él, un planteamiento fundamental en nuestra vida. Que Dios nos pedía que fuéramos felices, nos había creado para ser felices, ya desde aquí, en esta tierra. A pesar de todos los pesares. Aquello me hizo cavilar mucho. Porque yo me casé sin plantearme nada, sin estar enamorada de veras... aunque supongo que en algún momento debí de pensar que lo estaba... no sé. Fui empujada más bien, por las circunstancias, no exactamente en contra de mi voluntad pero... Y ahora estoy descontenta. No me he planteado el gran amor, no lo he hecho nunca, como si no hubiera tomado mi vida completamente en serio, completamente en mis manos, no he sabido esperar... ¿Te aburro?

—De ninguna manera. Si no lo tienes claro, déjalo. Así, siguiendo adelante sin estar convencida, también le haces daño a él, en el fondo.

—No lo creo. Fíjate, ayer estaba pensando que si de verdad le tomara la palabra y le dijera que sí, que me había convencido y que nos casábamos, se echaría atrás. ¡Con todo lo que me ha insistido! Porque tengo la sensación de estar viviendo algo falso, que es mentira; mira, a veces creo que me miente.

Mentalmente le mandé un saludo a Miriam con quitado de gorro, porque unas horas antes me había dicho casi exactamente las mismas palabras.

—Misi, dejándolo a él aparte, tienes que aclarar tú misma cuál es tu propia actitud. Ya sé que yo no soy quién para dar consejos porque mi situación no es que esté muy clara, pero...

—Te diré que esto no lo he hablado con nadie más que contigo. De modo que me importará tu opinión. Y, como aún no lo conoces, no te influye él ni a su favor ni en su contra. Pero eres mi amiga y estás de mi lado.

—Eso, desde luego. —Dije.

Me emocioné de pensar que Misi tenía conmigo más confianza que con sus amigas antiguas. Por supuesto que estaba de su lado, ojalá pudiera servirle de ayuda. Insistí: “¿Cuál es tu verdad? ¿Tú lo quieres, lo estimas, lo respetas, estás de acuerdo con lo que piensa?”

—Me estás disparando con mis propias balas.

—Eso parece querer decir que no.

Había poca gente en el parque, algunos niños con niñeras o abuelas

agrupados en una pequeña plazoleta con columpios pintados de amarillo y celeste y rojo, colores demasiado vivos, incongruentes en un jardín. Paseando, algunos desocupados, un par de viejos con bastón, gente sin trabajo, inmigrantes. Encima, la mañana dorada y azul, su belleza implacable, intocada por las alegrías infantiles, por las desesperanzas y las tristezas de los mayores.

Fuimos hasta el estanque, el agua siempre atrae, y en el lado más lejano los sauces amarilleaban con sus ramas bien dispuestas, daban contraste a los árboles oscuros y rojizos. Románticos sauces. Caminábamos despacio. Mirábamos.

—No sé cuál es esa verdad, —siguió Misi—. A veces pienso que lo quiero, otras que no. Luego me digo que nadie es perfecto y yo tampoco, por descontado. Pero también me parece que pongo en nuestra vida común mucho más que él... no estoy hablando de dinero sino... y eso me cansa. Si lo quisiera no debería pesarme. En estos últimos meses la mayor parte de los días quiero terminar con él y luego me da como una angustia insoportable la idea de quedarme sola... no sé por qué. No sería ninguna tragedia, a pesar de mi edad.

—Por el amor de Dios, tienes treinta y ocho años.

—He cumplido treinta y nueve, pero es igual. Siento que se me va la vida sin haberla vivido, siento claustrofobia, ansia de escapar, de conocer mundos, paisajes, gentes distintas, como si quisiera vivir un millón de vidas y no puedo vivir ni la mía siquiera.

Aquello era más complicado, un problema de otro modelo pero también lo reconocía. Tuve ganas de gritar: “¡Ay, lo mismo me pasa a mí!”. A veces sentía ansias de cosas diferentes. Viajes, situaciones que nunca había experimentado y, con toda probabilidad, nunca experimentaría. Nunca conoceré otras formas de vida, no subiré en uno de esos autobuses con un galgo pintado que cruzan los Estados Unidos, no viviré en Vermont (me habían dicho que era maravilloso) ni en Massachusetts ni en Alaska ni a orillas del lago Baikal. No se trataba de viajes, hoy en día viajaba todo el mundo, sino de existencias otras. Todas las posibilidades que se escapaban me daban un vértigo. Quizá parte de la culpa de aquella ansiedad la tuviera el cine. Desde que las películas estaban al alcance de todos, casi nadie se quería conformar con lo que tenía. Por supuesto no era el momento de decir “yo también” sino de escuchar a Misi; sólo le pregunté si seguíamos a lo largo del estanque o bajábamos por el paseo de las estatuas. No respondió.

—A veces, —siguió diciendo— me da hasta cargo de conciencia, como

si no cumpliera con mi obligación que es llegar a ser la que soy. Llegar a ser la que soy —repitió—. Es lo que he deseado desde pequeña. Lo veía como un camino, un perfeccionamiento, llegar a ser feliz, y hacer felices a otros pero... nada. Lo hice mal con Fernando, lo estoy haciendo mal con Luis... por qué siempre caigo con gente que no sabe querer, que no se deja querer... Perdona todo este desahogo. Tú también tienes problemas. ¿Qué hora crees que será?

Miramos a la vez mi reloj y su teléfono. Hora de desandar. Dimos la vuelta. Intentaba que se animara diciéndole que estos baches los teníamos todos y que se abrían infinitas posibilidades ante ella; ni siquiera a mí misma me sonaba convincente. Delante de mi oficina le pedí que esperase unos minutos y conocería a Francis; debía de estar a punto de llegar. No quiso, no tenía el ánimo para conocer a nadie que fuera importante para mí, dijo, se sentía muy negativa. Se marchó. Ojalá se hubieran encontrado entonces pero no estaba escrito que ocurriera así. Esperé dando paseos cortos delante de la puerta casi media hora; Francis no llegó. Al final, subí a recoger mis cosas y me marché, disgustada.

Llegando al número veinticinco, me encontré en el portal con Silvia Urgoiti, como de costumbre cargada de paquetes. ¡Lo que compraba aquella familia! Era increíble. Le ayudé a meterlos en el ascensor. Llevaba también a sus tres niños, unas criaturas flacas y morenas con largas pestañas oscuras que, no sabía por qué, me recordaban a las arañas. Muy bien vestidos, los tres iguales. No eran antipáticos; les dí unos caramelos que llevaba en el bolso con el nombre de la empresa.

—Has acabado muy temprano hoy —me dijo Silvia, con una voz tan cortante que, quieras que no, resultaba antipática.

—Sí, es viernes y los viernes puedo tomarme la tarde libre, si he terminado mi trabajo y no hay nada urgente. Tengo bastante elasticidad de horario y me voy a dar el gusto de pasar toda la tarde sin salir de mi casa.

Estúpida de mí, no sé por qué le dí todas aquellas explicaciones innecesarias. Quizá mala conciencia por la poca simpatía que le tenía a Silvia, me caía de pena aunque, en realidad, a mí no me había hecho nada. La mala conciencia muchas veces la lleva a una a hacer concesiones tontas

Una vez en casa, me di una ducha, me puse mi bata, que Rosa llama “salto de cama” y comí un poco de fruta, sin ganas de nada más. Tenía resaca de varias clases. Por el vino de la cena, el trasnoche, —nos fuimos a dormir tardísimo—, la llamada de amenazas, la palabra adulterio lanzada por Martin, el mal estado de ánimo de Misi y las dichosas frases de Francis hablando de

su mujer.

“Ella es educadísima”. Plom, una piedra cayendo. “Es demasiado lista”. Otra. Y la más gorda de todas: “Antes, me mandarían a mí a hacer puñetas”.

Todo aquello como que no encajaba en la idea que yo tenía del asunto. Por las cosas que Francis me había contado, y eran escasas, yo imaginaba a Matilde tonta, superficial, llorona, incapaz, sin recursos materiales ni intelectuales, inútil hasta para mantenerse sobre sus pies sin el apoyo de él. Un poco la Dora de David Copperfield, personaje que siempre de pequeña me ponía de los nervios, pero además sin el encanto, sin el atractivo ni el amor de David, que increíblemente se lo tenía. Ésta no tenía nada de eso.

En ese planteamiento yo jugaba un papel irremediable, el papel de la mujer comprensiva y generosa que se resigna a una situación que es un latazo. Con esperanzas de que se arregle, pero con el cuándo y el cómo con dos enormes signos de interrogación encima. Después de aquellas frases, espontáneas en un momento de tensión, él que era tan medido en lo que hablaba, después de haberlas oído se me podían romper los esquemas y entonces no sabía qué era lo que yo estaba haciendo. Tal vez debiera comer pescado, pensé, a ver si me volvía más inteligente. Luego me hice café y me tumbé en mi cama a tomarlo, mientras reflexionaba sobre lo complicada que era la vida en general y la mía en particular. Sonó el teléfono.

Era Francis: no había podido venir ni llamarme porque al final tuvo un almuerzo con un cliente importante, pero ya había quedado libre y venía a hacerme una visita. Estaba enfadada por el plantón que me había dado y respondí que no viniera; no me veía con ánimos de recibir a nadie. Se molestó: “Estás dramatizando y eso no te pega, no es propio de tí”.

—¿”Dramatizando”? Me han insultado, me han amenazado con matarme, ¿ya no te acuerdas? Una loca que tiene mi número de teléfono y además sabe dónde vivo.

—No seas absurda. Te he dicho que mi mujer no sabe nada de tu existencia. Tiene que ser una casualidad

—¿Casualidad o causalidad? No te empeñes; estoy asustada y enfadada. No quiero visitas.

—Pero, oye, eso no puede ser...

—Pues es así. No tengo ganas de ver a nadie hoy. Adiós. —Colgué.

Dicen que el mejor amigo del hombre es un perro. Para mí, donde esté un libro... No te pide de comer, no tienes que sacarlo tres veces diarias a la calle, no tienes que llevarlo al veterinario, ni a la peluquería, no envejece, no se te

muere... Me gustan los perros, por descontado, pero el libro para mí se lleva el Primer Premio. Dudé entre Bécquer y Jane Austen que habían venido de Sevilla conmigo, a la vez que el Kempis de abuela Joaquina del que nunca me separaba desde que ella murió; ganó Juana. Pero no tuve tiempo de meterme de lleno en su mundo tan conocido y precioso: de pronto oí un ruido. Alguien había entrado y me asusté; ¿podría ser la loca que me insultaba?

Era Francis que pasó directamente al dormitorio. Me irritó por el susto que me había dado pero también daba un alivio. Llevábamos allí unos minutos cuando sonaba el timbre de la puerta; Señor, pensé, ¡vaya día que llevo! Le dije a Francis que fuera a abrir él; no quería. “No te muevas de aquí —dijo— ya se marchará el que sea.”

—Que no, que tengo que ir a ver. ¿Quién demonios será?

—No se te ocurra abrir la puerta.

—Ya lo creo que la voy a abrir. Ésa es tu mujer, empeñada en asesinarme y voy...

—No digas disparates, Constanza.

—...y voy a abrir ahora que tú estás aquí para defenderme y aguantar la escena que se nos viene encima. Han vuelto a llamar, maldita sea.

Me atusé un poco el pelo con los dedos, salí. “¿Quién es?” pregunté. Por la mirilla no podía ver nada, estaba atascada desde que me pintaron la puerta.

—Soy yo, Silvia. Abre, por favor.

Asombrada, abrí. Ahí estaba con los tres chiquillos. Una mirada de desaprobación —encima, eso— al verme en bata. “Acabo... acabo justamente de darme una ducha para dormir un rato. Venía deseando meterme en mi cama”. Esto último era la pura verdad. Pensé: Dios quiera que a Francis no se le ocurra asomarse a ver qué pasa. “¿Querías algo?”, pregunté a Silvia. Pregunta idiota, no iba a haber venido porque sí. Apenas nos conocíamos.

—Quiero pedirte un favor. Es que no ha venido la asistente y tengo que irme corriendo porque está mi suegro en el hospital.

—Ah. Vaya, lo siento.

Estaba pasando frío allí en bata y me impacientaba. ¿Qué tenía yo que ver con sus historias?

—Quería pedirte que te quedaras con los críos, porque no me ha venido la asistente. Ellos no te darán ninguna lata.

—No, yo no. No puedo quedarme con ellos.

—Por favor. No puedo dejárselos a nadie, hasta que venga la chica, le he dejado una nota. No te darán nada que hacer.

—Pero ¿y tu cuñada?

—Trabaja hasta muy tarde, como no tiene críos. Tampoco creas que le quieren mucho a ella, contigo se entienden mejor. Te encuentran muy simpática.

Malditos caramelos. Ahí estaban los tres mirándome con ojos de lujuria por las cosas que pudiera tener en mi bolso. El mayor tendría cinco años y el pequeño empezaba a caminar agarrándose a sillas y cosas. En medio estaba la niña, la más feílla de los tres. Pensé en Francis y me entró como taquicardia.

—Yo no tengo ninguna costumbre, —empecé a decir, pero había vacilado y aquello fue fatal. Los metió a los tres en el recibidor, los empujó hacia adentro. “¿Verdad que os vais a portar muy bien en casa de la tía Constanza?” Y además eso, tía. Se marchó y me quedé sin saber qué hacer con su recua. Mierda. ¿Cómo le explicaba yo a Francis?

A lo que no estaba dispuesta, a que se metieran en mi salón. Tomé en brazos al pequeño, los llevé hasta el comedor, “Quedaos aquí los tres un momento” —dije apresurada. Tenía que ponerme ropa de recibir a gente y dar la alegre noticia a mi novio.

—¿Vamo a melendá? —preguntó la niña.

¿Merendar? Dios mío, ¿qué comían? No tenía ni idea. “Todavía no, preciosa. Voy a ir a vestirme y tenéis que esperar aquí un poquito”.

—Silvita, ha dicho mamá que no le pidas nada a la tía. ¿Verdad que no tiene que pedirte nada?

—Tú eres Felipe, ¿no? —por casualidad me había quedado con el nombre—. Pues mira, Felipe, ella no ha pedido nada, sólo ha preguntado. Ahora os quedáis aquí un ratito y vais a ser muy buenos, ¿vale?

Corrí a mi habitación. Francis me estaba esperando, aún intactas sus ilusiones de que me ablandara y estuviera de mejor humor. “¿Con quién hablabas, qué pasaba?”

—Tenías razón, no era tu mujer.

—Por supuesto que no. Eso ya te lo he dicho hasta el cansancio.

—Era la vecina del cuarto, quería dejarme un rato a sus tres niños.

—Qué desahogada es la gente. ¿Quieres hacer las paces, Mmmm?.

—Hasta que llegara la asistenta. —Estaba buscando ropa limpia en el armario.

—Pero ¿qué haces? ¿Qué le has dicho a ésa? No te conoce de nada y pretende colocarte a sus niños. Vaya morro. ¿Qué le has dicho?

Una figura pequeña avanzando a cuatro patas a buena velocidad me



ahorró la respuesta. Llegó hasta la cama sonriente y baboso, se agarró a las sábanas todo ilusionado intentando subirse. Francis dió un respingo, se había quitado chaqueta y zapatos y estaba echado encima de la colcha “Te has vuelto chalada —masculló—. Llévate a esa mierda ahora mismo”.

—Oye, tú me habías dicho que te gustaban los niños.

—No te hagas la graciosa que no estoy de humor. Esto no tiene ninguna gracia, maldita sea.

—Tienes toda la razón, lo siento mucho. No he podido hacer otra cosa. La madre se ha tenido que ir al hospital porque han ingresado a su suegro.

—¿Y tú eres el único recurso de la casa? ¿Tú, que acabas de llegar y no te conoce nadie? No sabía que tuviera una novia tan popular.

—La perla del veinticinco, aquí presente. Así me llamó Martin el otro día.

—Sin comentarios.

Agarré al niño que seguía empeñado en subirse a la cama. “No seas mezquino y vente para la cocina, así me ayudas con ellos. Yo me vestiré en el cuarto de baño; es una emergencia. Y, por el amor de Dios, compórtate. Éste no puede hablar pero si te ven los otros...”

—Llévate a ese monstruo babeante. No parece un niño, parece un cachorro de boxer.

—Vamos, monstruo.

Pesaba y me lo apoyé en la cadera, estilo gitana. Anda que no tenía instinto, me echó mano a una pechuga sin dudarle, a lo mejor quería comprobar si ahí estaba el restaurante. Lo dejé en el suelo del cuarto de baño y me vestí a toda prisa. No había llegado a pasarme un peine cuando ya había abierto el grifo del bidé y bebía agua; estaba completamente chorreando. Lo sequé como pude mientras se debatía y lo llevé a rastras al comedor. No me extrañó que los otros estuvieran callados pero era que no los conocía. Silvita se había subido a una silla y pelaba mis preciosos crisantemos que estaban encima de la mesa. Felipe tenía más iniciativa. Con un bolígrafo sacado de quién sabía dónde, estaba haciendo un friso en la pared del comedor a la altura de sus ojos. No grité ni lloré ni les di unos tortazos, aunque tuve ganas de todo eso y más. “Niños, eso no se hace, eso no se hace”, repetí con voz de robot averiado. Hice con ellos una retirada rápida a la cocina, por lo menos allí las paredes eran de azulejos. “Vamos a merendar”, decidí y Silvita repitió muy contenta: “Melendá, melendá”. Sí, pero ¿qué comían?

—¿Qué merendáis en vuestra casa?

—Comemos lo que haya, —dijo Felipe, el clásico latazo que se las da de virtuoso.

—Macalones, —probó Silvita a ver si colaba.

Pensé llevármelos a todos a la cafetería pero me los habían dejado sin chaquetas y hacía frío para sacarlos a la calle con los trajecitos azules de viyela. Estaba dudando entre la pasta negra que me había sobrado del día anterior y tres rebanadas con mermelada, cuando se me ocurrió llamar a Felisa para preguntarle, seguro que ella sabía.

Casi ni me había dado tiempo de colgar y ya estaba entrando con su llave. Uf, pensé, qué alivio. Traía una falda azul plisada, parecía una mesa camilla andante, pero la cara de arrobo que les puso a los niños me impresionó más que su atuendo.

—Corderitos —dijo—. Preciosos, luceros.

—Felisa, no sé qué hacer con ellos, menos mal que has venido. ¿Qué meriendan?

—Quita, ya les daré yo. Un vaso de leche y la tarta de manzanas que te sobró del postre de ayer. Lo que no entiendo es por qué la tarasca de su madre te carga a ti con ellos, que ni te conoce.

—Mi mamá no es una tarasca. —Dijo Felipe.

—Talajca, —repitió Silvita encantada.

—Y mi mamá dice que tú eres una gorda chismosa.

—¡Niño! Si le vuelves a faltar al respeto a Felisa te quedas sin merendar. ¿Qué te has imaginado?

A Felisa no parecía importarle mucho. “Pobriños —dijo— qué van a decir ellos. Lo que oyen, son inocentes”.

Se instaló en una silla en la cocina con el pequeño encima de ella y los otros dos al alcance de su mano. Menudo manejo de críos tenía. Silvia debía de ser idiota para no aprovechar su ayuda.

Encantada de soltárselos volví al dormitorio, la dificultad era que Francis llegara hasta el salón sin que lo oyeran. La tarima del pasillo crujía que era un primor; a mí me gustaba, pero hoy... Creí que se iba a alegrar de que no tuviéramos que ocuparnos de los niños nosotros pero nada podía ya alegrarlo. Estaba de pésimo humor y me chocaba porque él tenía un carácter tan agradable. “Siento que las cosas se hayan puesto así”, dije en voz baja y se me ocurrió que siempre parecía estar disculpándose. Normalmente Francis habría dicho “La culpa no ha sido tuya, preciosa”, o algo parecido pero se calló y siguió tumbado en la cama mirando al techo con aire de aburrimiento

mortal. ¿Se estaba deteriorando nuestro amor antes de cumplir los siete meses?, me pregunté súbitamente espeluznada. La verdad, entre lo de la noche anterior que nos picamos, él porque tenía gente en casa, yo por la forma y el modo de su llamada, lo de esta misma mañana y el palo de la tarde de niños y portera, estábamos como gafados. Volvió a sonar el timbre. “Mira qué bien, otra visita”, murmuró Francis aún tumbado en la cama. Salí a abrir. Era Charlie que pasaba a darme las gracias por la cena y, en efecto, a hacerme una pequeña visita.

Le dije que estaban los niños de Silvia, sabía que ella le caía fatal porque no los saludaba ni a Manolo ni a él, no les daba ni los buenos días en la escalera, miraba a través de ellos como si fueran transparentes. Pensé que se iría; estaba siendo un problema mi casa cada vez con más gente y Francis tumbado en mi cama, bien es verdad que no tenía en el cuarto ni una silla; sólo un pequeño taburete de madera.. Pero Charlie se fue para la cocina encantado. En el número veinticinco no había más niños que los del cuarto y, aunque la mayoría de los vecinos tenía poca simpatía a los Urgoiti, a todos les gustaban los críos. Desde la cocina volvió para atrás, lo paré justo en la puerta de mi dormitorio. Casi no podía preguntarle: “¿Qui... quieres algo?”.

—Una silla para sentarme con ellos.

—Ah, mejor llévate una de las del comedor. No hay sillas en el dormitorio y... y quiero que veas la pared pintarrajeada, a ver si te parece que se puede arreglar.

No sirves para esto, me dije, Constanza, tantos tapujos y apuros no son para ti. Llevamos otra silla del comedor a la cocina. “Ahora si las guaguas se portan bien y se comen todito lo que les ha puesto la Felisa, su tío Charlie les va a contar un cuento muy lindo”. Y empezó con una historia de un caballo salvaje que vivía en lo alto de la Cordillera y qué sé yo cuántas cosas sabía hacer aquel caballo. A los niños los tenía fascinados, no movían más que la boca abriéndola y masticando los trozos de tarta que Felisa les daba. El chico se durmió hundido en las carnes de Felisa, parecía estar en la misma gloria con su boca abierta roncando suavemente. Seguro que estaba lleno de vegetaciones. Una paz extraña se tendía en la cocina, como si no hubiera odios ni malquerencias en el número veinticinco, en Madrid, en España, en Europa, en el Mundo.

Pero por desgracia tenía que sacudirme aquella paz, debía ver cómo andaba Francis en el dormitorio, me daba apuro dejar a Charlie solo con los críos y la portera; iba de una habitación a la otra sin sentido, agitada como una

ardilla. Francis y su malhumor me agobiaban, tanto que olvidaba el mío. ¿A quién debía dar compañía? En la cocina no hacía realmente falta pero si me iba y alguno me seguía hasta mi cuarto... qué pesadilla de tarde. No sirves para esto, me repetí, deberías terminar con Francis; en el fondo sabes que te hace sentirte mal contigo misma. Ojalá, pensé, se fueran todos y me dejaran sola; hasta me había entrado dolor de cabeza. Si por lo menos Francis pudiera salir sin ser visto. Si hubiera estado sentado y vestido en plan normal, o incluso en mi dormitorio por la noche... no me gustaría eso pero bueno. Que estuviese ahí a las cinco de la tarde era fatal, una vergüenza; sabía que me costaría mucho levantar cabeza si lo encontraban. Y otra vez tenía mala conciencia: si hubiera sido un simple amigo, como Martin, no se me hubiera ocurrido esconderlo. “No sirves para estos líos, convéncete”.

De repente pensé ¿y si había algo suyo en el cuarto de baño? Cualquiera podía querer entrar allí. Fui a echar un vistazo y no, no había nada. Qué tardecita, Madre mía. Sobre ascuas todo el tiempo. Además había visto a Francis tan enfadado con aquella indiferencia tan dura, tan poco parecido a lo que era él. Estaba asustada. ¿Y si lo perdía por esas estupideces? Bueno, ¿y qué si lo perdía? A lo mejor no me importaba.

De pronto todo se solucionó de golpe. Llegó Silvia y aunque miró a Charlie con antipatía, al verlo en mi casa lo tuvo que saludar. Cuando me dio las gracias le contesté que se las diera a Felisa en vez de a mí. Le dijo “se lo agradezco mucho” como si le arrancaran una muela del juicio, pero soltó las palabras, que no era poco.

Después que se fue con sus niños marcharon Felisa para abajo y Charlie para arriba con cinco minutos de diferencia. Respiré. Volví al dormitorio y dije, contenta. “Por fin, ya se fueron” Francis, que se había vestido, contestó “menos mal porque llego tarde”.

—Escucha, no puedes irte ahora mismo. ¿Y si te ve Felisa?

—Cruzaré corriendo y no sabrá quién soy, no volveré la cabeza. Tengo una cita.

Salió disparado sin darme ni siquiera un beso. Me empecé a deprimir. Aunque estaba tan oscuro que parecía de noche eran sólo las siete de la tarde; el domingo anterior habían cambiado la hora. La velada sola en casa un viernes me daba tristeza. Como decía Martin, todo el mundo salía los viernes. Bueno. Era mía la casa. A la soledad debería acostumbrarme, ya que tenía un novio con más obligaciones. O sea, casado. Hoy la otra era yo. Mierda.

Eché agua en la bañera hasta arriba con un chorretón de Badedas y otro

de agua de colonia de Sevilla, uno de mis pocos lujos. Me hice una cafetera de buen café, agarré *Pride and Prejudice*, lo había leído unas cuatrocientas cincuenta veces y por eso me descansaba, con el pelo recogido en lo alto de la nuca me sumergí en el agua bien caliente. Ese había sido siempre uno de mis planes favoritos, una bañera llena, un libro, una bebida; en casa de mis padres estaba muy mal considerado.

Salí al cabo de más de una hora, habiendo añadido agua caliente dos veces, una ruina a la hora de pagar el gas. Pero me sentía estupenda, me eché bien de colonia, me puse un pijama recién planchado y el albornoz y, mucho más contenta, fui para la cocina pensando recalentar restos del día anterior. Entonces llamaron a la puerta. No me daba tiempo de vestirme, estaba un poco asustada. ¿Sería la mujer de Francis? Aquella seguridad suya de que Matilde no podía ser, yo no la compartía. Pregunté a través de la puerta. “Soy yo, Manuel”. Vaya día de visitas. Abrí.

—Perdona pero salgo de la bañera y...

—No, por Dios. Sólo que pasaba y quería hacerte una visita de estómago agradecido. Pero si te pilló en mal momento...

En peores momentos me habían pillado unas horas antes.

—No, qué va. —Sí que eran finos—. Lo que me pillas es mal vestida para recibirte. Pasa, pasa al salón. ¿Quieres beber algo?

—No, muchas gracias, voy a estar sólo unos minutos. Estuvo muy bien tu cena.

—Gracias. —Dije. Pensé: no vale la pena una visita de gratitud.

—La comida exquisita. Eres una gran cocinera.

No creí que hubiera venido para decirme lo de la gran cocinera que además no era cierto. Por amor de Dios, consumé de tomate, unos calamares y la tarta de la panadería. Que no. Algo le preocupaba.

—Qué va, —volví a decir— si no sé cocinar, sólo hago cuatro cosas...

—Sí, sí, estaba todo buenísimo. Y... ¿no has vuelto a tener más llamadas...?

—¿Llamadas? ¿Quieres decir amenazándome? Hasta ahora no.

—Vaya, qué bien. Los celos son muy malos, se sufre mucho. —Se quedaba callado como si no supiera decir lo que quería.

—¿Oye, ¿te pasa algo? ¿Tienes alguna preocupación?

Se relajó un poco en el sillón dorado. “La verdad es que sí”, dijo y me acordé de Martin como siempre que oía aquella expresión. “La verdad es que quería comentarte algo, aunque no tiene demasiada importancia. Sólo un

pequeño comentario”.

—¿Es algo de Charlie? —no sé por qué imaginé que lo sería.

—La verdad es que sí. Es que... el otro día me dijo que te había hablado de Max y te había contado aquella historia, ¿verdad?

—Sí, me habló de Max y sus estatuas de arena. ¿Por qué me lo preguntas?

—Es que, verás, eso no es así.

—¿No es cómo?

Lo miraba sin comprender. Continuó: “Max no existe, nunca ha existido más que en la imaginación de Charlie. Esa historia es inventada y no me gusta que vaya diciendo esas cosas”.

—¿No existe? A mí me pareció muy real, con el acento de la verdad en cada palabra. Hasta se me saltaron las lágrimas.

—Ya. Eso me dijo. Le pone mucho drama. No sé por qué cuenta historias de esas... será para hacerse el interesante.

—Yo desde luego me lo creí del principio al final. No veo qué sentido tendría que se hiciera el interesante conmigo.

—Sabe que le tienes simpatía.

—Ah, sí, mucha. Pero sigo sin ver...

Manolo se quedó un ratito y luego se marchó correcto y serio como siempre. No me había convencido; yo creía que la historia era cierta y Max real. Mientras Charlie la contaba casi me parecía ver a las personas. No entendía el empeño de Manolo en desmentirla.

Cuando volví a la cocina después de haberlo acompañado hasta la puerta sonó el teléfono.

Era otra vez aquella mujer. Más insultos y amenazas, sin dejarme preguntar ni decir nada. Con una precisión: había comprado un cuchillo con el que pensaba despedazarme.

## X

Llamé a Misi desde el trabajo, llevaba dos o tres días sin saber de ella. La semana anterior habíamos ido a merendar las dos más Miriam; quería que se conocieran mejor. No fue un éxito. No conseguí que pegaran en toda la tarde, como si no hubiera tema de conversación que les interesara a las dos.

Después Miriam me dijo que Misi era una estirada, que se creía superior, aunque como era mucho mayor que nosotras, o sea de otra generación, se le podía pasar. Misi no me dijo nada, sólo que lo había pasado bien pero otro día prefería que no la llamara.

—Misita, —le dije, creo que nadie más la llamaba así— ¿podríamos comer juntas hoy?

Y no. Había quedado. Qué lata.

—Vaya, sí que lo siento. Hace varios días que no nos vemos.

—Pero si quieres puedo pasar por tu casa después, por la tarde. No he visto las cortinas colgadas.

—Sí, ven, por favor. Tengo mucho que hablar contigo.

—¿Pasa algo con Reacio?

—No... o sí... No sé, más o menos. Y esa loca que me sigue llamando, su mujer.

—¿Estás segura de que es su mujer? ¿Y qué te dice?

—¿Qué me dice quién?

—Bueno, los dos.

—Él dice que eso es imposible y su mujer no es, seguro.

—Yo también veo difícil que te haya descubierto y encontrado tu teléfono. Hubiera necesitado un detective. Pero desde luego imposible no es. ¿Y ella?

—Ella me llama puta y dice que va a matarme.

—O sea, lo mismo de siempre.

—Sí, no tiene mucha conversación. Aunque ahora habla bastante del cuchillo. No debería escucharla, y de hecho le cuelgo, pero cuando deja mensajes en el contestador los oigo por si se le escapa una pista. Pero nada, es siempre igual.

—Tiene que estar completamente loca.

—Flipada total.

Pero una loca me daba más miedo que una cuerda. Y, por otra parte, me decía que una loca hace cosas como tirarse por la ventana o salir a la calle en cueros. Pero andar a insultos por teléfono, casi diariamente...

—No sé qué hacer, —dije—. Quizá se le acabe pasando.

—Creo que deberías apuntar todo lo que te dice con fecha y hora.

—Encima eso. Hacer una hoja de trabajo con palabrotas y amenazas, lo que me faltaba.

—Pero será fundamental si vamos a la policía, que deberíamos ir o por lo menos llamar. Hay un número para denuncias por teléfono. También creo que se puede pedir que intervengan la línea, aunque no sé si una loca será motivo suficiente. Ahora hay tanta gente amenazada por el terrorismo.

Era una de las cosas estupendas de Misi, siempre se responsabilizaba de

lo que me pasara a mí, se ponía de mi lado. No decía “ve” sino “vamos” a la policía. Con ella me sentía apoyada y con los tíos amparada, dos sensaciones de las que no había disfrutado mucho a lo largo de mi vida.

—Sabes, —dije sin poderlo remediar aunque se lo había dicho setecientas veces por lo menos— no sé lo que haría sin ti. Eres lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo. —Pensé, me pongo tan pesada con ella como Charlie conmigo.

Se reía. “No me vengas con eso otra vez. ¿Y qué pasa con Reacio?”.

—Que le frían un azulejo.

—Bueno, sobre las seis pasaré por tu casa.

—Entonces hasta luego. Adiós.

Con Misi no pegaba decir tacos, de no ser por eso, habría soltado alguno. Andaba enfadada con él. Todo aquello de mi mujer es tan lista, tan educada, es imposible que ella llame para decir borderías a nadie, la que estás equivocada eres tú... Como si se fiara de ella más que de mí. Yo también era educada, sólo decía alguna palabra un poco basta porque me divertía y sólo cuando quería; no se me escapaban. Delante de Misi y de los tíos nunca decía ninguna.

Pero a lo mejor sí: yo era rara, en el fondo. A lo mejor era una desatinada porque creía que estar enamorados quería decir nosotros dos —tú y yo— de un lado de la raya y todo el resto del mundo del otro. Nunca me consideré una de esas mujeres exigentes me parecían horribles. Ahora, la lealtad, sí. Ésa tenía que ser total.

Por eso quizá fuera rara o bruta o algo. Y, por otra parte, tampoco me sentía muy segura de estar enamorada de verdad. Pero sí que estaba pasando una mala racha.

Salí de trabajar y fui caminando rápida; hacía frío. A mediodía había brillado el sol y desde detrás de los cristales, con la calefacción de la oficina que la ponían de ahogo, uno podía engañarse. Pero el otoño avanzaba paso a paso, sus dedos color de hoja seca iban tocando musgos y céspedes; el cielo se oscurecía; el viento venía de la sierra. La temperatura había bajado muy deprisa. Los árboles del Retiro tenían menos hojas que el día de mi paseo con Misi, los otros, que no perdían la hoja, se volvían pardos. Las altas verjas de hierro parecían más oscuras sobre los troncos grises. Me gustaba aquella vista que día a día se iba poniendo más melancólica; acabaría en la severidad del invierno duro de la Meseta.

Subí por Alcalá. En la esquina de Velázquez una vieja vendía castañas que asaba encima de una especie de hornillo de hierro. Era algo antiguo y



bonito de ver, lo había oído mil veces. No, no tan bonito ahora en realidad. La vieja no era típica como me habían contado y yo imaginaba, viejecita con moño y pelo gris; lo tenía teñido de rojo y hablaba por su móvil. Pero aquello despedía un olor muy agradable. Pronto estaríamos en Noviembre. Alguien me había dicho que lo típico de Madrid en estas fechas eran las castañeras y Don Juan Tenorio. Pensé que debería ir al teatro a verlo para tomar las costumbres de la ciudad, sentirme menos forastera.

Delante de mí andaba un hombre joven con una especie de Barbour, dentro llevaba un bebé metido que asomaba sólo la cabecita redonda con una pelusilla castaña, la carita aplastada sobre el estómago del chico. Él se iba mirando en las lunas de los escaparates; de perfil casi parecía embarazado. Le gustaba verse en los espejos con su crío pensé. Muchos hombres hoy en día eran muy maternales.

Y, por cierto, me pregunté, ¿por qué se veía tanto Barbour por las calles de Madrid? Un par de años atrás había más huskys y antes prácticamente todos los hombres llevaban un Loden como si fueran austríacos o cazadores. Curiosamente los hombres iban siempre más uniformados que las mujeres pero, hacía también unos cuantos años, todas las que iban por la calle de Serrano llevaban falda de cuadritos, chaqueta lisa y un pañuelo al cuello lo más parecido a Hermès posible.

Aquel rato caminando y pensando cosas diferentes me hizo bien. Pasé por una tienda de comestibles donde tenían buen jamón; a Misi le gustaba mucho así que iba a hacer unos cuantos emparedados para el té y si sobraban ya no tenía que prepararme cena. Al llegar a casa encontré a Susana, la del segundo, hablando con Felisa en la portería. Susana bajaba siempre al patio bolsas de basura que tintineaban demasiado; según la portera, bebía. En su casa se alojaban por el momento tres huéspedes, un hombre y dos chicas jóvenes, de modo que tal vez ellos también contribuyeran con las botellas.

Susana tenía que haber sido guapa, alta, de buen porte, la nariz recta, los labios bien dibujados y unos ojos grandes con iris de color aguamarina que seguro había sido, además de llamativo, muy luminoso. Pero aquellos ojos estaban hinchados y con bolsas debajo, parecían dos huevos fritos. El pelo lo llevaba de un naranja inverosímil y estaba gorda fondona. Nunca sabía qué decirle, no habíamos hecho más que darnos los buenos días cuando nos encontrábamos en la escalera.

Pero aquella tarde me preguntó si me convendría tener un inquilino. Era amigo de una chica que se alojaba en su casa, muy maja. Personas muy

agradables. A ella no le cabía y había pensado en mí, como estaba sola...

Le dije que no, gracias. No tenía más que un cuarto de baño y las habitaciones estaban sin amueblar.

—Pero las habitaciones se arreglan. —insistió— ¿Y el aseo de servicio?

—Demasiado cutre. Tampoco está arreglado. No, no, imposible.

A buenas horas iba yo a compartir cuarto de baño con un desconocido. Y, la verdad, no quería compartir ni un milímetro cuadrado de mi casa por ningún precio. De Francis para qué hablar; hasta el hecho de que tuviera gente a cenar parecía molestarle. Estos meses todavía andaba apurada de dinero pero en Enero me subían el sueldo y pensaba aguantar. Me miraba con cierto enfado, sólo sonreí volviéndole a dar las gracias.

—Ya le dije que no querría —terció Felisa.

Susana cambió de tema y dijo que le gustaría muchísimo ver mi piso. “Dice aquí, Felisa, que está quedando precioso”.

—También dije que le faltan muchas cosas. —Intervino la portera—. Pero ella es joven y tiene tiempo por delante. Conforme vaya pudiendo ¿verdad?

—Sólo he puesto el salón. Y eso porque me han regalado los muebles. Hay tres habitaciones vacías y cerradas.

—Pero otras personas de la casa han estado —dijo con voz quejosa—. ¿Te importa si subo un momento?

Era curiosidad pero aquella mujer daba lástima. Cuando bebe a lo mejor es que tiene un motivo, pensé. Felisa me había dicho que la había dejado el marido y los hijos no le hacían ni maldito el caso. Pues era triste.

—Claro, por supuesto, sube —accedí con mi mejor voz de estar encantada o más bien una imitación aceptable—; lo único que no tengo mucho rato porque espero una visita.

—Tu novio.

—No, una amiga, pero tenemos que hablar de un montón de cosas.

—Es estupendo tener amigas, yo tengo también muy buenas amigas.

Cuando abría mi puerta bajaba Charlie. “¡Hola, Charlie! —saludé contenta porque llevaba un par de días sin saber de él—. ¿Qué has estado hacien...?” Se me cortó la frase. Me había lanzado una mirada como de asco horrible y pasó de largo sin decirme nada. “¡Eh, oye! —casi le grité asomándome a la barandilla— ¿Te pasa algo?” Siguió ignorándome totalmente, de forma tan marcada que me desconcertó.

Abrí la puerta.

—¿Qué demonios le habrá pasado?, —murmuré más para mí misma que para recibir una contestación—. Entra, Susana.

—Que es un marica, eso es lo que le pasa. —Dijo Susana con rabia.

—Aunque sea lo que sea igual era la semana pasada y estuvo aquí toda la tarde de lo más simpático. Conmigo siempre ha sido súper amable, desde el primer día que lo conocí. Seguro que le pasa algo.

—Pero es que con esa gente nunca sabes. No te puedes fiar.

—No sé por qué. Bueno, mira, éste es el salón.

—Precioso. —Dijo mirando a todos lados—. Yo no los puedo ver.

—¿Por qué?

—Son mentirosos y falsos. Se enamoran como furias y son capaces de pasar por encima de lo que sea y de quien sea. No conocen la lealtad.

Estuve a punto de decirle, mira, hija, mi hermana ha pasado por encima de mí y de varios años de mi vida, quitándome a mi novio. Y el que tengo ahora está casado, él y yo pasamos por encima de la loca de su mujer. Pero dije:

—Todos somos capaces de pasar por encima de lo que sea. Y éste es el comedor.

—Qué bonito te ha quedado. Y el cuadro con la misma mesa y el cacharro azul y todo, ¡que original!

—El cuadro me lo ha pintado Charlie y me lo ha regalado.

—No, si pueden ser buenas personas mientras no se les fundan los plomos. Mira el corte que te acaba de dar, con todo el descaro. No puedes fiarte.

Empecé a cansarme: “Bueno, yo no puedo catalogar a la gente según con quién duerme. A mi no me importa lo que haga cada cuál”.

—Te importaría si tu marido te hubiera dejado para irse con un marica.

—Y éste es mi dormitorio.

Hablaba mientras pensaba qué podría responder a aquello. Es que era un poco fuerte. Ella siguió: “¿Tú querrías que tu hijo fuera maricón?”

Estuve a punto de contestarle algo feo, pero me paré. Quizá en el fondo aquél fuera su miedo, que el hijo fuera igual que el padre, aunque yo imaginaba que no había ninguna razón. Seguí:

—Me faltan bastantes cosas, como verás, una mesa, un espejo, algún sillón para sentarme... en fin, ya sabes. En realidad casi todo...

—Pero está bien tu habitación, muy ordenada. Pues no te puedes imaginar lo que es eso, que te dejen por un hombre, un jovencuelo. Un crío. La rabia y

el asco no se pueden soportar. Es horrible, horrible. ¿Tienes algo de beber?

—Sólo coca cola, —dije con firmeza—. Vamos a la cocina, si no te importa. Tengo que hacer unos emparedados para la merienda. No sabía que hubiera ocurrido algo así, creí que tu marido se había vuelto a casar.

—Es verdad que se ha casado, de tapadera. Se casó unos años después, cuando el crío se hartó de él o de su dinero que era a lo que iba, con una secretaria. Para callar a la gente. Los hombres llevan siempre las de ganar, aunque tengan cincuenta o sesenta, o sean maricones. Si tienen dinero encuentran tías de treinta o hasta de veinticinco que traguen.

—En eso tienes razón.

—Y una, aunque no tenga más de cuarenta, ¿a qué puede aspirar? A un viejo de setenta, como mucho.

Era verdad, las de treinta se vendían por dinero y estabilidad. Pensé, si tú tienes cuarenta, yo soy Cleopatra remontando el Nilo en una barca con remeros todos puestos de perfil. ¡Cuarenta años! No me hagas reír. Tenía ganas de despacharla para abajo; no era el momento. Dije:

—Si no te importa sentarte en la cocina, voy a hacer los emparedados.

Sólo estaba pensando en desahogarse, no me ofreció ayudar. Bebía su coca-cola como si estuviera cargada de sal. Saqué pan, mantequilla, queso y el jamón que acababa de comprar, cuchillos y tabla. El pan era de la “putic”, buenísimo.

—¿Quieres que te haga uno?

—No, gracias, no tengo ganas. La suerte es que tengo mis hijos. Esa es la mayor suerte que tengo.

—Claro, —asentí cortando rebanadas—. ¿Cuántos hijos tienes?

—Tres. Dos chicos y una niña. Viven con el padre porque no tienen más remedio. Si por ellos fuera estarían aquí conmigo, pero yo tengo que alquilar las habitaciones por necesidad.

—Vaya. —amontoné seis rebanadas y corté las orillas con cuidado—. Pero los ves a menudo.

—Claro que los veo, los veo muchísimo. Vienen continuamente. Y me adoran, esa es la verdad. Para ellos como su madre no hay nadie.

—Qué bien, —dije cada vez con más pena. Coloqué otras seis rebanadas para la misma operación.

—Cuando su padre vivía con aquel chico, porque fijate que el niño estaba en segundo de carrera, imagínate cosa más repugnante... pues yo creo que mis hijos ni se daban cuenta de lo que pasaba. Dijo que lo había tomado

de secretario particular y se lo llevaba a todos lados. Viajes al extranjero, cruceros, de todo.

—Si eran pequeños no se enterarían, —dije, pensando que muy pequeños tendrían que haber sido para no enterarse, en estos tiempos.

—Claro. Jorgito tenía diez y nueve años, María diez y seis y Pedro doce.

Me extrañaría que no se hubieran dado cuenta. Pregunté si el padre tenía mucho dinero. Y sí muchísimo. Tenía un pastón. Un chalet en el Viso que te mueres. Y ahora que se había casado guardaba mejor las apariencias. María tenía novio, un chico muy majo que estaba terminando empresariales. Jorgito llevaba peor la carrera, tendría que haber acabado ya por lo menos hacía cuatro años. Había empezado un par de cosas para dejarlas después pero era inteligentísimo. Pedro hacía tercero de Derecho, era muy listo también. Y es lo que ella decía, si el padre le diera a ella el mismo dinero que sus tres inquilinos, podría tener a sus tres hijos en casa. Pero no; los maricas eran muy perversos.

Mientras me contaba todo aquello yo había hecho dos docenas de emparedados, los tapé con hoja de plástico. Porque no siguiera con el tema le dije que me encantaría conocer a sus hijos. Me pareció amable.

Se quedó callada.

—No sé cuándo podrá ser, —dijo al cabo de un poco— porque ahora, claro, están con exámenes.

—Ah, bueno. —Era raro tener exámenes en Octubre pero tal como estaba la Universidad todo era posible—. Es muy lógico.

—¿Verdad que sí? A lo mejor María se asoma alguna tarde y entonces te aviso para que bajes.

—Estupendo.

—O que suba ella, le gustará.

—Pues muy bien.

—O si no, para la Navidad. Por Navidad vienen todos los años, así que eso es lo más seguro.

—Estupendo. —Volví a decir, se me estaban agotando las palabras usables.

—Aunque tú te irás fuera de Madrid con tu familia.

—No lo creo, —le sonreí—. En realidad me apetece más pasarlas con mi novio que con mis padres.

No me devolvió la sonrisa, me miró con el entrecejo fruncido y mala cara.

—Eso no está bien, —dijo, meneando la cabeza—. No está nada bien. Tu madre debería ser siempre lo primero para ti. Cuando tengas una hija te darás cuenta.

Pobrecilla, me tenía aburrida con su sarta de lugares comunes; no quise discutir. “Puede que tengas razón, dije. Ahora tengo que llevar esta bandeja al comedor”.

—Yo ya me voy. Claro que tengo razón; no hay nada ni nadie que se pueda comparar con una madre. Gracias por enseñarme tu casa.

Se fué de mal talante. Vaya. Mi intención de ser amable se había estropeado con lo de las madres. ¿Qué era ser madre, parir? Vamos, eso lo hacían todos los bichos. Las gallinas y eso no, claro. Pero las gallinas recogían a los pollitos debajo de sus alas, eran buenas madres.

Llamó Francis para decir que no podía venir pero al día siguiente me dedicaría toda la tarde. “Así que dime lo que quieres hacer”.

—Quiero ir a ver Don Juan Tenorio.

—Qué mal rollo, eso es un puerro. Yo lo vi cuando estaba en el colegio.

—Pero lo puedes volver a ver. Mucha gente va todos los años.

Rió, su voz se hizo insinuante: “Mejor lo actuamos en tu casa. Seguro que haces una Doña Inés de lujo”.

Aquello me molestó; sólo dije que me daba igual y ya encontraría con quien ir. Entonces dijo que podíamos quedarnos en mi casa y alquilar unos vídeos. Estuve a punto de enfadarme.

—Francis, no tengo tele. ¿No te has dado cuenta?

—Cuando estoy contigo no me doy cuenta de casi nada. Bueno, belleza, mañana pensaremos lo que hacemos pero no me hagas volver a ir a ese purazo.

Menos mal que llegó Misi. Nos quedamos rato y rato en el comedor tomando tazas de té. Le dije que cuando me recuperase un poco teníamos que volver a las subastas, me gustaría comprar un mueble para mi dormitorio y quizás algún cuadro. La salita estaba vacía, unas buenas butacas... Aún no conocía su casa, alguna vez se había disculpado por no haberme invitado todavía, pero siempre quería pagar cuando comíamos juntas con eso de que ella era mayor.

Llegó Martin a traerme un libro del que me había hablado y se llamaba Possession. Era un tocho gordo como a mí me gustan; Misi dijo que lo había leído y era genial. Al pronto se creyó que era mi novio.

—Ven aquí, siéntate y toma una taza de té. Soy muy amiga de Constanza y tenía ganas de conocerte.

—Gracias por el libro, —dije hojeándolo—. Eh, Misi, que éste es sólo el vecino de arriba. Martin.

—Ah, lo siento, perdona. Así que eres Martin con el acento en la a, como dice Constanza. ¿Inglés?

—Inglés a medias. ¿Y tú qué quieres decir con eso de “sólo el vecino de arriba”?

—Anda, siéntate, sabes de sobra lo que quiero decir. El té con leche ¿verdad?

—Con una gota, gracias. Si eres tan amiga de Constanza, debes usar tu influencia para que deje a ese pseudo Adonis.

—Bueno, venga, no me hagas rabiar. ¿Has visto Don Juan Tenorio?

—¿Te lo recuerda, o qué?

—Estoy hablando en serio.

—¿Quieres decir este año? No. ¿Por qué, quieres ir?

—Es que no lo he visto nunca.

—Versos ramplones pero una obra simpática. Sacaré entradas. ¿Quieres venir también? Perdona, no entendí tu nombre.

—Es Misi, la que me buscó esta casa. Te he hablado de ella.

—Ah, tu amiga de la agencia, claro.

—Me encantaría ir con vosotros pero estoy muy ocupada.

—Nos adaptamos a tus planes. No creo que con las entradas haya problema.

—Muchas gracias, estos días no me va a venir bien. Otra vez estaré encantada de hacer una salida con vosotros.

—Te tomamos la palabra, ¿verdad, princesa?

—No me llames princesa, te lo he dicho setecientas treinta veces. El otro día, delante de Manolo y de Charlie...

—Ah, ya sabía yo que quería decirte algo más. —Tomó un emparedado—. ¿Te acuerdas lo que me contaste del amigo de Charlie llamado Max?

—Claro que me acuerdo, —en pocas palabras le expliqué a Misi de qué se trataba—. Ahora va Manolo y dice que es mentira, bueno, imaginación de Charlie.

—Hemos armado un enorme lío, —siguió Martin—. Le pregunté a Charlie si podíamos usar la historia para un guión y Manolo se puso como una furia. La emprendió con él, diciéndole que estaba harto de que contara aquellas cosas. El pobre casi lloró.

—¿Charlie lloró?

—Prácticamente lloró, se alteró mucho; Manolo dijo que sus historias eran estúpidas y ridículas, que eran todas mentira... No parecía él.

Dije que la historia no era ni estúpida ni ridícula, yo desde luego me la creí. Si era mentira, para un guión de película daba lo mismo. Y si Charlie quería contar mentiras, ¿acaso aquello era problema de Manolo? Yo no veía razón para tanto escándalo y seguía convencida de que era verdad.

—Charlie admitió que no era cierta delante de mí. No me cabe en la cabeza que lo admitiera si la historia era verdad.

—Porque eres un hombre pero Charlie no reacciona exactamente como un hombre, no en relación a Manolo. Puede admitir algo sólo para que no le grite. O sea: tú quieres que sea mentira, pues venga, es mentira, pero déjame en paz, ¿vale?

—No sé, no veo sentido a eso.

—Constanza tiene razón, —dijo Misi de pronto—. Mirad, mi marido tenía un genio terrible. Yo en aquellos años hubiera admitido, a veces por lo menos, cualquier cosa con tal de mantener la paz. No sabéis lo destructiva que puede llegar a ser la violencia.

—Bien. Se admite vuestro punto de vista. Pero ahora no podemos hacer nada.

Pero, en realidad, ¿qué más daba que fuera verdad o mentira? Si quería escribir el guión, quedaba de acuerdo con Charlie y lo hacían. Misi y yo no veíamos ningún problema.

Ya hablando de guiones Martin contó que posiblemente le iban a encargar uno sobre una novela de Muriel Spark. Con esto la conversación discurrió por los libros y yo quedé prácticamente fuera. Misi, y él habían leído cantidad, se entusiasmaban por las mismas cosas. Yo no sabía quién era Anthony Powell ni Muriel Spark ni Ann Tyler ni Peter Akroyd... ni casi ninguno de los que nombraban. Me había quedado en Jane Austen, no, no tanto pero todo lo más en los años cuarenta, en que terminaba la biblioteca de los señores Mount, en Wimbledon, donde pasábamos los veranos. De Evelyn Waugh, Agatha Christie, Kipling o Dashell Hamet nadie me podía dar clases, en lo demás era como una colegiala y me sentí fatal. Fuí a la cocina a hacer té nuevo y sacar una caja de pastas de chocolate. Cuando volví al comedor Martin le estaba confesando a Misi que también escribía otras cosas además de su trabajo.

—Tengo una novela acabada pero estoy lleno de dudas. A veces leo algo y me digo, vaya, lo mío es bastante mejor.

—¿La vas a publicar? —preguntó Misi.



—No lo sé. Otras veces leo a alguno de los grandes y pienso: ¿cuál es el sentido de publicar esto si no es realmente bueno? Un poco deprimente.

Yo callaba; Martin nunca me había hablado de aquellas cosas y el primer día que conocía a Misi le hacía confidencias. Misi se lo merecía, se merecía todo, incluso que Martin se enamorase de ella. Sería estupendo. Entonces, ¿por qué aquello me estaba molestando? “Ni que fueras Miriam”, le dije a mi otra yo. Misi estaba diciendo que la manera de saber si algo estaba bien o no era sacarlo a la calle, contrastarlo con lo que hacían los demás.

—Pero es muy difícil recoger birrias; —dijo Martin— una vez que un libro está en la calle ya no tiene remedio y si es malo... Conozco autores que darían cualquier cosa por rescatar obras, volverlas otra vez desconocidas... o reescribirlas cambiando muchas cosas.

Siguieron hablando de pros y contras de publicar libros. Yo no entraba en la conversación, miraba a uno, miraba al otro, como en un partido de tenis. No me faltó más que darles las toallas cuando Martin se levantó para marcharse.

—Tengo una cita y se me ha hecho tarde. Lo he pasado estupendamente. Espero que nos volvamos a ver. —Miraba a Misi.

—Yo también lo espero, me ha encantado conocerte.

Qué elegantes. Estuve a punto de preguntarle a Misi “¿te mola Martin?” pero con ella cuidaba mi lenguaje. Tampoco hubiera dado tiempo. No había hecho “trac” la cerradura de la puerta principal y ya Misi había empezado: qué simpático, qué chico tan cultivado, qué buena pinta, y las manos tan bonitas, y los ojos grises y patatín y patatán.

No sé por qué le dije entonces que yo le gustaba a Martin; me lo había dicho la primera vez que habíamos tomado una cerveza juntos. No bien lo hube dicho me arrepentí, me sentí una idiota. Misi se veía desconcertada. Vaciló.

—¿El primer día...? ¿Tú crees que lo diría en serio? Bueno, al fin y al cabo...

No dijo más; yo sabía que estaba pensando: al fin y al cabo éste es soltero.

—Volviendo a lo de antes —pregunté—, ¿tan violento era tu marido?

—Tenía un carácter terrible. No quiero decir que me maltratara o algo así, porque no hubiera aguantado ni una semana.

—Ya me lo imagino. Nunca he comprendido que algunas mujeres sigan al lado de unos tíos que les pegan.

—Es difícil romper. Pero, bueno, estábamos hablando de Fernando. Fué

una terrible equivocación casarnos. De los dos, fíjate. Yo era una niña y mi madre me empujó muchísimo. Él era lo que se llamaba un buen partido y yo... pues prácticamente vivía de la caridad de mi padrastro.

—¿Quieres decir que eso te lo hacían notar?

—De manera inconsciente, no con esas palabras, claro. Ni creo que mi madre se diera cuenta. Y Cristóbal, mi hermano pequeño, nada. Me adoraba. Pero si desde los nueve años estás oyendo cosas como cuida tus zapatos, no puedes tener un abrigo nuevo, no puedes ir a esa fiesta o a ese viaje y luego lo agradecida que tienes que estar a tu padrastro que te paga esto o lo otro... Bueno, la cosa está ahí, una niña la absorbe al respirar. Porque no es que no hubiera dinero; mi padrastro tiene una empresa de servicios agrícolas, llevaba fincas, arrendaba maquinaria... Tenía la representación de dos marcas muy importantes de tractores y todo eso. Dinero había en abundancia pero... yo era la pobre sentada a su mesa. Mi padre había sido de un tipo que todavía queda en las provincias; muchos apellidos y un orgullo de clase que les impide ponerse a trabajar como los demás cuando han vendido el último palacio medio derrumbado y el último cuadro de El Greco, ya sabes.

No. No sabía. En mi familia no había palacios derrumbados ni enteros y los cuadros de El Greco que yo había visto eran los que se ven pagando la entrada. Pregunté a Misi por su madre. Era, dijo, muy guapa, distinguida y con una excelente educación.

—A mí me enseñó inglés y francés ella misma desde pequeña, hablaba los dos idiomas divinamente, y me enseñó música y a leer cosas como poesía y teatro. Con el tiempo y la convivencia con mi padrastro, que es una buena persona pero sin ninguna cultura, ella se ha ido volviendo más vulgar, perdió su distinción y era lo mejor que tenía. Pero también comprendo que se ha adaptado y, además, creo que ha sido bastante feliz, posiblemente más que con mi padre.

Cuando había accedido a casarse, me contó Misi, tenía diez y siete años y Fernando cuarenta y tres. Su familia había dado una batalla terrible contra ella. Fernando estaba ya catalogado de solterón. Sus dos hermanas, mayores que él, estaban solteras y, junto con la madre, sentían una gran pasión por los hijos de la tercera hermana, la única casada. Como él tenía una buena fortuna, les parecía un crimen que una chica jovencita, sin duda capaz de tener un montón de niños, se metiera entre el dinero de Fernando y los adorados nietos-sobrinos.

Supuse que si Fernando era rico también lo serían su madre y sus

hermanas.

—Para mi baremo todos lo eran, —respondió Misi— pero estas cosas son relativas. Fernando había recibido el dinero de un tío abuelo que era muy rico. Así que la familia primero intentó convencerlo de que no se casara.

—¿Por el dinero? Qué gentuza.

—Y cuando vieron que no conseguían nada pusieron todo su empeño en la separación de bienes.

—¿Y a eso sí tragó?

—No quería, estaba furioso. Pero ellos me mandaron recado con su abogado y yo, imagínate, dije que por supuesto. A mí el dinero no me importaba, no me planteaba que yo pudiera tener dinero. Lo tuve que convencer de que firmara aquello y al final firmó.

Pero, siguió Misi, Fernando no se había conformado. Redactó un testamento, hizo venir al notario el mismo día de la boda, en plena comida. Allí firmó y firmaron sus testigos, a la vista de todos los invitados. Se lo dejaba absolutamente todo a su mujer, sin ningún tipo de limitaciones.

—Aquello fué una bofetada a mi suegra y a toda la familia. Me extrañó que ella no se levantara de la mesa y se marchara; había estado todo el día con cara de haber chupado un limón y había hecho comentarios despectivos de cada cosa de la boda, que corría a cargo de mi padrastro y supongo era la mejor que mi madre había conseguido que pagara.

El día que Fernando se mató en el accidente de automóvil, me contó Misi, llevaban discutiendo desde por la mañana. Habían tenido invitados a cenar la noche anterior; Fernando reñía y protestaba porque, según él, todo había estado mal. La comida fría, la carne demasiado hecha, la criada no sabía servir a la mesa, la conversación aburrida, todo por culpa de Misi que, además, había coqueteado con los invitados. Misi intentó calmarlo, ella no coqueteaba con nadie, era absurdo pensarlo, la muchacha no lo había hecho tan mal... Se encontraba fatal, con los nervios destrozados, no dormía. Pasaba las noches enteras preguntándose cómo había sido capaz de aguantar aquel carácter irascible y celoso durante trece años y qué tenía que hacer para separarse porque ya no podía más.

Aquel día estaban invitados a una fiesta de campo en una finca de la provincia de Salamanca. Fernando quería salir inmediatamente pero ella prefería hacerlo un poco más tarde. Era domingo y no tenía servicio, quería dejar la casa recogida, ventilada porque habían fumado mucho y por la noche no la dejó vaciar los ceniceros; Misi dijo que la casa apestaba a colillas y el

olor si no se disipaba se quedaba en cortinas y tapicerías. Seguramente, como de vuelta en la casa siguiera oliendo, Fernando volvería a protestar.

Además hacía frío, había helado. Era mejor dejar que entrara un poco más el día y se ablandara la helada. Pero Fernando había llegado a un estado tal de furia que decidió irse él por delante, y que ella lo siguiera en el otro coche cuando quisiera.

—Así que —siguió Misi— yo con el cansancio y la jaqueca que tenía, me iba a ver obligada a conducir un montón de kilómetros, de Cáceres a Salamanca y vuelta. Y por otro lado me daba miedo que tuviera un accidente porque iba frenético y con resaca; había bebido mucho la noche anterior. Cuando estaba así solía correr con el coche para desahogarse. A mí me hacía pasar unos viajes horribles, me moría de miedo. Le dije: “como te pongas en carretera en ese estado te vas a matar”. “¡Entonces ven ahora y no me digas más idioteces, so estúpida!”, gritó Fernando. Y ahí yo me enfadé también. Dije yo no iba y que se estrellara él solo.

—¿Y así ocurrió? —pregunté.

—Exactamente. La helada, una curva, la rabia que llevaba... Al principio sentí remordimiento. Lo clásico que piensas, Dios mío, si yo hubiera ido quizá se habría calmado. Me entró un alivio indecible, me dije que a mí no me hubiera escuchado para nada y estaría tan muerta como él. A la madre de Fernando le dio un infarto, pobrecilla, lo sentí por ella, incluso intenté hacer las paces. No hubo caso. Se recuperó y lo primero que hizo la familia fué impugnar el testamento. Pero no tenían nada que hacer. Así que lo heredé todo.

Pregunté si no se le había ocurrido devolver aquel dinero o por lo menos parte. Movié la cabeza negando.

—No. Me sentía comprada y vendida como un animal en la feria. Si hubiera venido la familia por las buenas sí que habría cedido una parte. Pero tal como fueron las cosas me dije que no era demasiado para trece años de mi vida, los mejores, la preciosa juventud.

Lo más curioso del asunto, según Misi, era que, de no haberse matado Fernando en aquel accidente, habría cambiado su testamento. Se estaban llevando horriblemente, cada día peor. El mal genio de Fernando también empeoraba con la edad. Estaba decidida a marcharse de su lado, no lo soportaba más. Con lo vengativo que era, y además muy celoso, en el mismo instante que ella hubiera planteado una separación la habría desheredado. No tenían hijos; Fernando pensaba que los hijos formaban parte del trato. Si además lo dejaba... bueno, desheredarla no hubiera sido suficiente para él.

Habría intentado destruirla. Así que era como una novela policíaca pero sin asesino.

—Bueno, —le dije— ya pasaste la mala época y ahora estás bien, tienes todo lo que puedes pedir.

Volvió a negar moviendo la cabeza. “Anda, —dijo— vamos a recoger todo esto antes de que me vaya”.

Se fué y me quedé pensando que ojalá encontrara al hombre de su vida. Luego me pregunté si Francis era el hombre de mi vida y me contesté que sí, luego que no, y al final que no estaba segura de nada.

## XI

El timbre del teléfono me levantó con un sobresalto. Descolgué mientras intentaba enfocar con los ojos medio dormidos los números en el despertador. Las siete menos veinte. Dios mío, ¿quién podía ser a aquellas horas?. Mi madre superexcitada.

—¡Macarena ha tenido una niña! ¡Una niña preciosa, magnífica, ha pesado tres kilos setecientos, una hermosura!

Nunca entendí el orgullo por el peso de los bebés, ni que fueran pavos de cortijo. Mientras pensaba las palabras apropiadas para felicitar a la abuela hice un rápido cálculo mental y me dije que mi hermana se las había apañado para que no supiéramos si estaba embarazada cuando ella lo dijo, o no.

—Me alegro, enhorabuena, —dije con la lengua un poco estropajosa. Bostecé, se me llenaron los ojos de lágrimas.

—Se parece muchísimo a tu hermana. —Siguió con entusiasmo—. Y todo ha ido estupendamente, un parto muy bueno. Muy rápido, sobre todo teniendo en cuenta que es una niña grande. ¡Igualita a Macarena cuando nació!

Menos mal que se parecía a su madre. ¿Y en el caso de que se hubiera parecido a mí? Era perfectamente posible, muchos niños se parecían a sus tíos. Imaginé el estupor de toda la familia, sobre todo de José Luís, hoydía Jose.

—Estupendo. Me alegro un montón. En realidad no me interesaba gran cosa. Cuando la cría fuese personita probablemente le tomaría cariño con que saliera medio normal. La pobre inocente qué culpa tenía. Pero de momento no la conocía y desde luego el pedigrí no era un punto a su favor. Para adquirir mi estimación sólo iba a contar con su atractivo personal.

—Y —siguió diciendo la nueva abuela— hemos pensado que tú seas la madrina y que la niña se llame Constanza.

Un año atrás habría aceptado sin ganas las dos cosas. Tres meses atrás habría inventado una disculpa pero en aquel momento me sentí muy fuerte, llena de personalidad.

—No pienso ser jamás madrina de ninguna cría de Macarena. Ya lo sabéis para ésta y para las próximas.

Doña Juanita protestó con asombro verdadero o fingido.

—Pero ¿cómo que no? Hija, me dejas pasmada. Eso era lo último que hubiera esperado de ti, de verdad. Creí que te haría ilusión.

—¿De verdad eso pensaste? Pues nada, tendréis que buscar otra madrina.

—Mira, Constanza, eso está muy mal. Pero muy mal; eso es ser rencorosa aunque tú te creas que no. Lo pasado, pasado, sois hermanas y hay que olvidar los disgustillos que...

Me costó interrumpir aquella antología de lugares comunes, pero lo hice. “No soy rencorosa pero es que este tema no me interesa nada. Nada en absoluto. Y de ponerle a la niña Constanza, de ninguna manera”.

De pronto tuve una inspiración bastante brillante, me gustó. “En realidad, dije, la niña se debería llamar Juanita”.

A varios cientos de kilómetros de distancia sentí el impacto de mi idea como si hubiera disparado una flecha que dio en el mismo corazón del blanco: doña Juanita vacilaba.

—Bueno, no sé, es que a mí nunca me ha gustado mi nombre, —dijo con voz plañidera y añadió— especialmente.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Es más, mi nombre ha sido una de las cosas que más daño le han hecho a mi autoestima... pero no vale la pena hablar de eso a estas alturas.

—Yo opino lo mismo.

—Y... —volvió a vacilar— desde luego no es que sea un nombre feo ni mucho menos.

—Qué va a ser feo, es un nombre de familia. Y al fin y al cabo esa niña es tu nieta mayor.

—Por supuesto. Y fíjate que yo le he hecho toda la canastilla y voy a pagar el bautizo y todo, que va a ser en la casa.

—Pues razón de más.

—Y no es un nombre feo... sólo que cuando yo era joven no estaba de moda. Pero ahora es distinto, claro.

—Claro. Es que las modas cambian.

—Sí, sí, bueno, ya veré. No dejes de dar la enhorabuena a tu hermana,

por lo menos.

—No tengas cuidado, que le daré la enhorabuena.

La dejé aún más contenta de lo que estaba cuando me llamó; no sentí ningún remordimiento, al revés. La verdad era que mi madre hacía por Macarena todo lo que podía y claramente lo de su nombre le había tocado una cuerda sensible. Yo sabía que a José Luís le parecía el nombre de mujer más ridículo del mundo —aunque tampoco era para tanto— y Macarena lo encontraba horrible. Estaba segura de que la pobre cría se acabaría llamando Juanita y lo más probable era que no le importara en absoluto y hasta le hiciera gracia.

Como me había levantado temprano decidí pasar por Correos y mandar a los nuevos padres un telegrama. Macarena era teleadicta, nada le gustaba más que un buen culebrón, así que corríamos el peligro de escena sentimental en plan “perdóname ahora que soy MADRE”, o sabía Dios. Con un telegrama no podía decir que no los había felicitado y a la vez evitaba el peligro.

En Correos no había nada de gente, un gustazo. Tomé un impreso, escribí “Enhorabuena”, firmé Constanza y eso fue todo.

—¿Nada más que eso quieres poner? Una chica joven con ganas de conversación. Debía de estar aburrída.

—Y no es poco, —contesté.

—Vale —sonrió, simpática.

Me acerqué más a la ventanilla, sonreí también. “Mi hermana me quitó a mi novio, después de un montón de años. Se ha casado y acaba de tener un bebé. ¿Tú le pondrías algo más?”.

—Yo sí. “Mal rayo te parta”. ¿Qué tal, no te mola?

—Demasiado. Pero no puede ser.

Pagué el telegrama y salí. La chica se había quedado mirándome risueña como si pensara “será verdad o me estará tomando el pelo”.

Fui a ver Don Juan Tenorio con Martin; me encantó. No que la compañía fuera muy buena ni nada, además había un señor mayor detrás de nosotros que recitaba todos los versos a la vez que los actores, mejor dicho, una fracción de segundo antes. ¡Se sabía todos los papeles! Quizá fuera un actor jubilado o uno de aquellos aficionados que no perdonan ir todos los años el primero de Noviembre. Debía de llevar yendo como cien años. Pobrecillo, lo mandaban callar, le siseaban, pero se veía que no podía evitarlo. En la Misa de Capitanía, donde solíamos ir los domingos, había una señora que decía toda la misa a la vez que el cura, hasta la consagración y todo. Nunca tuvimos ganas

de reírnos de ella, mi padre nos dijo que era sorda y no se daba cuenta.



Después de la función, que a pesar de todo me gustó mucho, fuimos a cenar y nos quedamos charlando de un montón de cosas. De su madre, que se había muerto hacía nueve años y aunque era española resultaba más fanática de la vida inglesa que las propias inglesas. Por las cosas que contaba de ella, parecía una señora muy simpática, original y un poco excéntrica, que allí, según yo había visto en mis largos veranos, era considerado lo más elegante. De su padre me dijo que se encontraba muy solo y ojalá se volviera a casar pero con ninguna de las que por el momento andaban detrás de él.

Tenía una empresa de agentes de la propiedad con algo así como dos docenas de empleados repartidos en varios locales en Londres y la zona de Cambridge. Si le extrañaba que su padre se dedicara a vender casas, con dos buenas licenciaturas el lenguas clásicas en Cambridge, no lo parecía. Pero yo le pregunté cómo era así.

—Se casó muy joven, en la Universidad, y se tuvo que poner a trabajar en lo primero que le ofrecieron, que fue en un banco, a la vez que seguía estudiando. Entró en la sección de hipotecas y se acostumbró a valorar edificios. Después, como conocía a gente y siempre tuvo muy buen gusto y criterio, lo contrataron en una Agencia. Por último se independizó, creo que más o menos cuando yo tenía un par de meses.

Trabajaba mucho pero le encantaba su trabajo así que no era mala cosa que anduviera muy ocupado. Sí era mala la soledad; una mujer le alegraría la vida. Al pronto me extrañó que quisiera casar a su padre pero me pareció positivo así que estaba bien. Yo le hablé de Macarena y José Luis, de mis padres, la vida en Sevilla... Puf, le conté casi toda mi vida y también lo que quería, lo que pensaba de las cosas. Después de cenar habíamos ido a otro sitio en la calle Lagasca a tomar unas copas; no se nos acababa la cuerda de la conversación. Además él no nombró a Francis para nada y no nos peleamos.

No podía creer que fueran más de las cuatro de la mañana cuando llegamos a casa. Nos despedimos en la puerta de mi piso sin que me propusiera entrar, y no es que lo echara de menos, le hubiera dicho que no, gracias, sólo que creí que diría algo. Siempre era estimulante gustar a un chico como Martin y por otro lado un amigo sin complicaciones sentimentales no estaba nada mal. El conjunto de tarde y noche había sido estupendo.

Miriam me preguntó si quería salir de tiendas, ella compraba siempre los regalos de Navidad en Noviembre que, dijo, se elegía mejor y sin empujones. Tenía una lista larga y la acompañé. “¿Por qué no has traído tú también tu lista?”. Y porque no. No tenía lista, sólo pensaba regalarle a Francis, a Misi y

a la portera, y no tenía un duro hasta haber recibido el regalo de mi padre que solía ser dinero. Las calles estaban ya adornadas, cada año empezaban más temprano. Todo muy animado, lleno de gente comprando; me pregunté cómo se pondría más adelante. Miriam compró bastantes cosas y fuimos a merendar y hablar de novios en una cafetería. Ella no conocía a Francis ni yo a su novio que se llamaba Ricardo y le había pedido como regalo de Navidad que se fueran a vivir juntos. No me pareció un motivo muy navideño. Ella dudaba por sus padres. Eran un poco a la antigua y, no es que les fuera a parecer mal como yo creía, decían que ahora que ella ganaba debía contribuir al mantenimiento de la casa.

—Pero, claro, pagar la mitad de los gastos de un piso con Ricardo y seguir dándoles a ellos una parte de mi sueldo, no puede ser.

No sabía qué decirle a aquello y la conversación murió por falta de réplica. Después me habló de la oficina, me contó chismes de todos y me dijo que Arancha llevaba todo el peso porque nadie más hacía nada y de quién me podía fiar y de quién no, que eran la gran mayoría.

Quedamos en volver a salir la semana siguiente. En la Castellana habían abierto un sitio nuevo, un salón de té como en Inglaterra. Miriam sabía todos los detalles, había un piano y un pianista tocando. Las tartas eran para morirse y hacían también emparedados finitos, no de los que había en todas partes que eran un tocho de pan. Estaba teniendo mucho éxito.

—Me muero por ir, —dijo—. Todavía no lo conozco pero si quieres te lo reservo. O sea, te espero para que vayamos juntas, ¿vale?

Valía. La lástima que ella y Misi no congeniaran. A Misi le encantaba ir a un salón de té; varias veces habíamos ido juntas a uno llamado Embassy, también en la Castellana. El té era muy bueno pero el sitio estaba lleno de señoronas mayores forradas de visones y de joyas. Quizá este otro fuera más llevadero.

De vuelta en el número veinticinco me encontré con Silvia en el portal, como siempre cargada de paquetes; era llamativo lo que comía aquella familia. Y estaban flaquitos. Como Felisa no le ayudaba nunca yo eché una mano con los paquetes. ¿Vas a subir? me preguntó con aquella tirantez que debía de querer ser amable y no lo conseguía. Ahora mismo parecía estarme invitando a subir en SU ascensor, a prestármelo. Pensé en Remedios y Felisa; tenían razón: estos Uργοiti estaban convencidos de que la casa seguía siendo suya.

—No, casi siempre subo andando.

En éstas bajaba Charlie, me lo crucé en mi descansillo y tampoco me miró. Me dio rabia. Me planté delante de él: “Oye, ¿qué te has creído, que te puedes poner borde conmigo porque sí, porque a ti te dé la gana?” Se puso muy colorado, siguió bajando sin hablar. Entré en mi casa hecha una furia, pero bueno, qué se había imaginado. Hacerme eso a mí, no hablarme ni saludarme siquiera. Y unos meses atrás me andaba dando el latazo a fuerza de gratitud, empeñado en la tontería aquella de que le había salvado la vida. Estaba chalado.

Pero más tarde me llamó, arrepentido. Que había bajado muy deprisa, tenía que llegar a algún lugar. Y que andaba “choreado”, que es cabreado en chileno. Eso lo creí, se le notaba en la cara. Pero si podía bajar a mi casa un ratito...

Llegó en plan trágico, hablando a borbotones. Parecía mentira, él había confiado en mí, yo había traicionado su confianza, nunca más me diría nada y por qué había ido a cotillear cosas de su vida que él me había contado a mí solamente.

—Charlie, frena, no sé de qué me estás hablando.

Por un instante había pensado que Francis pudiera haberlo visto por las escaleras y haberle hecho algún comentario molesto; yo le había hablado, aunque muy poco porque no le interesaba, de mis vecinos del ático. Era sabido que vivían juntos, no había ninguna confianza en eso. Pero había dicho algo de Martin y la ofensa resultó ser lo que yo le había contado de Max.

—Oye, si eso es lo que te ha molestado, te pido que me disculpes. No suelo ser indiscreta, de verdad, pero no se me ocurrió que fuera ningún secreto.

—¿No pensaste que Martin llevaba en la casa tres años y que tuve hartas ocasiones de habérselo contado yo mismo si hubiera querido?

Parecía histérico, hasta temblaba. Di la mayor tranquilidad a mi voz por ver si aflojaba la tensión.

—Pues no, no lo pensé. Y lo siento mucho. Si me hubieras dicho ‘no cuentes esto’, jamás se me habría escapado una palabra. Pero no entiendo tu enfado; si como dice Manolo es todo mentira, no veo por qué va a ser tan importante.

—Nada que ver si es verdad o mentira, eso no tiene nada que ver. Eso sería mi problema. Pero ya jamás me atreveré a contarte nada y estoy muy decepcionado porque creía que podía confiar en ti.

—Pues hijo, no me cuentes nada, qué quieres que te diga. Ya te he

explicado que lo siento y que no pensé que fuera nada reservado. Lo que sí creí, en cambio, es que era verdad. Dime, ¿era cierta la historia o no lo era?

Calló. No sabía qué era lo que le costaba tanto. Volví a pensar que Manolo quizá quería controlar hasta sus recuerdos.

—Vamos, Charlie, lo que te estoy preguntado no puede ser un secreto. ¿Es verdad que todo eso es un cuento?

—Sí, es cierto, dijo finalmente como a su pesar, sin ganas de reconocerlo —Es cierto. Pero todo eso no tiene nada que ver. Mejor lo dejamos.

—Bueno, lo dejamos. ¿Estamos en paz?

—Claro, cómo no.

Aquello no tenía mayor importancia, no supe por qué seguíamos hablando del asunto. Charlie todavía andaba algo picado cuando se fue; quedaba un ligero desagrado entre los dos y yo estaba disgustada por aquella pata involuntaria. Siempre es un fastidio saber que uno ha hecho las cosas mal.

Francis me había invitado a pasar tres días con él en Londres. Casi nunca podíamos permitirnos lujos de esa clase y Londres era una de mis ciudades predilectas. Tuve que pedir el lunes libre pero había trabajado todo Agosto, tenía crédito de sobra. ¡Tres días enteros en Londres! Una pasada. Desde el principio de la semana empecé a preparar mi ropa para el viaje.

Había sido mi padre, que nunca interfería en nuestra educación en parte porque era pasota con nosotras y en parte porque doña Juanita no le daba cancha, quien me había enseñado a hacer maletas. A veces viajábamos los cuatro, venían a buscarnos a Inglaterra en el coche y volvíamos por Francia viendo castillos y cosas, o nos llevaban a Escocia o algún otro sitio. Mi padre se ponía enfermo con nuestros equipajes, decía que con la quinta parte de lo que llevábamos tenía que ser suficiente. Y en general lo era: nos acostumbró a tomar papel y lápiz, hacíamos una lista de la que tachábamos, implacables, lo superfluo. Así que aprendí a llevar media docena de cosas, que fueran todas de color entre sí, un solo color de zapatos y bolso y un montón de trucos de ese estilo.

Con esto me había criado en la idea de que los hombres odiaban el exceso de equipaje y ahora pensé en las posibles combinaciones variaciones y permutaciones (es un decir) de mi modesto armario.

Martin me llamó para que fuéramos al teatro a ver una obra llamada Arte; él la había visto pero quería volver conmigo, seguro que me iba a gustar.

—Qué pena, Martin. Me encantaría pero me voy a Londres con mi novio, de sábado a lunes. Muchísimas gracias de todos modos.

—Ah, pero yo quería ir el viernes por la noche.

—Mejor no. Salgo supertemprano por la mañana, en el primer avión.

Tarde recordé que Francis me había recomendado que no dijera nada de dónde iba ni con quién. Cuanta menos información, mejor. Bueno, qué problema iba a tener con Martin, tampoco había que exagerar. Me preguntó si viajaba en Iberia o en British.

—En Iberia.

—Sí. Ese primer avión sale a una hora non sancta. Si es que sale, claro, porque con la movida que se traen... Yo tengo que ir también un día de éstos para algo de mi padre.

—Sería guai que nos viéramos allí, ¿verdad? —dije. Y pensé, hipócrita, no querrás ver a nadie allí.

—Bueno, tú vas a estar muy ocupada.

—Eso espero, al menos sábado y domingo. Hace tiempo que no voy a Londres, cuatro o cinco años creo, y me encanta. Cuando éramos chicas mi hermana y yo íbamos todos los veranos. Me apetece muchísimo el viaje.

—Estás muy contenta —lo dijo con una voz como si me censurase.

Cuando parece que te censuran en seguida empiezas a disculparte. A mí me ocurre siempre y lo odio. Oh, Dios, ser feliz debe de ser no querer disculparse nunca. Pero por el momento para mí era automático, me puse a la defensiva.

—Bueno, es lo normal, ¿no? Es por mis circunstancias, si pudiera ir con él a los sitios como los novios corrientes... ¡No sé por qué te estoy diciendo todo eso! Es lógico, maldita sea. Todas las chicas estarían contentas de pasar tres días en Londres con el novio.

Me dio rabia mi propio tono. A ver si se creía que le estaba dando explicaciones, me dije, que por lo demás era lo que estaba haciendo exactamente. Pero Martin sólo dijo con tranquilidad:

—Claro, es lo normal. Entonces hasta otro día.

Colgó, llevándose el viento de mis velas. Quedé un poco desinflada.

La víspera de mi viaje empecé a hacer la maleta, la llené y volví a vaciar como cuatro veces. Tenía que combinarme en gris-negro o en beige-castaño. Fácil si se tiene mucha ropa: que no era mi caso. Llevaba un traje de chaqueta, un pantalón, cuatro blusas, dos jerseys. Botas, abrigo y bufanda. No tenía impermeable, quería comprar uno en Londres. Mi paraguas no aparecía; no lo había tenido que usar en todo el año pasado y ni sabía dónde podría estar.

Después de que llevaba la semana entera lavando y planchando mi mejor

ropa, el viernes cambié de opinión en todo. Negro.

Seguramente iríamos a cenar a algún sitio, ojalá pudiéramos ir al teatro. De negro siempre iría bien. Cuando estaba doblando cuidadosamente mis cosas por enésima vez me acordé de algo. ¡No había pasado por la perfumería! Necesitaba un frasco pequeño de agua de colonia y pasta para los dientes nueva. Maldición. Salí corriendo no fuera a ser que me cerraran la tienda; estaba a tres bocacalles de mi casa.

—Vaya, vaya, Constanza Morales, —oí una voz a mi lado— justo la persona a quien necesitaba ver.

Otra vez Indalecio Ungría. ¿Dónde había estado metido? Hacía tiempo que no lo veíamos rondar por las cercanías de la oficina y los bares del barrio.

¿Me espiaba? Estaba ahí al lado, a unos diez metros del número veinticinco.

—Ah, qué hay —dije—. Me vas a perdonar pero llevo muchísima prisa.

—Te acompaño; tengo que pedirte un favor.

—Tengo prisa —repetí—. Quiero llegar a la perfumería antes de que cierren.

—No tienes que correr, llegas a tiempo. Oye, necesito pedirte un gran favor.

—¿A mí? Pero si ni siquiera me conoces, por qué a mí.

—Porque tienes pinta de ser buena persona. Porque conocí a tu padre y traté mucho a tu abuelo en otros tiempos.

—Oye, yo a mi abuelo casi ni lo recuerdo. Tenía nueve años cuando se murió y tampoco lo veíamos mucho, apenas venía por mi casa. —En un ramalazo de recuerdos ví el hombre delgado con bigote grande, los ojos vivos oscuros, la voz, buena voz viril, que decía palabras incomprensibles... pelafustán, inverecundia... Seguí—: Abuela Joaquina, sí, pasaba temporadas con nosotros y yo la quería una barbaridad. ¿La conocías también?

—No, a ella no la conocí nunca, —dijo Indalecio y siguió con voz muy tensa— Constanza, estoy en un aprieto. Un aprieto terrible. Por favor, ayúdame.

—No tengo un céntimo. —Dije—. Estoy endeudada con el piso y ni siquiera puedo comprar un abrigo decente de invierno.

—Yo te compraré el abrigo que quieras. Si es por dinero, te puedo dar...

—No, no. Creí que me estabas pidiendo dinero tú a mí.

No era eso, dijo. Sino que había una gente que andaba buscándolo, sólo

por un malentendido que se podría aclarar más adelante, pero era gente vengativa y se tenía que esconder. Miriam le había comentado una vez que yo tenía un piso muy grande y...

—Sólo quería que me dejaras esconderme ahí por unos días.

—¿Quéee? ¿Esconderte en mi casa? Pero de qué vas, Indalecio. Yo no puedo meterte en mi casa.

Corrí más, entré en la perfumería casi sin aliento. Indignada y un poco asustada por aquello tan imprevisto y extraño. Me siguió y mientras me atendían esperó callado. Incluso echó mano a su bolsillo, sacó un monedero mugriento pero seguramente caro, porque yo no encontraba cambios. Lo aparté con un gesto nervioso, casi irritado. “Que me cambien, dije, voy a necesitar suelto”.

Me dieron mi vuelta y salimos; me volvió a decir lo mismo de antes. Por favor, él me pagaría muy bien el alojamiento.

—¡Si no es cuestión de pagar! Por el amor de Dios, tú conocerías a mi abuelo pero yo no te conozco a ti de nada, compréndelo. ¿Qué diría mi novio, eh? ¿Crees que iba a consentir que metiera a un desconocido a dormir en mi casa?

—Dile que soy un pariente, no creo que conozca a toda tu familia. Dile que soy tu tío.

—Sí, claro, como que se lo iba a creer. Ni que fuera imbécil. —No quería decirle que yo misma desconfiaba de él, me hubiera dado miedo tenerlo en casa. Repetí: “No, no. Eso es imposible. Si no te falta dinero vete a un hotel”.

—No puedo ir a un hotel, es lo que se espera que haga. Me encontrarían.

—¿En todo Madrid, que habrá miles de hoteles? Venga ya.

A pesar de que yo estaba firme siguió insistiendo, parecía realmente apurado. Se me pasó la idea de si estaría mal de la cabeza pero razonaba. A todas las dificultades que le puse ofrecía solución. Yo no tenía camas, dormiría en el sofá. No había ningún sofá, sólo uno muy poco práctico de madera dorada, dormiría en el suelo, compraría un colchón; El Corte Inglés cerraba más tarde. Me compraría una cama, incluso. Yo no tenía más que un cuarto de baño, él se arreglaría en el aseo de servicio, por cutre que fuera. “¿Qué tienes para la asistenta, lavabo y retrete? No necesito más”.

Me iba poniendo tan nerviosa que acabé a toda carrera por la calle Príncipe de Vergara, subí Pintor Morales casi boqueando. Me daba lástima, rabia, miedo, mil sentimientos revueltos como un ovillo enredado. En la puerta

del número veinticinco le dije que por favor acabara de discutir y que aquello era im-po-si-ble.

Se veía alterado, dijo que no esperaba eso de mí, había creído que era muy buena y tendría lástima de él y si yo supiera. No le pregunté si supiera qué, en realidad lo que no quería era saber nada. Y me daba pena. Me daba pena pero más miedo y rechazo que pena. En la puerta me pidió mi número de teléfono, dijo que me llamaría a ver si era posible que cambiara de opinión, no se conformaba. Se lo di pensando que de todos modos me iba a Londres a la mañana siguiente y en los tres días que iba a estar fuera resolvería su problema de alojamiento. Sacó una tarjeta de su bolsillo y lo anotó. Me extrañó eso.

—¿Y tu móvil? —pregunté porque lo había visto apuntar el número de Miriam en la memoria.

—Lo tengo desconectado —dijo.

Y me miró esperanzado, como pensando que empezaba a ablandarme. No debí haber hecho ninguna pregunta.

—Chao —dije muy deprisa—. Suerte.

Subí la escalera a toda velocidad, inquieta, molesta, fastidiada y con cierto alivio por no haber cedido a tanta presión.

Terminé la maleta. Cuando la tenía cerrada caí en la cuenta de que mi abrigo único era color castaño y lo llevaba todo negro. Y, bueno, estaba demasiado cansada para discurrir más, quedaría así, mal conjuntada pero con un mínimo equipaje.

Puse a calentar un resto de sopa de gallina, la tomaría de cena con una tostada. Era tarde. Mientras se calentaba marqué el número de Sevilla.

Descolgó mi padre, cosa rara porque no solía contestar al teléfono; me pareció un signo de que era bueno preguntarle. Dije, por si se les ocurría llamarme mientras estaba en Londres, que qué tal estaban todos y yo bien pero iba a pasar tres días fuera. Estaban todos bien, mi hermana criando a la pequeña Juanita que engordaba todos los días. Por lo demás como siempre.

—Papá, escucha, me alegro de que hayas contestado tú porque quiero preguntarte algo. ¿Tú sabes quién es un tipo que se llama Indalecio Ungría?

Silencio del otro lado. Un extraño silencio pesado, cargado de presagios oscuros. Un silencio ominoso.

—¿Oye? ¿Papá, estás ahí?

—Sí, estoy aquí. ¿Dónde has conocido a ese... individuo?

—En la oficina. Pero me dijo que os conocía a ti y al abuelo...



—Ya. ¿Y?

—...y justamente esta tarde me lo he vuelto a encontrar y quería que le hiciese un favor y...

—Constanza, —mi padre me cortó, seco— hija, escúchame.

—Sí, sí, te escucho.

—Voy a salir un momento y enseguida te llamo desde el móvil. ¿Estás en tu casa?

—En casa, sí.

—Te llamo inmediatamente.

¿Salir a aquellas horas? No era propio de mi padre, no solía hacer nada impensado ni con prisas ¿Y por qué colgarme de golpe? Una sensación rara se me colocó en la boca del estómago, como una losa. ¿Estaría pasando algo? Esperé junto al teléfono como si moverme de allí fuera a ser peor. La llamada de mi padre sonó en menos de cuatro minutos.

—¿Dónde estás, papá? —Con los móviles siempre pregunta uno dónde estás, no falla.

—En la calle. No quería que tu madre pudiera oírme. Oye, hija...

—Sí, sí, te oigo. Dime.

—Mantente apartada de ese tipo. No tengas nada que ver con él ni mucho menos le prestes dinero ni...

—Pero papá, yo no tengo dinero que prestarle, estoy casi ahogada con mi hipoteca. Ni él lo necesita tampoco, tiene buenos negocios.

—Ya, ya, buenos negocios. No metas dinero en ningún negocio. Mira, no quiero que tengas ningún tipo de contacto con él, no querría que lo hubieras conocido ni de vista.

—Pero por qué.

—Qué más da por qué. Porque te lo digo yo.

Eso estaba bien para antes, ahora no pasaba. La autoridad paterna tenía que ser de otra manera.

—No, no. Eso me lo vas a tener que explicar. El “porque lo digo yo” ya no funciona como argumento.

—Mira, en un momento dado, mejor dicho en dos ocasiones, se le dio dinero, una buena cantidad la primera vez, mucho más de lo que me podía permitir. Y dos años después hubo que darle otra cantidad para que no fuera a la cárcel.

—Pero por qué.

—Yo no me acuerdo ya de por qué. Había hecho una estafa, o un

desfalco, qué más da eso.

—No me has entendido. Por qué le diste el dinero. Tú no andas dando dinero a la gente. Y no tienes dinero tampoco. Y menos para dar más de lo que te podías permitir. Dime la verdad, ha pasado algo que no me habéis contado.

Otro silencio, éste poblado de vibraciones y ruidos de móvil.

—Papá.

—Está bien, Constanza. Esto que te voy a decir no lo sabe tu madre y no quiero que lo sepa de ninguna manera. Ese... desdichado ser es hermano mío.

—¿Quéeee? ¿Pero qué dices, cómo va a ser hermano tuyo? Siempre has tenido un sólo hermano.

—Medio hermano. Hija, no creí tener que hablar... Esto fue un disgusto familiar tremendo. Mi padre tuvo un lío con una sinvergüenza y nació un niño. La muy... tal le puso Indalecio para mayor afrenta.

Al fin y al cabo, pensé, era el nombre del padre. Pero la mujer, claro, siempre cargando con las culpas. Quise protestar:

—Quizá no fuera una 'tal'. Podría haber sido una pobre mujer decente que...

Mi padre forzó la voz, no solía hacerlo. Debía de sentirse realmente alterado.

—Sí, muy decente. ¡Decentísima! ¡DE-CEN-TÍ-SIMA! ¡Tan decente como para enredarse con un hombre casado! ¿A eso puedes tú llamarle decencia?

Glup. Vaya palo me acababa de arrear mi padre, aunque por suerte para los dos sin saberlo. Recogí velas, de repente no tenía ánimos para discutir ni ganas de saber nada más. Mi padre seguía:

—Yo tenía trece años y tu tío Alfredo diez y siete. Fue un golpe durísimo para nosotros a aquellas edades, pero nada comparable con la humillación y el dolor de tu abuela que, la pobre, era una verdadera santa. Como para que ahora me vengas diciendo que tienes algún tipo de contacto con ese...

Más adelante íbamos a tener que hablar más. Por ejemplo, qué culpa tenía 'ése'. Ahora no, no estábamos en disposición ni él ni yo y su móvil seguía trayendo ruidos desde la distancia. Dije:

—Bueno, bueno, no te enfades, no quería darte un disgusto. Ni te preocupes: no tengo nada en absoluto que ver con él. Me dijo que os conocía, me extrañó, pregunté por curiosidad normal y corriente. De todos modos iba a llamar para deciros que estaré unos días fuera...

—¿Cuál era el favor que te había pedido?

—Si podía alojarlo unos días en mi casa (mi padre lanzó un ahogado ‘¡miserable!’ que me hizo admirar la moderación de su lenguaje y seguí), pero le he dicho que no y ya está. Ningún problema. Aunque no me marchara por unos días fuera de Madrid le hubiera contestado lo mismo, sabes, no lo conozco apenas y, para empezar, no puedo convidar a nadie, no tengo camas ni arreglo para invitados por el momento... —Hablé despacio y todo seguido para que se calmara.

Con eso se quedó un poco más tranquilo, nos despedimos. Estuvo muy cariñoso deseándome buen viaje y sin preguntar detalle ninguno. Pobrecillo, le había dado un maltrato y él me había dado otro a mí, también sin proponérselo.

No sé por qué me dolió tanto el empeño de mi padre en que doña Juanita no se enterase de aquella historia; era muy triste. Cómo quería cuidarla, ahorrarle cualquier preocupación, cualquier... ¿Y ella...? ¿Se hubiera sentido humillada, furiosa...? Estuve un rato inmóvil, dando vueltas a todo el lío. Me agarró una duda, ¿no le había dicho a Indalecio que me iba de viaje por despiste, por miedo de que se colara en mi piso o por egoísmo más o menos consciente? Quieta junto al teléfono en plan rumiante de pensamientos encontrados y diversos, me sentía muy cansada de pronto. Vacuada de energía, desmadejada. Seguí así, los músculos flojos, sin impulso para moverme, hasta que un olor extrañísimo se hizo sitio primero en mi nariz, después en mi cerebro. Corrí por el pasillo.

Lo que quedaba de mi sopa era una torta de carbón pegada al cazo, se identificaban apenas un nabo negro y un hueso de gallina. Apagué el gas, cogí el cazo y lo puse debajo del chorro de agua fría.

Nunca lo volveré a hacer, así viva cien años. Chilló, chirrió, siseó como un dragón pequeño pero histérico. Lanzó salpicaduras hirvientes y una fuerte bocanada de vapor fétido y oscuro con pavesas hacia la pared, las encimeras, todo el alrededor. Luego despacio, con una lentitud casi majestuosa, el fondo del cazo se desprendió y cayó en el fregadero dando un tremendo golpe y salpicando a todas partes. La cocina quedó como una mina después de una explosión de grisú, o así me lo imagino. No le podía dejar a Felisa aquel cuadro, me dispuse a recoger y fregar todo el desastre.

Cuando hube acabado, no me quedaba sino irme a la cama sin cenar para dormir tres horas hasta el momento de levantarme.

## XII

Cuando sonó el despertador a las cinco y media estaba levantada y

duchada. Tuve tiempo de tomar café y pan con mantequilla, tenía hambre. La cocina olía aún a carbón de gallina pero por lo menos estaba limpia. Después de desayunar volví a lavarme los dientes, agarré mi maleta y la bajé en vilo por las escaleras; aunque tenía ruedecillas no la podía llevar a porrazos. Francis me había dicho que nos veríamos en el aeropuerto. “Pero en ese vuelo siempre puede haber alguien que me conozca, así que no chequearemos juntos, ni iremos sentados juntos tampoco. A la llegada ya se diluye más la cosa y si nos hubiéramos encontrado por casualidad en el avión sería perfectamente normal que yo te acercara a Londres en mi taxi. Lo comprendes, ¿verdad?”.

Dije que sí, lo comprendía, y que uno de mis peores defectos era ser demasiado comprensiva. No se sintió aludido y yo, en el fondo, estaba molesta.

Con mi maleta a cuestas escaleras abajo me dije que había sido una estúpida de no haber pedido un taxi por teléfono la noche anterior. Tenía toda la intención de hacerlo y con el jaleo de última hora con Indalecio, la llamada a Sevilla y el dragoncito dichoso, se me había pasado. Había sido idiotez mía. Salí a la calle, era aún noche cerrada, hacía mucho frío. Ahora tendría que ir hasta la parada tirando de la maleta y, aunque no pesaba mucho, ojalá encontrara un taxi pronto. No me apetecía nada andar hasta la Plaza de Colón, de donde salían los autobuses para el Aeropuerto, aunque quizá hubiera una parada en la calle de Velázquez.

Tuve más suerte de la que esperaba. Justo en la puerta había un taxi; el conductor se bajó, cogió mi maleta. “Es para el aeropuerto, ¿verdad?”

—Sí, muchas gracias. A la terminal de Iberia para Londres.

Mentalmente le mandé un beso a Francis, por lo menos había tenido el detalle de mandarme el taxi. Cuando me acomodaba vi la luz del portal encenderse y Martin salir por la puerta del número veinticinco, como con prisa. No sé qué extraño impulso me hizo decir al taxista: “Vámonos, puede arrancar”.

—Pero ¿el señor no va con usted? Le está haciendo señas.

—No, no, siga.

Arrancó el coche y Martin metiéndose dos dedos en la boca dio un silbido salvaje. El conductor frenó bruscamente.

—¡Oiga! ¿Está usted segura de que éste es su coche?

—¿Cómo dice?

—Que a mí en la emisora me han dicho recoger a un señor para llevarlo al Aeropuerto. ¿Usted ha pedido un taxi por teléfono?

—No, yo... creí que alguien lo había pedido para mí. Qué casualidad.

—¡Qué casualidad ni qué...! Masculló algo, seguramente fuerte. Dio marcha atrás, chillaron las ruedas sobre la calzada. Paró delante de Martin que llevaba una bolsa pequeña como de deporte. Bajé del coche furiosa y avergonzada. “¿Es que me estás siguiendo?”, casi grité.

—¿Cómo no voy a seguirte si te llevas mi taxi? ¿O es que también has pedido uno?

—No, no lo he pedido, perdona. No sabía que fuera tuyo.

—¿Quién ha pedido este coche a la emisora? —preguntó el taxista ya con malas pulgas.

—Yo. Pero no baje la maleta de la señorita, que la llevo con mucho gusto. Es una vecina. —dijo Martin muy amable y el taxista murmuró que aquello no lo veía claro.

Martin con su bolsa de deportes parecía Santa Inés con su corderito, desprendía dulzura. Vaya manera de empezar mi viaje. “Perdona, repetí aún incómoda, no pretendía pisarte tu taxi, de verdad”.

—Por supuesto que no, estoy seguro de eso, —se acomodó a mi lado, cerró la puerta y dijo al taxista— andando, al Aeropuerto.

—No sabía que lo habías pedido tú —seguí— ni que viajaras hoy. Creí que... que mi novio lo había pedido para mí.

—¿No te dije que viajaba? Te había dicho el otro día que tenía que ir a Londres por un asunto de mi padre.

—Sí, eso sí. No que fueras hoy.

—Quizá no lo sabía entonces. Pero el jueves hablé con él y lo decidí.

Después de aquello fui callada todo el rato. No estaba segura de que lo que decía Martin fuera cierto o no. Aunque lo más probable es que fuera verdad, ¿para qué iba a mentir? Que yo supiera, no me había mentido nunca.

En el trayecto empezó a amanecer. Cuando llegamos a Barajas una luz rosa, casi malva, se extendía por el campo a lo lejos, detrás de los aviones.

No se veía a Francis en la cola delante del mostrador de Iberia pero habíamos quedado en no buscarnos hasta la salida. Tuve que facturar; aunque mi equipaje lo hubiera aplaudido, según yo creía, cualquier hombre, mi maleta pequeña aún era demasiado grande para llevarla en cabina. Un instante vi a mi novio pasando delante de nosotros el control de la policía y luego lo volví a perder. Aquello, que de ir sola me hubiese puesto nerviosa, estando con Martin no me importó. Ni siquiera miré a mi alrededor, como si fuera verdaderamente sola. Martin no me preguntó dónde anda tu novio ni nada

parecido, estuvo muy discreto y se lo agradecí. Habíamos llegado con tiempo de más, teníamos que esperar bastante porque ni siquiera estaba anunciada la puerta, así que nos sentamos a charlar tranquilamente. Estuve a punto de contarle de Indalecio Ungría, que todavía me rondaba la cabeza, pero no quería hablar de la metedura de pata de mi abuelo, el asunto familiar y desagradable. Lo estaba pasando muy bien, para qué estropearlo. El vuelo bueno, el desayuno como siempre repulsivo, la conversación entretenida y apacible. Con Martin me sentía a gusto; el viaje se hizo corto.

Sólo al salir del avión en Heathrow me di cuenta de que Francis viajaba en Business. Seguramente se lo pagaba la empresa pero, vaya, podía haberme comprado el billete a mí en la misma clase. O haber venido en turista, no le iba a pasar nada por eso. No me atreví a mirar a Martin, sentí que me ardía la cara, la debía de tener tan colorada como una cereza. Qué pensaría de aquello, me pregunté. Quizá no pensara nada, desde luego nada me dijo. Justo antes de llegar me había dado su número de teléfono, por si quería llamarlo mientras estaba en Londres. Andaba detrás de mí por la alfombra gris y azul cuando Francis se hizo el encontradizo. “Ah, hola, tú por aquí. ¿Quieres que te lleve en mi taxi a Londres?”

Yo estaba muda del apuro, era demasiado obvio si no para los demás desde luego para Martin. Francis siguió:

—¡Qué coincidencia! ¿A qué hotel vas?

Lo miré sin poder contestar nada, ¡no lo sabía! No sabía qué hotel, era todo un apuro horrible. Francis impávido continuó: “Ah, el Cumberland. Vaya, lo mismo que yo”.

No quería mirar para atrás, sabía que Martin estaba ahí. Callé, caminé hacia los policías que aquí iban vestidos de civil. Y luego ya no vi más a Martin. No había facturado así que debió de salir directamente. Qué suerte llegar a un sitio como Londres y tener allí bata y zapatillas, jerseys, una chaqueta vieja cómoda. Ah, y un impermeable.

Desde luego llovía. Nos metimos deprisa en un taxi; las luces de los coches se veían rojizas borrosas. El agua chorreaba por los cristales laterales como si estuviéramos dentro de uno de esos lavaderos de coches; no dejaba ver más que a través de los dos abanicos que en el cristal delantero marcaban incesantes los limpiaparabrisas. Entramos en un túnel como quien se mete en un banco de niebla, nos envolvía un vaho que me hacía sentir como si estuviéramos solos en el mundo Francis y yo, era un sentimiento romántico. “Me encanta este clima”, murmuré en la oreja de Francis y apoyé un instante la

boca en su cuello; al vapor dentro del coche era imposible que lo reconociese nadie.

El hotel grande y feo, junto a Marble Arch. La parte de atrás daba a Oxford Street donde millares de españoles hacían una larga marcha vociferante hacia Marks and Spencer. Del coche a la entrada del hotel nos pusimos chorreando. Francis se adelantó a la recepción para confirmar nuestra reserva, no me pidió mi pasaporte. Lo veía de espalda mientras el empleado repasaba su lista de nombres; de repente tuve una sensación de inquietud. Como fogonazos de luz, varias ideas me cruzaron la mente, fugaces. A este hombre de espalda no lo conozco, chas, no sé nada seguro de él, chas. Me dijo que no dijera a dónde iba ni con quién, es misterioso en todas sus cosas, es demasiado reservado, me consta que a veces miente. Dios mío qué hago yo aquí haciéndome pasar por su mujer, Mister and Mrs Corral, lo ha dicho el empleado, por qué me he metido en esto, yo lo he oído mentirle a su mujer, decirle estoy en Sevilla cuando estaba en Madrid conmigo, qué hago en este hotel tan feo, tan lleno de turistas extranjeros, me siento una turista, quién me mete en esto, Francis es un desconocido en el fondo, dice que me quiere pero a veces ni lo sé, éstos no han visto mi documentación, no existo, no tengo un nombre y si me pasa algo...

Me acordé de una serie de cosas inexplicables, inexplicadas, que no concordaban unas con las otras. Tuve un repeluzno de frío. Estornudé.

Me estaba dejando llevar por mi imaginación. Debía de ser obra de la mojadura y el viaje. De todos modos toqué dentro del bolsillo de mi abrigo el papel con el número de Martin como si fuera un talismán.

Por fin subimos, después de una pequeña discusión, porque en recepción insistían en que era demasiado temprano y teníamos esperar hasta las once, que Francis solucionó, menos mal, con unos billetes.

Coloqué mi ropa mojada encima de una toalla, deshice mi maleta y en bata me puse a colocar mis cosas en un lado del armario dentro de sus bolsas de plástico porque no había allí mucha limpieza.

—Esto es un pequeño viaje de novios —dijo Francis sonriendo—. Es la primera vez que salimos juntos de España.

Se me había pasado el ataque de inquietud pero todavía no me sentía muy feliz. “¿Cuáles son tus planes?”, pregunté.

—Muchas cosas. Pero hace tan mal tiempo, quizá te apetezca que nos quedemos en la habitación.

—¿Quedarnos aquí? —casi grité de asombro y desagrado—. No lo dirás

en serio.

—Hacemos lo que tú quieras, belleza. Sólo que llueve mucho y podíamos ‘hacer una siesta’.

Me costó aparentar una serenidad que no sentía. En Londres siempre llovía mucho, dije, por eso había tanto verde y árboles muy frondosos.

—¿Qué quieres hacer tú? —dijo con su mejor sonrisa— ¿No te apetece un poquito de ‘chucu-chucu’ primero?

—No.

—Y después salimos hambrientos a comer en un sitio bueno.

—No me habrás traído hasta aquí para meternos en la cama en pleno día, cosa que podemos hacer en Pintor Morales veinticinco con mis propias sábanas.

—No, no, claro. No te enfades. Sólo que los últimos días no se nos han dado muy fáciles y mi novia preciosa a lo mejor está un poquito... frustrada. ¿Mmmm?

Me cogió por la cintura y me apretó contra él. Me aparté sin decirle ¿frustrada? Una mierda. Lo que estoy es enfadada. Era lo que pensaba; sólo contesté: “Francis, quiero salir.”

—Vale, vale. ¿A dónde quieres ir?

—Al Británico.

—¿Al colegio?

—No, Francis, al Museo Británico.

Sinceramente no lo entendía. Quisiera haberle explicado, por ver la parte de los Asirios y Caldeos, los bajorrelieves de Nínive, las piedras griegas maravillosas que me habían fascinado desde pequeña. Todo me parecía inexpresable. Lo único posible, tratar de convencerlo.

Durante años Maca y yo habíamos pasado los veranos en Inglaterra. Mi hermana rabiaba, ella quería ir al Puerto de Santa María, Chipiona, sitios donde hubiera marcha y chicos para ligar. Mi padre inamovible. Teníamos que hablar inglés perfecto, bastante le había costado a él aprenderlo de mayor. Veraneábamos en Wimbledon, afueras de Londres, un sitio muy bonito y simpático. Íbamos como huéspedes de pago de los señores Mount, en la orilla del Common. La primera vez que me vi allí apenas me atrevía a andar encima; en mi tierra el verde no se pisaba.

El señor Mount era incoloro y menudito, tenía una de esas caras que no se quedan en la memoria, casi no lo reconocíamos de un año para otro. Por las mañanas iba a Londres a su trabajo, era una especie de contable. Antes nos



dejaba en el Colegio. Las tardes enteras, lloviera o no, las pasaba en su jardín trasteando con un desplantador o unas tijeras de podar y cuando hablaba, pocas veces, era de plantas o malas hierbas y, por descontado, del tiempo. Margaret, su mujer, era todo lo contrario. Grandísima y pelirrojísima, nunca paraba de hablar y de hacer cosas. Por las mañanas trabajaba y después se reunía con cientos de mujeres para comités y organizaciones benéficas. Además lo hacía todo en la casa, que era grande y buena. Tenía un magnífico salón con piano de cola, apenas se usaba, un gran comedor, no se usaba jamás porque comíamos en el ‘breakfast room’, y, la maravilla, biblioteca maciza de libros, que podíamos usar con libertad completa. Los dueños estaban muy orgullosos de su casa, en realidad, todos los propietarios que bordeaban el Common se sentían superiores a los del pueblo.

Había en aquel inmenso parque un laguito, más bien una gran charca fangosa, verdosa y helada, y de aquel lado no podíamos ir más que a partir de cierta hora de la mañana; decían que los señores de las casas de alrededor tenían derecho a bañarse allí en cueros vivos. Nunca pudimos averiguar si era verdad, Macarena lo intentó pero la señora era más rápida que un rayo. Después en el colegio nos dijeron que era otro “pond”; el de los nudistas lo habían cegado. Al final nos quedábamos sin saber si era o no. La casa era buena, la señora simpática, comíamos bien pero todo el puñetero verano pasábamos frío.

El colegio era de unas monjas, tenían cursos de verano, inglés para extranjeras y repaso o preparación de exámenes para las inglesas, que se mezclaban poco con nosotras. No sé quién le daría el soplo de aquel sitio a mi padre, él no lo decía a nadie, pero no había otras españolas aunque sí suramericanas. Teníamos clases de tenis, mucho deporte, era bastante divertido, sobre todo los primeros años. Más tarde hicieron la canallada de alquilarnos unas bicicletas. El colegio estaba en el Village; para ir era todo cuestabajo con terror de despeñarnos y los autobuses adelantando por la derecha. La vuelta para arriba menos dramática pero agotadora. Los fines de semana hacíamos lo que se nos antojara. No nos ponían trabas si nos queríamos quedar leyendo o viendo tele y nos daban un estupendo almuerzo de Domingo. En general preferíamos tomar el autobús hasta Southfields y allí el Metro a Londres, donde Macarena y sus amigas iban a ver tiendas o al cine y yo a pasear y algún Museo, con una compañera libanesa tan aficionada como yo. Ahora con Francis insistí:

—Hace años que no vengo a Londres y donde más deseo ir es al

Británico.

—Entendería que quisieras ir de tiendas, contaba con eso y también quiero comprarte un regalo.

—No necesito regalos. Mira, desde aquí son tres estaciones de metro, luego podemos ir de tiendas. O voy yo y nos citamos después donde tú digas.

Eso no le pareció buena idea, debíamos ir juntos. Fuimos. La verdad, era un hombre complaciente, me acompañaba con buena cara aunque no le apetecía. Las esculturas no me defraudaron, me emocionaban como antes. Pero ví que a Francis no le decían absolutamente nada, igual podíamos estar viendo una exposición de papel de escribir o incluso de papel de retrete. Acorté la visita, comimos un sandwich en la cafetería y bajamos a la estación de Holborn para tomar el metro a Picadilly. De allí caminamos por Regent Street. Había escampado por el momento, las calles alegres con los adornos de Navidad se veían llenas de gente con fiebre por comprar. Me contagié un poco. En Aquascutum compré una gabardina color arena, reversible de paño negro, carísima pero abrigada y me serviría también como abrigo. Usé la tarjeta de crédito con un acto de fe en mi padre; seguro él me iba a mandar un regalo en dinero por Pascua.

Seguimos recorriendo tiendas, era muy entretenido y Francis se compró un montón de ropa preciosa. Sobre nosotros el cielo de Londres, más cóncavo que el nuestro, estaba adornado de nubes que hacía desfilan un viento ligero del Atlántico. Francis aún quería comprar algo para mí. Entramos en Liberty's; mientras lo elegía me hizo quedarme en el departamento de pañuelos y bufandas para no intervenir. Lo prefería, no estaba segura de querer ningún regalo. Compró un bolso negro de Prada que, si lleo a estar delante, no le hubiera dejado comprar. Tenía que costar un disparate. Era precioso pero, no sé por qué, volví a sentir aprensión, desconfianza. Me molestaba el exceso y a la vez ese sentimiento me fastidiaba. Qué mal. Eres una desagradecida, dije a mi otra yo. Mi otra yo respondió enseguida, de mal humor: "bueno, quizá, no sé, no se te ocurra regañarme". Y añadió innecesariamente: "so imbécil".

Cansados volvimos al hotel. ¡Qué temprano anohecía! El vestíbulo tenía mesas pequeñas redondas con cuatro sillones alrededor de cada una. En uno de aquellos sillones Martin leyendo un paquete de folios. Se me escapó una exclamación. "¡Anda! ¿Qué hace éste aquí?" Francis con malísima cara: "¿Un conocido? No me lo puedo creer, qué mala suerte. No saludes ni lo mires siquiera."

Imposible. Nos había visto, se levantaba enseguida, parecía extrañado.

—Constanza, qué casualidad. ¿Estás en este hotel?

Tuve que presentarlos: “Martin Bourne, éste es Francis” De mi novio no me salía espontáneo el apellido, tan acostumbrada estaba a su reserva, sabiendo que ni eso le gustaba que se dijera de él. Le expliqué: Martin era un vecino del piso de arriba, le había hablado de él antes pero al parecer no se acordaba.

—¿Y tú, qué haces por este barrio? Supongo que no te alojas en el hotel.

—No, no, estoy en casa de mi padre. He venido para encontrarme con un cliente. Un posible guión...

—¿Reunirte con un cliente AQUÍ?

Hice demasiado hincapié en la última palabra para el gusto de Francis. Intervino, algo desabrido.

—¿Qué pasa ‘aquí’? ¿Tiene algo de malo este hotel?

—Nada malo. Sólo que no me pega que Martin venga a verse aquí con alguien. Esto es... como para extranjeros.

—Es un extranjero. —Dijo Martin con tranquilidad—. Es... italiano. ¿Puedo invitaros a una copa?

—Encantados. —Respondí rápida por los dos. De repente estaba contenta de verlo, de no sentir que allí nadie me conocía ni sabía de mi existencia o mi paradero. Dije a Francis: “Por casualidad venía en el mismo avión, viajamos juntos”.

No sé por qué estaba segura de que Francis lo había visto en el aeropuerto conmigo al llegar, probablemente también al salir, pero no dijo nada. Tampoco sospechaba el grado de confianza que yo tenía con Martin ni, mucho menos, que le hubiera hablado de él y de aquel viaje. ¡Ni de que estuviera casado! En realidad, le había hecho demasiadas confidencias; si Francis lo supiera sería muy capaz de terminar conmigo. Pero en ningún momento pensé que Martin me fuera a dejar mal. Al contrario.

—¿Por qué no cuentas las cosas como han sido? —preguntó. Y se volvió a mi novio—. Imagínate que ella me quitó mi taxi en la puerta de la casa y no tuve más remedio que llevarla a Barajas.

Nos reímos recordando el incidente de por la mañana y lo contamos con todo detalle, aunque sin decir que yo creí el taxi mandado por él, y muchas bromas mientras tomábamos unas cervezas. Debimos de extendernos de más; Francis miraba su reloj con poco disimulo. “Parece que tu cliente se retrasa, a ver si te vas a quedar sin ese contrato”, dijo a Martin pero sin simpatía. Él se encogió de hombros. “Peor para él. Soy un excelente guionista. Pero así hay

muchos en este trabajo de cine y televisión. Informales, erráticos. Bohemios. No me preocupa demasiado. ¿Os gustaría cenar en un libanés? Hay uno bastante bueno aquí cerca.”

—Pero Martin, claro que tienes que preocuparte por tu cliente. Tienes que esperarlo aquí, no trates tu trabajo tan a la ligera. ¿Es el del guión de Muriel Spark?

—No. Ése es americano. Pero a éste lo puedo llamar a su móvil y le digo adónde he ido.

—Nosotros no podemos —dijo Francis—, hemos quedado con unos amigos. Otra vez será.

Estaba mintiendo, lo sabía y sabía que Martin también lo sabía. No le importaba. Quizá lo había confundido con uno de los del otro ático, seguramente le era igual. Francis no temía la competencia, estaba demasiado seguro de sí mismo. Me sentí mal otra vez, se acababa aquel buen rato. Callé, qué remedio. Martin dijo: ”Okay, otro día.”

Nos despedimos y subimos a la habitación con todos los paquetes. Me dije: no te tienes que encontrar desamparada porque se haya ido, es una tontería, reconócelo, Francis es tu novio, Martin no es nada más que un vecino, nada más...

Pero hubiera preferido saberlo ahí cerca. Ya no lo volví a ver hasta Madrid, de vuelta en el número veinticinco.

### XIII

Había caído la noche cuando el taxi se paró delante del portal. Me dio alegría encontrarme otra vez allí aunque no llegaba muy animada. Al descolgar el teléfono la voz del contestador (contestadora en verdad) de la compañía me informó de que tenía once mensajes nuevos. Una pasada. Uno era de mi madre quejándose de que no hubiera llamado; quizá mi padre no le había dicho nada. Cuatro, tres en el sábado, y uno el mismo lunes, nada más que un click; habían colgado sin decir nada. Uno de Misi que decía “se me había olvidado, ahora creo recordar que te marchabas el fin de semana, pásalo bien, un beso”. Los otros seis de la que yo seguía empeñada en creer la mujer de Francis a pesar de las protestas de mi novio. Aparte de putearme en todos decía cosas como no te escaparás, soy más fuerte que tú, te rajaré, te crees que por no contestar el teléfono te vas a librar, estás condenada y ¡TENGO LA LLAVE DEL PORTAL!

Maldita loca. Me había olvidado de ella por completo; en la semana

antes de marcharme creo que llegó una sola amenaza. Ahora tenía miedo, rabia, mal humor; no sabía qué hacer.

Vacíé mi maleta, ordené, dí vueltas por la casa. Intenté pasar revista a los últimos tres días en Londres pero no mejoraba mi ánimo. El viaje no había sido un éxito. Francis también lo había notado, no entendía por qué y lo resentía. A la vuelta le pidió a la azafata que me pasase al lado de su asiento. La clase Business iba casi vacía, Francis era hiper atractivo cuando se empeñaba y la chica me colocó delante, con él.

En la casa hacía calor, me sentí incómoda. Pensé, dando vueltas al viaje, Dios mío, parece que cuánto más se espera de una cosa peor sale. No me gustó el sitio, no que imaginase ir a un hotel de cinco estrellas, con un Bed and Breakfast limpio y casero hubiera estado encantada. Pero era un lugar ruidoso, con demasiados turistas, desagradable, sucio. Francis no estuvo de buen humor, cosa rara en él que tenía un carácter tan amable. Quizá sólo era reflejo de mi propio estado de ánimo. No sabía, mejor no pensar.

Llamé a Miriam, pregunté qué tal en la oficina, cómo habían ido las cosas. Me dijo que muy bien, sin problemas.

—Nadie te ha echado de menos.

—O sea que Arancha no se ha enterado de que no he ido hoy.

—Pues yo creo que ni siquiera, no ha dicho nada.

No me hizo mucha gracia eso de no hubieran notado mi ausencia.

—Vaya. Igual el día menos pensado me ponen en la calle.

—Oye, ¿estás un poco depre o me lo parece a mí?

—Un pelín, —no quería hablarle de las amenazas—. Eso de que nadie haya preguntado dónde estaba... Pero bueno, no importa.

—Tú lo que tienes es resaca después de tres días de juerga y revolcón.

No habíamos tenido mucho de ninguna de las dos cosas. Desganada, me reí. “Claro, dije. Bueno, te veré mañana”.

—Por cierto, han venido unos tipos extraños preguntando por Indalecio. ¿Has sabido tú algo de él?

—Lo vi, creo que fue el viernes, por la calle, al lado de mi casa.

—El jueves preguntó por ti por la mañana. O quizás el viernes. Me pidió tu número de teléfono pero no quise dárselo.

—Ah, gracias. Se lo di yo cuando lo vi a última hora de la tarde.

—¿Qué quería, ligar contigo?

Quizá no le había dado mi número pensando eso. A Miriam no le gustaba la competencia.

—No, qué va. —Dios mío, era un tío carnal, qué desagradable—. Dijo que lo andaban buscando y que si podía venirse unos días a mi casa. Como para estar quitado de en medio, o algo así.

—¿A tu casa? Qué desahogo, si no te conoce apenas.

—Ya. Eso mismo le dije. Y que no tenía cama. Y que mi novio no lo toleraría jamás.

—Normal —dijo Miriam—. Pero lo de los tipos que lo andaban buscando debe de ser verdad, no veas las jetas de los que preguntaron por él el viernes. Eran extranjeros y con pintas de gángster.

—Venga ya, Miriam. Nunca hemos visto un gángster y no sabríamos qué pinta tienen ni reconoceríamos a uno si lo viéramos.

—Hemos visto un montón de películas. Ya sabes, tíos malencarados.

Dije que quizá deberíamos tratar de localizar a Indalecio para avisarle de los extranjeros. “Miriam, tú tienes el número de su móvil, por qué no lo llamas”.

—Seguramente aparecerá mañana. Si no lo vemos llamaré.

—Llámalo, yo me quedaría más tranquila. Si no lo localizas nos asomaremos al bar de Vicente, a buscarlo.

—Y por la tarde podríamos ir al sitio ése inglés que han abierto nuevo en la Castellana.

—Venga. Muy bien. Oye, están llamando a la puerta, tengo que dejarte.

Hacía muchísimo calor. ¿Por qué Felisa pondría la calefacción tan fuerte? La mirilla de la puerta seguía atascada, siempre se me olvidaba mandarla a arreglar. ¿Quién es?, pregunté antes de abrir. Una voz de chico contestó que de comercial no sé qué y me traían tampoco sé qué. Pues vaya horas de traer lo que fuera. Pero, imprudente, como era voz de hombre no tuve miedo y abrí. Dos muchachos con dos paquetes muy grandes.

—Traemos tus estufas de butano.

—¿Mis quéee?

—Las estufas. ¿No has comprado unas estufas de gas?

—Yo de ninguna manera.

Dios mío, con la calor que hacía. Uno de ellos sacó de su bolsillo unos albaranes. Los desdobló y dijo como cargado de razón. “José Luis Rodríguez. Pintor Morales veinticinco cuarto izquierda”. Le expliqué que Rodríguez era en el piso de encima.

—Os habéis debido de equivocar al darle al ascensor. Esto es tercero.

Uno volvió a bajar para subir el ascensor, no se podía llamar desde los

pisos. Me miraron como dando a entender que yo me había interpuesto en su camino o, por el procedimiento que fuera, era tremendamente culpable de no ser Rodríguez, o de que ellos se hubieran bajado en el tercero. De no haber estado depre casi les hubiera ofrecido disculpas por su equivocación. Pero que me ahorcaran si tenía ganas de bromas: cerré la puerta y eché el cerrojo.

¿Y para qué mierdas querrían estufas los del cuarto? La calefacción de la casa era exagerada. Joé, apenas se podía respirar.

Todo aquello de las amenazas por teléfono estaba empezando a ponerme de los nervios. Al final iba a tener que ir a la Policía. No era cosa de vivir así, con tanta tensión. Pero Francis tomaba el asunto de la Policía como una amenaza personal, directa a él. Lo habíamos discutido varias veces. “No puedes hacerme eso”, decía. Y yo: cómo que no puedo. Francis: “si vas te pedirán mi nombre, mi dirección, cuál es la relación que mantenemos etcétera etcétera.”

Qué más daba. Ahora el adulterio no era un delito. Pues no. Él no quería.

Decidí llamarlo para decirle que ya estaba harta del asunto. Debía venir a casa y escuchar los seis mensajes a ver si reconocía la voz. Qué idiotez que eso no se me hubiera ocurrido antes, los había borrado todos. Era una voz chillona, ineducada y, desde luego para mí, desconocida pero tenía que ser identificable. Llamé a su móvil, estaba desconectado. En el trabajo no estaría hasta mañana. Me puse furiosa. Ya estaba bien, por Dios, cómo era posible que yo no pudiera ponerme en contacto con él. Resultaba muy cómodo decir que las amenazas por teléfono tenían que ser una equivocación o una broma pero es que la amenazada era yo. Y por qué no podía tener el teléfono de su casa, ni que desconfiara de mí. Decía que no debíamos “mezclar temas”.

Sabía cuál era su casa, me la había señalado de lejos una vez y yo después pasé dos o tres veces por delante para verla. Decidí llamar a información de teléfonos. Me contestaron que con ese nombre en esa dirección no había ningún abonado. Lógicamente me enfadé aún más. ¡Y qué puñetero calor hacía! Llamé a Misi y estaba desconectada. Llamé a tía Flora para saludar y preguntar por ellos. Eran más de las nueve, estaba sola y en casa no había ni una rebanada de pan. La idea de cenar chocolate con sardinas de lata, que hubiera sido mi mayor delicia tan sólo quince años atrás, ahora me arruinaba por completo el estómago. Para colmo tenía hambre. Me sentía un gusano sin una mala hoja para comer. Puaj, un poco más y empezaría a arrastrarme por el pasillo. Ojalá hubiera podido hablar con Misi.

Sonó el teléfono. Dudé. Si era otra vez aquella tía horrible no lo

soportaría, empezaría a dar gritos de Sioux. Por otra parte no iba a consentir que semejante basura me impidiera contestar al teléfono en mi propia casa. Corrí: a la quinta llamada saltaría el contestador.

Era Martin. Quería saber si ya estaba en casa, si había ido todo bien.

—Sí, llegué hace un par de horas. No hemos coincidido a la vuelta, creo.

—Yo volví ayer.

—Martin, ¿puedo invitarte a cenar en la cafetería? En casa no hay nada de nada y...

—No puedes. Estoy con mi padre.

—Ah, lo siento. Quiero decir que me alegro por ti. Creí que iba a venir para Navidad.

—Aproveché mi viaje. Este es un mes más flojo en su trabajo, hasta Enero no empieza a moverse el mercado y en Febrero se anima.

Me pareció un mes extraño para animar el mercado de las casas, pregunté por qué. Pues al parecer en Febrero las empresas repartían los ‘bonus’, la gente pillaba dinero fresco de golpe y, hala, a cambiar de casa.

—Ah, por eso. Bueno, ya te veré otro día.

—Espera un momento. No cuelgues.

Esperé más deprimida a cada segundo que pasaba, que fueron como diez.

—Oye, princesa.

—No me llames princesa, —respondí despacio alargando las sílabas con la misma entonación, me di cuenta de pronto, que ponía mi madre para dar a entender cuán grande era su paciencia y cuánto se le quedaba corta con nosotros.

—Mi padre y yo te invitamos a cenar aquí...

—Ah, no, de ninguna manera. Muchísimas gracias a los dos pero no.

—...y nos enfadaremos si no vienes porque estamos muy necesitados de una presencia bella, femenina...

—Martin, me da apuro, de verdad.

—...princesca...

—Que no, gracias, que no.

—...española. O sea, que no seas seta y sube o bajaremos a buscarte.

Cedí. En el fondo no tenía ganas de estar sola. “Bueno, vale, muchas gracias ¿Tengo cinco minutos para ducharme un poco?”

—Pero que no sean muchos más de cinco.

—Me ducho rápida y estoy ahí. Sólo quitarme de encima el olor de avión. Te puedo subir una botella de vino.



—Tenemos vino. Sólo sube tu persona.

Miré mi reloj. Ducha con pelo y dientes dos minutos. Secar y embutirse en ropa limpia dos y medio, peinar pelo y cejas treinta segundos. Podía hacerlo. Iba cumpliendo perfectamente mi horario cuando sonó el timbre. Martín se pasaba siete calles, agarré la llave y la chaqueta riendo, abrí la puerta sin pensar que podría ser otra persona. “Vaya prisa que traes...” Se me cortó la voz. Noté cómo la cara se me cambiaba sola, una mueca borrándome la risa, me quedó un rictus de asombro y desagrado.

—¿Qué demonios haces tú aquí?

Era mi antiguo novio, mi actual cuñado, el muy tal por cual de José Luis.

Intentó parecer muy a sus anchas. Sonrió. Me acordé de un dicho de Rosa que no sabíamos si era inventado: “pariente que no te luce, un rayo que lo ‘esmenuce’”.

—Vaya recibimiento; —dijo como bromeando— tu madre y tu hermana me pidieron que me diera una vuelta por tu casa.

—Para informar.

—Para informar, en el buen sentido de la palabra. He venido por trabajo a la capital, me voy en el último AVE. Te llamé esta mañana pero me salió el contestador así que colgué. Yo no hablo con contestadores.

—¡Uau, qué fuerte! —no era capaz de evitar el sarcasmo.

—¿Puedo pasar o no? —dijo desde la puerta del salón.

Cerré la de la calle. “Ya has pasado. Y no te puedo atender, voy a salir”. Me sentía antipática por dentro.

Se coló en el salón. “Qué casa tan buena, dijo. ¿Estos son los famosos muebles de tía Flora? Pues son magníficos”.

Ahí me di cuenta. Macarena supeditaba el terror de que yo me viera a solas con mi antiguo novio, o tal vez ya estaba más segura de sí por su maternidad, a la curiosidad envidiosa por los muebles que “tendrían que” haber sido suyos. Le había sentado como una patada que me los hubieran regalado a mí. Recordé que abuela Concha un día comentaba cómo era más frecuente en una herencia que los hermanos pelearan por un mueble o un cuadro que por un cortijo.

—Sí, son esos los muebles. Siento parecer poco amable pero salía en este instante. Justamente creí que venían a buscarme.

—Tu novio, ¿no? A ver si me lo presentas.

—No, mi novio no. Un amigo que vive en el piso de arriba. No tengo tiempo, de verdad, para charlar contigo. Ni ganas.

—Creo que has estado en Inglaterra con tu novio.

Clásica frase para pescar respuesta. Cotillas. Yo no le había dicho a mi padre con quién iba. Pero si quería respuesta la tendría.

—Cuatro días nada más.

(En realidad habían sido tres)

—Y ahora te vas a cenar con otro. Parece que estás aprovechando muy bien el tiempo en la capital.

—Exactamente. Por todo el que perdí en Sevilla.

Toma caña. El pildorazo me había salido así, sin pensar, pero no lo lamenté cuando vi la cara que se le puso. Estaría pensando que tal vez se había equivocado conmigo, tal vez yo no era tan mojigata y sosa y estrecha y... propia sólo para dejar plantada, como él había creído. Y, bueno, a mí qué porras me importaba lo que pensara. Avanzó por el pasillo, entró en el comedor; tenía que echarlo.

—Vete, José Luis, me están esperando, de verdad; no quiero llegar tarde.

—Me encanta este cuadro, —dijo—. Tu hermana se ha empeñado en poner una mesa con cristal que...

—Aunque no te lo creas, no puede interesarme menos el comedor de mi hermana; quiero que te vayas de una vez.

—Me gusta mucho el cuadro —siguió como si no me oyera—. Hace muy gracioso ver el mismo comedor pintado.

—Sí, me lo ha regalado un amigo.

—¿Con el que cenas hoy? —quiso saber.

—No, otro. Un gran amigo, muy cariñoso conmigo, un encanto. Es pintor.

—Hodé, estás rodeada de tíos, —dijo mirándome un poco asustado.

Sabría Dios lo que iba a contar de vuelta en Sevilla. Me encogí de hombros. “No creas, no es para tanto, lo normal...” Rectifiqué a medio camino: “Bueno, en realidad sí, bastante rodeada”. Pensé que lo de ‘tío’ a Charlie como que no le pegaba mucho pero enfin. Amigo sí que era.

Conseguí que se marchara, algo picado. No le había ofrecido ni un vaso de agua. Ni lo había dejado sentarse.

—Siempre creí que eras muy acogedora.

—Tengo prisa, estoy invitada a una cena. No me gusta hacer esperar y lo que pensaras de mí de todas formas estaba equivocado. Recuerdos.

Me iba a poner verde en mi familia. Me era igual, le daba más importancia a llegar tarde. ¡Y ni siquiera le había preguntado por la niña! Claro que él tampoco la nombró.

Encendí la luz del descansillo, miré con precaución y, aunque José Luis iba bajando la escalera cerré la puerta del piso dando vuelta a la llave de medio lado para ver aunque fuese de reojo, sin dar la espalda el rellano. Luego subí los dos pisos a la carrera para que no se apagara la luz. Tenía el corazón en la garganta cuando me abrió Martín su puerta.

—¿Qué te pasa, te has asustado?

Moví la cabeza afirmando. “Asustada y retrasada... tuve una visita... me hizo perder tiempo, corrí escaleras arriba”.

—Oye, no es normal que te ahogues por subir dos pisos, vas a tener que hacer un poco de ejercicio. Y ni siquiera fumas.

—No pasa nada. Me puse un poco nerviosa, eso es. Vino a verme José Luis, mi antiguo novio, y antes había escuchado seis mensajes en el contestador, todos con amenazas. No quiero que tu padre sepa...

—No te preocupes, no le vamos a decir nada. Respira hondo. Y ha cocinado él, alábale su comida, eso le gusta.

No costaba ningún esfuerzo alabarle su comida, estaba fantástica. Filetitos de ternera con salsa de vino blanco, ñoquis de patata con parmesano y otro queso tipo Roquefort. Además en cazuela de barro un salteado de espinacas frescas y guisantes con hierbas... La bomba.

Casi le pregunté al padre de Martín cuántos años tenía, las pintas eran de un tío estupendo con bastante menos de cincuenta. Sabía que Martín tenía unos meses menos que yo, y tres hermanos mayores, así que su padre muchos menos de sesenta no podía tener. Qué hombre más guapo, alto con ojos azul fuerte, el pelo sal y pimienta, rubio con bastante blanco, atractivo; cuando hablaba se veía aún más guapo. Empecé llamándolo mister Bourne, enseguida me dijo que lo llamara Arthur. Más tarde Charlie me dijo que había metido la pata porque era Sir Arthur pero cómo iba a saberlo yo si nadie me lo decía. Tampoco me importó; Arthur desde el primer momento fue amable, muy natural sin esfuerzos ni excesos. Me encantó. Hablaba español muy fluido pero con muchísimo acento inglés, de esos que ponen especial cuidado en decir algunas letras, sobre todo en las ces parece que se tienen que parar una pizca para respirar antes.

Me preguntó cuánto tiempo llevaba en la casa, si estaba contenta, lo normal.

Después de comer Martín y yo recogimos, yo hice el café. Arthur me preguntó si jugaba al bridge.

—Sí juego, desde pequeña, aunque no muy bien. A mis padres les gusta

mucho y siempre nos han hecho jugar a mi hermana y a mí.

Quizá fuera aquél el único gusto que tenían en común los dos, no podía recordar otro porque eran personas muy distintas. Martin quiso saber si jugaban haciendo pareja.

—Muy pocos matrimonios pueden permitirse eso —dijo Arthur.

—Ellos no pueden o no deberían. Pero muchas veces lo hacen y mi madre se queja de todas las jugadas de mi padre. Aunque él juega bastante mejor que ella y tiene la ventaja de que no discute.

—A veces es insoportable el juego entre matrimonios —dijo Arthur—. O se dicen palabras amorosas, que no es el momento de oír, o se insultan, abusando de la buena educación de las otras personas de la mesa. Algunas parejas incluso hacen las dos cosas alternativamente. Hace pocos días jugaba yo con un matrimonio y el marido se pasó la tarde llamando idiota a su mujer, era muy molesto.

—Claro, —dije— que se insulten en privado si esa es su costumbre pero uno no tiene por qué aguantarlo. Hay que reconocer que en las cartas es bastante corriente.

—Pura y simplemente mala educación. Por suerte también hay matrimonios normales y educados.

—Mi padre es muy del estilo antiguo en lo que se refiere a la educación y a los modales. ¿No es así?

—No creo que sea muy antiguo en nada —dije mirándolo con admiración—. Es tan joven.

Les hizo gracia, se rieron pero ni me dio vergüenza. Martin dijo que el que jugaba muy bien era Charlie el chileno. Otro día íbamos a hacer una mesa los cuatro, a su padre le encantaría, a lo que Arthur dijo que desde luego. Era de lo más animado. Quería llevarse a Martin una semana a esquiar. “¿Tú esquías?”.

—Sólo he ido dos veces en mi vida, a Sierra Nevada, —respondí lamentando no poder decir sí, claro.

Me acordé de Misi que era muy aficionada al esquí. Pensé “tengo que llamarla mañana”. Dije: “¿Te acuerdas de Misi, la amiga que me encontró esta casa? Es muy buena esquiando, creo. Y por cierto también juega al bridge, le gusta mucho. Podríamos llamarla”.

—Muy buena idea —dijo Martin. Y a su padre: —Te gustará la amiga de Constanza. Es una mujer muy cultivada y enormemente atractiva.

—También buena y guapa, —dije porque era verdad.

A Arthur le pareció maravilloso en español y en inglés, se le alegraba la cara, el pobre tenía ganas de hacer planes; era un encanto.

Cuando me levanté para marcharme, tempranito porque al otro día tenía que trabajar, Martin dijo que me acompañaría por las escaleras. Su padre se sirvió un huiqui cortito, tomó un libro pequeño encuadernado en tela azul oscuro. “No tienes prisa, dijo muy amable, yo leeré un rato.”.

Era tan cielo que le dí un beso al irme como si lo conociese de toda la vida. Bajando le conté a Martin lo que decían las amenazas del contestador. “Tienes que ir a la policía. Si quieres te acompañaré”, dijo.

—Quiero que venga mi novio y lo escuche primero. Así podrá decir con seguridad si es su mujer o no. O si la conoce. No he borrado las últimas lindezas y no sabes lo que me pesa que estén ahí, en mi teléfono. Pero eso debí hacerlo antes, no se me ocurrió. De todos modos sigo pensando que es su mujer.

—Seguro que es su mujer. Se habrá vuelto loca por estar casada con ese pseudo Adonis. Aunque las mujeres tienen un gusto tan extraño. No las entiendo.

—No seas antipático ahora. Con lo encantador que has estado durante toda la cena. Muchas gracias otra vez, lo he pasado genial. Y me ha encantado tu padre. ¡Qué guapo es!

—Lo sé. Cuando vamos juntos no ligo nunca, todas las chicas caen por él de un solo golpe. Pero lo llevo bien.

—No te creo, tú también tendrás tu público. Bueno, gracias y hasta mañana.

—Bueno, princesa, buenas noches. Duerme bien y no tengas miedo. Y por cierto yo siempre soy encantador contigo, sabes, lo que pasa es que tú no te das cuenta.

#### XIV

El día siguiente, Martes, resultó uno de los más agotadores de mi vida. Como una de esas tormentas que se preparan en algunos cielos exóticos, lejanos, misteriosamente, y de pronto en pocas horas arrasan una ciudad y acaban con las vidas, fortunas, ilusiones, de mucha gente. No supe qué mariposa había pataleado para mí en algún remoto lugar, qué fuerzas se coordinaron o conjuntaron, no supe que cúmulo de torpezas y errores, míos y ajenos, se habían ido amontonando hasta culminar en aquel día Martes diez y seis de Noviembre.

Por la mañana llamé a Francis temprano al trabajo.

—¿Cómo está mi novia? —dijo con voz alegre—. ¿Me has echado de menos?

—Sí, claro. Oye, Francis...

—Quiero dormir contigo —me interrumpió— todos los días.

—Entonces te las tendrás que arreglar para casarte conmigo. Si no, lo veo crudo —dije con voz desabrida.

—Pero ¿qué te pasa hoy? —preguntó extrañado.

—Tu mujer me ha dejado seis mensajes en el contestador amenazándome con matarme. ¿Cómo lo ves?

—Te he dicho cien veces que no...

Ahora fui yo quien interrumpió.

—Estoy harta y voy a ir a la policía hoy mismo. Además tiene una llave del portal. Yo no le he dado la llave a nadie más que a ti.

—Constanza, escúchame.

—A ver, qué tienes que decir.

—Ella no sabe que tú existes. NO lo sabe. Jamás le he dado una llave del portal ni la he dejado al alcance de su mano... ni de su vista ni de la de nadie. Nunca le he dado tu número de teléfono porque ésa no es mi manera de ser, lo mismo que a ti no te he dado el de mi casa ni siquiera la dirección.

—Tu dirección sí la sé porque me enseñaste la casa desde la calle.

—No exactamente. La casa hace esquina, te señalé la bocacalle, no la calle donde verdaderamente está el portal de la casa. Nunca le he hablado a ella de ti para nada ni he pronunciado tu nombre y a ti no te he dicho nada de ella más que cuatro cosas necesarias para que comprendieras la situación. Soy reservado por naturaleza, contigo, con ella y con todo el mundo. Yo no cometo indiscreciones. Jamás.

—¿Podría haberte hecho seguir hasta mi casa?

Lo pensó unos instantes. Luego dijo despacio, con voz de duda: “Técnicamente, sí. Cualquiera podría alquilar un detective. Ésa es la teoría pero en la práctica no lo veo fácil. Te he dicho antes que no le intereso tanto como para eso y es la verdad. No lo haría”.

Entonces, ¿por qué no podía dejarla si no tenía interés en él?

—No sé ya qué pensar de todo esto —dije—. Francis, quiero que te pases por el número veinticinco y escuches los mensajes. A ver si te suena la voz. Sea quien fuere tienes que conocerla.

Dijo que por supuesto vendría, al día siguiente por la tarde. Hasta

entonces imposible, estaba liadísimo, pero no tenía que preocuparme porque todo iba a estar bien y él no consentiría que me pasara nada. Todo se aclararía y me daría cuenta de que aquellas llamadas no tenían nada que ver con nosotros. Me dijo una serie de palabras cariñosas y quedamos en vernos al otro día.

Luego llamé a Misi y estaba super deprimida por la guerra de los Balcanes. Dijo que las noticias eran un horror, que se estaba acabando el siglo veinte y parecía que nos encontrábamos donde mismo estábamos cuando empezó.

—Si te preocupas por las guerras de todo el mundo no vas a levantar cabeza. Anda, no lo pienses más, bastantes marrones tenemos también aquí nosotras.

—No puedo remediarlo, no duermo por las noches. Cuéntame de ti, cómo ha ido todo.

Le solté mi rollo de amenazas, la cena en casa de Martin y si quería venir a jugar una tarde a casa con ellos. Respondió ‘bueno’ sin ningún entusiasmo. En cuanto al contestador, teníamos que ir a la policía, le gustara a mi novio o no. Ella me acompañaría “Mañana sin falta vamos. Hoy no puedo, esta tarde creo que tenemos entradas para el cine”. Al parecer Luis estaba muy atento con ella de repente, queriendo dedicarle más tiempo. “Se ha debido de dar cuenta de que estoy bastante harta de todo”.

—Pues mucho mejor, ¿no?

—Ni lo sé siquiera, ya veremos. Hasta mañana.

—Pásalo muy bien. Un besote.

Me salté la comida para recuperar tiempo, estuve trabajando hasta pasadas las cinco. Me interrumpió Miriam.

—¿Tú te acuerdas de que hemos quedado en ir a ese salón de té nuevo esta tarde?

—Vaya, se me había olvidado por completo. Pero acabo esto, me arreglo un poco y salimos cuando quieras.

—Oye, si no te apetece, no...

No me apetecía pero ella me había estado esperando y se moría por ir. “Claro que me apetece, si crees que así voy bien”.

—Estás un poco pálida —a Miriam le gustaba cargar las tintas en el maquillaje—. Pero ese bolso nuevo es una maravilla. ¿Cuánto ha pagado por él tu novio?

—Yo qué sé, no tengo ni idea. Joé, ni quiero saberlo. Venga, déjame un

cuarto de hora y salimos.

Fuimos andando. Como pasábamos por delante del bar donde habíamos ido con Indalecio quise entrar a ver si estaba. Y no; Vicente el dueño (o el encargado o lo que fuera) nos dijo que llevaba unos días sin aparecer por allí, seguramente se habría ido de viaje. Viajaba mucho. “Pero nos sois las únicas que habéis preguntado por él”, dijo con un tono como queriendo significar algo. No lo entendimos. Le dejé recado, que si asomaba nos llamara por teléfono a Miriam o a mí. Íbamos a dejar una nota pero el hombre dijo que no hacía falta y nos fuimos.

A Miriam le parecía aquello una exageración; yo no estaba tranquila.

—Me da yuyo este asunto, Miriam. No sé por qué, me da mucho yuyo.

—Pero qué te imaginas que le puede pasar, es un tío capaz de defenderse. Anda que no ha corrido mundo... y además a ti nunca te ha caído bien.

La tarde fría y despejada, el cielo azul quedándose sin luz despacio; en cuanto se acabara de oscurecer el sol, helaría. Anduvimos ligeras; por el Paseo de la Castellana paseaban pocos castellanos, si acaso algún turista.

Cuando llegamos al salón de té estaba lleno y con autos estorbando en segunda fila. Increíble la gente de Madrid, siempre había bastante a cualquier hora para llenarlo todo. Por supuesto, imposible conseguir una mesa. “¿Nos vamos?”, pregunté entre indecisa y esperanzada. No tenía ganas de quedarme.

Miriam insistía, seguía fijando la vista en cada mesa.

—Espera un poco... deja que mire a ver si conocemos a alguien. Ah, allí está tu amiga de la agencia, creo. Misi; sí, es ella —señaló hacia el fondo del salón.

—No la veo, me la tapan esos chicos.

Algunas personas de pie esperaban mesa, o hablaban con conocidos que habían tenido la suerte de sentarse. O, como nosotras, paseaban la mirada por el salón, bastante grande, a ver si encontraban a alguien que les hiciera un sitio. Estorbaban a las camareras, todas monillas, vestidas con faldas largas de florecitas con volantes y cofia, un híbrido de película sobre la época victoriana y de las señoras en las carretas a la conquista del salvaje Oeste, según las películas. Las pobres intentaban circular con las bandejas de bebidas sin perder la sonrisa, sin duda impuesta por su contrato, y sin hacer un estropicio.

Las mesas tenían manteles color de melocotón igual que las tapicerías y pantallas de las lámparas, las maderas de las sillas y el piano estaban lacados en crema. La moqueta espesa del color de las sillas, todo muy conjuntado y



cursi.

Los víveres que nos pasaban por delante tenían un aspecto impresionante y empecé a animarme. No había almorzado. Al fin pude ver a Misi que estaba con un hombre colocado de espaldas a nosotras. Dudé. Miriam y ella no se caían bien y si estaba arreglando las cosas con su novio me fastidiaba entrometerme.

—Venga, vamos a saludar a ver si nos hacen sitio, —Miriam se empeñaba—. Va a empezar el pianista.

—Espera, creo que está con su novio.

—¿Y qué? Lleva años con él. No se van a morir porque nos sentemos un rato.

Creí que Misi nos había visto, levantaba una mano. Todavía esperé un poco más mirando a derecha y a izquierda. Bueno, aunque no nos quedáramos, sería más amable llegarse hasta su mesa. Irnos sin saludar resultaría extraño.

Fuimos, abriéndonos paso de la mejor manera posible, o sea sin llegar a pegarnos con nadie pero dando algunos empujones. Miriam iba delante, empujaba más y se interpusieron unas chicas entre nosotras. La oí decir, solía hablar demasiado alto: “Hola, Misi, qué tal”.

De lo que pasó a continuación existen diferentes versiones. Todas coinciden en lo fundamental: que el Reacio y el Voluntario, Luis y Francis, el novio de Misi y mi novio eran una sola única indivisible y mierdosa persona. Así lo descubrimos en aquel momento.

Una versión. Anduve detrás de Miriam con pocas ganas de quedarme allí pero ningún mal presentimiento. La oí decir “Hola, Misi, qué tal”, saludando, y luego “estamos aquí tu amiga y yo pero no tenemos mesa”. El acompañante de Misi se levantó y yo aún no lo veía bien pero ya empecé a sentir una cosa extraña en el estómago y en las rodillas. “Ah, estáis aquí”, dijo Misi, así es que no nos había visto antes. “Os voy a presentar... éste es mi novio, Luis Corral”.

—Encantada —dijo Miriam.

—Y éstas son Constanza Morales y Miriam... perdona, creo que no me quedé con tu apellido.

—Cortinas —dijo Miriam sonriendo mucho—. No te preocupes, es igual. Entonces Misi se dio cuenta de que yo no estaba en mi ser de costumbre.

—¿Qué pasa? ¿Te ocurre algo?

Abrí y cerré la boca varias veces como un pez dentro de la pecera, me faltaba el aire. Al fin pude pronunciar con la voz tan ronca que no parecía la

mía: “Hola, Francis”.

Francis también mudo, lívido, pálido como un queso, de pie apoyando las dos manos en la mesa.

—¿Cómo que Francis? Éste es Luis. Constanza qué ocurre, por qué le llamas Francis... —se le cortó la voz, empezaba a darse cuenta de que algo malo pasaba.

—Lo llamo Francis porque él me dijo que se llamaba Francis cuando lo conocí hace nueve meses en el AVE.

—En r rr-realidad, m-me me llamo Luis Francisco.

—No seas imbécil, te llamas Luis, todo el mundo te llama siempre Luis. ¿O es que tienes un alias? —Misi estaba agarrando una rabia muy buena.

—Puedo explicarlo —empezó Francis—Luis.

—Oye, yo no entiendo nada. ¿Podemos sentarnos con vosotros? —dijo Miriam llevándose automáticamente el título de Primera de la Clase.

—¿Quieres decir que éste es tu novio? —dijo Misi.

—Era. Debe de ser novio de más gente. Y está casado, su mujer se llama Matilde.

—Yo me llamo Matilde, —dijo Misi— pero nadie me llama así, es un nombre espantoso.

—No sabía que te llamaras Matilde.

—Nadie me llama Matilde —repitió; dábamos vueltas a las mismas frases, estábamos como atontadas.

—Puedo explicarlo todo... —empezó otra vez.

—Cállate. —Dijimos al mismo tiempo. Yo añadí —So hijo de puta.

—Vámonos —dijo Miriam espantada. Además ni siquiera nos sentábamos. Misi no se había puesto de pie.

—Por favor, espera —dijo.

—Tú no tienes la culpa de nada, Misi.

—Por supuesto que no, pero...

—Tengo que marcharme —sólo la miraba a ella—. Adiós, Misi.

Me ahogaba, no podía respirar. No sabría decir cómo salimos de allí, debía de llevar la cara tan descompuesta que nos abrieron paso. Ya en la calle eché a correr por la Castellana; Miriam me siguió como pudo, yo corría más. Pero pronto tuve que pararme dando boqueadas. Me metí en un alcorque, me agarré a un árbol frío, invernizo. Me dí cuenta de que estaba helada, no llevaba guantes y la corteza me arañaba las manos. “¿Quieres que tomemos un taxi?”, preguntó Miriam. Y rompí a llorar.

Otra versión.

Fuimos hacia la mesa del fondo. Me adelanté a Miriam. Tenía una sensación extraña, lo que los franceses llaman “déjà vécu”, algo vivido antes como en un sueño. Ominoso. Llegando a la mesa vi a Francis, quedé callada. Lo miré deseando que notara todo el asco y el desprecio que sentía por él. Aparte, tenía taquicardia, la respiración muy rápida y corta. Miriam se adelantó, saludó a Misi dando a entender claramente que queríamos sentarnos con ellos. Misi nos presentó a ‘su novio’ Luis Corral, yo alcé la voz.

—Buenas tardes, Francis.

—¿Cómo Francis? Éste es Luis. ¿Por qué lo llamas Francis, qué te pasa? ¿Te encuentras bien?

Francis—Luis desenchajado, feo de pálido, parecía un bloque de margarina. Tragó saliva con trabajo. Carraspeó.

—Ejmm... en realidad me llamo Luis Francisco...

—¡Pero todo el mundo te llama Luis! —Misi empezaba a alterarse—. ¡Siempre te has llamado Luis!

—Yo lo llamo Francis porque me dijo que se llamaba Francis el día que lo conocí en el tren. Pero será un alias y seguro que tiene otros.

—Oye, yo no entiendo nada —dijo Miriam— ¿Podemos sentarnos?

—Puedo explicarlo todo... empezó ele efe y lo interrumpí.

—Lo explicaré yo. Este mier...

Misi me interrumpió a mí.

—¿Quieres decir que éste es tu novio, del que me has hablado?

—Era. Fue. Quiero decir que este miserable hijo de puta...

—Un momento, un momento —interrumpió ele efe

Misi y yo gritamos a la vez: “Tú cállate”.

Seguí:

—...hijo de puta infrabestia gigoló cretino...

Ahora fue Miriam con los ojos espantados.

—Constanza, vámonos. Vámonos por f...

—¡Que no me interrumpáis! Este ser repugnante es lo más mierda que existe, éste es el cabrón más mentiroso y despreciable que hay porque a su lado la mierda de cochino es perfume de, de...

Ahí me falló la inspiración, me quedé en blanco. Agarré su Coca Cola y se la tiré a la cabeza, algo que toda la vida había tenido ganas de hacerle a alguien porque resultaba tan lucido en las películas. Me salió bastante bien. Dio un grito de horror; yo sabía que aquél era uno de sus trajes buenos y que

amaba su ropa cara.

Misi me miraba como si no pudiera creérselo, movió la cabeza de arriba abajo como diciendo: “bien”.

—Misi, tú no tienes ninguna culpa de esto ni yo tampoco.

—No, claro que no pero...

—Y averigua quién es una tal Matilde.

—Yo me llamo Matilde, —dijo Misi— pero nadie me llama así, es un nombre horroroso.

Por lo visto nadie estaba conforme con su nombre.

—Si me escucháis un m...

—¡Cállate degenerado, imbécil! Misi, no sabía que te llamaras Matilde.

—Nadie me llama Matilde —repitió como si estuviera mareada.

—Por Dios, vámonos. —dijo Miriam. Después diría que estaba asustada de verme tan furiosa. Temía que nos enredáramos Misi y yo en una pelea fuerte. Y ni siquiera nos habíamos sentado. De pie todo es más agresivo.

—Sí, ya nos vamos. Adiós, Misi.

—Pero oye... —empezó ella.

—No, nada, me tengo que ir. Adiós.

A ele efe ni lo miré, por descontado.

Salí de allí con la cabeza muy alta, abriéndome paso no supe si por mi cara de furia o a empujones. En la puerta oí las primeras notas del piano. Una vez en el Paseo de la Castellana eché a correr tan deprisa que Miriam me seguía con trabajo. Como iba ciega de rabia tropecé en un alcorque y no me di el porrazo porque me agarré al tronco de un árbol. Estaba helado, me arañé las manos con la corteza.

Miriam llegó jadeando: “¿Quieres que tomemos un taxi?”, dijo.

Hay más versiones. Todas se parecen en algo y difieren en algo, No sabría asegurar que ésta o aquella fuera la más fidedigna, yo había ido añadiendo o cambiando palabras a fuerza de repasar la escena en mi memoria.

Por ejemplo Miriam, que en general favorecía la segunda versión, me dijo más tarde que ele efe no estaba tomando Coca Cola.

—Yo creo que sí, recuerdo que pensé que habría quedado todo pegajoso.

—¡Estaban tomando café!

—Ah, bueno, igual se le estropeó el traje.

—Y no le tiraste nada a la cabeza, Constanza. No le tiraste nada.

—Cómo que no. Eso lo recuerdo muy bien.

Y bueno. No quise tomar un taxi, necesitaba andar y lo más rápido

posible. Miriam protestaba.

—Espera un poco, mujer, ve más despacio. ¿Me puedes explicar lo que ha pasado, es que tenéis las dos el mismo novio?

Dije que sí con la cabeza. A aquella altura iba llorando, la rabia cedía el paso a un sentimiento de injusticia y humillación.

—Ya es casualidad. Lo raro es que siendo tan amigas no hayáis presentado el novio una a la otra. —Casi parecía estar disfrutando el drama.

En el fondo no era tan raro, me dije. Lo mismo que ele efe no quería conocer a mis amigas ni que vinieran a casa ocurría con las amigas de Misi.

Pero sí que era una maldita coincidencia. Me fastidiaba horriblemente pensar las cosas que había podido contar a Misi de Francis y también que Miriam se enterase de que yo tenía a efe ele por casado cuando estábamos de novios. Y lo que contaría en la oficina. Por el momento la pobre se estaba portando super bien, me agarró el brazo, le costaba seguir mi ritmo.

—Mira, no te pongas así que ningún hombre se merece tanto berrinche. ¿A dónde quieres ir?

—Mi... casa. —Hablar era mucho esfuerzo.

En Noviembre del año anterior había estado en una cacería con José Luis. Iba de “secretaria”, no me gustaba. Se suponía que entre ojeo y ojeo yo tenía que salir despavorida a recoger pájaros derribados. Nada más tuve en las manos la primera perdiz todavía caliente y ya desmadejada, blanda de recién muerta. No quise coger ninguna más. Ahora, en plena calle de Madrid, me acordaba con insistencia de aquella perdiz, el tacto de sus plumas en las manos, y yo era inexplicablemente la perdiz muerta. Sólo veía aquello y no era que lo pensaba, me sentía el cuerpo así. A fuerza de llorar seguía pero débilmente, sólo como quien respira, me resbalaban las lágrimas por la cara igual que cae la lluvia. Miriam me llevaba del brazo conduciéndome por las calles. Subimos Goya deprisa, la cuestarriba. Sólo quería verme bajo el techo de mi casa. De repente me paré en seco, clavé los talones en el asfalto. Miriam se adelantó por el ritmo rápido que llevábamos, no esperando mi parón brusco, casi tiró de mí. Se me acababa de ocurrir una idea: si aquel miserable era el novio de Misi casi con toda seguridad no estaba casado. Vivía en casa de Misi. Aquello de su mujer era otra mentira más, tenía que ser. Pero entonces ¿quién me estaba amenazando a mí por teléfono con matarme? En una sola cosa había dicho verdad el sinvergüenza: desde luego que Misi era absolutamente incapaz de algo así. ¿Quién me amenazaba? ¿Y por qué?

—¿Qué te pasa? —preguntó Miriam después de su traspies— ¿Te

encuentras mal?

—No —dije. Con el asombro se me habían parado las lágrimas. No podía explicarle lo que acababa de pensar; de las amenazas nunca le había hablado.

—Venga, va, sigue, que ya no nos queda nada para llegar a tu casa.

El aire me había secado las lágrimas, la piel de la cara se me quedaba tirante por todos lados. En el portal, al abrir el bolso para buscar la llave de la casa me di cuenta de que aún llevaba el bolso de Prada regalo de Francis. Mierda. Tendría que habérselo tirado a la cara. Me apoyé en el mostrador de madera de la garita del portero, empecé a sacar todo lo que llevaba dentro del bolso. Felisa me miraba asombrada.

—¿Qué te pasó, neniña? A ti te pasó algo.

—Ha peleado con el novio, —respondió Miriam por mí.

—¿Y qué? No te llesves disgusto que no merece la pena. Y encontrarás otro mejor.

—Toma, Felisa, ¿quieres este bolso? Me lo regaló él... ese hijo de...

—Bueno, —dijo Felisa sin mucho interés—. Es un poco serio para mí pero gracias por la intención.

—Oye, —dijo Miriam— ese bolso vale más de cien mil pelas, tirando por lo bajo, en la tienda. O sea que si no te gusta yo...

—Sí me gusta, sí. —Felisa agarró el bolso precipitadamente mientras a mí se me caían las gafas de sol y las llaves y lograba sujetar la cartera y la agenda— ¿Quién dijo que no me gusta?

Estaba superincómoda con la piel de la cara que parecía haberseme quedado pequeña por todos lados, menos mal que no llevaba ni chispa de maquillaje o estaría hecha un payaso. Ya parecía que había ocurrido lo malo del día cuando Felisa dijo:

—Han estado preguntando por ti.

—¿Quién? —Pensé en José Luis, de vuelta a fisgar en mi casa, en Francis con explicaciones, en Misi para pedírmelas—. Igual da, Felisa, no quiero ver a nadie. Estoy agotada.

—A los que vinieron tendrás que verlos si vuelven. Eran policías.

—¿PO-LI-CÍ-AS? —No me lo podía creer. Pero ¿qué había hecho yo?— Si yo no he hecho nada, Felisa. ¿A qué dijeron que venían?

—No me quisieron decir. A qué venían no sé. Me hicieron muchas preguntas juntas pero a mí no me contestaron a ninguna.

—A lo mejor Misi te ha denunciado por quitarle a su novio, —insinuó

Miriam.

Ya sabía yo que le tenía manía. Pensé: denunciarme Misi a mí, de ninguna manera. No tenía motivo y era mi mejor amiga. “Misi jamás haría algo así; tú no la conoces. ¡Ni siquiera hubiera tenido tiempo! Además yo no le he quitado a nadie; si quiere a ese mierda que se lo quede. Pero no lo querrá, estoy segura“.

—O él, por insultos.

—Él es un cabrón cobarde.

—Ay, cómo viniste, filiña.

De todos modos siempre era motivo de preocupación que la policía la estuviera buscando a una. ¡Lo que me faltaba! Era como si todo el mundo se hubiera vuelto marciano de repente; no se entendía nada de nada. O tal vez la marciana fuera yo, después de todo.

Miriam me metió en el ascensor, no protesté aunque me gustaba subir andando. Se quedó un rato conmigo y seguramente me dio buenos consejos que no recuerdo en absoluto. Sé que le dije que me encontraba muy bien para que se marchara; debía de estar de mí hasta la coronilla. Yo tenía una idea fija: meterme en un baño de agua hirviendo y comerme entera una tableta de chocolate. Al final Miriam se fue y yo busqué el chocolate en la cocina y puse agua a hervir para hacer té. No había almorzado, no había hecho compra y no tenía nada de comer más que aquello y varias latas de sardinas en las que no quería ni pensar. Sonó el teléfono dos veces pero no iba a contestar así se pusiera al rojo vivo a fuerza de rin-rines.

Solté el agua de la bañera, esperé hasta que se llenara mientras pensaba una lista que en cuanto terminara mi baño iba a escribir en un cuaderno. A dos columnas: “Ventajas y desventajas de mi nueva situación”.

A. No tengo que depender de nadie. B. No estoy cometiendo adulterio. (Eso sonaba como en las novelas inglesas.) C. Puedo invitar a quien quiera a mi casa. D. No necesito arreglarme ni tener más ropa buena que la del trabajo. Esto último no me pareció muy atractivo, lo borraría. A ver, otra cosa. E. Puedo conocer al hombre de mi vida que evidentemente no era el miserable ése. Qué más. F. No necesito andar con tapujos ni disimulos. Esa era buena. G. No tengo que avergonzarme de mí misma por estar con un hombre casado, o sea vuelvo a las filas de la gente decente, donde se está mucho más a gusto. Pues casi todo parecían ventajas. La desventaja era lo que me gustaba Francis; ésa me hacía poner un poco colorada pero, bueno, quién necesitaba al individuo ése. Y ya, sabiendo lo que sabía, tampoco querría ‘hacer la siesta’

con él.

Llamaron al timbre de la portería pero no tenía ganas de recibir a nadie. Al contrario, me llegué hasta el recibidor para echar el cerrojo antes de que quien fuera pudiera oírme. Comí el chocolate a bocados, se me pegaban los trozos al paladar y los barría con café hirviente. Estaba la bañera llena y yo empezando a quitarme la ropa cuando oí un ruido fuerte en la puerta de atrás. Un escalofrío me puso los pelos de punta. ¿Quién sería? La puerta de servicio apenas se usaba porque aquella escalera no tenía ascensor ¿y si era la loca de las amenazas? Me volví a echar la ropa encima rápidamente, en cueros me sentía mucho más vulnerable y asustada. Busqué ansiosa el número de los porteros para pedir ayuda. Había una llave forcejeando en la cerradura y, gracias a Dios, oí la voz de Felisa que me gritaba: “¡Neniña, soy yo!. Contesta, ¿estás bien?”

—Sí, estoy bien. Menos mal que eres tú. Estoy bien, no te preocupes.

—Menudo susto me has dado. Ábreme, la cerradura no funciona bien.

—Déjame sola, Felisa. Te agradezco que subas, pero...

—Está la policía, neniña, en el otro lado. Tienes que dejarlos entrar. Estuvimos llamando por la puerta principal y no... y no pude abrir.

Vaya. Encima esto. Pero prefería, si tenía que dejar entrar a los policías, que por lo menos estuviera también Felisa conmigo. Abrí. “Felisa, para entrar en mi casa tienen que tener una orden del juez. ¿La han traído?”

—Y yo qué sé lo que traen. Pero no vienen con amenazas ni con malos modos. Dijeron que sólo querían hacerte unas preguntas. Son ‘corretos’.

—Bueno, entonces quédate tú hasta que se vayan.

Encantada de poder enterarse de lo que fuera, me miraba con aire protector. Me acompañó a la puerta principal donde esperaban los policías. Los recibí en la entrada, no los hice pasar al salón.

—Hemos estado llamando antes, por la tarde —dijo el que parecía mayor de los dos, después de que dieran las buenas noches educadamente.

—Antes no estaba.

—¿Y ahora no nos ha oído?

—Estaba en el cuarto de baño, con los grifos abiertos. Ustedes dirán.

Me sentía bastante nerviosa, se me agarrotaba un poco la mandíbula, me temblaba la barbilla y crucé las manos como si rezara, para que no fueran a notar me el temblor. No me pensaba achicar; no había hecho nada.

—Parece que ha tenido usted algún disgusto hoy. Eso nos ha dicho la portera.



—He terminado con mi novio, si eso es asunto para la policía, que no lo creo.

Miré a Felisa; me hizo un gesto minúsculo. No tenía pelo de tonta. Les había dicho lo del disgusto para justificarme si estaba nerviosa o algo parecido.

—No, no. Desde luego que no. —Dijo el que había hablado primero—. Sólo queremos solicitar información sobre otro asunto.

—Sobre qué asunto.

—¿Cuándo ha visto usted a Indalecio Ungría por última vez?

¡Zas! Al momento me di cuenta de que era lo que había estado temiendo, hasta sin saberlo, desde que me hablaron de la policía. Aunque algo aliviada, no era una denuncia mía, me puse en guardia. ¿Cómo sabían que yo conocía a Indalecio?

—¿Indalecio Ungría? —pregunté con voz de sorda.

—Sí. Usted es amiga suya, ¿verdad?

—¿Amiga suya? —tenía que poner cuidado en no repetirlo todo, sonaba como a querer ganar tiempo—. Pues no, no. Lo conozco, lo he visto unas cuantas veces en la oficina donde trabajo.

—¿Cuándo lo ha visto por última vez?

Hice como si pensara. “A ver... creo que el jueves por la tarde. No, el viernes. Lo encontré por la calle cuando iba a la perfumería que está en Príncipe de Vergara... Me acompañó hasta allí y mientras compraba pasta de dientes”. Esto por si preguntaban en la tienda.

—¿Está usted segura?

—Estoy segura. El sábado muy temprano me fui a Londres y volví ayer por la noche. Y hoy no lo he visto.

—Pero ayer vino a visitarla un hombre.

—Guapina, —intervino Felisa— yo les dije que tuviste una visita anoche, ¿lo recuerdas?

—Que yo tuve una visita anoche... —empecé extrañada—. No, cené fuera... Ah, bueno. Vino un momento mi cuñado, el marido de mi hermana. Estaba de paso en Madrid y se asomó a saludarme, imagino que para cumplir con mi madre, que es su suegra, y decirles a los de allí que estoy bien. —Dicho así sonábamos una familia normal y encantadora; lo engañosas que podían ser las palabras.

El policía dijo que durante el fin de semana había habido tres llamadas a mi teléfono que, aunque estaban hechas desde distintas cabinas, podían ser de

Indalecio. Lo miré de frente. “Ya le he dicho que estuve fuera todo el fin de semana. En realidad fueron tres días en Londres. Si quiere ver los billetes de Iberia, los tengo. Pero ¿todo esto por qué? ¿Pasa algo?”

—¿Usted ha estado buscando a Indalecio Ungría esta tarde?

—Buscando, exactamente, no. Pasé con una compañera por el bar donde suele ir, cerca de mi trabajo, y entramos a ver si estaba allí porque esta compañera me dijo que habían preguntado por él en la oficina. Pero no había ido y seguimos nuestro camino hacia una cafetería donde pensábamos merendar. Allí me encontré a mi novio con otra chica y... Bien, creo que ya les dije eso antes.

¿Habría llamado a la policía el dueño del bar? Y si era así, ¿por qué?

—¿Cuál es su relación con Indalecio Ungría?

Ahí me enfadé porque empezaba a estar asustada. No quería decir nada del parentesco.

—¿Cómo relación? Hasta hace apenas dos horas tenía un novio formal. ¿Cree usted que tengo yo pinta de mantener otras relaciones con otros hombres al mismo tiempo?

Se miraron los dos como consultándose sin hablar.

—¿Es que no me pueden decir lo que buscan? —repetí, en tono más suave.

—¿Le dijo algo de que hubiera recibido amenazas de alguien?

Me pareció que en eso no habría problema para decir la verdad. Me paré a pensar un momento. “Pues ahora que lo menciona, creo que dijo algo el viernes. Pero no recuerdo bien... algo como que había alguien que lo buscaba con quien no deseaba encontrarse. Pero de amenazas así, concretas, no”.

—¿Usted insiste en que no es amigo suyo?

—Mire, no se trata de negar a nadie, pero insisto: amigo, no. Conocido. Me lo presentó esta compañera y lo habré visto en mi vida cuatro veces.

El policía me preguntó si lo noté asustado, si me había quedado preocupada por él. Miré al otro más joven; estaba escribiendo todo lo que yo decía, apoyaba con dificultad el cuadernito porque seguíamos de pié.

—Pues no sé... yo estaba preocupada pero era de que me fueran a cerrar la perfumería. Y, la verdad, no le di mayor importancia, no lo conozco tanto. Le gusta presumir un poco, ¿no? De dinero, negocios...

—¿Le hizo él algún regalo?

—No. Ni había ningún motivo, ni lo hubiera aceptado tampoco. ¿Por qué iba a hacerme ningún regalo a mí? Ah, el día que lo conocí me ofreció

proporcionarme gratis un teléfono móvil. Le dije que no, gracias.

—Ya les he dicho que es una señorita como Dios manda. —Felisa llevaba demasiado tiempo sin hablar. Válgame Dios, pensé, que más les habrá contado de mí.

—¿No me van a decir qué es lo que pasa? —pregunté con voz de estar harta del asunto. Aparte de que lo estaba. Barajaba en mi cabeza la conveniencia de decirles “mi padre es general del ejército” o callarme para no dar pistas familiares. Estaba pensando, agobiada, cuando me llegó la respuesta.

—Hemos encontrado su cadáver.

Los dos policías me miraron fijamente. Felisa dijo: “¡Ay, Jesús!”. Me agarré a su brazo, se me iba la cabeza. “¿Ca... dáver? ¿Quiere decir que... ha muerto?”

—Eso es. —Dijo el policía mayor.

—Si no estuviera muerto no habría cadáver, —intervino el más joven que, para ser lo primero que decía, mejor hubiera seguido callado.

—¿Cómo ha muerto? —estaba muy alterada, más de lo que quería hacer ver.

—No lo sabemos todavía.

—Pero ¿lo han asesinado?

—¿Por qué dice usted eso?

—Tiene razón, neniña, no pienses esas cosas. —dijo Felisa.

—Pero, vamos a ver. ¿Si se hubiera muerto de... hepatitis, estarían aquí haciéndome preguntas cuando yo apenas conocía a... al difunto? No sería lógico. Tengo que suponer algo como crimen o, cuando menos, un accidente. Joé, no hace falta ser Hércules Poirot para eso.

—¿Quién ha dicho? —preguntó con el bolígrafo en alto el policía joven que no parecía tener mucho futuro esplendor como detective.

A eso el otro policía no me contestó. Volvió a insistir, si estaba segura de que no teníamos ningún tipo de relación. Que él llevaba un papel en su bolsillo con mi dirección y mi nombre. ¿No quería cambiar nada de lo dicho? ¿Estaba segura?

Me hice fuerte; en realidad me sentía fatal.

—Completamente segura, ya se lo he dicho antes. Por lo demás, si tenía mi nombre y mi dirección y mi teléfono apuntados EN UN PAPEL, es señal de que apenas nos conocíamos, porque se lo hubiera sabido de memoria o lo tendría en su móvil. Y ahora les agradeceré que se vayan. Les he respondido

todo lo que sé y ha sido un día duro para mí. Creo que es suficiente, así que buenas noches.

Dijeron que bueno, que no sabían si tendrían que volver y se marcharon. Felisa los acompañó y al momento subía otra vez trayendo un tazón de caldo caliente. Mi agua del baño se había quedado fría y me fui a la cama sin más. El caldo estaba maravilloso, justo lo que necesitaba.

“Muchas gracias, Felisa,” murmuré ya con la cabeza en la almohada que no volvería a compartir con Francis.

Tampoco había sido capaz de compartir mi casa con alguien que, por indeseable que fuera, llevaba la misma sangre que yo y que ahora, acaso por mi culpa, estaba en un depósito de cadáveres tapado con un trapo. ¡Dios mío!

No podía dejar de pensar en Indalecio. Qué miedos serían los de sus últimos días, qué imágenes pasarían por su mente al final, mientras quedaba en el suelo, solo, agonizando. Como una película cortada a trozos, su madre, tal vez mi propio abuelo, una novia, la mujer a quien quiso y nunca consiguió... O yo misma, una de las últimas personas a quienes había pedido ayuda, y nuestro parentesco no debía de serle agradable tampoco, y le fallé miserablemente. O más bien, ¿sería algo parecido a los sueños? Morir... ¿perchance a dream? Tal vez soñar. Con esa claridad con que se ven algunas cosas, soñadas. ¿Cómo eran los últimos momentos de la vida, cómo serían en la mía propia? ¿Se moría, de verdad, como se vivía? ¿Se revivía la vida entera, las nostalgias, la tristeza de lo que deberíamos haber hecho y no llegamos a hacer? La angustia de lo inacabado. ¿O pasaban ante nuestros ojos las últimas imágenes estúpidas, incluso quizá obscenas, vistas en una televisión, las más recientes? ¿Algo tan maravilloso como la vida podía terminar de cualquier modo, con visiones o palabras groseras, miserables? Hasta con una maldición o un deseo de venganza... ¿Qué era, cómo era todo? “Señor, dije en voz alta, ten piedad de Indalecio, ten compasión de su última hora”.

Fuera como fuese, mi padre no había tenido razón. No me habría costado tanto tenerlo en casa por lo menos los tres días que estuve en Londres. Por el amor de Dios, el pobre desgraciado se conformaba con un colchón en el suelo. ¿Cómo había llegado a ser tan dura, qué me estaba pasando?

Al atardecer me examinarán de amor.

Y no aprobaré el examen.

Además había perdido a Misi, mi única amiga, aparte del novio, que me importaba menos porque estaba furiosa con él.

Lloré y di vueltas, alternando ramalazos de sueño hinchados de

pesadillas con ratos de llorar y repetirme que todo lo había hecho mal, todo me resultaba mal.

A aquellas horas me sentía el ser más desgraciado de la tierra.

## XV

No me atreví a faltar al trabajo al día siguiente; ya lo último sería quedarme en la calle. Fui con gafas de sol, la mala noche la llevaba escrita en la cara, y la sensación de mi cabeza era como la olla del cocido que preparaba Rosa cuando quería convidar, enorme, llena de cosas hirviendo a borbotones.

La muerte de Indalecio la sabían, había venido en las páginas de sucesos de los periódicos y también allí había estado la policía haciendo algunas preguntas, aunque no tan acuciantes como a mí o eso me pareció. Lo único que dijo Arancha fue que se alegraba de no haberlo recibido porque estaba claro que no se traía entre manos nada bueno.

Por un momento me preocupé recordando haberle contado a Miriam que Indalecio vino para pedirme alojamiento. Cada vez que pensaba en él tenía que apretar los párpados para no llorar y me sentía horrible. Pero no necesitaba preocuparme. Miriam era de esa clase de personas que tienen odio congénito, y perfectamente injustificado, a las personas con uniforme en general: no les soltó una sola palabra de nada. Pero con los compañeros, milagro. Como era tan florero-centro-de-mesa, cuando yo llegué a la oficina, desde luego retrasada, les había contado que Indalecio le pidió a ELLA que lo dejara dormir en su casa y que ELLA le había dicho que no era posible etcétera etcétera.

Yo que me había criado en una ciudad de hablaturías y en un ambiente de cotilleos reconocí el estilo. Precedida de “por lo visto” o “creo que” o “a mí lo que me han dicho es” me llegó por varios lados la versión libre de Miriam. ¿Ella misma se la creería ya a aquellas alturas? No la desmentí, por supuesto, la prefería a la realidad. Con estupor me di cuenta de que a todo el mundo le parecía muy bien la negativa. “Imagínate si lo llega a meter en su casa, que es la de sus padres, y les entra allí el asesino”.

A nadie parecía ocurrírsele que quizá si lo hubieran amparado un poco (la primera yo, desgraciadamente) ahora podría estar vivo ofreciendo a las chicas ensaladas de langostinos, latas de caviar y teléfonos móviles...

Era un horror.

De mi noviazgo no sé qué habría contado, era evidente que la noticia de Indalecio Ungría se tragaba todas las demás. Nadie demostró interés ni

compasión y, la verdad, yo no había hablado apenas de Francis con creer que estaba casado. La gente tampoco me conocía tanto como en la oficina de Sevilla.

Pero eso de haberme fundido dos novios en tan poco tiempo era muy fuerte. Joé, se estaba convirtiendo en costumbre, qué desagradable. Y las dos veces sin posibilidad de explicación, sin ruptura con disculpas y perdones y todo lo que hace una buena pelea, con final de cada uno para su casa, que descarga el ambiente y por lo menos resulta estimulante.

Pasar de ser a no ser, de tener a no tener, así, sin pena ni gloria, era como muy duro.

Me comí las uñas (en sentido figurado solamente) durante unos días con aquello de eres idiota, cómo no te diste cuenta, de qué manera te dejaste engañar, en qué estabas pensando para tragar tanta contradicción y tanto embuste, parece imposible que hayas sido tan estúpida... y demás.

Pero la muerte de Indalecio Ungría me ayudó a sobrellevar lo de Francis; era mucho peor. Ahí me sentía no ya tonta sino malvada. Al final me fui a confesar; el cura me dijo que el arrepentimiento era de Dios y el remordimiento del demonio... no sé si sería muy ortodoxo pero me sirvió. Siempre me había gustado confesarme, quizá fuera porque no tenía quien me escuchara mucho en casa, quitando a Rosa. Y ahí, en la semipenumbra, un señor buenísimo que sabía y podía, te escuchaba con toda paciencia y te tranquilizaba diciéndote lo que debías hacer. ¡Y encima te perdonaba los pecados! Bueno, de parte de Dios, pero podía hacerlo. Mi abuela Joaquina solía decir que los católicos apenas necesitábamos psiquiatras.

Los primeros días estaba tan depre que no descolgaba el teléfono. Salía a la oficina, trabajaba, volvía a mi hora. Casi no comía. Felisa me traía calditos; imaginé que había alertado a algunos de los vecinos porque vinieron a llamar a mi puerta. Silvia Urgoiti sin los niños me trajo un paquete de galletas inglesas con el best before caducado. Me preguntó si necesitaba algo y me aseguró que encontraría novio porque era finita y vestía bien. Amable pero puaj. Luego me criticó por haberle dado el bolso a Felisa; según ella eso no servía más que para darle alas. (A lo que pensé que con sus casi cien kilos la pobre Felisa bien las necesitaba). Y que además ella, Silvia, me lo habría comprado. Sonreí, di las gracias, a todo contesté que muy bien. Aquellos días me volverían a doler las mandíbulas, cuando no estaba forzándolas a sonreír las estaba apretando.

Manolo me trajo una rosa envuelta en un cucurucho de celofán. Se sentó

en un sillón dorado y habló. Que la gente estaba muy desmoralizada y cuando se encontraba un hombre fiel y serio había que cuidarlo y no dejar que la relación se deteriorase. Evidentemente pensaba en sí mismo como hombre fiel y serio porque en él no podía ser.

Charlie que, histéricas aparte, era un encanto, dejó de estar picado conmigo de repente, se volcó. Pasaba horas en mi piso, me daba conversación para distraerme. Me hablaba de su infancia difícil, con el padre que lo despreciaba porque era poco varonil. Por cualquier cosa le pegaba con el cinturón, como si los correazos lo fueran a hacer un hombrecito. Al hilo de estas conversaciones un día le pregunté cuándo se había dado cuenta de... en fin, sin especificar para que no se molestara. Por el contrario, lo vi como aliviado, teniendo ganas de hablar.

—Ah, pero siempre lo supe, desde que era una guagua chica, toda mi vida. Yo quería ser niña, era una niña y no un hombrecito, sólo que en la casa andaban todos equivocados y me retaban o me pegaban. Me iba a la pieza de mi hermana y enredaba en su closet... ustedes dicen armario, para probarme su ropa. Estaba casi siempre con disgusto y con miedo... menos cuando venía mi abuelita: ella me quería como fuera.

—Eso lo comprendo: a mí me pasaba lo mismo con la mía, nos entendíamos divinamente.

Charlie seguía contando: “Una mañana de verano, yo tendría cinco o seis años, estábamos en el jardín; hacía un sol muy fuerte. Mis hermanos iban a bañarse en la piscina, que era grande y con un borde de piedra lisa, muy blanca. Al lado había un seto alto de arbustos, sobre todo rosales pero también hibiscos, hortensias muy altas... Entonces, de repente en la piedra blanca me ví, mi sombra reflejada. Yo era una niña: encima de mi cabeza tenía un sombrero... como una capota con flores. Me dió una oleada de felicidad, como un enamoramiento, la sensación de que por último todo estaba bien: yo era yo misma, una niña adornada con flores. Como tenía que ser. Nunca he olvidado aquel momento y eso me ayudó a vivir en los años siguientes”.

Me parecía curioso; Charlie solía tener una conversación poco inspirada por regla general, muy de cosas diarias. No era persona culta, no leía, era como un ama de casa muy corriente, algo picajosa y con acento chileno. Y, de repente, cuando uno no se lo esperaba, parecía hablar desde el fondo de un corazón de poeta, desvelando recuerdos y sentimientos a la vez delicados y muy potentes. ¿O era que yo lo interpretaba así? Porque, aunque a veces me irritara un poco con él, le tenía auténtico cariño.

Me acompañaba muchos ratos, me traía las compras del mercado aunque con una tendencia a comprar lo que a él le parecía en vez de lo que le había encargado yo, me aliviaba mucho su compañía.

En la escalera me paró Susana, se agarró a mi brazo con las dos manos y olía como los bares cuando abren por la mañana y empiezan a barrer. Me dijo “lo he sentido” o algo así; había que agradecerlo.

Vino Martin con su padre para invitarme al teatro. Después bajó él solo; sabía que era el único a quien le había dicho que Francis estaba casado, quería que habláramos. Creía que yo había tenido el acierto de deshacerme de Francis por propia iniciativa, sentí desengañarlo contándole la verdadera historia.

—¿Misi? —preguntó— ¿Que no estaba casado y era el novio de Misi?

—Cómo lo ves. Un horror, ¿no? Y ya es maldita casualidad. Qué te parece.

—Bueno, sí, pero no tanta. En realidad ella y tú sois muy del mismo estilo.

—¿El mismo estilo de tontas quieres decir? Misi dice que no sabemos pedir la luna, con cualquier cosa nos conformamos.

—No, no es eso. Supongo que ese idiota tendrá algún atractivo...

Suspiré. “Ya lo creo que lo tiene. Pero es un hijo de su madre”.

—Parece un experto en engañar a las mujeres. Pero esto no tiene importancia. Dentro de tres semanas no te acordarás de él.

—Ya. Es posible... —En realidad notaba que se me estaba pasando. Tenía más rabia que otra cosa.

—Y dentro de cinco o seis te alegrarás muchísimo de haberte librado de él.

—Puede que sí. Ojalá tengas razón.

—Pero aún queda un problema. ¿Quién te amenazó por teléfono?

No lo sabía. Lo había pensado enseguida, lógicamente, pero no podía tener ni la menor idea. Era desconcertante.

—¿Y has recibido después más amenazas?

Le dije que tampoco lo sabía. “No he respondido a ninguna llamada ni he escuchado el contestador”.

—Y tu amiga seguro que no ha sido.

—¿Misi? De ninguna manera. Jamás. Si quieres, oye tú los mensajes y me dices.

Martin descolgó el teléfono y escuchó con atención unos minutos. Esperé.



Después dijo:

—Tienes tres mensajes más en el mismo estilo, quienquiera que sea no se ha enterado de que habéis roto. Una voz desagradable. Y excitada también... la cosa es que no me suena del todo desconocida. Hay uno de Miriam, dos que no han dicho nada y el último es de tu madre, dice que no los has llamado.

—¿Nada de Misi?

—No.

—Eso es lo que más siento, perder una gran amiga.

Era verdad. Habían pasado pocos días pero me daba cuenta de que este golpe no se podía comparar con el de José Luis y Macarena. Aquél había sido salvaje, me había dejado tan desarmada que caí en esa cosa estúpida de ele efe. Esto era una humillación. Me gustaba el muy miserable, me había gustado, dejaba un vacío pero en el fondo sabía que no iba a ser duradero. Sólo me quedaba rabia por haberme metido en aquella malaventura idiota: era mi culpa.

En cambio a Misi no podía perderla. Quería hablar con ella pero no llamarla a su casa, no sabía si él seguía viviendo allí aunque tenían dos números, eso me lo había dicho al principio. No quería hablar con la agencia sin saber qué sabían del asunto de ele efe y el móvil de Misi estaba fuera de cobertura o apagado. Lo peor, no saber si ella quería hablar conmigo o no. ¿Por qué no me había llamado? Yo pensaba que necesitábamos tener una conversación cara a cara, afrontar la cuestión; aunque para las dos iba a ser muy fuerte, no había más remedio.

—¿Por qué no la llamas tú? —Pedí a Martin.

—Si me das su número la llamaré. ¿Qué quieres que le diga?

—Pregúntale si él sigue viviendo en su casa y...

Se enfadó. Dijo que si eso era lo que quería averiguar debería hacerlo yo misma. El no se dejaba utilizar para conseguir información, no era un idiota ni... Intenté cortar aquellas palabras, que comprendiera lo que quería decir pero estaba indignado y no me dejó, ni me dio tiempo. Se fue y me di una sesión de llorar tan tremenda que tuve que meterme en la bañera ‘para no mojarme’ como decía de pequeña cuando tenía un berrinche.

Llamé a la casa de Sevilla, quería decirle a mi padre lo de Indalecio Ungria. Su reacción me decepcionó; no le dio a la muerte ninguna importancia. Sólo dijo que era lo propio de él haber acabado así y “ahora te darás cuenta de tenía razón cuando te dije que te mantuvieras apartada de él”.

—Pero papá, mal que mal era tu hermano.

—Medio. Medio hermano y en contra de mi voluntad.

Para endilgarme a Macarena tampoco habían contado con mi voluntad, lo normal, y la recibí muy bien. Me hizo ilusión tener una hermana y la quería. La quise hasta que pasó lo de José Luis. Pero el caso de mi padre era diferente.

—Bueno, medio. Pero es alguien que lleva tu misma sangre y...

—Sobra gente en el mundo.

—Y si yo lo hubiera dejado dormir en mi casa...

—Hubiera podido resultar un desastre, no quiero ni pensarlo. Tú misma podrías estar a estas horas... Mira, ya hablaremos de esto en otra ocasión. Acaba de entrar tu madre así que le diré que hable contigo.

—Pero papá, escucha...

—Adiós, hija, un abrazo muy fuerte.

Claro que doña Juanita no sabía nada de aquel cuñado. Me quedé pensando cuántas veces la había oído echarle en cara a mi padre la famosa desaparecida herencia del abuelo. Ella sostenía que se había dejado engañar por el tío Alfredo y abuela Joaquina. O era tan tonto que había renunciado a aquel dinero para dárselo a su madre. Ahora me daba cuenta de que seguramente fue Indalecio quien se había llevado buena parte y era obligado que abuela Joaquina no sufriera ninguna escasez. Mientras me distraía con estos pensamientos doña Juanita hablaba y yo me había perdido los primeros párrafos.

—...y se lo dije. Él no sabía nada, dijo que tampoco lo comprendía.

—¿Qué era lo que no comprendía?

—¡Que no vinieras a casa por Navidad!

—Pero ¿quién?

—Hija, pareces tarada. Carlos, tu antiguo jefe.

Santo cielo, mi madre con sus indiscreciones, qué le habría ido a contar. Aventuré, preocupada: “Quizá él no esté muy al corriente de la oficina de aquí...”.

—Sí, eso fue lo que dijo. Pero por otra parte sí sabía que estaban contentos con tu trabajo.

Vaya, menos mal. Todo no iban a ser malas noticias. Si eran noticias y no una amabilidad de ese ángel con mocasines y corbata llamado Carlos.

—Carlos siempre ha sido un encanto, —dije y como de paso, seguí—: Ah, por cierto, aquel novio que tenía, sabes, terminamos.

—¿Cómo dices? —me había oído perfectamente, estaba ganando tiempo.

—Que he roto con mi novio.

—¿Y eso por qué?

—Bueno, para eso están los noviazgos, ¿no? Se acabó.

—¿Quién ha terminado, tú o él?

—Ay, mamá, qué más da eso. Ha sido de común acuerdo, ¿vale?

—Pues no sé si vale porque a este paso... A ver si te cuaja alguno. Ya nos comentó Jose que estabas saliendo con varios muchachos y eso no puede dar buenos...

Aunque contara hasta cien cada vez que me decía algo, siempre tenía la sensación de que se me disparaba el pulso cuando hablaba con doña Juanita. ¿Qué podía una hacer si su madre le daba a una ahogos y taquicardia? Me callé, se me habían ocurrido frases sarcásticas tres o cuatro y bordes dos, pero no quería soltarlas. Solía pasarme con ella que si no hablaba tenía remordimiento y si hablaba arrepentimiento. ¿Cuál había dicho el cura que era de Dios y cuál del demonio? Lo pensé un instante. Mierda. Tenía que hablar. Pregunté por mi hermana y la niña. Pues la estaba criando muy bien, la pequeña se estaba poniendo muy gorda, se le notaba por días. Pero Macarena se cansaba mucho, no dormía bastante. En cambio comía bastante, eso sí, con caprichos. Merluza, mariscos con cerveza, cosas así. Bueno en realidad tenía muy buen apetito así que todo iba muy bien. Con aquello pudimos despedirnos sin volver a alterar mi presión arterial.

Qué mal rollo tenía encima. Paseé mi humor negro de casa a la oficina, de la oficina a casa. No sabía nada de Misi; y Martin seguía enfadado conmigo. Hacía mucho frío. “La vie c’est une poguegía”, como decía una profesora de francés siniestra que teníamos en el colegio.

Una tarde cuando había pasado más de una semana desde el Descubrimiento del Pastel, Misi me llamó. Por pura suerte descolgué el teléfono, muchas veces lo dejaba sonar y ni siquiera escuchaba el contestador. Me dijo que estaba bien; los tres primeros días Luis —o sea ele efe— había seguido en su casa porque no tenía donde ir y además estaba empeñado en quedarse y dar explicaciones.

—Quería que lo perdonara y... enfin, me daba argumentos que no hacen al caso.

—No quiero saberlos. Lo único que quiero decirte es que lo siento. Tú eres la que estaba antes y... te pido perdón.

—A mí no tienes que pedirme perdón, tú no tienes la culpa. Bueno, él ya no está en mi casa, eso es lo que quería decirte. Que esto está liquidado.

—Pero por mí no lo hagas. Sólo si tú quieres...

—Te aseguro que no lo he hecho por ti. Si me compensara seguir con él seguiría a pesar de ti y del mundo entero. Pero tendría que ser imbécil y bastante imbécil he sido antes como para seguir.

—Lo que quiero es verte y hablar contigo.

Al día siguiente fuimos a merendar juntas. No elegimos Embassy, necesitábamos algo más neutro y frío para un encuentro difícil. Quedamos en una cafetería de Serrano, llegamos a la vez, a la hora exacta.

—Voy a pedir un gintonic —dijo Misi—. ¿Y tú?

Dudé. Era temprano para eso “¿No es más bien hora de café?”

—Yo hoy necesito una copa. Vamos a aclararlo todo, a contestar a todas nuestras preguntas y preguntar lo que queramos saber y después, si te parece, enterraremos el tema y no volveremos sobre él nunca más.

—Sí, sí. Lo que tú quieras. Yo no tengo mucha costumbre de... pero pediré un bloody Mary si es que vamos a hablar de todo.

Hablamos de todo. Le conté la faena de mi hermana, de la que antes había dicho poco, la venida a Madrid, el encuentro en el AVE, hasta lo que le había contado antes pero seguido entero y por orden. Cómo al principio insistía en que se iba a separar y luego fue poniendo dificultades... todo, menos algunas frases que podían ser hirientes para ella y no hacían ninguna falta.

—Aunque hubiera sabido que te llamabas Matilde, que no lo sabía, nunca hubiera sospechado. Y viéndolo ahora había muchas coincidencias.

—Pero en la persona de Matilde, no.

—No, claro. Aquella ‘Matilde’ era medio indefensa, sin recursos, sin dinero, familia ni amigos.

—Esta Matilde, no. Durante más de dos años ha vivido en mi casa donde no pagaba un duro en luz, comida, servicio, nada. Hasta su número directo de teléfono lo pagaba yo. Al principio me dijo que sus padres eran gente sin medios y él los mantenía. Y como yo tenía dinero, no me importó. Últimamente empecé a pensar que estaba abusando.

Y encima presumía de generoso, me dije. No hice más comentarios sobre él, todo era basura. “Misi, lo que a mí me importa es saber si tú estás bien”.

Dijo que estaba bien. Al principio desconcertada y furiosa. Lo malo fue —o lo bueno, según se mire— cuando él empezó a dar explicaciones. Como nunca había sido capaz de interesarse por los amigos de ella, ni desde luego por los míos, no entendió que Misi y yo éramos íntimas. Ni siquiera se dio cuenta de que ella me había encontrado la casa. Creyó que sólo nos conocíamos de habernos visto un par de veces. Trató de venderle que yo era

una cualquiera, que lo había sacado de su paso con esas provocaciones a las que un hombre, por lo visto, nunca era capaz de resistirse. Ahí murió. Mala suerte para él que Misi me conociera tan bien. Le dijo que se fuera y si tenía alquilado su piso se alquilara otro para él. Tardó tres días en poder echarlo.

Bebimos uno más de cada. Lo increíble era que no hubiéramos pronunciado siquiera nuestros nombres que no eran usuales.

—Yo jamás le hablaba de mi trabajo ni de mis amigas. Supongo que lo hice el primer tiempo y vi que no le interesaba en absoluto.

—Yo sí que hablé al principio pero un par de veces. Cuando eras “la señora de la agencia”. Y luego no seguí porque ya sabes como era. Nunca le conté nada ni de ti ni de los amigos de arriba... Sólo quería hablar de lo suyo.

—Sí, era un poco paranoico. ¿Tú crees que era un tipo normal?

—Ni idea. No sé ya qué es lo normal. Pero reconozco que ele efe podía ser muy simpático cuando quería.

—¿Te das cuenta de que estamos hablando de él en pasado como si no existiera?

—Es que no existe —dije con firmeza—. No existe. Es sólo un novio virtual.

—Virtual pero nada virtuoso.

Nos entró un ataque de risa que mojaba sus raíces en el alcohol. Tanto me reí que me salieron lágrimas, ya no sabía si reía o lloraba. Tuve que ir al cuarto de baño.

Cuando volví Misi había pedido aceitunas y croquetas. Las trajeron con otras dos copas más. Yo no había comido en todo el día, la verdad, se me iba la cabeza un poco.

—Oye, ¿tú crees que tenía una tercera mujer en otra parte? —pregunté y nos dio más risa.

—A lo mejor, porque a casa faltaba muchas noches. Decía que estaba trabajando.

—Pues en mi casa noches, lo que se dice noches, no pasaba.

—Yo creo que se nos contagió su reserva y su costumbre de no decir nombres ni apellidos si podíamos evitarlos. Y no es de extrañar tanta reserva llevando una doble vida.

—O triple —dije porque ya me estaba convenciendo de aquello—. Vete tú a saber.

—Bueno, nosotras ya estamos libres. Hay que superar este asunto.

—Y amigas hasta la muerte. El alcohol beneficiaba mucho las declaraciones de amistad. Misi estaba de acuerdo.

—Cómo te lo diría. No hemos dejado de ser amigas con esto, qué más se puede pedir.

—Y, oye, nada de estar deprimidas porque no merece la pena.

—Ni hablar. Si esto ha sido una suerte para las dos.

—Suertaza. Si no tenemos plan, vamos al cine juntas.

—Ya sé —dijo Misi—. Celebraremos la Nochebuena juntas en mi casa. Y el fin de año, que tiene que ser sonado.

Por supuesto, dije, era una fecha super señalada. ¡Íbamos a entrar en el año dos mil! Y para el día de Reyes deberíamos quedar en mi casa para tomar chocolate y roscón. Lo pasaríamos genial, podíamos hacer miles de planes.

—¿Pedimos otra copa?

—Yo de ninguna manera. Tengo que llegar al número veinticinco y con un sorbo más no llegaría. Mejor nos vamos, Misi, es noche cerrada y hace mucho frío.

—Sí, vámonos antes de que empecemos con los planes para Semana Santa.

Con eso nos dio la risa otra vez y salimos del bar hasta con las piernas flojas, riendo como si fuéramos dos niñas de colegio. La bofetada de frío nos afirmó un poco, de todos modos estábamos bastante pedales, sobre todo yo. Menos mal que Misi no había traído su coche, tomamos un taxi que me dejó a mí primero, estaba muy cerca, y siguió con ella. Estaba el portal cerrado, eran

más de las nueve y media y Felisa no se demoraba un minuto. Como llegaba un pelín mareada me fui al ascensor, ni me molesté en encender la luz. Las ventanas de la escalera, que tenían vidrios de colores con un escudito muy gracioso en el centro, dejaban entrar una luz borrosa de las habitaciones encendidas que daban al patio. Al llegar al tercero algo me hizo vacilar, una especie de miedo instintivo. En aquel momento la vi. Una mujer con pelo suelto rizado rubio, chaquetón oscuro y un chal más claro alrededor del cuello. Estaba junto a mi puerta. Rápidamente volví a cerrar el ascensor, apreté el botón del quinto piso, me temblaban las manos. Estaba aterrada sólo pensaba en poder llegar a la puerta de Martin y llamar desesperadamente a ver si salía en mi ayuda. “Dios mío —recé— haz que esté en su casa, que me oigan. POR FAVOR”. Aunque Martin estaba enfadado conmigo sabía que me defendería. La mujer quedó parada un momento, acaso desconcertada, en realidad no podía estar segura de que yo fuera yo. Enseguida se repuso, debió de pensar que más valía rajar a alguien ya que había salido de su casa expresamente para eso. Corrió, escaleras arriba. Yo había llegado al quinto, ni cerré las puertas del ascensor. Llamé con furia al timbre de los Bourne, aporreé con las dos manos, grité llamando a Martin. “¡Ayúdame, por favor, ayúdame que me quieren matar!” Debía de parecer tan loca como la otra; estaba fuera de mí. Oía en la escalera los pasos, hasta su respiración jadeante. Ví su pelo pintado primero, después la cara, los hombros, con infinito detalle y horrible rapidez al mismo tiempo. Ví el cuchillo. En un segundo había decidido no dejarme matar sin defenderme, en cuanto se acercó le arreé una patada en las piernas que la hizo vacilar. Entonces la agarré de la muñeca con las dos manos mientras intentaba darle más patadas y las dos gritábamos sin parar, enganchadas, moviéndonos en redondo como se pelean dos perros. Con la mano libre me cogió el pelo y empezó a tirar con toda su fuerza. En aquel instante salió Martin diciendo algo con voz de enfado. No lo entendí.

Grité: “¡Martin, ten cuidado que lleva un cuchillo, ten cuidado!”

—Pero qué demonios pasa aquí —dijo Martin—. Agarró la mano de la loca que me tiraba del pelo, le separó los dedos haciéndola soltar. Gimió la mujer; le había hecho daño.

No supe cómo, de repente estaba detrás de él, se había colocado entre la fiera y yo. Me había hecho soltarme y trataba de quitarle el cuchillo a la otra.

—Ya está bien, suelta este cuchillo, suéltalo, vamos, suelta.

La loca abrió la mano de pronto y dijo: “Martin. Eres Martin, ¿verdad?”.

Él se había agachado rápidamente, recogió el cuchillo del suelo.

—Pero si es Virginia —dijo—. Calma, calma que aquí hay una equivocación.

Respirando entrecortadamente y frotándome mi coronilla dolorida me di cuenta de que me fastidiaba que Martin conociera a la loca. A ver si me había tomado por la novia de Martin... pero no. Él no tendría una mujer como aquella.

—¿Equivocación?— grité furiosa— ¡Esta tía lo que va a ir es a la cárcel! Pregúntale qué relación tiene con Francis, ya que tú la conoces.

—Calma, —repitió Martin—. Tenemos que aclarar las cosas.

—Ya lo creo que las va a aclarar, en el Juzgado de Guardia. —Me sentía más nerviosa que una avispa.

—Pero si no ha pasado nada, Constanza. Todo se puede arreglar.

—¡Si no llegas a salir estaría desangrándome en las escaleras!

—Martin, —dijo la loca con su horrible voz— quítate de delante. No defiendas a esa... es la puta que me ha quitado a Gabriel.

—¡Que no, hombre, que no! Esta chica no conoce a Gabriel ni de vista siquiera. ¡No lo conoce, de verdad! Vamos cálmate.

—Contigo no va nada, tú no tienes la culpa.

—Nadie tiene ninguna culpa. Te doy mi palabra de honor de que ella no ha visto a Gabriel en su vida. Gabriel se fue...

—Pero volvió, sé que volvió.

—Volvería pero no a esta casa. —dijo Martin—. La dueña vendió el piso y esta amiga mía lo compró.

Dijo que entráramos en su casa y, sentados, habláramos con calma. Yo no quería que la dejara entrar. “No la dejes que entre, Martin. ¿No te das cuenta de que es la tía que me ha estado amenazando por teléfono? Y ahora no me ha matado de milagro. Llama a la policía”.

—Bueno, entra tú y quédate con mi padre en el salón.

—Ni lo pienses, no me voy de aquí dejando a la loca suelta. Lo que hay que hacer es encerrarla.

La loca empezó a aullar que era un horror. Empeñada en que yo le había quitado a su Gabriel, fuera quien fuese el tal. Y no debía de ser nada del otro mundo para haber cargado con Virginia pelos amarillos, encima con un dedo de raíz negra, cochambrosa. Menudo ejemplar. Al fin Martin consiguió hacerse oír.

—Gabriel no ha pisado esta casa desde que se marchó, antes que tú. Le debía a la dueña mucho dinero.



Era una pesadilla. Repetíamos las mismas cosas una y otra vez.

—¿No ha vuelto? —preguntó la loca.

—¡No volvió jamás! El piso lo compró esta amiga mía y eso es lo que hay.

—¿Sin Gabriel?

—¡So idiota! ¡Qué voy a comprar yo un piso con Gabriel dentro! ¡Loca, estúpida, demente! ¡FEA!

Se me fue algo la mano con los insultos. Estaba nerviosa y perdí los papeles un poco. Había pasado un rato fatal.

—¿Conoces a Gabriel?

—¡NOOOO! ¡Ni quiero conocerlo!

En esto unos golpes fuertes en la puerta del ascensor, abajo. Voces en el portal. Dos hombres subían corriendo las escaleras. Gritaron: “¡Policía!” Y después: “¡Todos quietos, nadie se mueva!”.

Dios mío qué noche. ¿Quién había llamado a la policía?

Eso mismo querían saber ellos. “¿Quién de ustedes ha avisado a la policía? ¿Qué pasa aquí?”

En aquel momento quedamos bloqueados, no podíamos contestar al pronto. Pero ¿quién había llamado? Pregunté a Martin: “¿Tu padre...?”.

—Mi padre está en el salón leyendo a Plinio, convencido de que esto es un esparcimiento agradable propio del fogoso carácter español.

—Oh, no. Qué mal. Qué vergüenza.

Uno de los guardias preguntó:

—¿Quién de ustedes es Manuel Valderrama?

Pregunta ociosa porque si era alguien sólo podía ser Martin. Él señaló a la otra puerta. “Ahí vive”, dijo.

Lo primero que pensé: ¿le habría pasado algo a Charlie? Todo era una terrible confusión empezando por mi cabeza.

Llamaron a la puerta los policías, salió Manolo con una bata de damasco rojo vino tinto como la que llevaba Rex Harrison en My Fair Lady, tan serio como siempre. “Llamé yo, sí. Había un escándalo terrible en el rellano. Una chica gritaba algo de un cuchillo”.

—¿Y no se le ocurrió salir para auxiliarla?

—Mi... compañero de piso me suplicó que no lo hiciera. Estaba muy asustado y temí...

—¿A quién amenazaban, a usted? —me preguntaron. Debía de poner cara de amenazada. Vagamente pensé: bueno, uf, ya pasó. Y menos mal que éstos no

son los que te hacen soplar por un tubito, debo de estar de bloodymarys hasta las orejas. Aparte no sabía qué contestar. Si la loca era amiga de Martin, lo que me molestaba, tampoco era cosa de denunciarla. Al parecer Manuel también la conocía, tenía que ser una de las locas más conocidas. Dijo de repente: “¡Si es la que vivía en el tercero con aquel macarra que se llamaba Gabriel Colarruzia!”

A esto la loca vuelta a llorar con unos rugidos como en el doblaje de una película de dinosaurios para niños. La verdad, daba hasta un poco de pena.

Por si faltaba alguien en la reunión apareció Felisa resoplando por las cinco plantas que acababa de subir a pie.

—A ver, qué es todo esto —jadeó—, ¿y por qué no cerraron las puertas del ascensor? ¿Quiénes son ustedes? ¿Y qué hace aquí la cuitada ésta, que ya nos la habíamos quitado de encima?

Venía en camisón con unas zapatillas que eran dos enormes conejitos de peluche rosa. Encima del camisón malva de nailon llevaba una bata guateada de color café con leche. Todavía más encima un mantón de lana gorda cruda con rayas azules, hacía frío en las escaleras. Como quince peldaños más abajo iba, absolutamente renqueante, Segundo, el portero. Tenía el pelo oscuro pegado al cráneo como si acabara de peinarse con agua y el color de la piel de un blanco verdoso. Qué aspecto de mala salud tenía el pobre hombre. Pero llevaba la bata más elegante del rellano, aunque no tan llamativa como la de Manuel. Una bata de cachemira beige color camello, carísima: la bata de Francis.

La ropa que se había dejado la metí en unas bolsas y Felisa dijo que se la llevaría a la Parroquia para los pobres. Debió de pensar que su marido era lo bastante pobre o la bata lo bastante rica para adjudicársela. Era maravillosa; me dio un poco de repelús vérsela puesta, además le llegaba hasta los pies porque era bajito y se había recogido las mangas con un par de vueltas. Empecé a reírme y no podía parar mientras decidía que nunca volvería a tomar vodka sin comer lo suficiente para empaparlo. Estaba mareada, alterada; esperaba no ponerme a vomitar y empeorar aún más el cuadro del descansillo. Yo reía, la loca lloraba, Manolo se veía molesto y digno, Martin tenía el cuchillo en la mano. Felisa decía que Silvia Urgoiti había oído el jaleo y los había despertado mandándolos subir para averiguar. Segundo tenía bronquitis y veríamos a ver cómo le sentaba el frío. Segundo parecía a las puertas de la muerte. Los polis no entendían nada, pedían explicaciones y la documentación.

Todo se fue aclarando. La tal Virginia era la novia, o lo que fuera, del

anterior inquilino de mi piso, que lo había alquilado para instalarla allí. Al año poco más o menos estaba hartísimo de ella, se largó sin pagar el alquiler atrasado. Ella al final tuvo que irse también; había guardado las llaves, sólo que en mi casa yo había cambiado las cerraduras. Estaba convencida de que el piso era propiedad del tal Gabriel Colarruzia, sin duda otro miserable y probable delincuente, y de que volvería. Espiaba desde la calle, pasaba horas mirando a las ventanas. Cuando me vio instalada allí interpretó que yo era la nueva conquista de aquella perla de hombre. De ahí las amenazas y la intención de clavarme el cuchillo.

Se fue la policía, se fue la loca, los porteros bajaron a su vivienda. Yo no puse denuncia porque me lo pidió Martín, dijo que pobrecilla la pelos amarillos, era una imbécil desgraciada. Se le había pasado el enfado conmigo y eso me alivió tanto que me fui a mi casa y dormí toda la noche seguida hasta bien entrada la mañana. Y buena falta me hacía.

## XVI

Estaba soñando. Virginia la loca quería clavarme el cuchillo; Martín, que llevaba la bata de Francis, la sujetaba. Yo furiosa porque no quería que Martín la tocara ni se acercara a ella. Me tiraba el cuchillo estilo indio suramericano porque en realidad era también el Tapioca de los libros de Tintín; yo daba media vuelta de sevillanas rápidamente. El cuchillo iba a clavarse en Felisa que empezaba a hacer ruidos como un globo pinchado: fiuuúm, fiuuúm... Era el despertador, menos mal que lo había conectado. Repasé unos segundos mi sueño a ver si averiguaba qué decía Charlie que también estaba pero no se le veía; hablaba desde la mirilla de su piso. Puf, qué cansancio.

Me arreglé y salí a trabajar. En la puerta Felisa muy cariñosa me preguntó si había dormido y me dijo que doña Teresa había mandado recado con Remedios, a ver si podía a la tarde pasar por su casa.

Fui cuando llegué de la oficina, últimamente había ido varias veces a verla; me gustaba la vieja señora. Creía que querría saber los detalles de la loca del cuchillo, ella había sido amiga de la dueña que me vendió el piso a mí, pero ya estaba al corriente de todo. Felisa se lo había contado.

Pero lo que también le había contado, y la impulsó a llamarme, fue que había roto con mi novio. Eso le parecía mucho más grave, la tenía apenada. Así que entré en la salita con los paisajes y pastoras y ovejas en verde y me encontré en ambiente de pésame. Con muchos miramientos me dijo que se acordaba de mí y lo sentía; se notaba que era verdad.

—Doña Teresa, no ha sido ninguna tragedia, —le dije cuando discretamente intentaba consolarme—; estaba más... obcecada que enamorada. Ya me estoy recuperando.

—Si es así, desde luego no estabas enamorada. Entonces, mucho mejor que hayas terminado y no pierdas el tiempo con un hombre que no sea definitivo.

—¿Definitivo? ¿Cree que hay un hombre definitivo para cada una de nosotras, doña Teresa?

Lo creía firmemente. A veces, dijo, ese hombre que era tu otra mitad fallaba. Moría o se casaba con otra por alguna siniestra circunstancia: incomprensión, orgullo, despecho, oposición ciega de la familia, cosas que podían pasar y eso era muy triste; duraba toda la vida. A mí todo aquello me sonaba a argumento de telenovela. Entonces me habló de su noviazgo y lo ví de otro modo.

Doña Teresa tenía quince años cuando se fue Alfonso trece, el de la foto. Era la más pequeña de tres hermanos. Vivió en Madrid con su familia los años turbulentos de la República y justo cuando se veía venir la Guerra Civil encontró a su “otra mitad”, un muchacho de veinte años de quien me enseñó un par de fotografías pálidas. Un chico guapo y muy serio, repeinado, con traje, cuello duro y corbata, que parecía tener cuarenta o casi.

Estaban enamoradísimos pero empezó la guerra y él se tuvo que marchar. Se fue con el hermano de ella, que tenía su misma edad; no volvió ninguno de los dos. De novios y juntos, es decir que la visitaba o salían a dar un paseo, siempre con otra persona, estuvieron cuatro meses y medio.

Eso fue todo; ella ya no quiso casarse con nadie. Y tuvo pretendientes, aunque en su generación, por causa de la guerra, faltaron hombres para todas las que se querían casar.

—Aunque me esté mal decirlo, yo era bastante mona. Y sí, pude casarme con dos o tres. Pero no quise.

—¿Por qué, doña Teresa? ¿Por principio?

—Porque no. Porque estaba enamorada de Narciso y no podía gustarme otro nunca más. No era cuestión de principio, eso no. Otras se casaron... la novia de mi hermano Fernando, por ejemplo, y no había nada malo en ello.

Yo la miraba alucinando mientras lo contaba, tan seria y convencida.

—¿Quiere decir que nunca le ha gustado nadie? ¿Que ni siquiera ha mirado a los hombres a lo largo de su vida?

—¿Cómo iba a gustarme? Yo no tuve más amor que Narciso y no podía

tener otro. Fuimos novios casi dos años.

—Pero me ha dicho que juntos, o sea viviendo en Madrid, estuvieron cuatro meses.

—Cuatro y medio. Pero la ausencia aviva el amor si es de verdad.

Pensé que de amores de verdad yo debía de saber muy poco. ”Se dice que a la larga no hay más amor eterno que el amor imposible”, reflexioné.

—Y éste era imposible porque Narciso estaba muerto. O no; tampoco era seguro. Yo siempre esperaba que volviera un día. A lo mejor llamaban a la puerta y yo pensaba: “es él”.

—Pero, doña Teresa...

—Porque no apareció nunca su cadáver; su padre pasó años buscándolo, pobre señor, todos los que le quedaron de vida. Muchos no se encontraron, estarían en aquellas fosas comunes... Todos los días de mi vida voy a oír Misa y a rezar por él.

—Ha cambiado mucho la mentalidad de las mujeres desde aquella época, —dije un poco avergonzada por mi rapidez al pasar de José Luis a ele efe—. Será porque ahora no vemos nada como imposible. Las familias no se meten y si se meten a nadie le importa, no hay clases sociales; hasta que un hombre esté casado con otra no parece una barrera que uno no se pueda saltar.

—Debería serlo; es un robo, el más grave. Y luego siempre queda la muerte —dijo doña Teresa— y siempre habrá quien lllore un amor perdido y no quiera ni pensar en otro. Siempre existirá el amor de verdad que dure la vida entera aunque cada día haya menos. Pero, hijita, si no es por el novio, ¿por qué te veo tan desanimadilla?

La bruja de ella, apenas me conocía y me tenía calada. Vino Remedios con la bandeja del café pero no se sentó porque tenía que ir a comprar. Vacilé, nunca le había hablado a nadie de Indalecio Ungría, ni siquiera a Misi. Era algo como vergonzoso porque si no metía a mi abuelo el relato no estaba completo ni se entendía. Al final como Remedios no iba a estar en la casa para interrumpirnos y, peor, contárselo a Felisa luego, me decidí a desahogarme con doña Teresa.

Me escuchó muy atenta fijos en mí sus ojos de color habano con un mínimo círculo de edad alrededor del iris. Tomamos el café y las pastas, se quedaba pensando despacio. Luego dijo que era todo muy triste y lamentable, y lo más triste un niño que nace en un hogar que no lo es y se tuerce y no aprovecha sus buenas cualidades que, seguro, Indalecio algunas tendría. Pero aquello no tenía absolutamente nada que ver conmigo ni siquiera con mi padre.

—Hace un tiempo usted me dijo que de ningún modo me creyera que le había salvado la vida al chileno. Lo recuerdo perfectamente.

—Pues ahora te digo: no te creas responsable de que haya muerto ese hombre. Tú apenas lo conocías, no había ninguna razón para que lo dejaras dormir en tu casa.

—Pero siendo hermano de mi padre...

—Ni siendo quien fuera. En primer lugar no lo sabías. Hubieras sido muy imprudente, mucho, metiendo a un desconocido en el piso. ¿Un hombre al que no querían siquiera recibir en la oficina, a pleno día? No. Y, por supuesto, ni tú lo has matado ni contribuiste a su muerte ni podías haberla evitado. Hija, me vas a perdonar si te parezco dura pero todo eso son novelerías.

¿Perdonarla? Me había vuelto el alma al cuerpo y la respiración a su sitio normal. Puf, de golpe qué alivio.

—Doña Teresa, —dije, de corazón— usted es un verdadero tesoro. ¿Por qué es tan sabia?

Sonrió, casi pícara, graciosa. “Una vez te hablé de cómo era la vejez, creo que hasta te asusté un poco. Pero no te lo dije todo. La edad no trae solamente males y fealdades. A veces la siento como si viajara en globo, un globo que se levanta despacito. No ves las cosas tan cerca ni con tanto detalle pero las ves con perspectiva, con distancia. Ves el conjunto. Cuando eres joven, los árboles no te dejan ver el bosque. Bueno, pues ya sabes. A vivir, a ser buena y feliz y no quemes etapas. Tú tienes mucho tiempo y, de verdad, te mereces algo definitivo.”

Tenía ganas de abrazarla y darle un buen estrujón, por suerte me contuve porque se hubiera quedado pasmada, era tan contenida, tan dentro de sus propios límites. Además en aquel momento llegaba Remedios con Felisa que le ayudaba a llevar los paquetes de la frutería.

Subí a mi casa, me preparé una pasta para cenar con una salsa de cebolla y azafrán que había leído en un libro de cocina de Arthur. Pensaba en mi abuela Joaquina; últimamente me acordaba muchas veces de ella. Con el nacimiento de Indalecio debió de pasarlo muy mal. Yo quería a mi abuela. No que la viéramos mucho; vivía en Zaragoza con el tío Alfredo, el hermano mayor de mi padre. De vez en cuando pasaba temporadas en casa.

En los tiempos anteriores a nuestra Rosa, yo era muy pequeña, teníamos a una Antonia que se marchó para casarse. Solía darme bromas estúpidas para hacerme rabiarse, cosa a la que algunos mayores le ven mucha gracia. Como yo era castaña y flaquita y Macarena se parecía mucho a nuestra madre dio en

decirme que yo no era hija de la señora, era hija de una gitana y doña Juanita me había recogido. Casi me lo creía, desde luego tenía muchas dudas. “Ven acá, gitanilla, arrecogía”, era frase usual que las alimentaba. Pero un buen día llegó abuela Joaquina y todo el mundo empezó a exclamar cuánto me parecía a mi abuela, era igualita que ella. De pronto se disipó una nube negra, respiré tranquilizada. Si era nieta de la abuela, era de la familia sin más remedio.

Así que le tomé inmenso cariño, me volví una fanática de ella aunque era una mujer poco expresiva. Pero creo que en parte me lo devolvía; a doña Juanita no le hacía demasiada gracia, más bien diría que le molestaba tanta devoción. En cambio mi padre estaba encantado. En fin, se casó Antonia y vino Rosa. Ella era gitana de verdad y yo la adoraba así que no me hubiera importado nada ser hija suya.

Todas aquellas cosas, y quizá otras más, habían hecho que abuela Joaquina y yo tuviéramos una relación especial. Aunque ella no hablaba mucho nos entendíamos, a veces a medias palabras o incluso con silencios. Fue casualidad que acabara sus días en nuestra casa. Vino a pasar una temporada corta y se quedó dos meses, con rabia mal contenida de doña Juanita. Según ella, como estaba demasiado delicada para viajar se debería haber quedado en Zaragoza, con su otro hijo, donde vivía casi todo el año. La cuestión es que le dio una hemiplejia y quedó inútil. Un lado del cuerpo paralizado, casi no podía hablar y confundía las palabras, aparte de que apenas pronunciaba. Creo que si no llega a ser por mi compañía, y los cuidados de Rosa, que la atendía sin que nadie se lo mandara, hubiera pasado sus últimas semanas incomprendida y sola. Pero yo casi siempre sabía lo que quería decir, aunque dijera otra cosa, la entendía a un nivel extraño, por caminos oscuros para mí desconocidos hasta entonces que me llevaban hasta ella. La acompañaba todas las horas que podía y pedí a Macarena que se fuera a dormir al cuarto de invitados, así en el nuestro dormía yo con la abuela y la atendía por las noches. Doña Juanita protestaba por todo y no le hacía ni caso, como si su suegra sólo fuera asunto nuestro. Una tarde, cuando iba a la sala, oí a Mamá Concha muy enfadada con ella, metiéndole una bronca. “Tú quedas fatal y me dejas mal a mí también, como si yo no te hubiera dado educación ni sentido de lo que le debes a...” Me vió junto a la puerta y paró en seco, casi se pudo escuchar el frenazo. Cuando entré tenía cara de furia y la boca apretada con determinación. Mi padre durante todos aquellos días callaba. Era un hombre valiente, preparado para afrontar la guerra, la muerte y, lo que es a veces más difícil, la vida; pero no se enfrentaba nunca con mi madre al menos

que nosotras supiéramos.

Pasé las semanas siguientes fortaleciendo mi interior. “Los malos pensamientos son como un perro atado; si no te acercas a él no puede morderte”, nos había dicho en una ocasión el capellán del colegio de las monjas. Cuando le preguntamos a la Madre de la clase qué eran los malos pensamientos respondió que no creía que tuviéramos ninguno y que eso ya no estaba de moda. Pero ahí quedaba la frase en ese valle hondo, frondoso: la memoria de la infancia. Decidí que eran malos pensamientos: Francis, Indalecio Ungría, José Luis, Macarena, doña Juanita y el Ministerio de Hacienda, éste último porque me habían dicho que por tener el piso iba a pagar una pasta, qué injusticia.

No pensaría en cosas que me hiciesen daño, se acabó. Ahora a pasarlo bien. Misi me ayudó y también los amigos del ático. Felisa se volcó, parecía esa madre que nunca tuve porque, claro, tenía otra de otro estilo. Hacía mucho más que su trabajo, subía y bajaba cuarenta veces y ni me cobraba más horas. En la portería tenía su bolso de Prada sobre el estrecho mostrador para presumir. También porque a ‘la del cuarto’ le daba rabia verlo allí.

—¿Por qué le va a dar rabia?

—¡Y yo qué sé! ¡Porque hay gentes así!

—Felisa —le pregunté un día a propósito de la gente del cuarto—, ¿para qué querrán estufas de butano con la calor que hace en esta casa?

—¿Estufas de butano, filiña? Será para tener queja de mí y de Segundo. Para decir que la ‘calefacción’ no está bastante fuerte y...

—Por el amor de Dios, si es una extravagancia de caliente. Se asfixia uno. Y mira que yo soy friolera. Es un contraste horrible cuando sales a la calle.

—Entonces no lo entiendo. Será por gusto de comprar. Nunca ví gentes que compraran tanto. Siempre con bolsas y paquetes... y cuando vienen de El Corte Inglés me llenan el portal de cajas. Ella es maniática. Se pone vercosa cuando ve tu bolso.

—¿Por eso lo pones ahí, a la vista? ¿Sólo para molestarla?

—Y es como quien tiene un cuadro, ¿verdad? Vale más que una pintura.

Me gustaba hablar con Felisa más que nada por el acento gallego tan dulce, como cantando.

Francis llamó una tarde por teléfono, me pilló desprevenida. Se me puso el corazón en la boca pero no de emoción sino de rabia. Dijo que estaba muy disgustado pero cómo iba a saber que éramos amigas. Además todo se podía



explicar. Se me ocurrieron tantas contestaciones a la vez que sólo dije “vete a la mierda y aquí no vuelvas a llamar”, sencilla y rápida. Lo mejor de todo fue que llamaba para venir a recoger la ropa que tenía en casa.

—Aquí no hay nada tuyo. Lo tiré a la basura.

—¡No me lo creo! ¿Mis jerseys buenos? ¿La bata de cachemira?

—A la basura. Ahora voy a colgar.

—No puedes haber hecho eso, no...

Tac. Corté. Habríase visto. Anduve de una punta a otra del pasillo, los pasillos tan buenos para desahogarse de las iras. Rugí un poco, dije tres o cuatro palabrotas, en realidad todas las que sabía. Después lloré por haber sido tan idiota, luego me reí pensando en Segundo con la bata famosa y al final me arreglé y me fui a hacer una visita a los tíos; siempre se alegraban de verme. Ellos me miraban como alguien con porvenir, mejoraría en mi trabajo, iría amueblando mi piso, hasta encontraría un novio mucho mejor que el que había dejado. Muy positivos, nunca te daban la impresión de haber quemado tu último cartucho como hacía doña Juanita, mi madre.

Tía Flora, como casi siempre, estaba con una amiga de las que tiene varias docenas. De todo ese montón, cinco son íntimas, se ven casi todos los días y una tarde por semana tienen una reunión “oficial” de lo que llaman “el grupo”. Aquella tarde era la del piso de arriba, una señora simpática y activa que se llama Brunhilda pero, claro, la llaman Hilda. Me contó que su padre había sido cantante de ópera y le gustaba ese nombre, pensé que, en eso de los nombres, en todas las familias se cocían habas. Lo pasé bien con ellas, son super animadas, pero después de un rato me cambié de asiento para hacer un poco de compañía al tío Bernardo en la otra punta del salón. Se veía tristón o aburrido. La tía había dicho que no andaba aunque el médico se lo había mandado. Según ella, por pereza.

—¿Quieres que demos un paseíto, tío? Todavía no has visto mi casa.

—Hace frío, queridita. Demasiado frío para un viejo.

—Por Dios, tú no eres viejo. Y no creas que está tan frío; si te abrigas bien... Tomaríamos un vaso de vino sentados en los sillones de tu madre. Están preciosos tus muebles, te los he agradecido muchísimo y me gustaría que vieras lo bien cuidados que los tengo.

Sonrió, cariñoso. “Eres una buena niña. El que no es agradecido no es bien nacido, eso dice el refrán. Me alegro de que tengas el estrado de mamá. Sabes, mi madre era la mujer más buena que he conocido, más abnegada. La recuerdo continuamente. Tu tía no se entendía muy bien con ella, una lástima.

Sí, una verdadera pena”.

—Eso debe de ser bastante habitual, no sé por qué. Mi madre no quería nada a abuela Joaquina, ya ves, y yo la adoraba.

—La conocí, claro. Una señora. Una auténtica señora —hizo una pausa—, la pobre.

La pobre. Así que el tío Bernardo lo sabía. Antes no había caído en la cuenta de que mi abuela y la madre de tía Flora eran primas hermanas y se querían mucho. Continuaba:

—Tu tía pensaba que mamá le echaba la culpa de que no tuviéramos hijos. Imaginaciones tuyas. Cuando a una mujer se le mete algo en la cabeza... Jamás mamá habría pensado eso. Pero, aun suponiendo que lo hubiera pensado, no podríamos saberlo nunca porque en ningún caso lo había dicho. Era una señora muy cristiana.

—Estoy segura de que era buenísima, tío. Y tenía muy buen gusto; sus muebles son preciosos. No me voy a conformar con que no vengas a verlos una tarde.

—Eres una buena niña, —repitió—. Ahora no salgo mucho, pero te prometo que iré. Cuando se ablande un poco el tiempo...

En aquellos días trabajé mucho porque siempre se dice que el trabajo es un consuelo o un antídoto o lo que sea. Bueno, el trabajo para mí es sólo trabajo, entretenido, estimulante como de costumbre poder solucionar cosas y nada más.

Cambié la cama de sitio en mi dormitorio, y vacié en el fregadero el perfume de Oscar de la Renta que había comprado al venir de Sevilla y me recordaba el pasado y al pequeño miserable. De todos modos era un perfume demasiado fuerte para mí, me hacía mayor. No me quedaba mucho más por hacer.

Miriam pidió a su novio que me presentara a algún amigo suyo, salimos un par de veces pero nada interesante. Prefería ir sola con ella a merendar o al cine, estaba demostrando ser buena amiga. Con Misi me veía casi a diario. Después del primer día de explicaciones y copas de más no volvimos a hablar del asunto de ele efe. Ni siquiera le conté la llamada para recuperar la ropa, aquella falta de sentido del ridículo. Muchas tardes Misi se venía tranquilamente a casa al terminar su trabajo; solía acabar después que yo. Tomábamos café o unas cervezas y charlábamos durante horas. A veces pensaba que cuando pudiera comprar un sofá cómodo y arreglar la salita, mi casa sería el paraíso. Habíamos quedado en pasar las Navidades juntas,

ninguna de las dos tenía grandes deseos de reunirse con su familia. Estábamos hablando una tarde cuando Martin bajó para invitarme a cenar el día veinticuatro con su padre y con él. Me alegré porque últimamente no estaba muy simpático conmigo aunque el día de la Loca Virginia Pelos Amarillos se había portado estupendamente, mucho mejor que los del otro ático. Casi nunca me llamaba y estaba algo picada. Con alguna frialdad dije que muy agradecida pero tenía otro plan.

—Mi padre me ha dicho que no suba sin que hayas aceptado. Y va a cocinar él, ya sabes que lo hace muy bien.

—Pero, Martin, he quedado con Misi, vamos a cenar juntas.

—Misi, estás invitada también. A mi padre y a mí nos gustará mucho que vengas.

—Con franqueza, no quisiera cenar en Nochebuena con un montón de gente que no conozco.

—Vamos a ser nada más los cuatro. Una cena muy selecta. Vamos, no seas seta y di que sí.

Misi me miró, no sabiendo si yo tenía ganas de celebrar Nochebuena con ellos. “Como tú quieras”, le dije. Y Martin: “Vamos, un poco más de animación, señoras”.

—Muy bien, iremos. Te debo una, Martin, porque me telefoneaste y me dijiste que llamara a Constanza, que ella tenía interés en hablar conmigo.

—¿La llamaste? —pregunté—. No lo sabía.

Me sentía agradecida. Había llamado a Misi y no me dijo nada de su intervención. Eso estaba muy bien. “Muchísimas gracias, Martin”.

—Pero tú me pediste que la llamara.

—¿No querías llamarme tú, Constanza?

—Lo que no quería, que se fuera a poner al teléfono aquel personaje, no estaba dispuesta a hablar con él y no sabía si aún vivía en tu casa. Yo te había llamado al fijo muy pocas veces y nunca había dado la casualidad de que contestara él, pero no me parecía imposible.

—¿Por eso me pediste que preguntara si seguía en su casa? —preguntó Martin muy animado de repente.

—Claro. ¿Por qué si no? Y al móvil lo intenté pero estaba siempre desconectado.

—Lo perdí —dijo Misi—. Estuve sin móvil varios días, un latazo. Para cosas del trabajo me prestaron uno en la oficina. Después conseguí otra vez mi número.

—Como no me llamabas, tampoco sabía cuál era tu estado de ánimo, si querías que siguiéramos siendo amigas o...

Misi dijo que cenaría el día de Nochebuena en el piso de arriba si el día veinticinco íbamos todos a almorzar a su casa. “No insisto en la cena porque hace mucho frío y quizá a tu padre no le convenga salir de noche.”

—No le importa salir a cualquier hora, sólo que ya tiene su menú pensado.

—Pero a la gente mayor no le conviene enfriarse, —insistió Misi—. Además hay mucha gripe.

No se veía mayor, dije a Misi, y guisaba maravillosamente. “No sé qué años tendrá pero te digo que es un cañón”. A esto Misi sonrió, no se lo creía, imaginaba que sólo lo decía por ser amable con Martin. Bueno, pensé, ya lo verás tú misma. Preguntaba por el menú para no repetir, ¿habría pavo? Martin creía que no porque a su padre no le gustaba nada. Lo consideraba americano y además muy ordinario. “Le preguntaremos lo que piensa hacer, pero en general prefiere la sorpresa”. Yo estaba pensando que debía de ser muy ordinaria (qué disgusto) pero a mí me encantaba el pavo. De pronto se me ocurrió. Antes de todo el lío con ele efe habíamos quedado en invitar a Misi a jugar a las cartas. Dije:

—¿Por qué no nos reunimos aquí para que se conozcan Misi y tu padre? ¿No te acuerdas de que íbamos a hacer una mesa de bridge?

—Seguro que mi padre estará feliz.

—Y así no cenamos en Nochebuena con alguien a quien vemos por primera vez, ni él ni yo. —Misi estaba conforme.

—Entonces, ¿jugamos aquí, en casa, y después tomamos algo?

—Genial. Mi padre está con el mono de las cartas. El otro día me recordó que íbamos a hacer una partida. En Inglaterra juega un par de veces por semana.

—A mí también me entretiene mucho —dijo Misi—. Lo bueno del bridge es que te olvidas del mundo, así es que ahora me vendrá de cine.

Quedamos en jugar el viernes siguiente. Cuando se enteró Charlie se picó.

—¿Por qué no me has invitado a mí? Yo le había dicho a Martin que jugaría con su papá. Como jugamos el año pasado.

—Charlie, al bridge sólo pueden jugar cuatro personas.

—Yo sé eso, m’hijita. Soy buen jugador.

—Ya. Me lo dijo Martin. Pero qué quieres que haga. No puedo organizar

dos mesas porque no conozco a bastante gente ni tengo mesa siquiera. Martin me va a bajar una plegable.

—Se puede jugar en el comedor.

—¿Y dónde pongo las cosas de la merienda? Por el amor de Dios, Charlie, no seas picajoso. Si quieres baja y te turnas conmigo, otra cosa no se me ocurre.

Luego se le quitó el pique porque le expliqué que se trataba de distraer a Misi. Le fascinaba la idea de que hubiéramos tenido sin saberlo el mismo novio, preguntaba una vez y otra detalles como a ti qué te dijo, qué le decía a ella cuando se quedaba contigo, todo tipo de cosas. El pobre no tenía tantas diversiones. A Manolo casi todo le parecía mal, irse de copas, jugar a las cartas, apostar en las carreras o simplemente perder el tiempo en conversaciones; parecía imposible que fuera tan puritano. Charlie al revés: a cualquier plan, cualquier rato de charla le sacaba partido, se interesaba por las vidas de los demás, tenía curiosidad por todo y las relaciones entre las personas le resultaban apasionantes. Ahora estaba encantado, me dijo, porque su famoso primo lo había invitado a pasar en Torremolinos el Fin de Año. Así Manolo podría ir una semana con su familia, a ver si se sacaba de encima el remordimiento que tenía respecto de sus parientes por el hecho de vivir con otro hombre. Se me ocurrió que la vida de Manolo tenía que ser terriblemente difícil; Charlie me había contado que era muy, muy religioso y jamás dejaba de ir a Misa por lo menos los domingos y fiestas. El pobre tenía que estar roto entre sus creencias y sus instintos, qué duro.

Charlie encantado con el plan de ir a la playa, el buen tiempo y el ambiente; conocía allí a algunas personas. Me contó que iban a hacer una despedida del siglo y celebrar la entrada del año dos mil con una fiesta en la playa, echando cohetes al mar y qué sé yo cuántas cosas. Esperaba divertirse en grande, supuse, sin Catón el Censor a su lado para estropearle las fiestas.

La Navidad se estaba anunciando bien, después de todo. Yo me sacudía mis traumas lo mejor posible y mi padre me anunció un regalo en dinero, mucho más de lo que esperaba. Nunca me había dado nada parecido, quizá quería compensar algo de lo que le habían dado a mi hermana para la boda o flotaba un cierto arrepentimiento por algún lado.

La tarde de bridge resultó un éxito aunque no gracias a mi juego que no fue brillante, pero nadie me echó ninguna bronca. Había comprado pastelitos de manzana y hecho toda clase de emparedados con pan de la “putic” cortado extrafino: de Roquefort, gruyère con apio, anchoas, pechuga y ensalada, jamón

serrano, pepino, pimientos con atún... una montaña. Arthur dijo que el propio Lord Sandwich no habría podido soñar nada mejor.

Nos divertimos. Seguimos de tertulia después de jugar, charlando y tomando copas; se fueron a la una de la mañana. Al día siguiente, sábado, Misi me despertó para decirme por teléfono que hacía años que no lo había pasado tan bien.

Una tarde, como un par de semanas antes de Navidad, me encontré con algo que me resultó extraño y al principio inquietante. Bajó la niñera ecuatoriana de Silvia Urgoiti, muy apurada. La señora Silvia había salido y se retrasaba. Ella tenía que llevar a su hijo al médico, no podía esperar más. Me dio una explicación con su voz pausada que cantaba un poco, me llamaba ‘señora Costansa’ y me acabó convenciendo aunque a disgusto.

Yo era la única en la casa que a la señora Silvia le merecía confianza; ella misma me había dejado a los niños una tarde. A Felisa no podía pedirle ayuda porque si pisaba la casa la señora se pondría brava con ella. La señora Silvia sabía de más que los jueves ella se marchaba antes, en cambio, trabajaba el sábado y...

—¿Y la cuñada, la del piso de enfrente? —pregunté. Aquella puñetera cuñada era invisible, inservible y posiblemente ficticia.

Ah, no. Trabajaba, pasaba fuera de la casa todo el día.

—Señora Costansa, por favor ayúdeme. Mi hijo está con calentura y lo tengo que llevar al centro de salud. Lo dejé solo todito el día allá, en la habitación.

Tuve que subir sin más remedio, a saber en qué condiciones vivirían, no era cosa de dejar a un niño con fiebre y sin llevarlo al médico. Estaba claro que la madre se tenía que ir a su hora y el latazo era que me hubiera tocado a mí.

Me quedé en el cuarto de los niños contándoles un cuento. Felipe quería uno de alguien llamado Pokemon pero yo me había quedado en los clásicos y con los cabritos y el lobo tuvieron que conformarse. Si uno les hablaba sin parar se atontaban y estaban bastante quietos. Hasta que empezaron a rebullirse y a pedir su merienda preguntando si no eran todavía las cinco. Como eran casi las seis rebusqué en la nevera, en las alacenas de la cocina. Les di vasos de leche pero no encontraba nada sólido.

—No sé si bajar a mi casa y traer unas galletas.

No me encantaba la idea de dejarlos solos. Tampoco a ellos. Silvita se agarró inmediatamente a mis pantalones. “Pero, tía, aquí hay de todo”, dijo

Felipe.

—Hijo, no lo pongo en duda, pero no encuentro nada. ¿Dónde guarda tu madre las cosas?

—En el salón.

—¿En el salón?. —Aquello sonaba muy raro pero uno nunca sabía.

—Antes era el salón y ahora es el almacén. Eso dice mamá. Nosotros no podemos entrar pero tú eres persona mayor. Ven, la llave está en un sitio que yo lo sé.

Un poco asombrada lo seguí. Dentro de todo cada cual guardaba las galletas donde le daba la gana y distribuía su piso como le parecía. Al lado de la puerta del salón había un mueble estrecho y alto con varios cajones. El niño señaló sin dudar. “Ahí” y saqué la llave. “Tú abres, dijo Felipe, está muy dura”.

Me costó trabajo abrir. A tientas busqué el interruptor de la luz; los postigos de madera estaban cerrados. Lo que allí encontré me dejó con la boca abierta.

El salón estaba lleno de estanterías metálicas; habían dejado como un pasadizo estrecho todo lo largo del cuarto y las estanterías iban alineadas perpendicularmente a ese pasadizo dejando como medio metro entre cada una de ellas. Todas estaban atiborradas de cosas, un verdadero almacén de tienda de ultramarinos de las antiguas que ya casi ni quedan. Había estantes llenos de paquetes de pasta, macarrones, espaguetis y cintas, botes de latas de tomate en hileras, tarros de mermelada, frascos de alubias y garbanzos y lentejas, bolsas de arroz, bidones de aceite, paquetes de velas, cajas y más cajas de agua mineral, vinos, azúcar, latas de jamón y carne, galletas y bizcochos, leche en polvo, zumos, cuatro estufas de butano, (yo sólo había visto subir dos), dos cocinitas de camping gas, pilas para linternas, conservas de pescado...

No podía creer lo que estaba viendo; ¿para qué querrían todas aquellas cosas? El salón parecía la cueva de Alí Babá.

Felipe me señaló donde estaban las magdalenas. “Date prisa, dijo nervioso, a mamá no le gusta que entremos aquí”.

Cómo le iba a gustar si había bidones de gasolina etiquetados y sellados, al menos seis bombonas de gas y provisiones más que para llenar la bodega de un barco.

Miré entre los paquetes. “¿Qué llevamos?” pregunté a Felipe contagiada de sus nervios. Me parecía que allí estaba haciendo algo malo. En aquel momento se oyó abajo la puerta del ascensor y me sofoqué. Felipe también

había oído. Agarró un paquete de magdalenas Martínez y echó a correr hacia la cocina. Yo tuve que cerrar con llave la puerta del salón y la maldita cerradura se atascaba. Al fin lo conseguí, eché en el cajón la llave y, me fui por el pasillo en el mismo instante que crujía la cerradura de la puerta principal. No sé cómo llegué a tiempo pero cuando entró Silvia en la cocina cada niño mordía su magdalena y yo mantenía mi cara de todos los días. Estaba lamentando haber entrado en el salón, haberme quedado con los niños... todo lo que tenía que ver con Silvia era una pereza. Encima le molestó verme allí, me di cuenta al momento. Le expliqué lo del niño de la asistenta y se indignó. Bufaba. ¡Cómo había tenido el atrevimiento de llamarme a mí para que subiera!

—No te preocupes, que no me ha importado. Los niños han estado muy tranquilos.

No era por mí. No le preocupaba nada haberme molestado. Era que la chica tenía que estar ahí hasta que ella volviera y no era quién para meter a nadie en la casa. Después se dio cuenta de que se había pasado y recogió velas. “Y menos mal que has sido tú. Muchas gracias”.

—La muchacha me dijo que era pasada su hora, que los jueves sale antes y tenía que llevar a su hijo al médico, que estaba con mucha fiebre.

Pues no. Debería haberse aguantado.

No tenía más paciencia para Silvia, me despedí de los niños y bajé, disgustada. Me juré: nunca más acudiría a echarle una mano. Y para qué querrían todo aquel montón de cosas almacenadas. Parecía un bunker equipado para un bombardeo. ¿Pensarían que iba a haber una guerra? ¿Por Chechenia por la ex—Yugoeslavia, porque sí? Era capaz de tener hasta las bolsas de plástico para los cadáveres, lástima no haber comprobado eso.

Ya en mi casa seguí dando vueltas al extraño asunto. Vino Misi a verme un rato y se lo conté. A medida que lo contaba se me iba ocurriendo una idea horrenda, escalofriante.

—Misi, ¿ésos no serán terroristas, verdad?

—¿Por qué? ¿Sólo porque son vascos?

—No, por Dios, los vascos son gente estupenda. Es todo ese almacén. ¿No estarán preparando todo eso como para secuestrar a alguien?.

—Vamos, Constanza, en una casa con tres niños pequeños.

—Es una buena tapadera.

—Es fatal. Y si quisieran secuestrar a alguien no necesitarían toda esa comida. ¿Tú no sabes cómo tratan a sus secuestrados esos asesinos? Jamón,



vinos... No, ni pensar. De eso, nada.

Insinué que tal vez pensaban esconder a gente pero Misi no creía que pudiera ser nada así. No; eso tenía que tener alguna otra explicación. Dicho esto se marchó, había quedado para cenar.

Llegó Martin, quería invitarme con Misi a subir a la sierra al día siguiente. Había nevado mucho, lo dijeron en las noticias del mediodía. “Estará precioso”.

—Yo sólo he esquiado un par de veces en mi vida, Martin. Pero a Misi le gustará, creo que esquí bien.

—No vamos a esquiar, habrá demasiada gente. Sólo a hacer un paseo y ver el paisaje. Comemos en algún pueblo de la provincia de Segovia. Vamos, di que sí. Mañana es sábado.

—Bueno, vamos a llamar a Misi. Si ella dice que sí yo voy también.

—Misi ya ha dicho que sí, de modo que...

—¿La has llamado a ella antes de decírmelo a mí?

No tenía razón para molestarme pero aquello me sentó como un golpe en la boca del estómago. Yo estaba antes yo era su amiga yo le había presentado a Misi... mil pensamientos cruzaban mi cabeza en pocos segundos, uno de ellos: “te estás portando igual que Miriam”.

—¿Estás celosa, princesa?

—No digas estupideces. De qué voy a estar celosa. A mí qué me importa lo que hagas, yo qué tengo que ver.

—No la he llamado yo sino mi padre. El día que estuvimos aquí él la acompañó a su casa.

—¿A la una de la mañana? —Rabié en mi interior: Misi no me había hablado de aquello.

—Ajá. Estuvo bastante rato con ella, le pidió su número de teléfono. Todo normal.

—Ya veo. Bueno pues yo no tengo ganas de salir mañana.

—Oh, come on, no seas tonta. ¿Por qué estás de malhumor?

Tenía razón. Traté de que la conversación fuera por mejor camino. En realidad uno no se enfadaba si no quería.

—No, si no estoy de mal humor. Sólo un poco... preocupada. Fíjate, he estado en casa de Silvia...

Le conté lo que había visto en aquel salón-supermercado y la idea espantosa que se me había ocurrido. Martin se quedó pensándolo un rato. “Creo que ya sé lo que es, dijo luego. Misi tiene razón, tu idea es muy

improbable. No, es lo que llamamos M.B”.

—¿Embí? —dije, no entendía.

—Millenium Bug. Aquí lo llaman efecto dos mil pero nadie se preocupa mucho por eso. En Inglaterra muchísimo.

—Como el “Terror del Milenario”, versión moderna.

—Exactamente. En Inglaterra hay gente que lleva años preparándose.

—Sí, algo se ha comentado en la oficina. En muchos sitios han tenido que reajustar los ordenadores o algo así. Pero ¿para qué se preparan?

Me lo explicó. En España no, pero en otros países la gente estaba aterrada. En los días del cambio muchos no iban a ir a un médico ni tomar un avión ni salir de su casa siquiera. Si fallaban los ordenadores todo se podía colapsar: aeropuertos, hospitales, centrales nucleares, supermercados, gasolineras, comunicaciones, satélites, fábricas, incluidas las de gas y electricidad, bancos...

—En Inglaterra muchas personas se han ido al campo, han amontonado provisiones y leña. Hasta han dejado sus trabajos en las ciudades.

—Aquí nadie deja su trabajo ni por el fin del mundo. Anda que está el horno para bollos. ¿Tú crees que será verdad?

Martin dijo que los gobiernos habían estado gastando millones para evitarlo. Él no pensaba acumular nada salvo unas cuantas botellas de agua mineral.

—No querría que mi padre se quedara sin su taza de té. Y sacaré algo del banco para tener dinero líquido; eso será todo.

—Si quieres podemos ir juntos. Le pedimos prestado a Felisa su carrito de ruedas y traemos agua para los dos. Yo buscaré también una linterna, siempre estoy pensando en comprarme una.

Con estas cosas se me había pasado el malhumor; Martin y yo estábamos de lo más amigos. Cuando se fue llamé a Misi, sólo le pedí si podía prestarme algo de ropa para la nieve. Y sí, tenía ropa, traería una bolsa con cosas que me pudieran sentar bien. Íbamos a ir en su auto, me dijo, conque igual tenía que venir al número veinticinco a recogernos. Ni siquiera pensé qué estaba haciendo en su casa, si había quedado para cenar.

## XVII

No soy tan fanática de los paisajes como Misi pero reconocía que la sierra estaba espectacular. Cuando dije eso los otros tres se rieron, lo que me pareció muy agradable, y Misi dijo: “No puedo entender que no te guste el

campo”.

—No es que no me guste. Por favor, a todo el mundo le gusta el campo. Pero muchas veces no es cómodo.

En mi experiencia siempre estaba lleno de polvo y de hormigas y de matojos que arañaban las piernas. O encharcado y tenías que sacar los pies con tremendo esfuerzo y ruido de sopapo desatascando el fregadero. Siempre hacía demasiado frío o demasiado calor, la gente se empeñaba en comer a la intemperie en el suelo o en sillas incómodas con una tendencia fatal a cerrarse cuando menos falta hacía. Luego los mosquitos. ¿Y el agua? Siempre con sabor a cosas raras o salobre o había que esperar encontrarse una rana o una lombriz en el fondo de las jarras de barro. Cualquiera que se hubiera criado en Sevilla tenía buenas razones para estar hasta la coronilla del campo. Ahora, bonito sí.

De estas cosas no dije nada; Misi estaba hablando de su finca en la provincia de Salamanca, grandes encinas, hierba verde, laderas muy suaves, esquilas de las vacas, el olor... Poetizaba.

Íbamos en su Audi, ella al volante con Arthur al lado, Martin y yo detrás. Doña Juanita me había llamado para decirme que era el bautizo de Juanita bebé y debería felicitar a mi hermana; no lo había hecho y por la poca prisa que llevábamos imaginé que no lo haría.

Habíamos tomado la carretera que va por el alto, en vez del túnel mucho más expedito, pero la vista de las montañas con los altísimos pinos nevados merecía la pena. Misi observó que el resplandor de la nieve multiplicaba la luz y que la hacía infinitamente hermosa, estaba inspirada. Nunca antes la había oído decir cosas tan bien traídas. Pensé que acaso yo no era un público muy estimulante, lo que uno dice tiene relación con el que escucha; aquello me dio un poco de pena.

Arthur no se quedaba corto, que la luz de Castilla era inigualable, en ningún lugar había visto puestas de sol como las de aquí. Todo el tiempo se sonreían los dos mientras agotaron el tema de la luz y empezaban con los árboles y los cerros.

—Siempre encuentro a faltar las montañas en Inglaterra, —dijo Arthur—. Es por eso que el paisaje nuestro nunca puede ser grandioso como lo que vemos hoy.

—Ah, pero tenéis paisajes preciosos. Y esos árboles increíbles, tan bien dispuestos. Por eso hay paisajistas ingleses tan buenos.

Lindezas para acá, lindezas para allá, una verdadera batalla de flores. Y, bueno, mientras ellos estuvieran contentos.

Pues para árboles, seguía Arthur, los pinos de Valsain no tenían nada que envidiar a ningunos árboles del mundo.

—Esta vista es “absolument féérique” —dijo en francés, se conoce que le faltaban ya palabras en otros idiomas. —Mira cómo cambian de color los árboles de un lado y del otro.

—Es la solana y la umbría, —dije en sobrio castellano para que vieran que yo entendía también.

Misi dijo que los de la umbría eran puro cristal por la helada, parecían hechos de encajes fósiles pero en la ladera donde daba el sol la nieve estaba blanda, a manchones blancos sobre el fondo verde oscuro.

—Extraordinario. —dijo Arthur.

—Sí, nunca lo había visto tan fantástico. Es sobrecogedor.

Martin y yo nos miramos, nos hicimos gestos en silencio en vista del entusiasmo de los de delante. Martin se reía sin hacer ruido, en voz baja hizo la reflexión mejor para mi gusto: un lado de la carretera, la solana, era vegetal; el otro mineral. Lo de ellos me resultaba cursi. Se mascaba el romance dentro del coche, era casi demasiado. Empalagoso.

Me parecía imposible que Misi hubiera caído en tal fascinación con Arthur que, aunque no lo aparentase y con todo su atractivo, no dejaba de ser un señor mayor. Él también se veía entusiasmado con Misi pero eso era más lógico.

Martin y yo callábamos escuchando las iluminaciones y arrebatos de los otros dos, también nos reíamos porque exageraban mucho.

Visitamos La Granja, había mucha gente y tuvimos que dejar el coche lejos del recinto. Los jardines con nieve resultaban aún más dibujados, más perfectos. Dije que me gustaban los jardines así, civilizados y ordenados; se volvieron a reír. Por Dios, pensé, que tendrá de tan risible la geometría, mientras Misi comentaba que yo era increíble. Me quedó la duda de si se reían de mí o conmigo; tampoco era, en realidad, tan importante.

Seguimos, vimos pueblos y más pueblos; donde había una iglesia bonita, prácticamente en todos, nos bajábamos a verla. ¡Hacía un frío! Misi de románico sabía una barbaridad y en general de todos los estilos, dijo que era en lo que se había criado. Los ingleses flipaban, tanta riqueza de arquitectura, y, la verdad, cuando te señalan dónde tienes que mirar disfrutas de las cosas el doble.

¡Pero qué manera de hacer frío! Gracias al anorak y unas botas de apreski, todo ello de Misi, yo iba medio confortable. Con mi propia ropa

hubiera muerto congelada. Misi, super elegante como siempre, chaquetón de piel, pantalones que acababan dentro de unas botas que ni me atreví a preguntarle de qué firma eran. Se veía muy guapa, con su aire un poco Audrey Hepburn.

A la hora de comer nos llevó a un sitio que conocía, junto a un pueblo diminuto. El restaurante tenía un nombre modesto, La Matita, el nombre siendo lo único modesto del lugar. Por dentro era muy amplio y agradable, paredes de ladrillo visto y grandes vigas de madera. Nos sentaron en una mesa junto a un ventanal que daba al jardín. Dos niños jugaban a subirse a un esqueleto de árbol perfectamente helado, resbalaban una y otra vez. Un sol brillante que aún no había deshecho el hielo hacía relumbrar el jardín, éste sin orden; cruzaba los cristales dando una sensación de promesa de calor muy suave.

Pensé en Macarena, dentro de un par de horas bautizarían a Juanita bebé. Estaba bien que tuviera a su hija, ojalá disfrutara mucho con ella. En cuanto a mí, me había hecho un favor quitándome a José Luis; seguramente con él me habría aburrido más que un sapo. Macarena se hartaría de él, siempre había tenido poco aguante, por favor, si no podía llevar dos temporadas la misma chaqueta. Por lo menos, esperé, de su hija no se hartaría. A mí los críos me gustaban; si yo el día de mañana no tuviera hijos, intentaría adoptar uno.

La comida era impresionante, corzo con castañas y salsa de grosellas, un pastel de verduras con hierbas, setas silvestres. Arthur y Martin no se lo podían creer; que en aquel pueblecito perdido en la falda de los montes hubiera un restaurante de tanta categoría les parecía otra muestra de pintoresquismo español. Tomamos el vino de la casa, un Rioja que Arthur declaró ‘muy tolerable’ y al parecer era muy entendido. También habló con Misi de marcas y años y yo sólo dije que desde luego lo estábamos tolerando muy bien porque íbamos con la tercera botella y cada vez entraba mejor, con lo que se rieron; estábamos contentísimos.

Yo en algún momento me había empezado a ver como desde fuera, desde el jardín o la viga del techo o el bosque cercano, a través del cristal ya más caldeado por el sol. Me veía libre de todo, del problema Macarena novios familia y demás. Ligera, suelta. No tenía nada contra nadie, ningún peso por dentro. Y contra Francis sólo por lo que le había hecho a Misi. Pero ella se recuperaba con velocidad supersónica. La miré, me estaba mirando. Sonreímos.

—¿En qué estás pensando?

—En mi hermana.

—Porque hoy es el bautizo de la niña. —Misi estaba en casa enseñándome la ropa de sierra cuando llamó mi madre.

Afirmé con la cabeza. “Pero todo está muy bien, ¿verdad?”, más afirmación que pregunta.

—Sí.

Martin me sonreía también. “Dios, dije en mi interior, qué buenos amigos, muchísimas gracias”.

Ahora Misi y Arthur hablaban de casas, en un pueblecito de aquellos habíamos visto una preciosa casa en venta; los dos tenían mucho en común, hasta la misma profesión.

—Vosotros dos deberíais asociaros, —se me ocurrió de repente— ¿No es una buena idea?

Rieron. Reían por todo. “Tenemos que confesar que ya la habíamos tenido nosotros”, dijo Arthur y Misi asintió:

—Es cierto, lo hemos hablado.

Dios mío, pensé, pero cuándo. Si ésta es la segunda vez que se ven, el día del bridge y hoy, cómo es posible... aunque Arthur la acompañó a su casa y se quedó bastante rato... Cavilaba. Más tarde Misi me confesaría que desde que se conocieron en mi casa todos los días se habían visto, a una hora o a otra. Al principio le dio apuro contármelo, no fuera yo a pensar que era una arrebatada.

Con el café y la euforia del Rioja empezamos a hacer planes para fin de año. ¿Íbamos, me pregunté, a pasar juntos las fiestas? Tenía todo el aspecto.

Misi nos invitaba a su casa en Salamanca, que era un campo precioso, dehesa, y la casa muy simpática, un poco colonial, explicaba a Arthur, lamentablemente sólo del diecinueve pero grande y cómoda. Mientras lo consideraban callé. Tendrían que prometerme que íbamos a comer en mesa aunque fuera de la cocina. Martin preguntó a su padre si no quería ir a esquiar, como había dicho. “¿Por qué no alquilamos algo y vamos los cuatro? ¿Misi? ¿Constanza? ¿Qué decís, os animáis?”

—Seguramente ha nevado en todas partes —dijo Misi—. Yo también me apunto a eso si os apetece más.

—Reconozco que tengo ganas de esquiar, lo que no hago en Inglaterra —dijo Arthur.

—¿Dónde has pensado, aquí o en Suiza? —Misi se embarcaba enseguida.

—Ya que estamos aquí... —intervine temiendo que lo de Suiza fuera un plan supercaro.

—Además en Suiza la gente reserva con mucho tiempo.

—Si queréis yo tengo el número de una agencia que alquila pisos en Sierra Nevada —dije—, pero no voy a estar a la altura vuestra, así que tendré que tomar unas clases. No quisiera romperme una pierna.

—No será para tanto, no exageres —dijo Martin.

Pero Misi le quitó la razón.

—Yo me rompí una pierna en Sierra Nevada justamente. Íbamos con el colegio y me la escayoló un matasanos que había en la estación sin radiografía ni nada.

—Qué mal ¿no?

—Fatal. Cuando me quitaron el yeso no podía estirar la pierna, la llevaba encogida.

Arthur preguntó si habían tenido que operarla.

Y no. No la habían operado pero tuvo que estar yendo a rehabilitación varios meses. Iba al salir del colegio por las tardes. Era, dijo, un sitio angustioso; la gente que encontraba allí solía estar muy mal.

—Personas muy mayores que se quejaban y hasta lloraban si la fisio les pedía que hicieran ejercicios que les costaba hacer. Casi todos venían del hospital con lesiones terribles. Bastante triste.

—Qué duro para una niña.

—Si. Pero también era un centro magnífico.

Se quedó callada un momento como si hubiera vuelto atrás subiendo por los años como por una escalera y lo estuviera viendo todo otra vez. Arthur la miraba.

—Un día —dijo Misi— cuando ya nos íbamos, la enfermera, que me quería mucho y me llevaba todas las tardes hasta mi casa, me llamó. “Mira, me dijo, alguien se ha dejado olvidada su muleta”. Estábamos las dos emocionadas, nos parecía como si hubiera sucedido un milagro, una curación maravillosa. Aquella enfermera era una persona extraordinaria, tenía una fe, un amor por los demás como yo nunca había encontrado. Se interesaba por todos los pacientes, rezaba por ellos, los quería. Fuimos por la calle de la mano, absolutamente felices. Parecía que una corriente de alegría nos llevara a las dos. Llegué a casa exaltada, mi madre estaba ocupada con su “petit point”, en aquella época había dejado de leer, sólo bordaba y hacía labores. Mi padrastro leía el periódico. Entré y dije: “Ha pasado una cosa estupenda en el centro. Una persona se ha dejado su muleta, se le ha olvidado llevársela”. Mi padrastro no levantó la vista siquiera. Mi madre sí. Preguntó: “¿Y ...?”

—Oh my God —dijo Arthur y le cogió la mano.

—Comprendo que no te llevaras muy bien con ellos —reflexioné. Me estaba acordando de mi amiga Quety, la niña más lista de la Facultad, la más brillante. También tenía una fe que irradiaba. Un resplandor. Había gente así; eso teníamos que recordar cuando nos topábamos con sinvergüenzas y embusteros. ¿Dónde estaría Quety ahora, en qué misión lejana? Casi nunca escribía, tenía demasiado que hacer. Mentalmente le mandé buenos deseos, un abrazo muy grande.

Al salir del restaurante Martin dijo que podía conducir para que Misi no se cansara. Ella y Arthur se fueron detrás susurrando entre ellos, apenas hablaron con nosotros. En Segovia nos bajamos a ver la Catedral y un poco la ciudad pero la noche había caído, estaba helando. Volvimos por el túnel de Guadarrama, no se veía nada de todos modos.

Llegando al número veinticinco Arthur dijo que él acompañaría a Misi a su casa, volvería en un taxi. Medio con intención, supuse, Martin le preguntó si lo esperaba para la cena. A veces, si hablaba a su padre en inglés le llamaba sir; yo me quedaba con la duda de si lo decía en serio o era broma familiar.

No se cortaba nada. “No te ‘preocupas’, tomaré algo por ahí”. Parecía claro que pensaba volver tarde. Vaya resistencia, yo con treinta años menos estaba cansada.

—¿Cansada? —preguntó Martin como si me hubiera oído pensar, mientras subíamos la escalera.

—Un poco, sí.

—No comprendo por qué siempre te empeñas en subir a pie.

—Me gusta subir.

En la puerta del piso me volví para despedirme de él. “Ya que los mayores nos han dejado solos podemos aprovechar”, dijo.

—¿Aprovechar?

—Mal pensada. Aprovechar quiere decir hacernos un rato de compañía, charlar, conversar, tomar una taza de té o algo caliente...

Así que eso era todo. Entonces yo no le gustaba como antes, no lo atraía. No es quisiera otra cosa, no, pero me sentía frustrada, un poco. La culpa era mía por haberme enredado con alguien como Francis, una pérdida de tiempo y de dignidad propia.

—Entra un rato si quieres dije, pero estoy deseando meterme en mi cama. Sonrió. “Venga. Yo haré el té”.

Sería por cansancio pero me estaba sintiendo bastante malhumorada.



¿Para qué quería yo ir a esquiar? ¿Y para qué quería estar aquí con Martin? Estaba segura de haberle gustado pero ahora nada. Quería que se fuera para meterme en la cama y llorar aunque no supiera bien por qué.

Bien pensado, ¿para qué quería gustarle? Ni siquiera estaba segura de si él me gustaba a mí. Debía de ser el vino o contagio del entusiasmo de Arthur y Misi. Un buen amigo era una joya.

Este buen amigo estaba en la cocina, había puesto a hervir el agua para el té. Le pregunté si quería jamón y huevos, los rechazó. Lo cierto era que habíamos comido demasiado.

Martin estaba encantado con Misi, decía que era adorable y había animado enormemente a su padre; no parecía el mismo de unas semanas atrás.

—Bueno, cuando yo lo conocí lo encontré super animado, con una marcha loca.

—Puede ser que aquel día... Pero cuando estuve en Londres lo vi muy aburrido. El tono de la casa era deprimente, más aún, opresivo. Se había instalado allí una horrible amiga de cuando era joven y ni siquiera me había dicho una palabra de eso. Me indigné pero no le dije nada.

—¿Quieres decir que estaba viviendo en su casa? ¿Por qué?

—Ah, eso mismo le pregunté yo pero aparentemente no sabía bien el motivo. O eso me dijo a mí. Su compañía había vendido la casa de esta señora y estaba ahí mientras encontraba otra... pero no buscaba.

No me parecía una razón muy convincente, anda que si a todas las personas a quienes vendiera casas las tenía que alojar...

—Pregunté a Mary Kennedy, una especie de secretaria factotum que lleva años con mi padre. Me contestó que Antonia Knowles estaba empeñada en casarse con él y él lo sabía perfectamente pero era demasiado gentleman para darse por enterado de eso.

Decía Antounia, pronunciando a la inglesa, me hacía mucha gracia.

—Si, es muy señor —dije. Y pensé: “cuidado o acabarás hablando como doña Juanita”.

Martin continuó: “Yo estaba furioso porque ella había ocupado mi habitación y como llegué de improviso, sin anunciarme, me tuve que ir a la habitación de servicio, con su ducha más bien miserable. Y la cama es corta. Pero sobre todo estaba indignado de ver a mi padre tan aburrido, como indefenso, sabes, casi pensando, bueno, la conozco de toda la vida, estoy solo, ella también, qué más da, juntamos soledades. Pero sin ilusión, sin desearlo verdaderamente, comprendes.

—Sería una lástima. Tu padre es estupendo, un cañón. Y marcha tiene, más que una moto. ¿Y ella, qué tal es?

Martin reflexionó un momento antes de contestarme. En la cara se le pintaba el desagrado que le producía aquella mujer.

—¿Cómo te diría yo? Es guapa, desde luego pero... Intensa, eso es. Una de esas mujeres que puntualizan, hacen hincapié, se empeñan en todo, que requieren atención de un hombre constantemente pero para nada que de verdad sea importante sino para hacerse notar, para afirmarse a sí mismas.

Sonaba horrible, rebusqué en mi memoria a ver si conocía a alguien así. Martin seguía.

—Sabes, lo que les falta en imaginación lo suplementan con terquedad y la pasión por salirse con la suya.

—Joé, Martin, déjalo. El inteligente espectador ya ha comprendido la película.

—Odio la gente así. Además de absorbente es celosa. Seguro que si consiguiera casarse con mi padre acabaría separándonos a él y a mí.

Le dije que no había que exagerar. ¿Para qué haría ella una cosa así, por qué razón?

—Sin ninguna razón, por puros celos. Ya está lanzando frases como “la gente joven debería tener consideración y vivir por su cuenta y no caer sobre los padres como si ése fuera su derecho...” ya sabes el estilo.

—Ya. Hay gente puñetera.

—Y qué le importará a ella sí voy a casa de mi padre o no... y él se alegra tanto cuando llego; siempre nos hemos entendido muy bien. Mis hermanos mayores no le hacen ningún caso; se fueron de la casa con su madre cuando Peter, el mayor, tenía cinco años, así que no lo han tratado apenas. Pero para mí él es importante. Si se volviera a casar yo estaría feliz siempre que fuera con la mujer adecuada, claro, no con esa... pesadilla.

Protesté, para qué ponerse en lo peor, seguramente su padre ni había pensado casarse con ella. Pero Martin estaba demasiado indignado con la idea para escucharme.

—Lo peor de todo... yo creo que lo peor de todo es que su mente es vulgar. Antonia es de una familia distinguida pero ella es definitivamente vulgar, llena de clichés y lugares comunes. A mí la vulgaridad me resulta insoportable.

—Bueno, si eso es lo peor que tiene tampoco es tan grave. Yo por ejemplo me considero una persona vulgar y corriente.

Martin dijo entonces algo que me gustó. Que yo de vulgar no tenía nada, absolutamente nada.

—Tú funcionas con tus propios criterios, cuando conoces a alguien te planteas tu forma de relación con esa persona buscando lo mejor en ella, a cada cual le das un voto de confianza...

—Bien, pero me equivoco.

—Por supuesto, no eres infalible. Pero tu actitud es buena, positiva, y es tuya, no te guías por clichés o ideas pre hechas, prestadas o robadas, masticadas y ¡puaj! vomitadas. Pocas cosas hay más repugnantes que regirse por frases hechas.

—Venga, vale. No merece la pena que te disgustes por eso. No creo que debas tener tanto rechazo a que tu padre pueda casarse con esa mujer. Y si es tan horrible como dices tampoco creo que haya un gran peligro.

Martin dijo que para algunos hombres tenía atractivo, aunque para él ni el más mínimo. “Además tiene la nariz arreglada. No comprendo cómo ha conseguido atraer a dos maridos”.

—¿Dos? ¿Se ha quedado viuda dos veces? Pero cómo lo hace. Joé, siempre se casan las mismas.

—La primera vez —dijo Martin— liquidó a su marido.

—¿Cómo, qué dices que hizo? Te estás quedando conmigo, Martin. No me lo creo.

—Verás. ¿Quieres que te cuente cómo fue?

Desde luego quería. “Espera un momento, vamos a hacer más té y saco unos panecitos con mantequilla y jamón”. Mientras él hacía más té calenté los panecillos, saqué la mantequilla y el jamón que estaba cortado en lonchas. Volvimos con la bandeja al salón, me acomodé con mi taza llena, dispuesta a escuchar. “A ver. Cuenta”.

—Ella estaba casada con un militar de alta graduación, llevaban bastantes años —empezó Martin—. En aquella época su marido, probablemente no pudiendo soportarla, tenía un lío con una chica que era la secretaria de un amigo de ellos, creo que de un miembro del parlamento. Antonia tenía sospechas y organizó su espionaje utilizando a la mujer de la limpieza.

Un día dijo a su marido que iba al campo a casa de unos primos, estaría fuera tres o cuatro noches, ya avisaría su vuelta. Así que se marchó y llamó desde el campo para decir que había llegado muy bien; al parecer el marido dijo que él también iba a estar fuera de casa tres días. Pero en vez de hacer

eso instaló a la amiga en su casa aquella misma tarde.

Eso me pareció fatal. Su casa era también la casa de Antonia, por petarda que fuera. Martin siguió:

—Desde luego hizo mal. Y aún peor porque la llevó a su habitación, a su propia cama.

—Que también era la de Antonia, —supuse.

—No, dormían en habitaciones separadas. Mientras tanto Antonia dijo a sus primos que no se encontraba bien, estaba empeorando una jaqueca o algo parecido, y prefería volverse a su casa. Ahí es donde se supone que entró en juego la encargada de la limpieza, seguramente había quedado en avisarle si la otra iba para allá porque sería demasiada coincidencia de otro modo. Pero no se pudo probar porque, por descontado, lo negaron las dos. Si no fue avisada, ¿cómo llegó tan absolutamente puntual para encontrarlos en la cama? Su schedule fue perfecto.

Y tanto, pensé. Imagínate además con un principio de jaqueca, en vez de irte a dormir con un calmante, agarrar el auto y volver a Londres DE NOCHE. No era muy creíble. Y lo que seguía aún menos. Llegó a su casa, abrió con su llave, escuchó y oyó ruidos.

—Más adelante —siguió Martin— iba a declarar que ya al entrar en el vestíbulo tuvo la sensación de que había alguien en la casa. Se quitó los zapatos y fue descalza hasta un armero donde el estúpido marido guardaba la pistola cargada.

—Bien estúpido, —dije— demasiado. ¿Un militar? No me lo creo. Mi padre es militar y te aseguro que no se deja un arma cargada ni por...

—Te estoy contando lo que ella declaró. Claro que es perfectamente posible que ella cargara la pistola pero lo negó. Entró en la habitación de su marido, encendió la luz de golpe, disparó. Estaban abrazados, él se incorporó de un salto, al encenderse la luz, y recibió un balazo. La chica salió desnuda gritando, se lanzó corriendo por la calle como una loca. Fue un tremendo escándalo. Y este señor, creo que era Mayor o General, murió. Ella dijo en la encuesta... en el juicio, que tomó la pistola para defenderse, no creía que su marido estuviera en casa y, dijo, mucho menos que la engañara. Eso, entre paréntesis, era mentira seguro. Y que cuando los vio no los reconoció, sólo pensó que alguien se había colado en su casa y merecía un buen susto, en ningún caso disparó para matar.

—¡Uau! Qué puntería.

—Le había dado en una oreja. Nada más. Había sangre por todas partes

porque, aparentemente, las orejas sangran muchísimo.

No creía que nadie se muriera desangrándose por una oreja. Y menos un general que si hubiera tenido hemofilia o una de esas enfermedades no lo habrían admitido en el Ejército. Se lo dije a Martin: “Mira, tío, de eso nada”. Ahí me contó lo más curioso. Al señor le hicieron la autopsia correspondiente y resultó que se había muerto de un ataque al corazón.

—No sé si por el coitus interruptus o por los que llevara sin interrupción, por la cena monstruo que se habían dado o el horror de ver aparecer a Antonia... posiblemente tenía algo en el corazón de todos modos. Sea como fuere murió. Si tenía algo, seguro que su mujer lo sabía. Hubo una investigación y ella salió libre de cargos. Inocente como un bebé. Aunque quedaron muchas cosas sin explicar.

A mí se me ocurrían como cincuenta. Preparé dos bocadillos más, llevábamos varias tandas. Le pasé uno a Martin que continuó, después de tragar el primer bocado.

—Me tienes que decir dónde compras este jamón. Bueno pues Antonia quedó lista para volver a casarse. Y lo hizo poco después con un millonario de ochenta años.

Al pobre hombre rico de ochenta años parece que lo llevó como puta por rastrojo y pronto murió también del corazón aunque éste, que se supiera, sin ayuda.

—Aunque Antonia —dijo Martin— no necesita una pistola para pararle el corazón a alguien. Le basta con ser ella misma, es como una plaga de Egipto ella sola.

—Bueno, —reflexioné— creo que debemos hacer todo lo posible para que tu padre lo pase muy bien aquí y no tenga ganas de volverse a Londres. Si lo que le apetece a él es esquivar, iremos todos.

—Lo estáis haciendo de trueno Misi y tú.

Más bien Misi. Yo no había hecho gran cosa, aparte de presentársela. Martin se fue antes de que volviera Arthur; yo no sabía que pensar de aquello. Y había otra cosa, algo que había dicho Martin y me había chocado; no conseguía acordarme de lo que era.

## **XVIII**

No sabemos lo que nos habrá preparado el destino y hay que mantener siempre la esperanza de que cualquier tiempo futuro puede ser aún mejor. Pero Misi y yo decidimos de común acuerdo que difícilmente pasaríamos unas

Navidades y Fin de Año más alegres que los últimos del Segundo Milenio.

Hubo un pulso entre cocineros a ver quién nos servía las mayores suculencias. Acabamos cocinando todos juntos en casa de Martin a las órdenes de Arthur: ganso con salsa de grosellas, crêpes finísimos rellenos de foie y auténtico Christmas pudding flameado con salsa de crema al brandy... Para morir.

Charlie vino a ayudarnos y cotillear un poco antes de marcharse a casa de sus amigos en la Moraleja. Estaba disgustado.

—Con Manolo hemos tenido una tremenda pelea —me confió—. No quería que viniera acá. Dijo que quería ver a Arthur nomás, que me fascina ese hombre. —Había bajado la voz.

—Reconoce que tiene bastante razón. No sé por qué te gusta tanto si sabes que no es de tu rollo.

—M'hijita, ¿qué actor de cine le gusta a usted?

—¿De cine? —No entendía la relación.

—Claro. ¿Leonardo di Caprio?

—Ugj... No, para nada. No sé, George Clooney, supongo. Sí, y Hugh Grant... ah, y desde luego John Travolta, ése el que más. Pero ¿por qué?

—¿No te gustaría comer con uno de ellos, conversar un rato?

—Quizá... Sí, imagino que sí.

Charlie sonrió. Esperaba, dijo, que eso no quería decir que deseaba llevármelos a la cama. La persona atractiva era atrayente porque sí, nomás. Si a él le gustaba ver a Arthur, estar cerca de él o conversar era lo lógico, normal. Pero Manolo todo lo tomaba como afrenta.

—Te juro que si sigue así me voy a tener que mandar cambiar.

—Ten paciencia, Charlie. Tú sabes que es muy buena persona, y es educadísimo, sólo que tiene un carácter un poco fuerte y supongo que si no te quisiera no tendría celos, ¿verdad?

—Esta vez se pasó, a mí me duelen estas cosas, no soy insensible, no. Suerte que en tres días más me voy donde mi primo. Estaré con él una semana.

Después vino Manolo a despedirse y desearnos felices pascuas. Se marcharon los dos serios, sin hablar entre ellos ni sonreír.

Misi había traído su ropa a casa para tomar una ducha y cambiarse de a la hora de la cena.

Le pregunté si le gustaba Arthur.

—Ah, claro que me gusta. ¿A ti no?

—Venga ya, Misi, no te hagas la desentendida. Sabes lo que quiero decir.

Suspiró. “Me gusta muchísimo, Constanza. A morir”.

—¿Pero tanto como... como que te has enamorado de él?

—Dios mío, había oído hablar de flechazo pero no sabía que fuera tan fulminante. Nunca en mi vida me había encontrado a alguien como él, ni pensaba que existiera. Todo lo comprende, interpreta las cosas igual que yo, es... único.

—O sea, que te has enamorado.

—Ni lo sé. Fulminante quiere decir que te ha caído un rayo. Estoy como herida por la descarga, choqueada, enajenada, atónita... No sé cómo explicarte. Y otro problema, tampoco sé lo que él siente por mí. Quizá no sienta nada, es difícil saberlo. ¿A ti te ha dicho algo Martín?

—Lo único, que está encantado de que su padre te haya conocido.

—Ese chico es un cielo.

Le conté que una especie de mantis religiosa llamada Antounia estaba haciendo lo imposible por atrapar a Arthur.

—Claro, a Martín le preocupa que se deje pescar.

—No creo que sea tan débil de carácter. —Dijo Misi medio enfadada.

El día de Navidad cocinamos en casa de Misi langostinos de Sanlúcar al natural con una ensalada maravillosa y perdices con chocolate, yo creo que en plan españolada. ¡Puf! En su salón gris perla y amarillo estuvimos toda la tarde derrumbados en butacas comodísimas... dos así me hacían a mí falta, pensé; en casa tenía uno que sentarse como señoritas victorianas, la espalda bien derecha. Claro que a lo mejor era más sano para la columna vertebral. ¿Por qué había pensado victorianas? También las habría isabelinas, pero ésa era la fuerza de las novelas, inglesas había leído un montón y españolas de esa época creo que casi ninguna.

Y el día veintiséis lo pasamos casi entero a fruta. En el Audi de Misi viajamos a Sierra Nevada los cuatro. Arthur, que se empeñó en convidarnos, había alquilado un departamento por el teléfono que yo le procuré.

Me había comprado un traje de esquiar que me favorecía todo, rosa viejo, y algunas camisas de punto con cuello alto. Como había vendido mi pobre Ibiza me gasté una pasta en clases de esquí para no desentonar con los otros. No se me daba mal. Fuera de la clase Martín me acompañaba y si alguna vez echó de menos una pista negra yo no se lo noté. Al mediodía comíamos arriba en una especie de autoservicio, con poca hambre y muchas ganas de seguir esquiando. Por las tardes teníamos largas conversaciones en nuestro apartamento, leíamos o jugábamos al bridge. Arthur llevaba varios

libros de pequeño tamaño, ediciones antiguas de clásicos en papel fino y encuadernación de percal azul fuerte con letras de oro. Martin decía que toda su vida lo recordaba con Ovidio, Plinio y similares, algunos a doble texto. Arthur nos explicó. Los ingleses siempre habían viajado mucho, sobre todo en el siglo XIX y principios del XX. Barco, tren coche de caballos, mula... siempre andaban de un lado a otro del Imperio. Por eso las Universidades imprimían esos pequeños libros de los clásicos, que cabían en los bolsillos y proporcionaban alimento espiritual, sabiduría o distracción.

Martin se había llevado varios Muriel Spark, releía mucho, pensando en su guión. Estaba en conversaciones para ir a visitar a la autora en el mes de Febrero; eso lo tenía emocionado.

—¿Te das cuenta? Esta señora tiene actualmente ochenta y tres años y sigue publicando novelas y siguen siendo excelentes novelas. Es un genio.

Le pedí que me prestara algo de ella; me había dejado tentar en la librería de la calle de Goya casi con Velázquez con una novela española que me estaba poniendo nerviosa. Todos los personajes hablaban exactamente igual, del joven al viejo, del catedrático al campesino... ¡todos! Claro, resultaba inverosímil y cuando ya no te crees lo que estás leyendo para qué seguir. Martin me pasó *The Mandelbaum Gate* que era estupenda. Misi había traído *Las Cenizas de Angela* pero apenas leía, andaba con la mirada perdida en los picos nevados, en las laderas que se ponían color de rosa al caer el sol... como si soñara o rezase.

Por las noches salíamos a cenar; si hacía mucho frío preparábamos algo en la cocinita del piso, pasta o sopa de queso.

Martin había traído también un libro sobre la vida en el año dos mil, descubierto en una librería de viejo, publicado en los cuarenta. Era un libro aparentemente serio escrito por un ‘profesor’ y que incluía informes de varios estudios norteamericanos. Muy mal elegidos, por cierto.

Nos hizo reír a carcajadas. Sus pronósticos eran geniales, no se había cumplido ninguno. En el año dos mil no circularían coches particulares, los trenes de alta velocidad serían monorraíles elevados a no sé cuántos metros. Gran cantidad de personas tendría avionetas privadas. Todos los tejidos serían sintéticos, no existirían lana ni algodón, los alimentos también serían sintéticos; ni una mísera lechuga. La arquitectura tradicional y sus materiales habrían pasado a la historia, florecerían en cambio grandes ciudades submarinas sobre todo en las costas de Florida: bloques de edificios prefabricados de plástico en forma de inmensas setas, extraerían el oxígeno



del mar. Todo el mundo podría tener su ordenador personal pero sólo en los Estados Unidos y dos o tres países más, creo que Inglaterra y Suiza. Aquello nos dio para una velada, era tan idiota que tenías que reírte; pensamos cómo sería el mundo del futuro. Misi decía que se acababan todas las diferencias, raza, religión, clase social... Martin no lo veía. Era como lo del libro, las cosas no cambiaban tanto tan deprisa. Ahí discutimos, yo veía los cambios alucinantes de rápidos. “Fijaos las comunicaciones; debo de ser la única que no tengo teléfono móvil. ¿Cuántos había hace cinco años? ¿Y si pensamos en Internet? Todo el espacio es una inmensa tela de araña donde millones y millones de personas están continuamente enganchadas”.

Martin dijo que toda la industria y el comercio actualmente se enfocaba a la gente joven y tendría que cambiar y orientarse a gente mayor que sería la gran masa.

—Pero no tendrán un céntimo para pagar porque no habrá dinero para pensiones, —aseguró Arthur.

—Quieres decir no tendremos.

—Y la gente vivirá en plataformas espaciales, en Marte o sabe Dios —aventuré con un estremecimiento.

Arthur sonrió. “¿Pero cómo salimos de la pecera?”

—¿La pecera?

—Sí. Vivimos en una especie de bola que es la tierra rodeada de la atmósfera. Ahí, en esa red de átomos de oxígeno, nitrógeno y demás estamos encerrados. Prisioneros.

—Pero la atmósfera es lo que nos da la vida —dije.

—Exacto. Nos da la vida y nos prohíbe salir. Como los peces en la pecera, si salimos es dentro de una bolsa de plástico.

—Con química se podría resolver, ¿no? —preguntó Misi.

—No parece fácil —dijo Arthur—, de todos modos es posible que se consiga.

—Pero ¿por qué íbamos a querer vivir fuera de nuestro Planeta?, —preguntó Misi. —Yo no estoy de acuerdo contigo, Constanza, en que la gente vivirá en Marte o qué sé yo.

—¡Si a mí me horrorizaría! Yo no he dicho que fuera deseable, sólo que podría ocurrir.

—Y podrían existir razones, —dijo Martin—, producidas por nuestra falta de conciencia. Podemos destruir nuestro mundo si nos empeñamos, claro.

—Y llevamos mal camino —sentenció Arthur.

—Ni siquiera el empeño tiene que ser nuestro. Hay un montón de locos por ahí. Y un montón de posibilidades de destrucción en venta. Y mucha injusticia que alimenta los odios.

Misi estaba cavilosa “Pienso que sólo el amor puede salvarnos. Si amamos a nuestro mundo, y también a todos los que viven en él, podríamos hacer que nadie necesitara huir.”

—Sí, claro, los científicos que quieran estudiar el cosmos son otra cosa. Pero que sepamos cuidar la tierra para todos.

—Tiene razón Misi —dijo Arthur mirándola con adoración—. El amor es lo único que puede salvarnos.

Me pareció una respuesta muy simplista, ¿cómo poníamos en práctica eso del amor universal? Con tanto odio, ignorancia, pobreza y fanatismo como hay en el mundo... Tuve ganas de decir, “venga la receta”, pero para mí era evidente en qué amor estaban pensando los dos en aquel momento.

Callábamos. Imaginé la gran bola azul en su masa gaseosa que nos daba la vida, la seguí girando rápida y rítmicamente entre millones de estrellas por la galaxia: era fascinante. Pero no sabíamos, en realidad, qué iba a ser de todos nosotros. Como si me adivinara, Arthur soltó una de sus sentencias en latín. Los tres preguntamos a la vez: ¿Cómo? Sonrió, repitiendo despacio:

—*Quid sit futurum cras, fuge quaerere.* Quiere decir: hay que huir de preguntar cuál va a ser el futuro.

—O sea, —dije— que *carpe diem*. —Por una vez sabiendo algo que pegaba.

—Bien, Constanza, muy bien. Viene a decir lo mismo. *Carpe diem quam minimum credula postero.*

Pensé: Joé, qué chulo. Nunca había conocido a alguien que hablara latín todo seguido. Dije:

—Joé, qué chulo. Nunca había conocido a alguien que hablara latín todo seguido.

Imagino que lo próximo que debería hacer es escribir un pequeño tratado: “de cómo destruir con una frase la buena impresión causada anteriormente”. Y es que no se pueden decir las cosas igual que se piensan.

En fin, en cuanto al futuro, sería verdad en el caso de los asuntos generales que habíamos hablado. Pero para Arthur y Misi había, me parecía a mí, un futuro común que se estaba haciendo presente bastante deprisa.

Contentos y sosegados despedimos el Año Viejo y saludamos la entrada del último año del Milenio con un cava muy aceptable, que Misi había tenido

la buena idea de traer de Madrid. Llegó el dosmil y no se terminó el mundo ni se atascaron los ordenadores. Ni siquiera parpadeó la luz en las bombillas. Mandamos un saludo al salón-almacén de Silvia Urgoiti, le contamos la historia a Arthur y nos reíamos pensando en toda aquella comida con las fechas de caducidad pasadas.

Aparte de que se me despellejó la nariz por la fiereza del sol no podría recordar un solo detalle negativo en toda la semana.

El día primero de Año fuimos a Misa en Pradollano, incluido Arthur que era de la Iglesia de Inglaterra pero, dijo, era también un devoto admirador del Cardenal Newman.

Ninguno de los cuatro quería volver a Madrid pero yo tenía mi trabajo y Martin una entrevista con un productor para el guión de Muriel Spark. Hicimos el equipaje con una sensación de final de vacaciones tan gris como la que teníamos en la infancia, recogimos el apartamento y devolvimos nuestros esquís alquilados.

—Es una pena tenerse que marchar, —volvió a decir Misi; había repetido aquello no sé cuantas veces.

—Y más ahora, que se va la mayoría de la gente y queda esto mucho más agradable.

—Volveremos. —Aseguró Arthur que también se repetía.

Entramos en una cafetería de la plaza para almorzar antes de irnos. Nos sentamos algo pesarosos, sin muchas ganas de comer.

—Sopa de pescado —dijo Martin para animarnos—. ¿Quién quiere sopa de pescado?

—Yo.

—Y yo. El otro día estaba buenísima.

—¿Cuatro sopas de pescado? ¿Qué más? Voy a ir a la barra o nos tendrán aquí dos horas.

Elegimos. Misi dijo que era una vergüenza no haber ido a Granada. “Tendríamos que haber bajado por lo menos un día. Es una maravilla”.

Y Arthur: “Pero si vamos a volver”.

—Escuchad, —dijo Martin a Misi de vuelta de encargarnos nuestra comida—. Mi padre y tú no tenéis prisa por estar en Madrid. ¿Por qué no os quedáis una semana más?

—No, no. Hemos venido juntos y volveremos juntos. Tenemos un solo coche.

—Quizá hay otra manera de volverse... un tren o algo, —sugerí no muy

convencida porque sabía que Granada era una de las ciudades peor comunicadas de Europa.

—No —dijo Misi—. Sentiría que os fuerais en tren. Otra vez será.

—Otra vez será —repitió Arthur—, aunque si hay un tren no veo gran problema.

Martin fue a hablar con el dueño del bar. Volvió, mirando su reloj. Sí, había un tren y el coche para la estación salía de allí mismo, al otro lado de la plaza, dentro exactamente de tres minutos y medio. ¿Billetes? Era de esperar que sí pero no podría asegurarlo.

—Ahora, sir, —dijo Martin en inglés con su tono que yo nunca sabía si era serio o en broma— tiene quince segundos para decidir si quiere deshacerse de nosotros. Tomaremos ese tren; no tiene más que levantar la mano.

Arthur miró a Misi que hizo un gesto de duda, no dijo sí ni no. Pero le relucían los ojos como las castañas de Indias cuando acabas de quitarles la cáscara verde con pinchos.

—Voy a sacar nuestras cosas del Audi, —dijo Martin a la vez que Arthur riendo levantaba la mano derecha tan ligeramente que apenas se notaba.

Fui a decir al dueño que anulara nuestras dos comidas; Misi decía que debería llevarnos ella a la estación por lo menos; el camarero nos aconsejó que no se le ocurriera si no conocía Granada muy bien. El tráfico era un desastre de vueltas y direcciones prohibidas, mucha gente perdía los nervios y nosotros desde luego perderíamos el tren.

Misi me abrazó deprisa y fuerte, le dije al oído “que esta vez te acuerdes de pedir la luna”, abracé a Arthur dándole millón de gracias y salí disparada a cruzar la plaza y tomar el pequeño autobús de color naranja que llevaba a la estación. Sólo había un tren al día, dijo el conductor, si no lo pillábamos estábamos ‘apaños’, tendríamos que intentar el autobús o, lo más seguro, un taxi.

No perdimos el tren de milagro; mientras Martin se iba a la cola de los billetes yo intentaba conseguir algo de comida en la cafetería de la estación; aquel puñetero tren ni cafetería llevaba. Sólo tenían bocadillos, helados con palito y caramelos; mientras pagaba me sentí como si tuviera diez años y me marchara de excursión.

Tal vez fuera eso lo que me hizo sentirme excitada y contenta cuando nos colocamos en nuestros asientos.

El tren empezó a moverse despacio con un pitido como los trenes

antiguos, con el Jefe de Estación levantando su bandera enrollada. Algunas personas saludaban desde el andén con la mano, un niño corrió a la vez que el tren que enseguida lo dejó atrás y lo perdimos de vista. Quizá iba su madre con nosotros, me dije. Era un tren cutre se mirara como se mirase, ni de lejos se podía comparar con el de Sevilla. Pero algo debían de hacerle los trenes a mi organismo: la fascinación que estaba sintiendo era parecida a la de aquel otro viaje cuando conocí a ele efe y caí como idiota en su trampa. El vagón tenía cero atractivo, los asientos raídos y viejos de un color azul-malva sucio. Y yo encantada allí dentro con Martin.

—Dime, ¿crees que ha sido buena cosa dejarlos allí solos? Pero en qué vas pensando, te he preguntado dos veces y no me respondes.

—Que sí, has hecho muy bien. Estaban deseando quedarse solos. No pensaba nada especial.

—Yo creo que después de que mi padre pase quince días en la Sierra con Misi, Antonia Knowles no va a tener nada que hacer, ¿no te parece?

—Absolutamente nada. Por favor, ¿es que no te has fijado en cómo se miran?

No se lo dije a Martin pero tenía la seguridad de que se habían enamorado. De repente me vino a la memoria algo que quise preguntarle en otra ocasión y se me había ido de la cabeza. “Oye, tú me dijiste que tenías que ir a Londres para algo de tu padre, ¿te acuerdas?”

—No me acuerdo pero fui y lo traje a Madrid. ¿Por qué esa duda?

—Cómo que no te acuerdas, Martin. Eso no me lo puedo creer. Me lo habías dicho antes del viaje. Pero el otro día, cuando me contaste lo de Antonia, dijiste que habías aparecido de improviso, sin avisar...

—¿Y entonces?

—...que habías tenido que dormir en el cuarto de servicio con su cama corta y su ducha miserable.

—Desde luego eres la reina de la repetición verbatim.

Reconocí que siempre se me había dado muy bien repetir una conversación palabra por palabra.

—Y bien, ¿qué me quieres decir con eso, Constanza?

—No. Qué me quieres decir tú. Porque a mí las dos cosas juntas no me encajan bien, hay algo ahí que suena un poco raro.

Martin se calló un momento como si repasara la conversación. Después dijo: “Okay, tienes razón, no tenía que ir. Pero no quería dejarte con el falso Adonis, me daba rabia. Quería... creo que quería estropearle el plan pero

porque me parecía que aquel tipo no estaba bien para ti. Sabes, hasta sentía miedo ¿Te acuerdas el primer día que fuimos a cenar y te dije que me gustabas y te picaste?”

—Sí, me acuerdo de aquello pero ¿qué tiene que ver con lo que estamos hablando?

—Tiene que ver... Yo lo veía subir y bajar... sabía perfectamente a lo que iba, no me confundí en eso. Pero me equivoqué contigo, creí que eras una chica... ligera. Por eso te hablé de aquel modo que no es mi estilo, en realidad.

Cierto que no era su modo de ser; ahora me daba vergüenza que me hubiera tomado por una de esas... Desde el primer momento en que me conoció mejor Martin había decidido que aquello no estaba bien para mí, aun antes de saber —creer— que ele efe estaba casado.

—Hay que reconocer que acertaste. ¿Por eso querías que cenáramos juntos? Resultó un poco raro.

—Por eso. Pero naturalmente el falso Adonis no aceptó.

—Era falso todo. Sabes, Misi y yo decidimos que no había sido un novio real sino virtual. Y que no nos acordaríamos de él para nada ni siquiera volveríamos a hablar de él.

—¿No has vuelto a tener noticias tuyas?

Vacilé. No quería hablar de la última llamada por la bata que ahora usaba el portero. Era una vergüenza ajena. Agarré la botella de agua de Lanjarón, recordé que cuando era pequeña estaba muy de moda ir a tomar las aguas que, se suponía, eran buenas para el hígado pero, según mi padre, la gente lo compensaba con tales cantidades de jamón local y huevos fritos con pimientos que el hígado no se recuperaba. Saqué un vaso de plástico, volqué, bebí. “Llamó un día, dije después, pero no le hice caso. Avisé: ‘voy a colgar’ y colgué.”

—Bien hecho.

No hablamos mucho más, comíamos caramelos como dos niños chicos, sonreíamos. Mirábamos por la ventana; mientras duró la luz había paisaje, olivares y sierras. Mi Andalucía. Pronto oscureció y el mundo de afuera se volvió inmenso, sin confines, con luces que venían a encontrarse con nosotros, salidas de ninguna parte hacia ninguna parte. Dentro del vagón se sesteaba; afortunadamente no funcionaba la televisión. Tampoco se oían voces ni teléfonos, una de esas situaciones en las que uno piensa que estaría muy bien seguir así tiempo y tiempo. O, más exactamente, sin sentido del tiempo.

## XIX

Era ya noche oscura cuando llegamos; sobre Madrid había caído una helada dura, nos mordía la cara al salir de la estación de Atocha. Un taxi nos llevó al número veinticinco. Delante de la puerta de mi piso me acometió un ataque repentino de no sé qué. No podría explicarlo. Supe con toda seguridad que Martin iba querer quedarse en casa, claro, pensé, su padre le ha dado el ejemplo. Porque en la Sierra teníamos dos dormitorios, dormíamos bien decentemente Misi y yo en uno, los dos hombres en el otro. Pero ahora, a saber.

Martin efectivamente me preguntó “¿quieres que me quede?” y yo dije que no sólo moviendo la cabeza. Me sentía llena de timidez o algo parecido.

No había abierto siquiera la maleta y ya me daba una cierta pena. En el tren había dormido un rato apoyada en su hombro, me encontraba bien pegada a él. Así que por un lado deseaba haberle dicho que sí, por el otro estaba bien no quemar etapas. Con ele efe me había precipitado de más, me había pasado más de siete calles, y mira qué mal. Doña Teresa seguro que tenía razón.

Además estaba muy cansada y a la mañana siguiente debería ir a trabajar medianamente lúcida.

Tenía también que llamar a mis padres y felicitarles el Año Nuevo, que ya estábamos a día dos y no había llamado aún. No sé por qué me acordé de pronto de Indalecio Ungría, le mandé un recado mental: “descansa en paz y no me guardes rencor, de verdad no era razonable que te vinieras a mi casa”.

De pronto estaba mucho más cansada que antes; no desharía el equipaje hasta el día siguiente y recurriría a mi viejo sistema de hidroterapia, o sea un buen baño con un chorreón grande de agua de colonia de mi tierra.

Agarré una manzana que llevaba ocho días en la nevera y estaba reseca al tacto, y fui a sacar un camión bien planchado por Felisa. Sonó el teléfono, me desconcertó un poco. Sería Martin, ¿qué decirle? Que estaba a punto de acostarme, cansada. Me tuve que dar prisa para que no saltara el contestador de la compañía de teléfonos; aún no lo había desconectado.

Charlie. “Vaya, qué alegría”, le dije. “Feliz Año Nuevo”.

—Menos mal que te encontré Constanza. Ayer te estuve llamando y, nada, nunca contestaste. ¿No escuchas los mensajes? ¿Para qué pones el contestador? Sí, pues.

—Todavía no he oído los mensajes. Acabo de llegar, ni siquiera he deshecho la maleta y no...

—Tengo que hablar contigo.

—Bueno, Charlie, mañana.

—Nada de mañana, m'hija. Es muy urgente.

—Esta noche no. Me voy a acostar ahora mismo. Mañana te veo, ¿vale?

—Si es por teléfono, m'hijita. Estoy en Torremolinos.

—Ah, creía que volvías antes que yo. No habrá pasado nada malo, ¿verdad?

—Constanza, escúchame, lo he vuelto a encontrar.

—¿El qué?

No sabía si era cansancio o decepción porque fuera Charlie en vez de Martin, pero no me estaba enterando de nada.

—A Max. He vuelto a encontrar a Max. Está viviendo acá, en Marbella.

Con el teléfono en la mano me senté en el borde de la cama. Cada vez entendía menos.

—Constanza, ¿me escuchas? ¿Oíste lo que te dije recién? Max, el escultor. Max. ¡MAX!

—Vale, no me grites. Has encontrado a Max. Pero, ¿no resultaba que todo aquello era mentira y Max sólo existía en tu imaginación?

Mientras hablaba así me di cuenta de que estaba siendo injusta. Porque siempre había creído que Max existía de verdad y que era asunto de mucha importancia para Charlie. Por descontado, se picó inmediatamente.

—Nunca pensé que ibas a reaccionar así, —dijo con voz quejosa—. No, de veras, estoy sentido. Tuve que decir que no era cierto porque Manolo no soportaba esa cuestión. Pero estoy sentido contigo porque reaccionaste pésimo.

—¿Cómo quieres que reaccione si ya no sé lo que es verdad ni lo que es mentira? —Estaba cansada, quería disculparme y terminar.

—Constanza, Max es verdad. Es real. Fue el amor de mi juventud, tal y como te lo conté cuando te hablé de él la primera vez. ¿No lo recuerdas? Fue el día que pintamos las sillas.

—Si, Charlie, me acuerdo perfectamente. Y lo has vuelto a ver.

—Imagínate. Lleva cinco años viviendo acá en España. ¿Te fijas? Y yo sin tener noticia. No entiendo cómo es que nadie me lo dijo, acá todos lo conocen.

Aquello sonaba muy serio, Charlie hablaba exaltado, agitadísimo... Qué mal rollo me estaba pareciendo todo. ¿Y ahora qué hacemos?, pensé para mí sin saber qué decirle. Pero hablaba él solo.

La cosa era así. Charlie había ido desde Torremolinos a Marbella a



comer con unos amigos. Después del almuerzo fueron a dar una vuelta por la playa, no que estuviera para ponerse el traje de baño; hacía frío pero brillaba el sol. De repente dijo Charlie que había sentido como si se le detuviera el corazón, que luego le dio un salto y no sé cuántos síntomas cardíacos más, o sea que el corazón se le volvió loco, porque había visto a alguien paseando que le recordó vivamente a Max y su época de las estatuas de arena. Bueno, pues era Max.

—¿Y él te reconoció a ti, Charlie?

—¡Claro, pues! Cómo se te ocurre que no fuera a reconocirme. Yo pregunté a mis amigos: “¿no será aquél Max Steiner?, porque se le parece tanto”. Y me dijeron que sí era y vivía muy cerquita de allá. Ellos lo conocían pero de saludarse nomás. Mientras, nos estábamos acercando. Entonces él me vio y se vino hacia mí al tiro, enseguida.

—¡Después de tanto tiempo! ¿Y qué te dijo?

—Fuimos a tomar una copa todos juntos y Max me miraba, me miraba, parecía que no pudiera hablarme. Casi toda la conversación la llevaban los otros; a mí de veras que también se me ahogaba la voz.

Dios mío, estábamos rodeados. Todo el mundo parecía haberse enamorado de repente. Charlie y Max se miraban; por el tono de Charlie aquello parecía un incendio en un bosque. Arthur y Misi se miraban, no veían a su alrededor ni el telecabina siquiera.

Charlie seguía:

—Después fuimos todos a sentarnos en la arena y Max escribió con un dedo, como si jugara. Entonces supe que me quería, me seguía queriendo. Fue la cosa más linda que me ha pasado en toda mi vida.

—Espera, espera. ¿Escribió en la arena con un dedo y tú supiste...?

—Sí, pues. Una sola palabra. Una de esas palabras que... ya sabes. Todas las parejas tienen un lenguaje suyo, ¿cierto?, palabras que para los demás no quieren decir nada especial...

Tuve que insistirle para que me dijera la palabra, la curiosidad me comía. Cuando me la dijo me pareció una bobada, no era nada de particular, así que me sentí como si me hubiera perdido algo. Luego le pregunté si Max estaba solo o... bueno, si había alguien más.

—Y... ahí tenemos un pequeño problema pero que se va a resolver, de todos modos.

—¿Así que hay alguien más?

—Este... hay una persona viviendo con él por el momento pero se va a

marchar en una semana.

El problema, me dijo, era que Max había ganado mucho dinero y este chico, que vivía con él desde hacía cinco años, se iba pero reclamaba unos gananciales, por decirlo así, porque durante esos cinco años había tenido que dejar su trabajo. Pero lo iban a arreglar por las buenas con un abogado que era amigo de los dos. Mientras tanto Max estaba empeñado en que Charlie no se volviera a Madrid, le iba a pagar un apartamento hasta que su casa estuviera libre. ¡Tenía una linda casa, lindísima, un sueño!

—Espero que vengas a vernos, Constanza, estás invitada.

Charlie quería que yo hablara con Manolo, le diera la noticia y le mandara sus cosas a Marbella, los cuadros, ropa que no era mucha ni muy buena pero había viajado con lo indispensable para una semana.

—Oye, Charlie, de qué vas. Cómo voy a hablar yo con Manolo.

—Por favor, Constanza, por favor. Te lo pido de rodillas.

—Si no es cuestión de favor, es que no le puedes hacer eso, tienes que decírselo tú.

—¿Por qué? Tú sabes que nos estábamos llevando pésimo.

—Vale, pero vivías con él, ¿no? —Iba a añadir “a su costa”, lo callé. Insistí en que tenía que volver y dar la cara.

—No te digo que no te vayas con Max porque no es asunto mío y además sería inútil. Pero lo mínimo que Manolo se merece es una explicación.

—No puedo. No puedo enfrentarme a Manolo. ¿Y si le dices a Martin que se lo diga él?

Le aseguré que se lo diría pero no iba a aceptar. A lo que me replicó que ahora que se habían vuelto a encontrar, Max no lo dejaba marcharse. Ni él mismo quería, tampoco.

—No nos vamos a separar por ningún motivo.

—Puedes venir en avión por la mañana y volverte por la noche. No necesitas quedarte a dormir.

Nada. Se descomponía sólo de pensarlo. Una cosa tan fácil como decir “me voy”. Me repitió que se lo dijera a Martin y que me ocupara de mandarle sus cosas. Y los cuadros. Aparte de los suyos había un cuadro de Rogelio Díaz y un Pacheco Altamirano en los que tenía mucho interés. Los había comprado en dos ocasiones distintas, a muy buen precio. Sobre todo el del pintor chileno, que era de barcos, muy lindo, y estaría regio en la casa de la playa. En fin, quería los dos y que no se me olvidara embalar bien su guitarra.

—No sabía que tocaras la guitarra.

—Ah, claro. En Chile siempre guitarreábamos y cantábamos. ¿Nunca he tocado para ti?

No lo había hecho y lo sentí, ahora ya no podría escucharlo. Me fui para el cuarto de baño dando vueltas a todas las noticias.

A la mañana siguiente fui otra vez a la oficina. Faltaba gente y la que había ido tenía resaca. Miriam me contó su propósito de Año Nuevo, ya cumplido; se había ido a vivir con Ángel, su novio. Sus padres no se habían disgustado tanto como ella pensaba; Ángel les buscó una huésped de pago, estudiante de ATS.

Llamé a Martín para preguntarle si quería cenar en casa. Como no había mucho trabajo salí temprano y me fui a comprar que buena falta me hacía. Era el lunes tres de Enero, un día soso para mí. Echaba de menos la Sierra, las buenas conversaciones al atardecer, las pistas por las mañanas, las noches de cielo tan oscuro cuajado de estrellas grandes.

Para cenar compré ternera en trocitos y setas, se echaba todo en una cacerola con un sofrito de cebolla y una copa de vino y a cocer despacio. No tenía ganas de trabajar.

Martín llegó temprano, contento; el proyecto del guión seguía su marcha. Pensé; es guapo. Antes no me había dado cuenta de que fuera tan guapo. No tenía el porte de su padre pero estaba muy bien. Me gustaba su forma casual de vestir, los pantalones de pana, las camisas de viyela o de algodón con dibujo Oxford. Aunque informal, siempre iba muy limpio, el pelo rubio un poco ceniciento recién lavado. Y con todo, lo mejor que tenía era su manera de ser.

Tuve tiempo de contarle la última hora de Charlie; se reía.

¿Entonces Max existía, después de todo? ¿Por qué decían una cosa primero y luego otra? No había quien se aclarase.

—Ya te lo explicamos Misi y yo, era por no enfrentarse con Manolo.

—A propósito, ¿qué dice Manolo de todo esto?

No lo sabía, yo aún no había hablado con él. Le dije a Martín que a mí aquel asunto me daba pena, me sentía como si hubiese perdido un amigo. ¿La vida era ir perdiendo amigos todo el camino? Tal vez algo del sentimentalismo de Charlie se me pegaba...

—Vamos, no exageres. No era tan amigo tuyo.

—Sí que lo era. Y ni siquiera sabía que cantara bien, nunca cantó para mí.

Dijo que de Charlie no sabía apenas nada. “A ver, ¿qué pensaba de todo ese lío de Pinochet?”.

Lo sabía: “Piensa que lo tienen que juzgar en Chile y es una insolencia juzgarlo en Europa. Una insolencia muy europea. Por cierto, Charlie quiere que hables tú con Manolo y se lo digas”.

—¿Que yo hable...? Absolutamente no. Sería “una insolencia muy europea”. Es asunto suyo.

—Se lo he dicho. No quiere afrontarlo.

—Que lo afronte o que haga lo que... ¿Esperas a alguien?

Había sonado el timbre de la puerta, salí a abrir un poco extrañada. Era Manolo. Pensé vaya casualidad, de ti estábamos hablando. Dije: “Hola, mmm, feliz año dos mil. Está Martin aquí, ven a tomar un vaso de vino con nosotros”.

Fuí detrás de él, que andaba muy derecho; me angustiaba la idea de ser yo quien le diera la noticia. Por otro lado, callar como si todos fuéramos parte de una conspiración era fatal.

Martin debía de estar pensando algo parecido; el silencio se establecía en el salón como un cuerpo sólido entre nosotros. Serví los vasos de vino sin que se me ocurriera nada que decir; Martin carraspeó sonando como el típico inglés de las películas. Manolo, sentado sin apoyar la espalda, tampoco abría la boca.

Rompí el hielo con un comentario sobre Sierra Nevada y pregunté a Manolo qué tal lo había pasado con su familia. Entonces, en vez de contestar, nos dio la noticia de Charlie. Que había vuelto a encontrar a su antiguo amigo después de más de veinte años y habían decidido seguir juntos en adelante.

Alivio y un tanto de cortedad porque tampoco podíamos demostrar un asombro exagerado. Martin murmuró: “bueno, bueno, qué coincidencia” y yo al mismo tiempo: “no me digas, ¿te ha llamado Charlie para decírtelo?”.

Calló, un momento, movió la cabeza negando, con aire de pesadumbre.

—No. No he hablado con el monito. Yo lo llamo, lo llamaba... No he podido hablar con él.

—Entonces, ¿cómo lo has sabido...?

—No he podido hablar con él —volvió a decir—, eso es muy duro. Este individuo... Max me ha telefoneado a mediodía.

—Vaya.

No sabíamos, en realidad, qué decirle, llevaba a cuentas tanta pesadumbre...

—¿Y qué tal te ha parecido... ese Max?

—Ah, parece una persona agradable, así, por el teléfono. Sí, muy correcto pero claro, yo querría haber hablado con Charlie, que me lo hubiera

dicho en persona porque no me lo puedo creer.

Estaba hablando mucho para ser él, debía de necesitar el desahogo. Le pregunté qué le había dicho Max.

—Realmente muy poco. No me ha dado muchas explicaciones. Que estuvieron juntos de jóvenes desde la Escuela de Arte hace años, después se habían perdido de vista pero que en verdad...

Se le cortó la voz.

—¿En verdad?

—En verdad se amaban, me lo dijo así, con esas mismas palabras. Estos... estos suramericanos tienen poco pudor. Yo pregunté si podía hablar con Charlie pero Max dijo que él prefería no hacerlo por el momento y que me llamaría más adelante cuando todos estuviéramos más tranquilos.

—Pero tú estás muy tranquilo.

—Yo lo único que quería era hablar con el monito. Pero desde luego no pensaba suplicarle ni nada de eso.

—Por supuesto que no, —dijo Martin con firmeza.

—Igual no comprendo que no quisiera hablar conmigo, no lo puedo entender... ni siquiera sé si me lo creo. No estoy tranquilo, no.

Aventuré que tal vez como se peleaban bastante Charlie hubiera preferido no plantear una discusión. Manolo negó inmediatamente.

—Ah, no. No puede ser por eso. Él sabe que yo lo... enfin, que siempre querré lo mejor para él. Después de hablar con Max se me iba la cabeza, estaba mareado. Me... me senté en el suelo.

—Toma un poco más de vino, anda.

Volví a llenar los vasos, miré a Martin levantando las cejas, preguntando sin hablar. El apretó la boca para darme a entender que lo dejara. Manolo seguía:

—Estoy confuso. No hago más que pensar y preguntarme por qué... y si será verdad, porque no me lo ha dicho él mismo. ¿Y si estuviera... obligado? Si en realidad no lo dejaran volver. Sería terrible.

¿Cómo podía decirle que a mí me lo había dicho en persona y era la cruda y simple verdad? Si empezaba a dar vueltas y a imaginar cosas como que estaba dominado o secuestrado sufriría mucho más. ¿O quizá menos?

—Mira, —se me ocurrió— si quieres dame su número y lo llamaré yo. Le preguntaré si está bien y todo eso. Lo que tú quieras.

—¿Lo harías? —preguntó Manolo, esperanzado—. Sólo tengo el teléfono de su primo pero seguro que se lo dicen y te llama de vuelta. ¿Lo harás? ¿De

verdad no te importa?

—Claro. Y le diré que es el colmo que no te haya llamado en persona y estás indignado.

—No —dijo Manolo—, indignado no. Dile que estoy... preocupado, eso es. Muy preocupado. Que hable conmigo.

—Bueno, no te desesperes; ya verás como esto se te pasa. El tiempo lo cura todo y antes de lo que imaginas. Lo vas a olvidar y hasta puedes encontrar a alguien con quien seas más feliz.

—Mira, esas cosas duelen pero se pasan —dijo Martin—. Ya lo verás.

Manolo miraba a la pared sin parpadear apenas. “Han sido cinco años”, dijo.

—Esto se te va a pasar, de verdad. Y más rápido de lo que puedes imaginar ahora.

—Me estoy acordando del día que arreglamos este salón... estábamos tan contentos. Y sólo hace un par de meses, —recordó Manolo.

—Seis —dije—. El tiempo pasa muy deprisa.

Pensé que siempre los recordaría como aquella tarde, en mangas de camisa cargando los muebles y riendo por cualquier cosa.

—Me voy a marchar de la casa —dijo Manolo—. Cuando se acabe el contrato no lo renovaré.

—Qué dices. No seas absurdo. ¿Qué iba a ser el número veinticinco sin ti?

—Ahora estás deprimido —dijo Martin—. Pero así que pasen unas semanas verás que no piensas igual. Debes quedarte.

—No. Voy a volver a la casa de mis padres.

—¡Estás loco! ¿Cuántos años tienes?

—Treinta y uno. Charlie y yo nos llevamos doce años y siete meses.

—Yo por nada del mundo volvería a casa de mis padres. No se te ocurra hacer eso, Manolo.

—Ellos sufrieron mucho cuando me vine a vivir con Charlie.

Hasta entonces, dijo, él vivía con su familia. Había tenido algún amigo, el último el socio con quien puso la tienda. Pero con Charlie tuvo que dar la cara ante sus padres y obligarlos a reconocer la verdad. Lo que llamaban ‘salir del armario’. No se habían recuperado. “Ellos no pueden remediar que no les guste mi manera de ser”.

—Yo, perdona, creo que seguramente lo sabían de antes, sólo preferían poner cara de que no.

—Escucha —dijo Martin—, la vida que tú llevas jamás la van a entender si no la han entendido a estas alturas. Hay personas que no pueden aceptar lo que no comprenden y no es cuestión de ponerle empeño. No pueden y no sería justo echárselo en cara. Y también piensan que no deben aceptarlo, que no está bien. Pero tampoco tú vas a cambiar, de manera que no debes ir a vivir a su casa. Porque llegará un día en que encontrarás a otra persona y querrás volverte a ir, y te irás porque eso es imparable; entonces habrá una tragedia aún mayor.

—Tiene razón Martin —intervine—, ¿es que no lo ves?

Manolo siguió en su sillón, derecho y callado, meneó la cabeza como si no lo convencieran nuestros argumentos. Luego dijo que había venido a casa para contarme la noticia y también a pedirme que le ayudara a embalar todas las cosas de Charlie para mandárselas. Estaba demasiado deprimido para recoger las pertenencias de Charlie y seguro que lo haría todo mal.

—Bueno, verás, es que yo...

—Es poca cosa... ahora siento que no tenga más ropa. Cuando vine a vivir con él tuve que comprarle su parte del negocio a mi amigo... normal. Llevó muy mal que me juntara con Charlie, pero lo hicimos todo en plan amistoso.

Ahí Manolo empleó todo lo que tenía ahorrado y pidió un préstamo que acababa de terminar de pagar. Cinco años. “En estos cinco años no hemos comprado casi nada y ahora que íbamos a estar más holgados...”

—Es igual que sea poco o mucho, Manolo, no debes preocuparte por eso.

—Es que casi toda la ropa que compramos era para mí, como tengo que estar elegante en mi tienda... aunque yo tenía muy buena ropa de antes porque mis padres me compraban de todo cuando vivía con ellos.

—No le des importancia a eso. ¿Y Charlie no tenía nada?

—Pobrecito, qué iba a tener, ni para pasta de dientes. No le había ido bien.

Ahí vi que me estaba cayendo un marrón de buen tamaño pero lo tenía que afrontar.

—Pero él me dijo... una vez me dijo que había comprado dos cuadros. Un Rogelio Díaz y otro de un chileno.

—Un Rogelio Díaz preciosísimo, es verdad, lo tenemos en el dormitorio. El otro son unos barcos, es muy bueno también. Los encontramos en dos ocasiones distintas en una galería que suele tener buenas oportunidades.

Era verdad, me dijo, que Charlie se había entusiasmado y había ido como

cincuenta veces a la tienda hasta que los consiguió en un buen precio, sobre todo el del pintor chileno. Entonces, las dos veces, Manolo fue y tirando de talonario, pagó. Lógico, como que el otro no tenía un cobre. Pero yo tenía que estar equivocada, no me podía haber dicho que los cuadros los había comprado él porque no era así.

—Estoy segurísima de que me dijo que eran suyos. Es más, me apuesto lo que queráis a que cuando lo llame pedirá que se los mande, como sus propios cuadros, su guitarra...

Manolo dijo que la guitarra era de Charlie, la tenía de antes. En cuanto a los cuadros, si los consideraba suyos, se los mandaríamos también. Ahí protestamos Martin y yo al unísono. Por favor, si los había pagado él y, sobre todo, si le gustaban no debería quedarse sin ellos. Yo misma se lo explicaría a Charlie, le diría usando sus propias formas de lenguaje, que se “ubicara”. ¡Eso era ser caradura, no estaba bien! Manolo casi sonrió, meneó la cabeza.

—No. Nuestro acuerdo era así, yo traería el dinero y él se ocuparía de las labores de la casa porque además le gustan. Y el dinero no es en lo que estoy pensando en estos momentos. Todo lo que considere suyo se lo enviaremos, Constanza.

Una vez Charlie me había dicho que Manolo era muy, muy caballero. Desde luego ahora lo estaba demostrando.

—Mañana iré a comprar dos maletas y papel de embalar para los cuadros.

—Creo que deberías quedarte tú con alguno de sus cuadros como recuerdo. Yo se lo diré a Charlie.

Ahora sí llegó a sonreír, una sonrisa tan chica que apenas le movió el bigote, una mueca muy ligera casi de disculpa.

—Yo quiero al monito, pero no me parece un buen pintor. La verdad es que no me gustan sus cuadros. Y prefiero no tener nada suyo, no soy persona de guardar objetos como recuerdos. Soy demasiado ordenado.

Terminó su copa, se levantó para marcharse, dándome las gracias.

—¿No quieres cenar con nosotros?

—No, muchas gracias. En realidad, no estoy de humor. Pero cuento contigo mañana.

Le aseguré que al día siguiente subiría nada más terminar en el trabajo. Martin lo acompañó hasta la puerta y yo fui con la bandeja a la cocina para calentar nuestra cena. Los oí hablar unas palabras y en esto sonó el teléfono.

Era Misi, super animada. “¿Qué tal lo estáis pasando?”, pregunté.



—De maravilla, de maravilla. Como nunca.

—¿Mejor que cuando estábamos los cuatro? —Pregunta ociosa, no sé por qué a veces pregunta uno lo que sabe.

Pues sí, todavía mejor. Claro que con nosotros había sido todo estupendo pero estar sola con Arthur había sido una experiencia maravillosa, completamente diferente. Se veía que le faltaban palabras para explicarlo y eso que era de Salamanca y había vivido allí hasta que su madre se volvió a casar.

—Los dos solos, como si no hubiera en el mundo nadie más, nosotros dos, y las montañas cubiertas de nieve... No puedo explicártelo, maravilloso, maravilloso.

Joé, me estaba poniendo los dientes largos. Maravilloso, maravilloso... Bueno. “¿No está Arthur ahí ahora?”, pregunté. Y no. Había bajado a Granada, se fue temprano y ahora lo estaba esperando. La verdad, había dicho que iba a comprarle un regalo.

—¿A comprarte...? —Uáu, pensé.

—Una sortija, creo. Constanza, escúchame, preciosa: ¿te gustaría que yo fuera tu suegra?

—¿Mi quéee...? ¿Tú estás chalada?

—Suegra. Tu suegra, lo has oído perfectamente. ¿O es que ese majadero no te ha dicho nada todavía?

Me fastidió que lo llamara majadero. Me fastidió que diera por hecho que me iba a decir algo que no me había dicho. “¿Nada de qué?”, pregunté con voz seca.

—Ya sabes lo que quiero decir. ¿No te ha dicho nada?

Miré a Martin que entraba en aquel instante en la cocina y se iba derecho a investigar la cacerola. “Es Misi, le dije, está muy excitada. Misi, ¿te pongo con Martin?”

—Pero ¿está ahí contigo?

—Sí, sí, claro.

—Un minuto, ahora me lo pasas. ¿Ya sabes lo que le vas a contestar cuando te lo diga? Porque su padre piensa...

—No te preocupes por eso. Pásalo bien. Te han dado la luna, ¿verdad?

—Y el sol —Misi rió, nerviosa—. Pásame al chico.

Le di el teléfono a Martin que ya sonreía, seguramente imaginándose. Hablaron un rato, supercontentos, y oí a Martin: “¿Cómo vas a querer que te llame? ¿Mamá o Lady Bourne?” Se reía muchísimo, estaba realmente feliz.

Cuando colgó se volvió hacia mí, resplandeciente ¡Qué maravillosa noticia! ¡Maravillosa!

Vaya, todo se contagiaba. Dije: “Martin, estamos rodeados de romanticismo. Hasta mi amiga Miriam de la oficina se ha ido a vivir con su novio”.

—Espero que no llamarás a eso romanticismo.

—Pues romance, no sé. Enamoramiento. Todo el mundo anda enamorándose. Ella, Charlie, Misi y tu padre... ¿Tú crees que para enamorarse a lo bestia hay que haber sufrido mucho? Como haber madurado el corazón en el sufrimiento.

—¿Como una fruta cocida en almíbar? No lo sé. Para mí la muerte de mi madre fue sufrimiento real. Porque ella deseaba vivir, era joven y luchó mucho... Fue terrible.

—Sí, imagino que sí. Yo no he tenido sufrimiento real, sólo disgustos. Pero así, importante, nada.

—¿Y por eso tienes miedo de no enamorarte?

—Es que no lo sé. He metido la pata dos veces, querría que la tercera fuera la definitiva. Querría pensar: o vivo mi vida entera con...

—¿Con quién?

—Sin poner nombre. O me caso con éste o sé que no me va a merecer la pena vivir.

—Así, que eres romántica, después de todo.

—No, creo que no. Ahora lo que tengo es hambre. Vamos a cenar.

Cenamos y hablamos de todo, de Arthur y Misi, del pobre Manolo, tan afectado por el abandono de Charlie que daba lástima, de lo que nosotros dos esperábamos de la vida, las cosas que teníamos en común o las diferencias. Fue larga la cena, conversamos mucho, comíamos despacio. Hubo luego un silencio mientras recogíamos y de repente Martin preguntó: “¿Es verdad que no te acuerdas de aquel chico de Sevilla?”

—¿De quién, de José Luis? La pura verdad.

¿Por qué me preguntaba eso ahora? Me extrañaba. Dijo que era por algo que decía Goethe. Tontamente pregunté si hablaba de Goethe el del Doctor Fausto y se reía con eso. ¿Qué pasaba? ¿O era que yo conocía a toda la familia? Pues claro, cuál iba a ser si no.

—¿Y qué dice ese señor? ¿Te gusta mucho?

—En realidad, no; me aburre bastante. Pero algunas cosas tuyas son muy acertadas. Como que el problema de las mujeres es que casi nunca se casan

con su primer amor. Y no son capaces de olvidarlo.

—Ya. ¿Y los hombres?

—No he leído nada acerca de eso.

Reflexioné que los hombres son menos fieles y se olvidaban de su amor muy rápidamente. “Es sabido que a vosotros os importa mucho menos.”

—Puede ser. Pero creo que si un hombre se enamora de verdad es mucho más difícil que se recupere. Porque vosotras, en el fondo, sois mucho más autosuficientes. O, si lo prefieres, independientes. También dice otra cosa muy bonita: que hay que elegir mujeres que sean eternas muchachas. Así eres tú.

—¿Yo? ¿Cómo puedes saber eso?

—No lo sé pero lo sé: tú vas a ser una eterna muchacha... Como lo es mi tía Ángela, una señora maravillosa; algún día tengo que llevarte a conocerla.

Yo conocía a Ángela, le dije. Era un encanto de señora y muy guapa. Prima y amiga de la tía Flora y una del quinteto de inseparables. Las otras eran Hilda, muy simpática, que vivía en el piso de arriba, y siempre iba desastrada, Paloma, más joven que las otras y la última, de quién me costó al principio recordar el nombre: Cristal. Martin se acercó por detrás de mí que estaba frente al fregadero, cruzó sus brazos delante de mi cintura, apoyó su cara en mi pelo.

—¿Quieres que me quede? —preguntó.

Tenía ya pensada mi respuesta. Me la había sugerido, en verdad, doña Teresa. No prisa. No quemar etapas. “No”, dije.

Eso fue anoche. Esta mañana me levanté temprano, decidí cruzar el Parque para ir al trabajo.

Y ésta soy yo, Constanza Morales, estrenando milenio, la mañana fría. Atravieso entre árboles helados, piso escarcha que cruje con suavidad, como un perro que sueña. Todo el mundo está en mí en estos momentos, montañas, nieves y ríos, hierbas, flores, árboles, nubes y pájaros. Vivo. No puedo imaginar cómo va a ser el mundo en el futuro, los cambios vienen y van con tanta prisa, no sé si querremos escapar de las redes de átomos de nitrógeno y oxígeno como dijo Arthur, no sé si habrá más odios y más guerras o no, no sé si Martin será para mí el hombre definitivo, ni me lo voy a plantear ahora. ¡Sé que estoy viva!

Doña Teresa me dijo una vez que había que dar gracias a Dios todos los días por la vida: tiene mucha razón. La vida es un regalo, es una galaxia de posibilidades, los caminos son infinitos, el corazón quiere llegar a todas partes.

Voy por el parque inmóvil, y a estas horas desierto, miro el cielo blanquecino que quizá anuncie nieve y rezo al Dios de todos, porque no es más que uno:

“Guárdanos de hacer mal y bendice a la Raza del Planeta.”

Y sigo caminando sin temor al invierno, envuelta en un abrigo de esperanza.